

acero y

MIEL



ANA R. VIVO

edición
Kiwi
romántica

RESEÑA

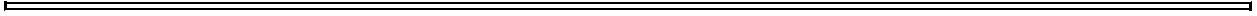
Karen Preston se ve obligada a viajar a Funchal, Madeira, para tratar de convencer al despiadado J. W. Bernades de que ella y su hermano, Robert, son buena gente. Sin embargo, nada más llegar a la isla, Karen sentirá que los problemas crecen en proporción a sus miedos y fobias. El susodicho no aparece, todo el mundo se pone en su contra y, por si fuera poco, conoce a un atractivo isleño que la seduce nada más aterrizar en la capital provocando que olvide a menudo el motivo de su visita, y haciéndola vivir situaciones de los más descabelladas en su, hasta ahora, ordenada y pulcra vida.

Poco a poco, Karen, se verá involucrada en la vida de los Bernades y su propio pasado le pasará cuenta, obligándola a tomar decisiones muy drásticas.

¿Conseguirá Karen su propósito? ¿O se verá envuelta sin remedio, en los líos que le depara esta increíble isla del atlántico?

-
- [Capítulo 1](#)
 - [Capítulo 2](#)
 - [Capítulo 3](#)
 - [Capítulo 4](#)
 - [Capítulo 5](#)
 - [Capítulo 6](#)
 - [Capítulo 7](#)
 - [Capítulo 8](#)
 - [Capítulo 9](#)
 - [Capítulo 10](#)
 - [Capítulo 11](#)
 - [Capítulo 12](#)
 - [Capítulo 13](#)

- [Capítulo 14](#)
- [Epílogo](#)



Ana R. Vivo

Acero y miel

Capítulo 1

Karen se protegió con el bolso de la lluvia intermitente que amenazaba con seguir cayendo todo el día y procuró no escurrirse en los adoquines irregulares que separaban su oficina de la pequeña cafetería. Al llegar a la entrada, se sacudió el agua del abrigo, miró el reloj y buscó entre las mesas con urgencia. Marina estaba sentada al final de la barra, junto a un montón de estudiantes que alborotaban con gran entusiasmo y, después de cerciorarse de que estaba sola, se abrió paso entre los jóvenes y se sentó a su lado.

—¿Qué ha pasado? Estaba en plena reunión y sabes que no puedo ausentarme mucho tiempo.

—No te habría llamado si no fuera muy importante, te lo juro.

Marina descendió la mirada hasta sus manos y la melena oscura le cubrió la cara. Temblaba como un flan, a pesar de que sus ropas estaban secas y en el interior de aquella cafetería hacía mucho calor. Karen se avergonzó por la rudeza de sus palabras pero era algo que no podía evitar. Cuando se ponía nerviosa no medía las consecuencias de sus actos y, en ocasiones como esta, se asustaba y actuaba de forma precipitada. La llamada angustiada de la muchacha y el tono implorante en el que la citó con urgencia, la habían desquiciado.

—Cuéntamelo, cariño —le pidió con suavidad y levantándole la cara por la barbilla.

—Me obliga a regresar a la isla, no tengo escapatoria —le mostró un telegrama que estrujaba entre las manos y las llevó de nuevo a su regazo.

«Último examen en unos días. Te espero en casa para Nochebuena. Urge solucionar asunto Robert Preston. Tu hermano J.W. Bernades».

—Urge solucionar asunto Robert Preston —repitió Karen, malhumorada. Lanzó el papel sobre la barra del bar y bufó para controlarse—. ¿Qué se ha creído ese cretino? Los Preston no somos asuntos que se puedan despachar.

—Por eso tenía urgencia en verte. Él está enterado de mi relación con Robert.

—Marina, sabes que he insistido durante... ¿Cuánto hace que sales con

mi hermano? ¿Dos años? Pues llevo dos años repitiéndote que no es buena idea ocultarle a ese..., a tu hermano —rectificó—, que estás saliendo con alguien. Nos hemos reído mucho con todas esas cosas que me has contado de él, son historias increíbles que nos han hecho pasar un buen rato; pero es tu familia, la única que tienes, y debería saber que no estás sola. Al fin y al cabo, él es quien se ha ocupado de ti todos estos años, aunque solo se haya dedicado a buscarte lujosos colegios en Londres y a extender succulentos cheques para tu manutención.

—Tampoco ha sido así exactamente.

—De modo que asunto Preston —estaba indignada—. ¡Asunto Preston!

—¿Comprendes mi apuro? No sé cómo ha podido ocurrir. He procurado ser cautelosa, esperando el momento adecuado para hablarle de Robert, y resulta que ya está enterado —su melódica voz, suavizada por el acento portugués, la hacía parecer todavía más niña de lo que era—. Ahora, él estará indignado por haberle mentido —apoyó su bonita cara con forma de corazón entre las manos y una cascada de cabellos negros cayeron sobre ella, ocultándola—. Dios mío, me matará.

Karen guardó silencio unos instantes y meditó sobre lo ocurrido. Quería a Marina como si fuera su hermana menor y el terror que desprendían sus palabras la enfurecían. En los últimos dos años, las únicas personas que le habían proporcionado amor a aquella muchachita habían sido Robert y ella. En realidad, tenían mucho que agradecerse, la una a la otra. Marina encontró en los Preston a la familia que nunca tuvo y, a cambio, les devolvió la paz que habían perdido. Cuando la conocieron, supieron que su infancia había transcurrido entre París y Londres, deambulando de colegio en colegio bajo la atenta supervisión de su hermano mayor, J.W. Bernades. Pero jamás estuvieron al corriente de una visita o una carta amable, ni siquiera conocían su voz por teléfono ni habían visto una fotografía de los hermanos juntos. Aquel hombre era un total desconocido para todos, y por lo que se adivinaba en las palabras de Marina cuando escasamente hablaba de él, no gozaba de muchas simpatías en ningún lugar.

Al parecer le faltó tiempo para indagar dónde estaban los mejores colegios para muchachitas adineradas y después de un penoso recorrido por distintas instituciones privadas, cuando ella estaba a punto de finalizar sus estudios y de lograr su independencia, él hacía acto de presencia. O eso parecía, al leer la forma autoritaria en la que la reclamaba. Sin una llamada de teléfono, con un telegrama corto, directo e impersonal, como ya sabían por

experiencia. O lo imaginaban. Lo único cierto era que él enviaba mensualmente escandalosos cheques, además de los famosos telegramas que tanto alteraban a Marina, por supuesto.

Por otra parte, el haber conocido a Marina fue una bendición para Karen. A ella le resultó muy difícil sacar adelante a un muchacho rebelde y huérfano cuando contaba con veinte años. Robert entonces era un adolescente, acababa de cumplir quince años cuando se quedaron solos, y fue una época llena de muchos sacrificios y demasiados problemas. Tiempo después, cuando creía que no podría sacar adelante a su breve familia, apareció la «bella del mar» como él la llamaba cariñosamente. Desde ese momento, el joven despreocupado cambió de repente, se esmeró, abandonó su caótica vida, estudió y enderezó su futuro. En una palabra: maduró.

Y ahora, Karen tenía un nuevo problema.

Precisamente, cuando Robert estaba a punto de terminar los exámenes del último año en la academia de policía y una nueva vida se abría ante ellos, las cosas volvían a torcerse.

—¿Karen? —la llamó la joven al ver que no la escuchaba.

—¿Eh? Sí, perdona, estaba pensando que tendrás que hablar con tu hermano y decirle que ya tienes veinte años, que eres una mujer adulta, y que «el asunto Preston» es tu asunto.

—No sabes lo que dices. ¿Qué hay de lo que te he contado en este tiempo?

—No será todo cierto —le quitó importancia—. Eres muy exagerada, Marina, y se supone que solo pretendías que pasáramos un buen rato cuando decías todas esas cosas horribles de él. ¿O no? —la compungida cara de Marina fue suficiente respuesta—. Bueno, ¿y qué pretendes que haga yo? No puedo ayudarte. Tal vez si Robert hablara con el despiadado —ambas sonrieron al escuchar uno de los agradables apelativos que Karen utilizaba para nombrar al inaccesible hermano de Marina.

—Es mejor que no lo haga. Yo había pensado otra cosa.

—¿Qué? Vamos, Marina, no juegues a que diga lo que tengo que escuchar —replicó impaciente, se quitó las gafas de concha que usaba para leer y sus ojos azules se clavaron en los asustados de la muchacha—. ¿Qué has pensado?

—Karen, tú eres como una hermana para mí.

—Lo sé.

—Robert y yo siempre contamos contigo para todo. Confiamos

plenamente en tus consejos y nos has ayudado siempre que han surgido problemas. Y este es muy delicado. Si Robert tratara de hablar con él, solo empeoraría las cosas. Tu hermano es muy orgulloso, y que el mío lo considere poca cosa ya es motivo suficiente para preocuparnos. Imagínate si alguna vez se enfrentaran. Él me obligaría a romper nuestra relación y yo no podría soportarlo; jamás permitiría que mi hermano y el hombre al que amo se desafiaran por mi culpa.

—En eso tienes razón. Los Preston somos orgullosos y Robert no aceptaría un no por respuesta —aseveró—. Y bien, ¿cuál es tu idea?

—Tú eres diferente, contigo se puede dialogar, eres comprensible, nadie puede enfadarse con una persona tan especial como tú. Tienes un don. Si alguien está triste o enojado a tu lado, no puede evitar sonreír cuando le miras y el problema se esfuma con solo escucharte. Contigo, todo tiene solución.

—Deja de adularme, Marina. Te pareces a mi jefe cuando pretende que prepare una convención de última hora y me dice con esa vocecita suya — fingió voz de pito—: Karen, eres mi última esperanza. Muchacha, necesito una cena para un centenar de ejecutivos asiáticos y solo tú puedes ayudarme.

—A eso me refería —rió Marina—, tienes ese humor que convierte lo complicado en cosas simples.

—¿Y? —temía lo peor—. No, no lo digas.

—Que seas tú la que hable con mi hermano.

Karen sabía que lo diría. Nada más ver su rostro ilusionado y sus ojos fulgurantes, lo había imaginado. Se cubrió la cara con las manos y negó con la cabeza.

—Ni hablar —su voz salió sin fuerza.

—No nos hagas esto a Robert y a mí, por favor, Karen, te necesitamos. No nos falles —trató de apartarle las manos del rostro y se acercó a ella buscando su comprensión.

En la pequeña cafetería ya no cabía ni un alfiler y sus palabras se perdían entre las risas y las conversaciones juveniles. Una pareja se sentó junto a ellas en la estrecha barra y Karen tuvo que replegarse contra una columna para evitar ser aplastada por ellos.

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé. Tú conseguirás que mi hermano razone y asuma que Robert y yo nos amamos y que jamás me haría daño. Solo tú lo lograrás.

—¿Y cómo se supone que haría tal cosa? Telefoneándole y diciéndole: señor J.W. Bernades, soy parte del asunto Preston y querría tener unas

palabritas con usted.

—Comprendo que no quieras ir —se frotó los ojos con la manos y sollozó impotente—. Esto es el fin. ¿Cómo se lo diré a Robert?

—Estás exagerando, Marina. No puede ser tan grave —procuró animarla—. Eres lo suficientemente adulta como para enfrentarte sola al desp..., a tu hermano. Con lo único que podría presionarte es con dinero y sabes que Robert y yo estamos a tu lado y no permitiríamos que pasaras necesidades. Además, una persona que no se preocupa por verte en todos estos años, no puede exigirte nada.

Marina negó con la cabeza y observó a la pareja que estaba junto a ella. El joven pasaba lentamente las hojas de un periódico, tranquilo, sin presiones, sin problemas aparentes; mientras que la muchacha escribía algo en un cuaderno. Envidió su aparente aburrimiento y volvió a clavar sus rasgados ojos negros en Karen.

—Tal vez he exagerado. Las cosas son un poco diferentes.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, mi hermano me ha visitado algunas veces en estos años.

Karen la miró fijamente y apretó los labios.

—¿Por qué tengo la impresión de que no me gustará saber cuántas? —suspiró y añadió moviendo las manos en el aire—. ¿Algunas veces significa más de una y menos de dos? ¿Más de tres? —insistió ante el silencio que se había creado.

—Unas cuantas más —declaró en un susurro—, él viaja mucho por motivos de trabajo, pero siempre viene a Londres una vez al mes. Además, todas las noches telefona a la residencia de estudiantes para hablar conmigo y mantiene largas conversaciones con la señorita Kidman.

—¿Todas las noches? —su voz perdió fuerza—. ¿Y qué más no nos has contado, Marina Bernades? —Karen enarcó una ceja y volvió a colocarse las gafas de concha sobre su nariz respingona—. Supongo que, al menos, será cierto que tiene un restaurante en la playa. ¿O tal vez es un rico banquero? Porque se me ocurre que para poder enviarte esos cheques trabajará muchas horas extraordinarias.

—Eso es cierto, él se dedica a la hostelería, aunque no es exactamente un restaurante en la playa.

Karen guardó silencio, uno reflexivo y temeroso de la respuesta de la muchacha.

—¿Y qué es? ¿Un chiringuito? ¿Un pequeño bar? —la animó a seguir.

—¿Wellington Corporation, te dice algo?

—¿Trabaja en Wellington Corporation? —abrió desmesuradamente los ojos y se echó hacia atrás sin poder creerlo.

Karen había concertado en ocasiones algún congreso o convención con el monstruoso complejo hotelero y conocía su categoría. Wellington Corporation era la mayor y más lujosa cadena hostelera distribuida por las capitales más importantes del mundo. Políticos, actores famosos, presidentes e incluso algunos monarcas, eran sus principales huéspedes y no se accedía con facilidad a una de sus suites ni a sus impresionantes salones.

—Perdóname, Karen, pero él impuso la condición de que nadie debía saber nuestro parentesco o no permitiría que estudiara en Inglaterra. Mi hermano opina que una mujer joven y sola, en una gran ciudad como Londres, es una presa fácil para los oportunistas y aprovechados.

—Vaya, y Robert es el oportunista. Muy inteligente tu hermano —comentó con aprensión—, pero trabajar en un imperio no le da derecho a menospreciar a los demás.

—Karen. Karen, escucha.

—Esto es indignante.

—Karen, él es Wellington Corporation. ¿Ves?, por eso no os dije nada —añadió al observar el rostro estupefacto de su amiga—. Mi hermano, el despiadado, en realidad se llama J. Wellington Bernades.

—Debiste contárnoslo —replicó enojada—, desde luego, supiste guardar muy bien tu secreto. Tu hermano es Wellington Bernades. —repitió sin poder creerlo.

—Sí, aunque en la isla todo el mundo lo conoce por su primer nombre, Wellington lo utiliza en sus negocios. Pero, ¿lo harás, Karen? —se impacientó, dando unos golpecitos en la barra del bar.

El joven de al lado alzó la vista del periódico y la miró un segundo, después hizo un gesto a su acompañante que no dejaba de escribir y continuó con su lectura.

—Háblame más de él. Quiero saber todo sobre el despiadado —se inclinó hacia delante para escuchar—. Necesito saber a quién me enfrento antes de que arda en el infierno.

—¿Significa eso que lo harás? —se iluminó su bello rostro moreno.

—Sí, ¿qué te parece la idea? Me presento en su opulento complejo hotelero, en la costa de Madeira, en la del Caribe, o en el centro de París, no importa donde sea que esté en ese momento, y trato de sobornarle. ¡Ah, no!

Olvidaba que J. W. Bernades es apistosamente rico, tendré que seducirlo. Haré que caiga rendido a mis pies y que coma de mi mano como un perrito. ¿Crees que picará?

—No lo creo, Karen, no eres su tipo. A él no le gustan las mujeres tan altas y. —modeló en el aire unas curvas demasiado exageradas—. Mi hermano prefiere las mujercitas estilizadas y manejables, las que no causan problemas y lucen como maniqués a su lado.

—Muchas gracias, Marina —fingió enojo—, acabas de llamarme gorda con un tacto envidiable.

—No te burles, sé que podrás conseguirlo aunque no sea seduciéndolo. Tienes ese don maravilloso de ver el lado bueno de las personas y hacer que impere sobre el diabólico.

—Vale, además de animarme, me estás convenciendo.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. Otros me llamarían ingenua. O rara. Esa sería una buena descripción porque las personas no cambian con buenas palabras y te aseguro que sé de lo que hablo. Será como entrar en un infierno lleno de llamas y tratar de no salir chamuscada.

—Rara o no, mi hermano reconocerá en ti el ángel que eres y caerá rendido a tus pies, no te quemará. Yo no pretendo que lo cambies, él es como es y nadie podría transformarlo, pero dentro de dos semanas será Navidad y no me gustaría estar lejos del hombre al que amo ni de mi mejor amiga. Si no le hacemos ver que Robert y yo nos queremos, me obligará a separarme de vosotros y dejaremos de vernos para siempre.

—Siempre es mucho tiempo.

—Lo sé, por eso tienes que volar a Madeira, hablar con él y regresar a Londres para que podamos celebrar el fin de año los tres juntos, como hasta ahora. Nunca estoy en la isla más de una semana pero si se lo propone, jamás volveré a verlos a ninguno de los dos.



J. W. Bernades observó a las dos jóvenes despidiéndose en la puerta del bar y frunció los labios de forma desaprobatoria mientras procuraba mantenerse sentado y no salir disparado hacia ellas y decirles unas cuantas cosas.

Los cristales tintados del lujoso coche negro le permitían vigilarlas sin ser visto y se fijó en que Marina subía a un taxi y se perdía entre el tráfico. Siguió con la mirada a la rubia vestida con un horrible traje chaqueta de color gris, bajo un gastado abrigo azul, e hizo una mueca. La mujer ocultaba su rostro tras unas grandes gafas de concha y su cabello claro no dejaba escapar ni un pelo suelto de su recatado moño. Corrió bajo la lluvia y se paró unos instantes a saludar a dos tipos con pinta de ejecutivos que salían de un edificio. Los tres se apiñaron en el minúsculo portal de oficinas y se rieron de algo que ella dijo; minutos después, sus largas y torneadas piernas, la rubia, se perdió por las escaleras.

En ese instante, la pareja de jóvenes que había utilizado para vigilar a Marina salió de la cafetería y con paso rápido se dirigió hacia el vehículo. Él dobló un periódico y ella consultó una pequeña libreta repleta de anotaciones.

—¿Qué han averiguado? —les preguntó impaciente y en su idioma al bajar el cristal de la ventanilla.

—Estaba en lo cierto, señor Bernades, hablaron de usted y de la mejor manera de seducirle. También dijeron algo sobre un tal Robert, que al parecer es un oportunista —el muchacho retorció el periódico entre las manos.

—Sí, y la señorita inglesa barajó la idea de un soborno —agregó ella—. Hablaban en inglés y había mucha gente, pero las palabras seducir y soborno se escucharon varias veces.

—Sí, y también dijo que sería como quemarse en un infierno lleno de llamas.

Las potentes curvas de sus hombros se tensaron bajo la chaqueta oscura al erguirse en el asiento del coche y la pareja retrocedió, alertada.

—¿Has oído eso, Ramalho? —su voz sonó como el chasquido de un látigo al preguntarle al conductor—. Debí entrar yo mismo y sacarla de allí. Esa estúpida inglesa está aprovechándose de una niña inocente y no voy a consentirlo. ¿Cómo he sido tan confiado? Debí tomar medidas en cuanto escuché el primer rumor.

El conductor hizo un gesto a los jóvenes para que se marcharan y se giró hacia él. Conocía a su jefe y mejor amigo y, en aquel estado de excitación y rabia, era mejor no importunarle.

—Solo eran rumores de una mujer solterona que vive pendiente de unas muchachas adineradas, ¿qué habrías hecho? ¿Pararte delante de tu hermana y obligarla a desenamorarse porque tú lo dijeras?

—La señorita Kidman fue muy explícita a la hora de ponerme en

antecedentes. «Marina tiene un novio, señor Bernades, un muchacho al que nadie conoce en los círculos sociales de las niñas» —imitó su voz con un marcado acento inglés.

—Ya no es una niña y la mejor manera de quitarle algo de la cabeza es simulando que no te importa.

—Eso es absurdo, no puedo fingir que no me importa que un aprovechado quiera engañar a mi hermana.

—No hay nada peor que tratar de imbuir una idea a una mujer para que haga todo lo contrario, te lo aseguro.

—Tampoco me gusta que alguien que trata de engañarme, relacione mi nombre con un infierno de llamas.

—No creo que ella tenga nada que ver con eso. Hace años que no ha vuelto a ocurrir.

—Sí, los mismos que Marina lleva fuera de Funchal. Claro, si no tenemos en cuenta lo que pasó hace unos meses en la residencia de estudiantes.

—No saques las cosas de quicio, João, se demostró que aquel incendio fue un accidente. Además, ella estaba durmiendo en casa de una compañera de clase, recuérdalo.

—Un soborno —murmuró regresando a la conversación inicial—, ¿no lo has escuchado? Esa mujer del demonio trata de seducirme como si yo fuera un petimetre.

—Sí, y hallaremos una solución —buscó las palabras adecuadas para aplacarlo.

—No puedo permitir que esos viciosos de los Preston permanezcan con ella ni un segundo más. ¿Dónde vamos? —inquirió al ver que el coche se movía.

—Al aeropuerto, claro.

—Regresa al hotel —ordenó tajante.

—Pero, escucha, João.

—No, escúchame tú. Hace años que eres mi jefe de seguridad, aunque en este momento no sé si mereces el cargo, o te viene demasiado grande, porque si has permitido que unos indeseables se relacionen con mi hermana delante de tus narices, no sé qué más cosas desagradables me esperan sin que yo esté enterado. Así que límitate a cumplir mis órdenes —se inclinó hacia delante para ver el rostro de su interlocutor.

—Pero también soy tu mejor amigo, y opino que esta no es la mejor

manera de hacer las cosas.

—No opines, por favor. ¿Estabas enterado de esta relación o no?

—No —reconoció su amigo.

—Quiero un informe completo de esa mujer llamada Preston. Quiero saber qué come, a qué hora se acuesta y con quién; necesito saber si le gusta el café con leche o solo, dónde trabaja y a quién más ha estafado en su deprimente vida. Y quiero tener ese informe mañana a primera hora. Esa mujer sabrá muy pronto de qué es capaz João Wellington Bernades — concluyó golpeando con un puño cerrado el reposacabezas delantero—. No me gustan las sorpresas y llevo bastante tiempo viviendo tranquilo. Y por si no te has dado cuenta, deseo seguir viviendo así.



A la mañana siguiente, cuando Ramalho abrió la puerta de la lujosa suite y encontró a João mirando por los ventanales, supo que su mal humor no había disminuido ni siquiera un poco. Como jefe de seguridad de la Wellington Corporation y antiguo detective de la policía, su olfato no solía engañarle. En ese instante el teléfono móvil comenzó a sonar y Bernades comprobó que era su hermana.

—No. No —una pausa—, escucha, Marina —otra pausa—. No es buena idea —una pausa más larga—. Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada —y colgó.

Se giró hacia su amigo como un león enjaulado y este, que lo conocía muy bien, trató de ignorar su mirada asesina.

—¿Algún problema?

Su jefe extendió la mano como respuesta y él le pasó la carpeta con el informe que ya le había reclamado al amanecer.

—Karen Preston es una chica de lo más normal. ¡Ejemplar!, diría yo — le puso en antecedentes—. Tenía veinte años cuando sus padres fallecieron en un accidente y ella sola tuvo que ocuparse de su hermano cinco años menor. Dejó los estudios, buscó un trabajo y fue padre y madre de un muchacho adolescente. Su historia se parece bastante a la tuya, ¿no crees? Esta mujer es una luchadora. ¡Ah!, y jamás ha tenido antecedentes policiales, ni siquiera una multa de tráfico; nunca se ha visto involucrada en ningún

asunto que nos haga sospechar de ella como de la persona que nos causó problemas hace años. Es más, jamás ha salido de Inglaterra.

—Su vida es sospechosamente monótona —João hizo una mueca al leer el folio—. Veintinueve años de su vida se resumen en un expediente de una hoja —arrojó la carpeta sobre la mesa y, de repente, el tono hastiado de su voz sonó casi divertido—. Adivina qué ha hecho doña Seducción esta mañana —Ramalho se pasó una mano por el cabello rizado y negó enérgicamente—: ha sacado un billete de avión para Madeira y Marina, influenciada por ella, me acaba de pedir por teléfono que la reciba el viernes como mi invitada.

—¿Tu invitada? —el jefe de seguridad palideció.

—Has oído bien. Al parecer, la inglesita ha decidido disfrutar de unas vacaciones apresuradas en las que doy por hecho que no tendrá otra obsesión que convencerme de que su hermano es un buen partido para Marina.

—Seduciéndote, claro.

—Claro, tú mismo lo escuchaste ayer.

—¿Y qué harás?

—No lo sé. Tengo que trazar un plan —pensativo, se pellizcó el puente de la nariz y paseó por la suite—. De momento, resérvame un billete para el mismo vuelo que ella y, por favor, procura que los asientos sean contiguos.

—¿Ese es tu plan? ¿Viajar en un incómodo asiento de turista cuando tienes esperando tu propio avión en la pista?

—Ese es el principio del plan. Todavía tengo que madurarlo.

—¿Y no sería más sencillo invitarla a comer aquí, en el hotel, aclararle que estamos al tanto de sus propósitos y despedirla elegantemente?

—Eso sería menos divertido, Ramalho.

El jefe de seguridad lo miró atónito y se rascó la barbilla.

—No sabía que querías divertirte, creía que deseabas deshacerte de ella y de su hermano.

—Eso será después de aplastarla.



Era la tercera vez en esa semana que Karen se decía a sí misma que estaba cometiendo una locura, pero en esta ocasión ya no había marcha atrás

porque acababa de subir al avión y caminaba por el estrecho pasillo hacia su asiento.

La primera vez fue cuando se despidió de Marina en la puerta de la cafetería y se dio cuenta del lío en el que se había metido ella solita al aceptar viajar a Madeira. La segunda, cuando salieron de compras y regresó a casa cargada de ropa deportiva y vestidos juveniles. Hacía años que su vida y su vestuario eran serios y estrictos. Sabía que se sentiría incómoda al llevar aquellas prendas, y sobre todo muy vulnerable, pero Marina escogió camisetitas escotadas, pantalones ajustados y sandalias de tacón alto, de las que hacía años que no usaba, aunque le advirtió que para pasear por la ciudad debería llevar deportivas. También le dijo que, aunque estaban en invierno, Madeira siempre permanecía en una eterna primavera. Así que se aseguró de que llevara un par de vestidos elegantes y carísimos de esos que Karen solo había visto en las portadas de algunas revistas de moda y que la joven volvió a aseverar que su hermano sabría apreciar en su proporcionada figura.

No comprendía qué tendría que ver el tema que la llevaba hasta la isla y su vestuario, pero como Marina insistió tanto en que su apariencia influiría en la opinión de su hermano, cerró los ojos y se dejó llevar por el entusiasmo de su joven amiga. Ella mejor que nadie conocía al despiadado y si el hecho de presentarse ante él como si fuera una actriz glamurosa aligeraba el duro trance que tenía que pasar, pues lo haría.

Todo por la felicidad de aquella parejita que era su única familia.

Compraron y compraron de forma compulsiva, al principio fue divertido, pero cuando llegaron a la caja y Karen observó cómo su cuenta rozaba los números rojos, comenzó a darse cuenta, por tercera vez, de que estaba cometiendo una locura. Una, muy cara.

El auxiliar de vuelo le indicó su asiento junto a la ventanilla, le ayudó a guardar el bolso de mano en el compartimiento superior y ella lo obsequió con una sonrisa que lo hizo sonrojar.

—Más tarde pasaré para ver si necesita algo —el muchacho le guiñó un ojo—. Siempre tenemos algo especial para los pasajeros simpáticos y las mujeres hermosas.

—Estupendo —agradeció ella, sentándose en su asiento.

—¿Viaja sola? —se inclinó para hablarle y su mirada azul lo transportó directamente al cielo.

Karen afirmó con la cabeza mientras tanteaba los cinturones de seguridad.

—Perfecto —la ayudó a abrocharlos—. Me ocuparé de que no le falte nada, ya sabe, como cuando un niño viaja sin sus padres. Una belleza como usted no puede estar desatendida.

Karen soltó una melódica carcajada que hizo enorgullecer al joven auxiliar. Se fijó en el nombre que mostraba su chapa y le dio una palmadita en la mano.

—David, es usted un adulator, pero muchas gracias por hacerme más agradable el vuelo. La verdad es que no me siento muy cómoda en un avión.

—¿Es la primera vez? —la miró preocupado.

—Sí, la verdad es que sí —se mordió los labios, nerviosa—. Este viaje es por una causa ineludible, pero le confieso que no soporto las alturas.

—Disculpen —los interrumpió alguien con impaciencia.

Ella alzó la cabeza al mismo tiempo que el muchacho se apartaba para dejar paso al propietario de aquella voz grave y con un leve acento extranjero.

—Seguiremos charlando después —le sugirió el muchacho con rapidez y al sentirse el blanco de otra fabulosa sonrisa, trastabilló con un pasajero que buscaba su asiento.

Karen se encontró mirando un cuerpo esbelto, muy alto y vestido con un impecable traje gris, que trataba de acomodar un bolso de mano en la parte superior. Por encima del traje se notaba que sus espaldas eran anchas, sus caderas estrechas y los músculos de sus piernas muy firmes. Siguió alzando la cara hasta encontrarse con unos impresionantes y fríos ojos grises que la miraban interrogantes, con cierto aire altivo, y ella supo que estaba esperando. Era el rostro más duro y atractivo que jamás había visto. Y todo esto, enmarcado por un cabello espeso y negro que vigorizaba unas facciones salvajes y atractivas.

—¿Me permite? —le preguntó con suave acento portugués.

—Por supuesto, señor, disculpe.

Karen retiró las revistas que había dejado en el asiento contiguo y pensó que su voz era tan sensual como sus manos, morenas, grandes y de largos y fuertes dedos. Se ruborizó al ver la sonrisa burlona de él mientras se acomodaba a su lado y llegó a la conclusión de que era mucho más guapo si sonreía y, después de mirarlo de reojo, dio por sentado que él también debía de saberlo. Se removió nerviosa en su asiento y procuró fijar la vista en la pista del aeropuerto. Le aterraba volar. No soportaba las alturas ni la inseguridad de encontrarse tan lejos de tierra firme.

Se inclinó un poco más para mirar por la ventanilla y su rodilla rozó el

muslo de él hasta apoyarse totalmente. Notó el calor que su piel transmitía, incluso a través del fino pantalón, y la apartó con rapidez. Lo miró nuevamente. Él había alzado los ojos de unos documentos que leía muy interesado y se encontró con los suyos. Karen le sonrió y musitó una breve disculpa. Él frunció el ceño y regresó a sus papeles. Todavía sentía en su pierna el calor que él emanaba y prudentemente se replegó hacia la ventanilla.

Más tarde, no pudo evitar volver a mirarlo de reojo. Era un compañero de viaje poco hablador y parecía muy ocupado. Afortunadamente, revisaba con atención unos documentos y Karen pensó que era lo mejor, porque estaba segura de que si volvía a mirarla con aquellos impresionantes ojos grises, comenzaría a tartamudear como una colegiala. Además, este no era un viaje de placer, ella tenía cosas muy importantes y desagradables en las que pensar, como el señor Bernades, y aquel pensamiento fue suficiente para estrellarla de golpe contra la realidad y poder olvidarse de viajeros impresionantes.

La noche anterior, mientras ultimaba con Marina los detalles de su precipitado viaje, pudo hacerse una ligera idea de cómo era J. Wellington Bernades y de lo difícil que resultaría convencerle de que los Preston no eran unos desaprensivos como él creía.

De repente, miró a su atractivo compañero de viaje que seguía inmerso en sus papeles, y tuvo una idea.

—Perdone —le indicó, haciéndole un gesto para que le dejara salir al pasillo del avión.

Él encogió sus largas piernas para permitirle pasar. No había mucho espacio y Karen arqueó su cuerpo inclinándose sobre el asiento delantero.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido, sin saber dónde colocar las manos y alzándolas al notar el redondo trasero de ella clavado en su estómago. Gimió cuando le pisó los impecables zapatos negros con sus sandalias blancas de tacón y suspiró cuando por fin salió al pasillo, liberándolo de la presión de su redondo.

—Vaya, cuánto lo siento —se disculpó ella con una sonrisa deslumbrante.

Alzó los brazos y rebuscó en el compartimento superior para encontrar su bolso.

Él recorrió con la mirada las largas piernas que recordaba del día anterior. Era una mujer muy alta y calzaba unos tacones infinitos con los que avergonzaría a más de un hombre que caminara a su lado; aunque él ya sabía

que la delicadeza no era una de las virtudes de doña Seducción y se compadeció del pobre desgraciado que cayera en sus garras.

Su esbelta figura resaltaba bajo un ajustado vestido color crema que delataba las sinuosas curvas de su cuerpo. Ella siguió hurgando en el compartimento durante un buen rato, en el que él no dejó de admirar sus generosos senos que subían y bajaban por el esfuerzo que suponía mantener los brazos levantados, y una incómoda tensión en su entrepierna lo sorprendió, obligándole a levantarse como si hubiera sido empujado por un resorte.

Al hacerlo, ella se tambaleó y él la sujetó por la cintura para evitar que se cayera.

—Déjeme ayudarlo —le ordenó impaciente y bajando el bolso.

—Gracias —ella miró en su interior y sacó un pequeño cuaderno.

Karen sabía que la actitud solícita de aquel hombre era solo por cortesía, pero el calor de su mano sobre su cadera se filtró hasta sus venas, erizándole la piel.

—¿Ya ha terminado? —su voz suave le acarició la nuca y la obligó a regresar de sus pensamientos. Se giró hacia él y afirmó sin más.

João volvió a pensar que era demasiado alta para su gusto cuando se encontró frente a unos ojos enormes y, ¿dorados?, ¡vaya color! Eran del mismo tono que sus cabellos que, cómo no, llevaba aprisionados en un horrible moño.

Paseó la mirada por la curva de su cuello blanco y suave, porque debía ser muy suave.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó ella preocupada—. ¿Se ha mareado? Se ha puesto pálido.

Sus ojos dorados le sonrieron comprensivos.

João apretó los dientes y negó enérgicamente; le ayudó a cerrar el compartimento, se aseguró de que ella pasara primero a su asiento y, aliviado, se dejó caer en el suyo.

Aquella mujer era exasperante, pensó regresando al expediente e intentando concentrarse en algo que no le recordara el color de sus ojos o el calor de su piel blanca bajo sus dedos. Una cosa era segura: Karen Preston no lo conocía.

Como había imaginado, Marina no le había enseñado ninguna fotografía; claro, que tampoco es que tuviera muchas de él pero era un punto a su favor para sus planes. Cuando ambos estuvieron frente a frente temió

que lo reconociera, pero ahora estaba seguro de que no. La miró de reojo. Escribía muy pensativa en su pequeño cuaderno y de vez en cuando levantaba la vista sin mirar nada en concreto, después sonreía y volvía a escribir con ímpetu.

João repasó la pequeña fotografía que Ramalho había grapa do al expediente y decidió que no le hacía justicia. Sí, era el rostro atractivo de una mujer de unos. Buscó en el expediente y leyó: veintinueve años. Sus cabellos rubios eran los mismos, los ojos de color. Volvió a mirarla de reojo y desde luego eran más claros que en la fotografía. La nariz recta, ligeramente respingona, la barbilla redonda, el delicioso óvalo de su cara, los labios carnosos y jugosos, de eso también estaba casi seguro.

Con brusquedad cerró la carpeta y recordó que Karen Preston no era su tipo ni estaba allí para que él disfrutara de su visión. A él le gustaban las mujeres estilizadas, de rasgos clásicos y un poco felinas, y no tenía ni idea de cómo pretendía cautivarlo y engañarlo. En todo caso, él sí podría seducirla, acostarse con ella, disfrutar de ella y que, por supuesto, ella disfrutara de él sin que significara nada. Pero eso sería lo máximo que un Preston sacaría de un Bernades. Además, a todas luces, según el expediente de un folio que Ramalho había conseguido, Karen solo era una estúpida inglesa aburrida con impresionantes curvas.

El documento decía que ella trabaja desde hacía cinco años en una empresa de servicios de restauración llamada Nelson Service en la cual se dedicaba a gestionar convenciones, congresos y comidas de negocios. Subrayó esa parte y una mano blanca y suave se apoyó sobre la suya que escribía.

Él levantó la cabeza con fastidio, siguió con la mirada el recorrido del brazo hasta llegar a sus ojos risueños y la taladró con los suyos grises.

—Sé que soy un poco pesada —sonrió y él hizo una mueca—, me pongo un poco nerviosa al volar, no me gustan las alturas —le aclaró.

Se dio cuenta de que todavía tenía la mano apoyada en la suya y la retiró.

João levantó una de sus negrísimas cejas de forma interrogante y ella volvió a sonreírle.

—Necesito salir al pasillo, otra vez. Tengo que ir al, ya sabe, una urgencia. Por los nervios.

—Comprendo —se levantó y la dejó pasar.

La observó marcharse con un suave contoneo de caderas en dirección a

los servicios y resopló al sentarse de nuevo.

Capítulo 2

Al acomodarse miró el asiento vacío, y el pequeño cuaderno en el que ella escribía con tanto interés destelló por los rayos del sol que se colaban por la ventanilla. Buscó alrededor, lo tomó en las manos y leyó con rapidez.

«Conclusiones sobre J. Wellington Bernades».

Sus ojos grises se abrieron desmesuradamente. ¿J? ¿Por qué J? ¿Tal vez no sabía que su primer nombre era João?

Siguió leyendo: Positivas. Un espacio muy grande. No había nada escrito. Tal vez no había llegado a esa parte. Más abajo: Negativas: Una larga lista llenaba la hoja y su rostro se fue crispando a medida que deslizaba la mirada por las conclusiones:

PREPOTENTE
DESPIADADO
MUJERIEGO
DÉSPOTA
INFIEL
MISÓGINO

—¡*Meu Deus!* —exclamó en voz alta y en su idioma.

¿Misógino? Trató de controlarse y siguió leyendo: Apestosamente Rico. João recordó las palabras de la pareja que envió a la cafetería para vigilar a Marina. «Apestosamente rico, soborno, oportunista», ya no había ninguna duda. La señorita Preston quería conquistar al apestosamente rico, que era él; por eso estaba confeccionando una lista, para luego sobornarle y lograr que su hermano obtuviera una buena tajada: Marina.

Los engranajes de su mente trabajaban a toda marcha.

Doña seducción pretendía conquistar al misógino de Bernades; claro, que también podía equivocarse y engatusar a un isleño que nada tenía que ver

con él, y sus propósitos se truncarían cuando la desenmascarara.

Y un nuevo plan mucho más divertido fue tomando forma en su cabeza.

El rumor de una dulce carcajada le hizo girarse en su asiento. Karen reía por algo que el auxiliar de vuelo le decía, al tiempo que este gesticulaba como un chimpancé para hacer más creíble lo que contaba. João dejó el cuaderno tal y como lo encontró y otra carcajada suave y cantarina atrajo su atención. La inglesita se apoyaba indolentemente sobre el respaldo de uno de los asientos, y una azafata y un anciano se habían unido al grupo.

Tenía que admitir que era una alborotadora muy competente. Escuchó otro coro de risas, varios de los pasajeros que estaban alrededor secundaron las carcajadas y exasperado salió de su asiento para indicarle a su compañera que la estaba esperando para dejarla pasar.

Ella reparó en su enorme corpachón parado como una estatua en medio del pasillo y con un gesto se despidió de sus nuevos amigos.

—Disculpe por la espera, gracias.

—No hay de qué. Parece que tiene facilidad para hacer amigos — aunque trató de que su voz sonara agradable, se escuchó demasiado brusca.

—Una buena amiga mía dice que es un don, pero yo creo que solo se trata de mostrarse tal y como es uno ante los demás.

—No lo dudo. Y al parecer, usted es muy animosa.

—Pues sí —le sonrió de nuevo y él sintió ganas de gritarle que dejara de hacerlo.

—Y muy graciosa —añadió con aspereza.

Karen se quedó callada y él la taladró con la mirada, después, regresó a sus papeles y ella fingió que miraba por la ventana.

El resto del viaje hasta Lisboa se hizo eterno. Ella procuró ocupar su tiempo en observar las enormes nubes blancas que atravesaban y no pensar en lo que ocurriría si el avión comenzaba a descender bruscamente y sin control. O si el piloto se sentía indispuerto y nadie más sabía manejar aquel aparato que volaba a más de.

Suspiró entrecortadamente y se apartó el sudor invisible que comenzaba a cubrir su frente. Los nervios le hicieron sentir la necesidad de acudir de nuevo al baño, pero una breve mirada al rostro grave de su acompañante la disuadió. Ya lo había molestado varias veces y era normal que alguien tan ocupado como aquel hombre se sintiera contrariado cada vez que tenía que abandonar su trabajo para dejarla salir al pasillo.

Tomó aire ruidosamente, apretó las piernas, comenzó a dar saltitos en el

asiento, y procuró cerrar los ojos sin visionar un aparatoso accidente contra una enorme montaña o siendo engullidos los doscientos cuarenta pasajeros en el fondo del Atlántico.

João la escuchó jadear como si le faltara el aire y trató de concentrarse en el breve e incompleto informe que sujetaba en las manos. Había un amplio espacio vacío desde que fallecieron sus padres hasta que Karen Preston comenzó a trabajar en Nelson Service. ¿Qué significaba eso? Ramalho era escrupuloso en sus informes, pensó subrayando aquella parte. Hablaría con él en cuanto llegara a Madeira.

Cuando el avión tomó tierra, Karen respiró aliviada y él creyó que se estaba ahogando. Por fin abrió los ojos y se encontró con la fría mirada de su silencioso compañero, clavada en ella.

—No me gusta volar —justificó su reacción y sonrió resplandeciente.

La muy codiciosa, todavía tenía aguante para seguir sonriendo aunque estuviera muerta de miedo. A no ser que fuera mucho más lista y se tratara de una estrategia.

—¿Se queda aquí en Lisboa?

Karen se sorprendió al ver que aquel hombre tan fascinante era capaz de hablar más de tres palabras seguidas. ¡Y todas para ella! Volvió a sonreír y negó con la cabeza.

—Voy a Madeira —se levantó con un resoplido y salió al pasillo con él.

—Lo dice como si fuera un sacrificio.

—Más o menos —repuso ella sujetando el bolso que él amablemente le alcanzó.

—Entonces no son vacaciones. ¿Negocios? —comenzó a caminar hacia la salida.

—Algo así —hizo una mueca de disgusto y él una más grande—. ¡Bueno! Ha sido un placer viajar con usted —mintió Karen descaradamente.

—Tal vez nos veamos de nuevo.

—No creo —dijo ella y se alejó hacia las escalerillas.

Él descendió más despacio, sin perderla de vista.



Dos horas después, en el aeropuerto de Lisboa y tras comer algo en el

restaurante, Karen subió al avión que la llevaría hasta la isla de Madeira.

Esta vez, recordó sacar un libro de su bolso, antes de colocarlo en el compartimento superior, con el firme propósito de que el trayecto fuera más breve. Leyó el título de la novela, «*La ventana de enfrente*» y no pudo evitar una exclamación cuando levantó la cabeza y lo vio caminando por el pasillo hacia ella.

João la saludó con naturalidad, se sentó a su lado y fue el primero en sonreír al observar la perplejidad reflejada en su cara. Karen reprimió uno de sus famosos suspiros cuando su rostro bronceado se transformó totalmente, solo por elevar un poco las comisuras de sus labios. Él se felicitó al sentir la turbación que provocaba en ella y continuó con su elaborado plan.

—Volvemos a vernos —extendió una mano para saludarla.

—Pues sí, ¿quién lo iba a decir? —carraspeó y, estrechándole la mano que él le tendía, añadió de forma profesional— Karen Preston.

Tal vez fue el inesperado ascenso del avión, ni siquiera se había dado cuenta de que estaban alzándose en el aire, o la calidez de aquella mano firme y grande, o las dos cosas a la vez, pero Karen se estremeció como si hubiera recibido una descarga y él lo percibió.

—Mi nombre es João —presionó ligeramente sus dedos entre los suyos.

—¿Portugués?

—De Madeira.

—¡Ah! —exclamó Karen como si eso lo aclarara todo. Su mano permanecía prisionera en la de él y tiró un poco para liberarla.

—¿Inglesa? —mientras hablaban, su pulgar dibujaba círculos en su palma abierta, provocándole unas cosquillas desconocidas.

—De Londres.

—Uhm.

Él por fin liberó su mano, se quitó la elegante chaqueta y un suave aroma a loción masculina emanó de su camisa dolorosamente blanca. Desanudó el nudo de la corbata, se la quitó tirando de ella y la guardó en un bolsillo; después, reclinó su asiento, estiró las piernas y suspiró largamente como si se dispusiera a echar una siesta.

Alucinada, Karen cabeceó. Era sorprendente el antes y el después. Recordó un documental de televisión donde explicaban por qué las fieras de la selva se volvían más receptivas después de comer. Igual que João que bien alimentado podía parecer incluso domesticado.

Abrió su libro y comenzó a leer.

João cerró los ojos y permaneció así durante todo el trayecto en el que no ocurrió nada. Al parecer, la inglesita era inmune a sus encantos masculinos. Encantos con los cuales no solía tener ningún problema a la hora de buscar compañía aunque, por norma general, su presencia ya era un reclamo para las hormonas femeninas, pero Karen Preston debía tenerlas muy escondidas. Ellas, las mujeres, solían lanzar la caña y él solo esperaba y luego recogía. Esta vez, y sin que sirviera de precedente, tendría que ser él quien lanzara la caña. ¡Claro que luego también recogería!

Se incorporó un poco y señaló el exterior por la ventanilla.

—Ahí esta Madeira —la sorprendió, hablándole muy cerca—. La perla del Atlántico.

Ella se asomó y procuró fijar la vista al frente, en el horizonte, y no en la parte inferior donde el azul intenso del océano amenazaba con engullirlos. No podía permitir que el pánico se apoderara de ella y se concentró en pensar que efectivamente, la isla surgía del océano como una perla brillante. Majestuosa.

—¿Ve esos destellos brillantes? —el acento portugués y su voz ronca le daban un toque exótico a cualquier frase que dijera—. Son provocados por la vegetación húmeda —indicó el exterior con una mano y le rozó la mejilla con el dorso.

Ella afirmó en silencio, maravillada por la belleza verde que se aproximaba. El avión bajó el tren de aterrizaje con una leve sacudida.

—Dios mío.

—Eso ha sido por el viento cruzado de las montañas.

Karen ignoró la explicación, se aferró a su mano y la atrajo hacia ella al oscilar en su asiento. No supo si fue debido al vértigo y al miedo a las alturas, o al contacto del brazo masculino contra sus senos, lo que paralizó su respiración. Se encontró con sus ojos grises y burlones. Solo dos líneas aceradas que no se apartaban de los suyos, y Karen supo que en ningún momento había mirado el paisaje mientras le hablaba, sino a ella.

Por alguna extraña razón, una sensación de alarma comenzó a clamar en su interior. Había leído en unos folletos informativos sobre la isla que, debido a que la antigua pista de aterrizaje se quedaba corta y resultaba muy peligrosa para los aterrizajes, esta había sido alargada pero como faltaba tierra lo resolvieron colocando un puente sobre el mar con enormes pilares que formaban el aparcamiento, dando un resultado sorprendente e ingenioso y sobre todo aterrador.

—Dios mío —repitió, clavándole las uñas en el brazo y cerrando los ojos.

—Tranquila —le dio unos golpecitos animosos en la mano—, no volverá a ocurrir.

—¿El qué? —su voz sonó estrangulada.

—Lo de 1997. El avión se salió de la pista, planeó sobre el mar y terminó estrellándose contra un puente. Pero eso fue hace mucho, esta pista es muy segura. Mucho más.



Poco después, caminaban por el aparcamiento y escuchar los aviones aterrizando en la pista, a menos de setenta metros sobre sus cabezas, no terminaba de tranquilizarla. Karen caminó deprisa y se dio cuenta de que João viajaba sin equipaje. Agradeció que él se hubiera ofrecido a llevar el suyo, y aceleró el paso como si la persiguieran hasta que llegó a la salida y esperó a que él la alcanzara.

La luz del sol resultó bienvenida y los envolvió una suave brisa que impregnaba el aire de un aroma dulzón. Karen inspiró profundamente y dejó su bolso de viaje junto ella, miró alrededor en busca de alguno de los llamativos taxis amarillos, y con fastidio se fijó en João que sacudía su impecable y arrugada chaqueta, antes de ponérsela.

—No hay ningún taxi.

—No.

Ella arrugó la nariz.

—Huele a Jasmín y anís.

—Es por el *funcho*, una variedad del hinojo que crece por toda la isla —le explicó, llamando con un gesto al conductor de un coche que se acercaba.

—En realidad, huele a regaliz.

Él esbozó una leve sonrisa y asintió, agarró sus maletas y rodeó el espectacular deportivo rojo que acababa de llegar. Un chofer uniformado comenzó a cargarlas en el maletero y ella se acercó apresurada.

—¡Ey! Son mis maletas. ¿Qué cree que está haciendo?

El chofer miró a João desconcertado, y este con un gesto le indicó que continuara.

—Ayudarla a llegar a la capital. A estas horas tardará un año en conseguir un taxi y ya que los dos nos dirigimos hacia Funchal y tenemos más de veinte kilómetros de distancia.

Ella vaciló un instante. En realidad, era lógico que alguien que había compartido varias horas de viaje a su lado, le ofreciera continuar juntos. Incluso podrían definirse como, ¿conocidos? Él esperaba con la puerta abierta a que ella entrara en el lujoso descapotable y sin dudarlo, le sonrió, le dio las gracias y cuando se sentó, contó: uno, dos.

—Es un coche biplaza —exclamó mirándolo—, ¿qué ocurre con el chofer?

—No se, irá caminando.

Se sentó junto a ella, dio el contacto y salieron del aparcamiento mientras dejaban atrás la uniformada silueta del conductor que caminaba cabizbajo hacia la concurrida parada de taxis.

Nada más abandonar el aeropuerto, tomaron la autopista hasta la entrada a la ciudad donde disminuyeron la velocidad para internarse en una carretera convencional. Cruzaron entre numerosos tenderetes, nativos ataviados con trajes típicos de la isla ofrecían frutas, plantas y tapices a los conductores y Karen se mostró impresionada por la belleza que desprendía cada rincón donde miraba. Reconoció que Marina llevaba razón al asegurarle que aunque estaban en el mes de diciembre, la temperatura era excepcional, incluso cálida comparada con el frío Londres. Observó los puestos de artesanía que dejaban atrás y decidió que en cuanto las cosas se solucionaran con el despiadado, volvería por allí y compraría algunos recuerdos.

Al entrar en la capital, João le fue hablando de los edificios emblemáticos que dejaban atrás. Con su peculiar voz grave le fue explicando detalles anecdóticos de cualquier cosa y Karen se dio cuenta de que aquel hombre había cambiado nada más poner un pie en tierra.

Se notaba que conocía perfectamente la isla; de vez en cuando, le tocaba en el hombro para reclamar su atención y ella seguía con la mirada todo lo que le mostraba. Comprendió que João formaba parte de Madeira, era un hombre que se encontraba en su elemento. Observó sus cabellos negros y ondulados meciéndose por la brisa mientras ella sujetaba los suyos que escapaban de su moño por la velocidad del coche, y cuando lo vio sonreír de nuevo, pensó que si fuera otra mujer, creería que quería quedar con ella. Pero un hombre como aquel.

Poco después el coche se adentró en el centro de la ciudad por

empinadas carreteras, algunas parecían verdaderos laberintos de calles y callejuelas pero João ascendió sin dificultad, manejando con habilidad.

—¿Dónde se hospeda? —fingió no saberlo.

—En el Gran Hotel Wellington. ¿Lo conoce?

Él afirmó con la cabeza y sonrió.

Ella no pudo reprimir una exclamación al observar las calles engalanadas con luces de todos los tamaños y colores que formaban figuras religiosas y dedicadas a temas navideños.

—Eso no es nada; de noche resulta más impactante —la informó él girando a la derecha en una calle tan estrecha que nadie diría que podría albergar un coche circulando por ella—. Espere a ver el espectáculo de Funchal en Navidad. Se trata de un grandioso pesebre que se coloca en el anfiteatro y más de doscientas cincuenta mil lámparas de colores lo iluminan por la noche. Y luego están las *Lapinhas*, de hecho en el Gran Hotel Wellington podrá ver una, magnífica. Se trata de belenes decorados con centros de frutas y trigo fresco que se utilizan para recrear nacimientos en los vestíbulos de muchos lugares de la capital.

—Jamás hubiera imaginado que fuera así —le confesó ella sin perder detalle de todo cuanto veía a su paso—. Por lo que veo, aquí son muy tradicionales.

João la miró de reojo y prefirió no explicarle, sin insultarla, lo que él entendía por tradicional. Giró por la Avenida Arriaga, una de las principales de la ciudad y en unos minutos llegaron a la entrada del hotel. Karen se quedó cautivada por la impresionante escalinata de mármol blanco que conducía a las enormes puertas de cristal. Admiró su arquitectura señorial, que parecía brotar de una novela de Agatha Christie, y descendió del coche. No podía dejar de observar la majestuosidad del Gran Hotel Wellington. Recordó que allí se habían hospedado aristocráticos pasajeros que viajaban a la isla en los trasatlánticos a principios del siglo xix y que sus muros de color rosa personificaban a la perfección la romántica edad de oro del lujo, la opulencia y el *savoir faire* de la aristocracia. Sin olvidar los opíparos y famosos banquetes de sus impresionantes salones.

João rodeó el coche mientras ella trataba de recomponer su moño con las horquillas que no había perdido en el camino. Un muchacho con uniforme verde, como los botones de antes, descendió a la carrera y se dirigió a João en portugués. Ambos hablaron durante unos segundos, el joven parecía algo azorado, y enseguida atendió las instrucciones que recibió. Karen quedó

impresionada al ver lo respetuoso, casi reverente, que podía llegar a ser el personal de un hotel tan exclusivo y selecto. Se sintió un poco princesa de cuento cuando el muchacho cogió sus maletas, y la miró con una rendición que muchas divas quisieran para ellas, y estuvo a punto de pedirle que no volviera a inclinarse para hablarle o se sonrojaría. Subieron hasta las enormes puertas de cristal. Estaba ansiosa por darse una ducha y refrescarse del viaje, se giró para despedirse de su eterno compañero de viaje y se topó con él que la seguía a poca distancia.

João se encontró frente a su hechicera sonrisa y sintió un impulso. Alzó una mano, soltó las tres horquillas que apenas sujetaban su moño y una cascada de mechones rubios se desparramó sobre los hombros de la inglesa. El cambio que se produjo en ella lo dejó sin palabras.

—Bueno —balbuceó sorprendida por el gesto—. Aquí nos despedimos.

—Tal vez nos veamos —le tendió una mano y clavó sus ojos grises en los suyos.

—No creo —aceptó el apretón.

—Eso ya lo dijiste en Lisboa —la tuteó sin soltarle la mano.

—Esta vez no creo que las líneas aéreas puedan hacer mucho al respecto.

—Podríamos comer mañana juntos, cuando soluciones tus negocios.

—No sé. Será mejor que me sueltes la mano —replicó ella con un mohín. Y es que al decir negocios, sus dedos quedaron estrujados entre los de él.

—Te veo mañana para comer —aquello sonó a amenaza.

Le sonrió de una manera extraña, descendió la escalinata, se montó en su descapotable rojo y se marchó a gran velocidad dejándola allí parada con el botones uniformado y sus dos maletas.



João cruzó la ciudad que lentamente se iba vistiendo de luces festivas, estaba anocheciendo y maldijo en voz alta. Aquella mujer cursi, que no dejaba de sonreír nunca, le había hecho perder un día entero en un viaje que solía durar apenas tres horas. Afortunadamente, tardaría muy poco en desenmascarar a la inglesa sosa y aburrida y el asunto se daría por zanjado.

Salió del centro de la ciudad y enfiló la carretera que llevaba a la costa pero ni aún así mejoró su humor. La frondosa vegetación que dejaba a su paso, y el atardecer calmo que caía sobre las montañas, eran incapaces de caldear su espíritu y su cólera. Más bien al contrario. El mar rompiendo contra las rocas que siempre lo saludaba cuando regresaba de sus viajes y apaciguaba sus demonios internos, le dio la bienvenida pero también avivó su furia.

Disminuyó la velocidad y se acercó a una pequeña casita blanca de tejados rojos y brillantes. El coche de Ramalho se divisaba desde el exterior, tocó el claxon y se internó en el jardín. Su amigo lo recibió con unos cómodos vaqueros y una camiseta informal y cerró la verja.

João lo saludó con la mano y estacionó cerca del porche. Le gustaba visitar a Ramalho y a su esposa, Candela, porque ellos dos eran lo más parecido a una familia que conocía. No porque él quisiera involucrarse en sus vidas, sino porque ellos constantemente se lo demostraban.

Él jamás se implicaría con nadie hasta ese extremo.

Respiró hondo, como el guerrero que regresara a casa después de la batalla, se recostó en el balancín y alzó la vista al cielo. Observó la luna llena, era una hermosa noche y el mar estaba aparentemente calmado, aunque se agitaba en su interior. Algo parecido a él que jamás sentiría aquella paz que se respiraba en el hogar de Ramalho. Inspiró el aroma que embriaga el ambiente y, al hacerlo, suspiró como recordaba que lo hacía cierta inglesita aburrida cuando se encontraba en apuros.

No supo por qué, pero el frescor de la vegetación y el perfume de las mil variedades de flores que cultivaba Candela le llevaron de nuevo a pensar en la mujer, en la risa cantarina que lo sacaba de quicio y en su voz dulce y relajante.

—¿Cómo fue? —se interesó Ramalho, sentándose a su lado y ofreciéndole una cerveza.

—Ha sido horrible —se arrellanó en el balancín y comenzó su pavoroso relato.



Cuando Karen terminó de cenar en el lujoso restaurante, subió a su

habitación. Como Marina le dijo, el Gran Hotel Wellington era extravagante, pero también tenía la comodidad y tranquilidad que sus selectos huéspedes exigían; además, estaba muy bien situado, en el centro de Funchal. La joven insistió en que debía hospedarse allí, porque allí, precisamente, era donde vivía *el despiadado* cuando no estaba de viaje. Concretamente en la sexta y última planta, la cual era de su uso exclusivo.

Lo mejor de todo era que podría desplazarse a cualquier lugar caminando. Había descubierto que Funchal en diciembre era tan entretenido como en pleno verano; aunque tampoco había viajado por placer, se repitió recordando al atractivo compañero de viaje. Su visita a la isla tenía un fin y no era disfrutar de sus encantos ni de su clima, sino enfrentarse a una enorme borrasca llamada Wellington Bernades.

Cuando confirmó su llegada al hotel, un botones la acompañó por la elegante moqueta azul de la segunda planta. Se entretuvo admirando las maravillosas obras de arte que cubrían las paredes tapizadas en tonos pastel y de vez en cuando pidió disculpas al muchacho que la esperaba pacientemente, unos pasos por delante de ella. Todo estaba decorado con un gusto exquisito. El mobiliario blanco, jarrones llenos de flores y frutas tropicales por estratégicos rincones la hicieron pararse más de una vez para admirar la perfecta armonía de la decoración. Cuando llegó a la habitación, el empleado le comunicó que era una suite de invitados y le rogó que cualquier cosa que necesitara, solo tenía que descolgar el teléfono y pedirla. Karen se sintió abrumada y, después de despedirse de él, lo primero que hizo al entrar fue descalzarse y tumbarse en la cama con un suspiro.

Ahora, después de cenar y de nuevo tumbada en la enorme cama de la suite, supo que no podía retardar más el momento de llamar al señor Bernades, aunque eso significara terminar mal el día, pero lo había ido dejando para última hora y no tenía sentido prorrogar más la espera.

Se levantó decidida a ser breve y concisa en su tarea, ella se caracterizaba por ser una mujer que no daba muchos rodeos en las circunstancias adversas de la vida, y desgraciadamente había vivido un par de ellas para saber de lo que hablaba. Se sentó en uno de los cómodos sillones blancos, marcó el número del teléfono móvil que le había grabado Marina y cruzó los dedos.



A unos kilómetros de distancia, en casa de Ramalho, los dos hombres reían por algo que João acababa de comentar en el jardín. Candela, una bonita joven de cabellos muy cortos y rostro expresivo asomó la cabeza por el dintel de la puerta.

—La cena está lista, chicos.

—Vamos, te quedarás a cenar, ¿no? —dijo Ramalho levantándose del balancín.

—Por supuesto que sí —aseguró Candela llegando al porche, se llevó una mano a su enorme barriga y se paró frente a ellos—. Hoy preparé un plato que te entusiasma, João.

—Ya queda poco para que llegue el bebé —se acercó a ella, la besó y luego posó suavemente una mano en su tripa abultada.

—Sí, espero que no me sorprenda fuera de casa —sonrió complacida mientras entraban en la casa.

—No deberías permitir que tu esposa trabaje tanto en estas condiciones, Ramalho —João se sentó a la mesa y Candela comenzó a servir la cena—. ¿No te pago lo suficiente?

El matrimonio se miró y ambos sonrieron. Afortunadamente, conocían demasiado bien a João y no se sorprendían por los directos comentarios de su amigo. En realidad, aquella brusquedad solo era un modo lujoso de sentir su preocupación. Aunque fuera un sentimiento que él nunca reconocería que sintiera.

—Me pagas un generoso sueldo, amigo. Mucho más de lo que necesito —le palmeó el hombro animosamente—. Es ella la que no consiente que le ayude.

—Puedes buscar a alguien para que lo haga —João no entendía ciertas cosas.

—Me gusta ocuparme de mi marido, gracias. Deberías saber que el dinero no siempre demuestra los sentimientos. Disfruto planchando su ropa, preparando su comida y esperándole en el porche; también preguntándole qué tal le ha ido y no me gusta que pase largas semanas fuera de casa —carraspeó y miró directamente a su amigo para saber si había captado la indirecta.

—Todo eso podrías hacerlo sin cansarte y Ramalho tendría la certeza de

que estás bien cuidada y que no te falta nada.

Candela se sirvió un vaso de agua, levanto el tenedor a modo de advertencia y entornó sus bonitos ojos oscuros al hablarle.

—Eso es lo que tú haces con Marina pero, ¿dónde queda el amor?

João hizo una mueca.

—Candela, es mejor que no hablemos de ese tema —le pidió suavemente su esposo.

—Déjala —su amigo negó con la cabeza y miró a la muchacha de nuevo — el amor, mi querida amiga, se queda ahí —señaló el aire— a disposición de los ilusos y los necios que piensan que solo se necesita respirar el mismo aire que el otro para alcanzar la felicidad. Eso, mi amiga, no existe.

—No me doy por aludida, querido João.

—No lo esperaba —resolvió él tranquilamente—. ¿Me sirves un poco más de atún, por favor?

—Puede que algún día te tragues esas palabras —le puso un generoso filete en el plato y lo regó con salsa.

—Sí, y puede que ese día no llegue jamás.

La melodía del móvil comenzó a sonar en el bolsillo de la chaqueta de João.

—¡Vaya! —miró la pantalla iluminada—. Es ella.

—¿Cómo lo sabes? —Ramalho se asomó para comprobarlo.

—Marina me dio el número para que me pusiera en contacto con ella y lo grabé.

—¿Quieres contestar de una vez? Va a colgar —le aconsejó Ramalho.

—Si lo hago, sabrá que soy yo.

—De eso se trata ¿no?

Candela carraspeó para hacerse notar.

—¿Qué pasa? ¿Quién es ella? ¿Por qué «ella» no puede saber que tú eres tú? ¿Me lo vais a contar o esperaréis a que nazca el niño?

La melodía termino de sonar.

—Son cosas de João —justificó su marido—, asuntos suyos.

—¡Ja! —replicó ella—. ¿Qué le has hecho esta vez, sea quien sea la pobre infeliz? Es que nunca te aburrirás de darles esperanzas y después, — hizo un gesto de desprecio con la mano—. La mayoría de la mujeres del mundo dejarían de hablarme si supieran que eres mi amigo, además de envidiarme —añadió en voz baja.

—Ese es un privilegio del que solo gozas tú, querida Candela — sonrió

João, guiñándole un ojo—. Y yo nunca le doy esperanzas a nadie. Deberías saberlo.

Capítulo 3

Al día siguiente muy temprano, el señor Bernades se dirigió hacia el departamento de seguridad que estaba ubicado en la planta privada. Todo estaba controlado, su plan B comenzaba desde ya y, después de ver en la pantalla del móvil el indicador de doce llamadas perdidas de la inglesa, supo que funcionaría.

Anabel, su secretaria, le comunicó que la señorita Preston llevaba toda la mañana buscándole, pero que siguiendo sus órdenes le había dicho que el señor Bernades estaría fuera de la isla durante unos días. Él asintió y cruzó al despacho de Ramalho, que precedía al suyo a través de unas enormes puertas de cristal.

—Conecta todos los monitores del hotel —exigió sin preámbulos y pasando al interior.

—¿Qué quieres decir? —Ramalho alzó la cabeza de unos documentos.

—El hall, los jardines, las piscinas, los salones y restaurantes, los pasillos, todo.

—¿Qué buscamos? —se preocupó su amigo.

Hubo una época en la sufrieron algún sobresalto que otro con un intento de atentado cuando se hospedaba un político famoso y tres conatos de incendios provocados que nunca se resolvieron. La urgencia de su jefe le hizo temer lo peor porque, casualidad o no, todo ocurría cuando Marina estaba en Funchal y solo faltaban unos días para que regresara de Londres.

—Dirás mejor a quién buscamos —escrutó con atención todas las pantallas expuestas.

—¡Oh! Vamos. ¿Todavía sigues con eso? —no pudo evitar el tono de fastidio, aunque respiró aliviado.

—¿Todavía? Pero si ni siquiera he empezado —se acercó más a los monitores.

—Creí que ya lo habrías olvidado después de ignorar anoche todas sus llamadas, y daba por hecho que hoy te presentarías ante ella educadamente, hablarías, justificarías tu actitud, que no comprendo por cierto, y pondrías fin a esta pesadilla.

El duro semblante de João se alzó de una de las pantallas y se clavó

directamente en el sereno de su amigo. Este supo leer claramente la advertencia de «cállate» en su mirada gris y reparó en que iba vestido con ropa informal. Hizo una mueca al ver las zapatillas deportivas, la camiseta blanca de algodón y los pantalones vaqueros y desgastados que conocieron mejores años.

—¿Hoy no trabajas, jefe? —le preguntó con ironía.

—Ahí está —João ignoró sus palabras y señaló un punto dorado y rojo en el monitor—. ¿Qué diablos hace?

—Pues —se acercó para ver mejor y añadió sorprendido—, parece que en este preciso instante se dispone a entrar en este despacho —se escucharon unos suaves golpes en la puerta.

—Se supone que la sexta planta es inaccesible —estaba realmente enfadado—. ¿De qué grado de inaccesibilidad hablamos, Ramalho? ¿Uno que es capaz de traspasar una indefensa mucha chita?

—No lo entiendo —el jefe de seguridad se defendió, confuso.

—¿Dónde crees que vas? —lo sujetó por una manga al alejarse.

—¿A abrir? Están llamando.

—Sácala de aquí, no debe verme contigo —se dirigió hacia su despacho y abrió las enormes puertas de cristal—. Deshazte de ella, dile cualquier cosa y sácala de mi planta privada. Después quiero hablar contigo —terminó con un tono capaz de helar la sangre.

Cerró tras él y echó las cortinas abatibles, ocultando por completo su despacho. Ramalho se pasó una mano por los cabellos rizados y abrió la puerta.

Una joven rubia y radiante le sonrió y en ese instante comprendió lo que João le había comentado de ella. Karen era encantadora y su sonrisa era capaz de derretir un témpano de hielo. Llevaba unos pantaloncitos cortos de color blanco y una ajustada camiseta roja de tirantes sobre la que descansaba una sudadera del mismo color. Sus cabellos rubios escapaban en gruesos mechones de una graciosa gorra roja con un escudo blanco y, cuando levantó la visera, la sonrisa de sus ojos iluminó su bello rostro. Era casi tan alta como él y, sin dejarla pasar, salió al corredor cerrando la puerta.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, señorita Preston? —le habló en inglés con un marcado acento.

A ella le extrañó que conociera su apellido pero prefirió ir al grano.

—Busco al señor Bernades. ¿No es este su despacho? Me dijeron que se encontraba en la sexta planta.

—Sí, es su despacho, acompáñeme —la condujo del brazo hacia el ascensor—. Soy el jefe de seguridad del Gran Hotel Wellington y mi nombre es Ramalho Ortigao —le estrechó la mano—. Pero lamento decirle, señorita, que el señor Bernades no se encuentra aquí en estos momentos. No podrá recibirla a pesar de su insistencia.

—¿Le habló de mí?

—¿Por qué supone eso? —se ajustó el nudo de la corbata.

—Bueno, usted sabe mi nombre y que me urge encontrarle. Por lo de la insistencia, ya sabe,

—Sí, uhm, él estará fuera de la isla durante unos días, ¿no se lo dijo su secretaria?

—¿Anabel? —él abrió mucho los ojos—. Por supuesto que me lo dijo, es una secretaria muy eficiente y convincente; pero esas cosas siempre se dicen —pasó al ascensor y saludó al muchacho uniformado con una sonrisa.

Ramalho lo fulminó con la mirada y le indicó algo que no sonó muy bien en su idioma. El muchacho enrojeció hasta las puntas de las orejas y cabizbajo le contestó entre balbuceos mientras pulsaba el botón para bajar. Karen supo que su insistencia para que le dejara subir a la sexta planta, era el motivo de que ahora se viera tan afligido, pero la voz agradable del jefe de seguridad volvió a hablarle a ella en inglés y abandonó sus cavilaciones.

—Pues esta vez, esas cosas que a veces se dicen, son ciertas. El señor Bernades no está en Funchal. Tuvo que marcharse y me indicó que hiciera todo lo posible para que se sintiera cómoda en el hotel. Trate de divertirse hasta que regrese, señorita Preston. Hágame caso, disfrute de unos días inolvidables en la isla y espere a que él se ponga en contacto con usted.

La puerta del ascensor se abrió y la acompañó hasta el centro del vestíbulo.



Una joven de cabellos muy cortos y una enorme barriga les hizo una señal desde la entrada y se acercó a ellos ante la atónita mirada del jefe de seguridad.

Bastante rato después, Ramalho regresó a su despacho donde un alteradísimo João rugió nada más verle pasar.

—¿Dónde la has llevado? Has tardado siglos en quitártela de encima.

—Tuve que convencerla de que no estabas aquí. Es dura de engañar.

—Bien, terminaré con esto de una vez ¿Dónde se quedó? ¿En la cafetería?

—Ehh —se enfrentó a la aniquiladora mirada de su jefe—. Se marcharon de compras.

—¿Se marcharon? —inquirió con voz de barítono.

—Candela y ella. Se conocieron en el vestíbulo y no tuve más remedio que presentarlas. Le estaba aconsejando a Karen que se divirtiera por la isla cuando llegó Candela, dijo que iba al centro y...

—Y solo te faltó darle las llaves de tu coche —terminó João con sarcasmo— se trata de desenmascararla, no de hacerle la vida más agradable —se alejó hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—A esperarla y a terminar con ella —Ramalho sonrió y eso enfadó mucho más a su amigo—. Es una embaucadora, te lo advertí. No te dejes impresionar porque esa inglesa es capaz de seducirte con suspiros y sonrisas inocentes.

—¿Seducirme? —le preguntó suavemente—. ¿Te sedujo, amigo?

—Pues claro que no. ¡Qué absurdo! La seducida y engañada será ella.

—Entonces, ¿por qué te tomas tantas molestias? Hoy no trabajas, te has vestido como un huésped en tu propio hotel y hasta tu aspecto parece más, juvenil —buscó las palabras.

—Tengo treinta y ocho años. No soy tan viejo —se defendió.

—¿Viejo en general o a su lado?

—Si estás intentando decirme que mi interés por ella va más allá de la venganza, te equivocas.

—¿De qué venganza me hablas? Ayer en Londres no podías esperar a llegar a Funchal. Querías aniquilarla en el mismo avión para que no pusiera un pie en la isla. Y ahora resulta que quieres enamorarla y traicionarla para que ella no pueda hacerlo. Pero no como el señor Bernades, sino como el encantador muchacho que no eres.

—Exactamente, veo que lo has comprendido a la perfección.

—Eso implica vestirme de un estilo más acorde con ella para no desentonar, hacerte pasar por un agradable isleño, enseñarle la isla, enamorarla.

—Exactamente —repitió—. Y espero tener esta tarde a primera hora su

expediente completo encima de mi mesa.

No le dio opción a replicar y salió con grandes zancadas del despacho.



Ya eran casi las tres de la tarde cuando Karen llegó con sus nuevos amigos a la puerta principal del hotel. Después de pasar un rato agradable con Candela, la esposa del jefe de seguridad del Gran Hotel, conoció a un grupo de escandalosos turistas ingleses y pasó el resto de la mañana con ellos. Ahora, mientras observaba el rostro impenetrable y hosco de João, que la esperaba pacientemente apoyado sobre su descapotable rojo, se despidió efusivamente de sus compatriotas que la acompañaron hasta las escaleras. Todavía charlaron durante unos interminables minutos de jolgorio y escandalosas risotadas y después de intercambiarse los números de teléfono, y prometer ponerse en contacto a su regreso a Londres, por fin se alejó de ellos.

Cuando se quedó sola ante la imponente escalinata de mármol se giró hacia él, sentía sus fríos ojos grises clavados en la espalda y eso la perturbaba hasta el punto de no poder moverse. Al mirarlo, lo encontró diferente. Tal vez eran sus ropas deportivas, o su aire insolente y altivo, el caso es que lo encontró realmente abrumador y se alegró de que no hubiera olvidado su cita para comer. Había estado toda la mañana pensando en él; sobre todo, desde que supo que no tendría que soportar la insidiosa presencia del señor Bernades hasta dentro de unos días. Además, el recuerdo de una cita con un hombre como el que la esperaba ceñudo a menos de dos metros, era más estimulante para el recuerdo de su viaje a Madeira que cualquier bordado o tapiz que pudiera comprar en los tenderetes que bordeaban las calles de Funchal.

Él ni siquiera se movió cuando Karen se acercó lentamente, se limitó a recorrerla de arriba abajo con sus ojos acerados, y a ella le pareció que sus pantaloncitos eran mucho más cortos que cuando los escogió por la mañana. Tiró de la sudadera para alargarla sobre sus piernas y él detuvo su mirada en la curva de sus senos.

—Llevo esperándote un buen rato —si cinco horas podía llamarse un rato.

Le metió un mechón rubio detrás de la oreja y le dio un beso fugaz en los labios.

El gesto sorprendió a Karen que, nerviosa, se ajustó la gorra en la cabeza y se apoyó junto a él en el coche, más que nada para evitar que siguiera mirándola de aquella manera tan descarada.

—No creí que fuera tan tarde, el tiempo pasó volando.

—¿Quiénes son? —señaló con la cabeza a los turistas que se alejaban por la avenida.

—Unos amigos que conocí en el puerto. Me comentaron que iban de excursión a lo más alto de la ciudad y no te lo vas a creer.

—Sorpréndeme.

—Pues descendimos las calles empinadas, más de dos kilómetros de curvas y pendientes enormes, en unos trineos de mimbre tirados por unos hombres vestidos de blanco y con sombrero de paja.

—Sí, los *carinhos do cesto* o los toboganés, como los llamáis los turistas.

—Ha sido alucinante, jamás imaginé que montaría en trineo por calles asfaltadas —añadió ilusionada.

Él ignoró el comentario y dejó de escucharla, abrió la puerta del coche y la invitó a pasar. Luego se inclinó sobre ella, apoyó un dedo sobre una de sus rodillas desnudas y recorrió lentamente el contorno de su pierna hasta llegar donde comenzaba el pantaloncito corto y el elástico de la sudadera.

—Veo que te gustan las emociones fuertes —su voz fue un suave ronroneo.

—Bueno, lo desconocido es estimulante —observó su dedo internándose por su muslo y ella movió la pierna, inquieta.

—Estimulante, ¿eh? —repitió como si recordara algo—. Sé lo que necesitas para terminar de animarte el día, inglesa.

Dejó de atormentarla con la caricia de su mano y le sonrió como jamás vio hacerlo a ningún hombre real. Sin decir nada más, cerró la puerta, rodeó el deportivo y subió a su lado. Karen no supo qué decir. Se quedó callada mientras esperaba a que su pulso se normalizara y procuró que él no notara lo impresionada que estaba. Los latidos del corazón le punzaban en la garganta y sus manos temblaban ligeramente.

Aquel hombre tenía una facilidad asombrosa para aturdirla. Sabía que solo era una sensación provocada por el atractivo irresistible que él desplegaba a raudales. Había estado con hombres muy guapos, por supuesto,

pero nunca con uno como João.

El coche se deslizó velozmente hacia el norte de la isla por una carretera de curvas cortas y redondas en las que la vegetación crecía salvaje y llena de color. Durante un buen rato, Karen miró de reojo cómo las ruedas se ceñían a riscosos acantilados hasta que al salir de un túnel fueron salpicados por una pequeña cascada que fluía de la misma montaña enriscada.

Ella dio un gritito de sorpresa y al no escuchar carcajada alguna, observó con cautela el rostro concentrado de João. Después se fijó en el borde pedregoso, bordeado caprichosamente por orquídeas del tamaño de naranjas, y contuvo la respiración sin atreverse a mirar abajo, donde a mucha distancia el mar batía con fuerza contra las rocas. Sabía que se marearía si seguía mirando y trató de distraerse en algo. Se giró hacia él y por un breve instante lo vio sonreír. Su perfecta musculatura resaltaba a través de la camiseta blanca y tuvo que admitir que envidiaba a la mujer que fuera capaz de atrapar a aquel hombre.

—¿Dónde vamos? —le preguntó al ver que entraban en un camino de piedra y su estómago se tranquilizaba.

—A comer —retiró una mano del volante y le dio un toquecito en la rodilla—. Será estimulante, te lo prometo.

El coche giró de nuevo a la izquierda y se paró bajo unos árboles enormes cuyos troncos estaban cubiertos por plantas trepadoras y buganvillas. João le indicó que lo siguiera y para asegurarse de que no salía corriendo, la sujetó por un brazo con amabilidad.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —titubeó Karen al ver que caminaban hacia un enorme cortado.

Frente a ellos, a mucha distancia, se divisaba una pequeña edificación de piedra y en medio... nada. O mejor dicho, abajo el mar golpeaba contra una preciosa playa de enormes rocas negras que parecían canicas por la distancia; un poco más allá, viñedos, plantaciones de plátanos y otros frutales que apenas se distinguían por la altura comenzaron a emborrarse ante ella obligándola a retirar la mirada.

João volvió a sonreír y esta vez ya no le pareció tan encantador. Ella retrocedió pero él apretó su mano y la retuvo junto a él.

—Creí que te gustaban las emociones fuertes —la agarró por la cintura.

—Si es una broma, no tiene gracia —procuró no dar un paso más. En realidad toda ella se puso alerta y sus músculos se tensaron.

Un pequeño habitáculo amarillo se acercó lentamente hacia ellos,

oscilante y amenazador, atravesando el vacío hasta que tocó tierra y se paró justo enfrente.

—Vamos —le indicó él suavemente—, será toda una experiencia.

Ella se resistió y después de un desesperado forcejeo, la empujó dentro y saltó a su lado.

Karen cerró los ojos al sentir que aquel aparato demoníaco oscilaba en el vacío y un sudor frío comenzó a apoderarse de su cuerpo. Sus piernas se negaron a moverse y se dejó caer de rodillas al suelo. João pulsó el botón que lo ponía en marcha y se acercó a ella dispuesto a saborear la victoria, se puso en cuclillas a su lado y le pasó un brazo por los hombros como si fueran amigos de toda la vida.

—Impresionante, ¿verdad? —le dio una palmadita en la espalda y la miró sonriendo.

Ella seguía con los ojos cerrados, la cara pálida y los puños cerrados mientras temblaba y murmuraba algo que se parecía bastante a una plegaria.

—Vamos, inglesa, solo es un poco de altura, además las vistas son estupendas —ella ni siquiera se movió—. Mira allí, ¿ves aquellas casitas triangulares con tejados de paja? Pero mira, mujer, desde aquí parecen las casitas de los gnomos.

Karen no respondió, su cuerpo tenso seguía clavado de rodillas en el centro del aparato.

—Oye, no me irás a decir que estás mareada por un poco de acción y aventura. Si no recuerdo mal, te encantó la emoción de los toboganes —esta vez, su voz no sonó tan divertida y se asomó a su cara para mirarla. Gruesas lágrimas rodaban por su rostro pálido y sus labios repetían en silencio su interminable rogatoria—. Maldita sea, inglesa, dijiste que te ponían nerviosa las alturas, no que tuvieras aerofobia —la sacudió por los brazos y masculló algo malsonante en su idioma.

Él solo quería darle un escarmiento por haberle hecho esperar cinco horas mientras se divertía en la ciudad, porque a João Bernades nadie le tomaba el pelo, pero en ningún momento entró en sus planes provocarle una crisis nerviosa a una mujer que ya era bastante histérica.

Se movió a su lado y con mucho trabajo consiguió estirar sus piernas y tumbarla en el suelo, entre los asientos.

—No pienses que estamos a mucha altura —ella gimió al escucharlo y él trató de cambiar sus consejos con rapidez—, mejor, no pienses nada —la abrazó y procuró que su rostro quedara cubierto con su cuerpo y no mirara al

vacío que bailaba bajo ellos.

Ella no pronunció palabra alguna y João se alegró cuando la sintió reaccionar al contacto de sus manos. Le frotó los brazos por encima de la sudadera y pensó que así cesaría el castañeteo de sus dientes. Karen le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su pecho con fuerza. Parecía faltarle el aire y sus labios se entreabrieron mientras jadeaba por el miedo.

—Eso es, piensa en otra cosa.

—¿En qué?

Él dudó un instante y la besó en la boca para distraerla. Karen se agitó bajo su cuerpo y sus ojos se abrieron como platos.

—Te juro, inglesa, que esto no estaba planeado —se defendió, solemne.

Se acomodó sobre ella que gimió al sentir sus senos aplastados por su pecho y volvió a disculparse con una mirada.

—Estoy segura de que el azar no nos ha traído a este lugar — recordó el abismo que había bajo ellos y gimió dolorosamente.

—Es cuestión de puntos de vista.

—Revélame el secreto —exigió con rabia.

—¿Qué secreto? —se separó para mirarla y alertado por los derroteros que tomaba la conversación.

—Tu secreto para tener la conciencia tranquila.

—Tener la conciencia tranquila es fácil —repuso más relajado.

—Sí, teniendo en cuenta que me has obligado a estar suspendida en un cacharro oscilante sabiendo que no soporto las alturas.

—Bueno, si quieres una tortilla debes romper algunos huevos.

—¿Qué quieres decir? ¿Falta mucho para llegar? —su voz perdió fuerza en la última pregunta.

—Nada —decidió no delatarse todavía—. Y sí, falta bastante —añadió con un punto de maligna ironía. Tener a la inglesa tumbada de espaldas y entre sus muslos le empujaba a ser malvado. Se incorporó sobre un brazo y se asomó por la ventanilla—. Estamos cruzando sobre un viñedo, pero vamos yo no me molestaría en asomarme porque ni se aprecian las parras ni nada. Solo unos matojos verdes y lejanos.

—¡Oh! Dios mío...

Karen lo aferró con fuerza por los cabellos oscuros y se arqueó bajo su cuerpo. Él buscó una posición más cómoda, rodó en el suelo y se tumbó sobre su espalda, llevándola con él. Atrapó una de sus piernas entre las suyas para mantenerla cerca y supo que no fue buena idea cuando ella quedó a

horcajadas sobre sus caderas. Ahora era Karen la que manejaba la situación y era la primera vez que se encontraba así: a merced de una mujer desesperada, asustada y diría que excitada.

—Ya falta poco para llegar —le recordó para tranquilizarla de verdad.

La sujetó por las caderas para que dejara de moverse, aquella fricción lo estaba matando y juró en su idioma al sentir una evidente erección bajo los pantalones. João rodó de nuevo sobre su cuerpo para colocarse sobre ella y aliviarse del tormento de sus roces, pero entonces el teleférico osciló y ambos se escurrieron hacia un rincón. La miró para saber si ya se encontraba mejor y observó en sus ojos dorados un matiz ligeramente sexual que nada tenía que ver con el miedo.

—Aguanta un poco, ¿vale? Y no te muevas más o será peor.

—¿Peor? ¿Qué puede ser peor?

—No me gustaría decírtelo.

Ella coló sus manos heladas bajo su camiseta, le recorrió la espalda y se apretó contra él buscando su cercanía por si decidía contárselo.

João pensó que había hecho todo lo que estaba a su alcance para que aquello no ocurriera, incluso había tratado de distraerla, pero cuando ella le rodeó las caderas con las piernas, dejó de pensar.

Era obvio que la inglesa se sentía atraída hacia él, desde que se conocieron se lo comía con la mirada. También tenía que reconocer que ella no estaba mal y que lo había excitado de tal manera que por un momento podía olvidar que solo deseaba descubrir sus sucias intenciones y divertirse con su derrota.

Karen sintió sus fuertes brazos rodeándola y suspiró agradecida. Jamás había sentido tanto miedo y sensaciones dispares al mismo tiempo. El temblor de sus dientes y el pánico helado había ido sustituyéndose por un calor abrasador que se propagaba por su cuerpo quemándola ahí, donde él presionaba con una impresionante erección. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al comprender lo excepcional de la situación. Aquella era realmente la experiencia más excitante de su vida y João tenía razón. Sus caricias, y las sensaciones nuevas que él despertaba en su cuerpo, la distraían y le hacían olvidar el terror que le provocaban las alturas.

Él protestó cuando lo atrajo por los cabellos con las manos, la miró atónito, y no reaccionó cuando lo besó con una fiereza inimaginable en una mujer. João se estremeció ante el sabor dulce de su boca. Fue un beso ardiente, desenfrenado, tan apasionado como no recordaba haber recibido de

otra mujer desde hacía mucho tiempo. Inflamado y encendido, percibió su aroma y la suavidad de su piel. Karen besaba como una mujer que despertaba al amor y esta sensación nueva le excitó mucho más. Se abrió hueco entre sus cuerpos y con rapidez buscó la cinturilla de su pantaloncito corto.

Ella se sintió aturdida y sorprendida al ver cómo se habían desproporcionado las cosas. João la besaba con una violencia excitante y sus manos expertas se abrían camino entre sus ropas. El sabor de su boca era delicioso, tan exótico como una fruta desconocida. Cuando sintió flojos los pantalones supo lo que iba a ocurrir y, contrariamente a lo que debía ser, lo deseó con todas sus fuerzas. Jamás había llegado tan lejos con un hombre, ningún otro había conseguido perturbarla como João.

Él internó una mano por sus braguitas y ella abrió mucho los ojos. La mirada gris con la que se topó fue mucho más de lo que podría soportar.

—Yo. —susurró con un hilo de voz.

Su boca descendió sobre sus labios de forma salvaje, acallándola, y Karen abandonó la idea de advertirle. Con un muslo le separó las piernas y ella supo que aunque él le hiciera el amor allí mismo no se lo impediría. Sus dedos se internaron con suavidad entre los pliegues delicados de su sexo y un extraño cosquilleo que se inició entre sus muslos, ascendió por su vientre en una oleada de desconocido placer. Sus caricias eran como toques mágicos que le arrancaban pequeños estremecimientos, no dejaba de besarle y ella solo podía pensar en él y el roce vigoroso de sus dedos.

João la arrastró en una impetuosa corriente de deseo que encendió todos sus sentidos. Su cuerpo tembló con placenteros espasmos y se sintió arrastrada por la vibrante realidad de su propia necesidad. Él le sujetó la barbilla con una mano, obligándola a mirarlo fijamente y quedar cara a cara mientras llegaba al clímax, como si pretendiera hacerle entender que todavía no había empezado con ella. Un fogonazo de furia y pasión había oscurecido sus ojos en una clara advertencia que no comprendió.

En ese instante llegaron a la otra orilla.

El teleférico topó contra el suelo ríscoso, se detuvo al mismo tiempo que João se separaba de ella y se sentaba a su lado. Karen intentó controlar su respiración acelerada y él la sorprendió al agarrar una de sus manos y llevarla justo entre sus piernas, donde el pantalón parecía querer estallar.

—Tenemos que terminar esto —le recordó haciendo presión con su mano en la suya.

—Yo... No sé cómo ha podido suceder —titubeó retirando la mano y

recomponiendo su aspecto.

Deslizó el sujetador y la camiseta enrollados y evitó mirarlo. No podía negar que había tenido el mejor orgasmo de su vida, el más intenso y maravilloso. El primero, con un completo desconocido. Tiró de la sudadera hacia abajo para esconder el bochorno que sentía y se pasó una mano por los cabellos desordenados.

—El terror te transforma en un volcán, inglesa —le advirtió él, mientras se incorporaba y le tendía una mano para ayudarla—, pero todavía queda lo mejor.

—No lo entiendes, estoy avergonzada por mi conducta —se abrochó los pantaloncitos cortos.

Le temblaban las manos y las piernas no le sostenían.

—¿Avergonzada? —le puso la gorra sobre los cabellos y le levantó la cara con una mano para mirarla. Ella trató de esquivarlo y él la sujetó con fuerza por la barbilla para impedir que se alejara—.

Esto que ha ocurrido es lo más normal del mundo.

—Para mí no —salió del teleférico y una vez en tierra firme suspiró, dándole la espalda.

—Científicamente, sí.

João le puso las manos en los hombros y sintió como se estremecía.

—Sí, seguramente —era muy consciente de su cuerpo pegado a su espalda.

—Escucha Karen, las emociones fuertes se suceden unas a otras. La rabia, el miedo, la ira. Todo ello hace que tu cuerpo trate de liberar el exceso de adrenalina. ¿Comprendes? —la besó en la nuca—. Ha sido una reacción totalmente normal. Una emoción fuerte ha potenciado otra igual de fuerte.

Karen solo pensó que se estaba bien apoyada contra su pecho, sintiendo su aliento en el cuello y escuchando su voz ronca y suave.

Y decididamente supo que estaba perdiendo la cordura.

—¿También estabas asustado? —por fin se giró para mirarlo.

João rió suavemente. Era la primera vez que lo oía reír así y le pareció fascinante.

—Mi pequeña *Mel*, soy un hombre. Y tú una mujercita muy excitante.

El rumor de unas voces y las risas de unos niños llegaron con claridad hasta ellos. Karen distinguió a un grupo de turistas que regresaban del restaurante y que caminaban directamente hacia el teleférico.

João la tomó de la mano y la condujo por una pequeña colina hasta una

preciosa edificación de piedra que parecía surgir del mismo acantilado. Ella lo siguió en silencio, pensativa, y aquello no pasó desapercibido para él. Realmente, parecía haberle afectado la experiencia en el teleférico y aunque le estaba bien empleado por socarrona, y por pretender engañar a João Wellington Bernades, él no había planeado que la inglesa se derritiera entre sus brazos ni que él fuera a comer con una dolorosa erección entre las piernas.

—Si quieres, podemos saltarnos la comida —sus pensamientos lo traicionaron y habló en voz alta—. Hay un pequeño hotelito en la parte superior del restaurante.

La urgencia de su tono la devolvió a la realidad. Al fin y al cabo hablaba de sexo, que era lo único que en todo momento parecía importarle a João y, entonces, comprendió la estupidez que estaba cometiendo. Se estaba comportando como una quinceañera seducida por un musculitos guapo, algo que siempre había procurado evitar. Algo que detestaba. Dejarse seducir por cuatro palabras bonitas, en un idioma que ni siquiera comprendía, y cuatro maravillosas caricias que la habían hecho estremecer de placer.

Se sintió ridícula con sus manos entrelazadas con las de él y se alejó de su lado.

João la miró sorprendido por aquel arranque de furia.

Sus mejillas estaban enrojecidas. Sus labios inflamados y doloridos y sus ojos dorados brillaban. Nerviosa, se pasó una mano por los cabellos alborotados y se colocó la gorrita para ocultar su rostro encendido de rabia y vergüenza.

—Creo que te has confundido conmigo, João, yo no he venido a esta isla en busca de sexo, ni siquiera en busca de una aventura —caminó hacia el restaurante y respiró aliviada al ver que él se quedaba en el exterior, parado y pensativo.

Karen entró en el servicio de señoras, se apoyó en el lavabo y se refrescó con agua fría hasta que se sintió algo mejor. Consciente de la locura que había cometido minutos antes, volvió a regañarse por su actitud infantil y por la poca capacidad de autodisciplina de la que siempre había alardeado. Respiró más tranquila y abandonó el cuarto con un único propósito en mente. Se disculparía amablemente con el guapo isleño, le daría cualquier excusa y se alejaría de allí como alma que llevara el diablo. Sí, iba a huir de él porque se temía así misma, se dijo en voz alta para asegurarse de que quedaba claro.

Más tranquila, cruzó un precioso mirador y lo encontró sentado en un

rincón frente a una mesa decorada y lista para dos comensales.

Parecía concentrado en algo que estaba leyendo y no la vio llegar. Tuvo que reconocer que cada vez que lo miraba lo encontraba más atractivo y lo peor de todo era que él lo sabía, y utilizaba su poderosa masculinidad como un radar.

Casi había llegado hasta la mesa cuando percibió el sordo rugir de un motor. Frunció el ceño y por un instante creyó que era un coche. Pero eso no podía ser.

João alzó la cabeza al sentir su proximidad y se levantó al verla frente a él.

—¿Ya estás mejor?

Karen ignoró sus palabras y se acercó a la balaustrada de piedra. El deportivo de João estacionaba en esos momentos bajo la sombra de unos árboles. En seguida se abrió la puerta del conductor y un muchacho salió de él, encaminándose hacia el restaurante.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —se giró hacia él furiosa.

La indignación comenzaba a apoderarse de ella de nuevo.

—¿A qué te refieres? —trató de rodear sus hombros con un brazo.

—No me toques — le habló lentamente, con un matiz amenazador mientras se apartaba de su lado—. Todo estaba perfectamente planeado. ¿No es así?

—¿A qué te refieres? —enarcó una ceja.

—¡A esto! —hizo un gesto con la mano y señaló todo cuanto les rodeaba—. Al teleférico, a que se podía llegar hasta aquí en coche, y a tu impresionante forma de potenciar las sensaciones fuertes. A tu bochornoso y ridículo modo de seducir a una mujer aterrorizada.

—¡Ah! ¿Te refieres a eso? —por un momento temió que hubiera averiguado su identidad. La sujetó suavemente por el codo y la condujo hacia la mesa—. Yo no podía saber que tuvieras pánico a las alturas —mintió descaradamente—. ¿De verdad me creerías capaz de algo así? ¿Piensas que caería tan bajo como para aprovecharme de una situación tan delicada? —su voz se tornó suave y ronca. Deslizó un dedo por la curva de su clavícula hasta detenerse en su cuello y ella sintió un escalofrío—. ¿Con qué objetivo? ¿Para besarte y provocarte un orgasmo?

—Cállate —susurró ella. No quería escuchar una vez más lo que tanto le había afectado. Y menos, dicho por él de aquella forma que la hacía sentir culpable—. Llévame al hotel, quiero marcharme ya.

—¡Oh! Vamos, la comida está lista —indicó a un camarero que llegaba con una fuente humeante.

—Quiero irme ya —se mantuvo firme.

—Mira a este pobre hombre, ¿qué culpa tiene él de nuestro malentendido?

—Pero quiero irme.

—Míralo —insistió él. Karen obedeció y solo vio a un camarero esperando para saber dónde le ordenaban colocar la fuente—. No soy capaz de despedirlo. ¿Qué le digo? Que no nos gusta su comida o que estás tan enfadada porque has disfrutado en el teleférico que no.

—Nos marcharemos después de comer —exigió ella a regañadientes y sin querer seguir escuchando la verdad.

—Nada más terminar el postre —puntualizó muy serio.

—Eso espero —se sentó a la mesa.

—¿Vas a dudar de mí?

João indicó al hombre que ya podía comenzar a servir y Karen no encontró otro motivo por el que replicar. El hecho de que él olvidara lo ocurrido con tanta naturalidad, y ella no, solo avivaba su vergüenza. Esperó en silencio a que el camarero terminara de servir los platos, y cuando él comenzó a comer como si nada hubiera enturbiado la cita, ella lo imitó.

En realidad, estaba hambrienta y devoró todos los platos que fueron desfilando por la mesa ante una sospechosa mirada de asombro que él no pudo ocultar. También permitió que João le llenara un par de veces la copa de vino y cuando se dio cuenta de que sonreía, no pudo guardar silencio por más tiempo.

—Supongo que ahora no pretenderás emborracharme para darme otro paseo —cubrió con la mano la copa para que no terminara de llenarla.

Él cabeceó lentamente y alzó la suya para brindar, esperando que ella lo imitara. Al no hacerlo, dejó su copa en la mesa y la miró fijamente. Si la inglesa continuaba disgustada, no conseguiría averiguar nada sobre sus intenciones y ya estaba cansado de actuar como un buen anfitrión.

Karen levantó la cabeza de su plato y clavó sus ojos en los acerados de él.

—¿Por qué me miras así? —se llevó la servilleta a los labios por si tenía algo de comida en ellos.

—Porque estás enfadada por lo que hemos hecho antes y eso me preocupa —fue una mentira a medias.

—Nosotros no hemos. Da igual, ya no tiene arreglo —y lo último que deseaba era discutir sobre su primer orgasmo con él.

—De todas formas, no quiero que estés enojada conmigo — atrapó una mano entre las suyas y ella la recuperó con rapidez. Él la fulminó con su afilada mirada—. ¿Me perdonas? —su acento portugués se había acentuado considerablemente, como si el ofendido fuera él.

Karen suspiró ruidosamente y afirmó con la cabeza. Lo mejor sería que terminaran cuanto antes con su cita y, en un rato, ya no tendría que verlo más.

João alzó su copa y la invitó a brindar de nuevo.

—Por ti, *Mel*.

—Por ti João —aceptó renuente.

Después de todo, en unas horas saldría de su vida y, dentro de muchos años, solo lo recordaría como el orgasmo que tuvo en un teleférico de Madeira.

Ambos bebieron en silencio y sumidos en sus cavilaciones, como en un silencioso pacto. De repente, ella pareció recordar algo y rompió la tregua.

—¿Por qué me llamas *Mel*? Mi nombre es Karen.

João soltó una suave carcajada y a ella le dio un vuelco el corazón.

—Porque pareces una niña de miel, por el color de tu pelo y de tus ojos dorados, y por el sabor de tu boca —añadió en un tono más bajo—. ¿Y sabes qué ocurre cuando la miel se calienta? —Karen negó con la cabeza, abrumada por sus palabras—. La miel líquida y ardiente es casi tan abrasiva como lo puede ser un metal. Un caudal de miel caliente, vertido sobre algo frío, se retuerce en dulces y melosos riachuelos rizados, haciendo girar y elevarse anillos de humo. Igual que te retorcías en mis brazos —Karen se lamió los labios sin saber qué decir, él la tomó por la nuca y la acercó tanto a su rostro que pudo verse en sus ojos dorados—. Todo tiene una explicación científica, ya te lo dije —sonrió al ver el pasmo reflejado en sus bellas facciones—. Cuando dos fluidos se mezclan en la ingravidez, el denso se arquea y después se hunde y el líquido se eleva sobre él.

—¿Y yo soy el denso? —el suave acento la hipnotizaba y sus dedos le producían cosquillas en el cuello.

—Así es, *Mel*, he sentido las melosas y lentas sacudidas de tu cuerpo.

—¡Oh! Déjalo ya, por favor —se apartó de él y se llevó una mano a la frente sudorosa.

Verla tan afectada le provocó a João una punzada en el vientre y le aceleró el pulso. Maldición, era preciosa. Le gustaría enredar los dedos en

aquel pelo dorado mientras entraba y salía de su cuerpo, haría cualquier cosa por explotar en aquel volcán de miel y terminar lo que habían comenzado.

Karen tomó aire y se atrevió a encararlo de nuevo. De repente algo indescriptible cruzó por la mirada acerada del isleño, se levantó y le urgió como si tuviera mucha prisa:

—Ya hemos terminado el último bocado y he de cumplir mi promesa.

Antes de que se diera cuenta, estaban sentados en el coche y sin saber qué lo había hecho cambiar de idea, se vio dirigiéndose hacia la ciudad. El viaje se hizo en el más completo silencio y Karen se alegró cuando llegaron a Funchal. Al llegar al hotel, él la acompañó al interior y ella se dispuso a despedirse, por fin. Pero no fue así, entró con ella en el ascensor y el muchacho uniformado los saludó respetuosamente.

—¿Sexta planta, señor?

—Segunda —le indicó él con rudeza.

—¿Te hospedas aquí? —le preguntó Karen con curiosidad.

João afirmó en silencio, parecía molesto, como siempre, y daba pequeños e impacientes golpecitos con el pie en el suelo.

—¿Te alojas en la planta de invitados? ¿Igual que yo?

El muchacho los miraba boquiabierto y Karen se llevó una mano a la gorra pensando que debía llevar algo mal para que el joven no parpadeara ni una sola vez. Ni siquiera respiraba. También percibió un gran cambio en la actitud de João. El atractivo isleño había desaparecido para regresar el arrogante viajero que conoció en el vuelo. Aunque en realidad, casi no recordaba ningún detalle agradable de él.

—Esta es mi suite —suspiró aliviada de finalizar su accidentada cita cuando llegaron frente a la puerta.

—Te recogeré a las ocho para cenar —pareció dudar y añadió—. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —replicó con fastidio.

El ascensor volvió a abrirse y escucharon los pasos de alguien que caminaba por el corredor. João se pellizcó el puente de la nariz y supo que había sido un error acompañarla a su suite, pero ya no había marcha atrás. Salir a comer con ella no había sido la mejor de sus ideas y aunque le hubiera gustado alargar un poco más aquella mentira, lo justo era aclarar las cosas de una vez.

—¿Sobre qué? —repitió Karen antes de mirar a su espalda, donde alguien se acercaba.

—A las ocho —le advirtió antes de girarse y encontrarse con el jefe de seguridad.

El hombre palideció y João le preguntó algo impertinente en su idioma, porque el otro balbuceó, le contestó en pocas palabras y se encaminaron hacia el ascensor. El rumor de las voces se alejó mientras ella cerraba la puerta.

—Debí imaginar que estarías con ella —Ramalho pulsó el botón de la sexta planta e ignoró al muchacho uniformado—. Marina te ha llamado varias veces, está muy preocupada porque no podía localizarte; al parecer, tampoco localizaba a tu invitada y ya puedes imaginar el resto. ¡Claro!, que si ella supiera que estabais juntos, probablemente se hubiera preocupado más.

La puerta del ascensor se abrió y João se dirigió a su despacho sin escuchar los reproches de su amigo.

—¿Y bien? ¿Has terminado ya de jugar a los detectives vengadores?

Su jefe y amigo alzó la cabeza para mirarlo y afirmó lentamente en silencio.

—Sí, esta noche, durante la cena, le diré que sé quién es y lo que se propone —se sentó en su sillón y apartó una carpeta que encontró a su paso.

—¿Todavía no sabe quién eres?

—Esa inglesa complica las cosas más simples —le contó lo ocurrido, omitiendo el desenlace y centrándose en el descubrimiento de su fobia.

Ramalho no pudo simular su enojo.

—Estarás orgulloso.

—No, porque lo que pretendía ser una broma se me fue de las manos.

—Noto cierto tono de inquietud —le insinuó con sarcasmo.

—Te aseguro que lo último que me inspira esa mujer es preocupación. Pero no necesito fingir, que no soy quien soy, para desenmascararla.

—Bien —sonrió su amigo—, entonces este asunto llegó a su fin. ¿Verdad, João? Cenarás con ella, la despacharás amablemente hacia Londres y problema resuelto.

—Exactamente —se frotó la barbilla con aire ausente—, aunque también me gustaría descubrir algo más antes de enviarla a su casa.

—¡Oh, Vamos! —alzó los brazos desesperado—. ¿El qué?

João pensó que le gustaría saber cómo sería estallar en un volcán de miel, sin embargo, se levantó sin contestar y se marchó sin esperarlo.

Capítulo 4

Karen miró el teléfono móvil y frunció los labios. Ni rastro del ilocalizable señor Bernades y ocho llamadas perdidas de Marina. Marcó apresurada su número de teléfono y comunicaba. Cansada por todas las emociones nuevas que había vivido en su primer día en Funchal, se dirigió hacia la cama y se tumbó, estirando los brazos y desentumeciendo los músculos.

¡Vaya día!, pensó cerrando los ojos.

El rostro de João regresó a ella, era como si aquel hombre se hubiera fijado en su mente. Inhaló su ropa y sus manos y por un segundo creyó volver a estar entre sus brazos. El aroma masculino la llevó a otros recuerdos más tórridos y vergonzosos y, apretando los muslos, dejó escapar un suspiro. Arqueó su cuerpo mientras deslizaba una mano por su estómago y.

La melodía del teléfono móvil le hizo dar un brinco y corrió hasta él.

—¿Sí? —jadeó por haber sido sorprendida pensando en el isleño de aquella manera.

—Karen, ya era hora. ¿Dónde te has metido? —inquirió Marina, preocupada.

—Por ahí —procuró que su voz sonara normal—, probando sensaciones nuevas.

—¿Qué quieres decir?

—No me hagas caso, no he podido hablar con tu hermano — cambió de conversación.

—Sí, lleva todo el día desaparecido. Es un desconsiderado por no haberte recibido.

—¿Y que podíamos esperar del despiadado? Sabe que he venido para convencerle de que somos «muy buena gente» y él siempre deja para el final las cosas desagradables.

—Pero hablé con él hace unos minutos y me ha prometido que te verá esta noche.

—Vaya, por fin. ¿Has dicho esta noche?

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada —no tenía sentido decirle que tenía una cita, si es que la

forma en la que João le anunció que la recogería a las ocho podía llamarse así —. La verdad es que Anabel, su secretaria me dijo que estaría unos días fuera y Ramalho, el jefe de seguridad lo confirmó después cuando nos vimos en su despacho.

—Vaya —la risa dulce de la muchacha la hizo sentir nostalgia de su compañía— veo que no has perdido el tiempo. Si ya has hablado con Ramalho, las cosas irán bien con mi hermano. ¿Sabes? Él es su mejor amigo.

—Y, ¿estás segura de que regresará a la isla esta noche?

—Que yo sepa, hace un rato estaba en el hotel. Mira, será mejor que cuelgue, no quiero que te llame y estemos comunicando.

Karen colgó y esperó unos segundos pero, naturalmente, el teléfono no sonó. Hizo una mueca de desagrado y se levantó de la cama. ¿Acaso el señor Bernades creía que esperaría eternamente su llamada? Las ranas criarían pelo y él todavía se tomaría su tiempo, se dijo dando pequeños paseos por la habitación.

El despiadado no la conocía, pero muy pronto lo haría. ¿Qué fue lo que dijo Marina? Que había hablado con él y que estaba en su suite. ¿O dijo en su despacho? De todas formas daba igual. Había averiguado por el personal del hotel que ambas cosas se encontraban en la sexta planta, que era privada, y si una vez llegó hasta allí, regresaría aunque la detuvieran los guardias de seguridad y la llevaran presa a la comisaría.

—Sexta planta, por favor —saludó al muchacho del ascensor con su mejor sonrisa y fingió una tranquilidad que no sentía.

—Hola, señorita —la saludó él en un inglés poco entendible—, la sexta planta es privada y.

—Sí, lo sé. No está permitida la entrada a nadie, pero yo no soy cualquier persona. Soy de la familia —sus últimas palabras sonaron más débiles de lo habitual.

—El señor Bernades es muy estricto en las normas —se mostró afligido.

—Pero yo soy invitada personal del señor Bernades, ¿no se lo han dicho?

El muchacho pensó en sus palabras y supo que había metido la pata. No hacía ni unos minutos que su jefe, personalmente, la había acompañado hasta su habitación y ya llevaba unos años trabajando en el hotel para saber diferenciar entre una huésped cualquiera y otra que gozaba de las atenciones del mismo señor Bernades. Él nunca las subía a la sexta planta, pero tampoco las hospedaba como invitadas en la segunda; simplemente las dejaba en el

ascensor después de., bueno, de eso, y aquello solo podía significar una cosa: la inglesa le interesaba mucho al señor Bernades.

—Tiene razón, disculpe mi torpeza, señorita —pulsó el botón con nerviosismo—. Sexta planta. ¡Subiendo!

Ella le mostró otra de sus convincentes sonrisas y en cuanto se abrieron las puertas, corrió hacia el despacho. Iba a llamar cuando se dio cuenta de que estaba abierto y sin saber muy bien qué hacer, cruzó el umbral y se asomó al interior.

—¿Señor Bernades? —preguntó alzando la voz.

No vio a nadie y entró. A la derecha observó numerosos monitores que mostraban prácticamente todas las instalaciones del hotel. Al fondo, una gran puerta de cristal dejaba a la vista un despacho mucho más grande y lujoso; supo que ese era el que buscaba.

—¿No hay nadie? —estaba vacío y decidió probar suerte en la suite.

Al girarse para salir, tiró una carpeta al suelo y todos los documentos del interior se desparramaron por el despacho. Se agachó para recogerlos con rapidez y sus manos dejaron de buscar bajo la mesa cuando unas fotografías llamaron su atención.

¡Era ella!

Llevaba uno de sus oscuros y rígidos trajes de chaqueta que usaba para trabajar, el cabello recogido y sus gafas de concha azul, pero indiscutiblemente era ella.

Continuó revisando el resto de los papeles y comprobó que había otras fotografías similares, de distintos días y en lugares diferentes. Algunas en las que estaba con Marina, con Robert, con compañeros de trabajo. No podía creerlo, aquel cretino la había investigado y tenía un completo dossier de su vida con fotografías incluidas.

Se levantó del suelo y se apoyó en la mesa. Continuó pasando una a una las imágenes y encontró algo parecido a un informe, escrito en portugués y del cual no pudo sacar nada en claro, aunque adivinó que hablaba de ella. Por último, vio un sobre blanco y lacrado con una fecha escrita en el centro «2007» y un poco más abajo otras fechas aparecían con unos signos de interrogación. 20082009. ¿?

Allí, dentro de aquel sobre, estaba un suceso de su vida que ya creía olvidado. Cerró los ojos con fuerza, esta vez no dejaría escapar ni una lágrima, y maldijo al señor Bernades y todo lo relacionado con él.

¿Cómo podía hacerles, a Robert y a ella, algo así?

Las manos le temblaron al rasgar el sobre. Le daba igual si aquel hombre se enteraba de que había husmeado en sus papeles. Él no debería tener aquella información. ¿Qué pretendía? ¿Destrozarle la vida? Y lo que era más importante, ¿arruinar el futuro de Robert?

Unos recortes de prensa se mostraron ante ella, burlándose como lo hicieron durante mucho tiempo hasta que consiguió olvidarlos. Las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras miraba atentamente las letras grandes y rojas de los titulares:

«¿Quién es la nueva amante del senador Peter Foster?»

La fotografía mostraba su indiscutible rostro asustado ante las cámaras y un brazo protector le rodeaba los hombros a la salida de un lujoso hotel de Londres. Llevaba la melena más corta, pero era ella. El senador, un hombre de cabellos canos y gesto disgustado, amenazaba con un puño en alto a los fotógrafos y creaba un ambiente de evidente tensión en las imágenes captadas desde varios puntos.

Karen tomó aire y devolvió su vergonzoso pasado al sobre.

Ahora sabía que todo estaba perdido. Una cosa era enfrentarse a un hombre desagradable y convencerle de que Robert y Marina se amaban; pero que ese hombre tuviera aquellas fotografías en su poder, era muy distinto. Nada sería lo mismo, pensó desalentada y sin fuerzas, su mayor secreto sería desvelado y el futuro de Robert volvía a ser tan incierto como entonces.

Lentamente llegó al ascensor y el muchacho la observó preocupado. Jamás había visto tanta tristeza y dolor en una cara tan expresiva y bonita y se esforzó por ser amable.

—¿No encontró al señor Bernades?

Ella negó con la cabeza y le indicó en voz baja y sin mirarlo.

—Segunda planta, por favor.

—Lo siento mucho, ¿puedo ayudarla de algún modo?

—Nadie puede ayudarme.

Apenas escuchó su breve saludo, ni tampoco fue consciente de cómo se quedó mirándola desde el ascensor hasta que la vio doblar el corredor. Karen entró en la suite, cerró la puerta, se apoyó en ella dejándose caer al suelo y, por fin liberó todas las lágrimas que había contenido. Evocó el momento en el que terminó sus estudios y comenzó a trabajar en la empresa de Nelson Service. En aquella época no tenía mucha experiencia pero luchó con todas

sus fuerzas para sacar a su pequeña familia adelante, sobre todo porque por fin podría retirar a Robert de la calle y alejarlo de sus amigos nocturnos. Siempre se culparía por haberlo dejado solo durante tanto tiempo, mientras estudiaba y trabajaba sin descansar. Y un día, cuando parecía que la suerte les sonreía, recibió una extraña llamada. Era alguien a quien no conocía y que con voz misteriosa la citó en un lujoso hotel.

El senador Foster en persona la recibió en una suite muy parecida a la que ahora ocupaba en Funchal. Le explicó brevemente que Robert y su hijo estaban metidos en un lío, la campaña de elecciones estaba en pleno apogeo, y ella tenía que ayudarlo. Le contó que los muchachos se habían emborrachado, entre otras cosas, y habían robado un vehículo con el cual los sorprendió la policía compitiendo en la autopista. Esa publicidad no le interesaba al senador. Él se ocuparía de que un buen «amigo» borrara todo vestigio de antecedentes policiales de los dos jóvenes; a cambio, ella y Robert nunca dirían nada, los dos muchachos se rehabilitarían y no volverían a verse. Karen aceptó el trato del senador y cuando abandonaban el hotel, los sorprendieron unos fotógrafos en la puerta y los bombardearon a preguntas nada más verlos.

Por la forma esquiva y asustadiza de ella, y la molesta de él, dieron por hecho que eran unos amantes pillados infraganti y la pesadilla comenzó a tener forma. Claro que aquello no fue un problema para él, ya que no perjudicaba su carrera política. Los escarceos de un senador viudo, maduro y rico podían ser justificados sin que nadie se escandalizara por ello; políticamente, en un mundo de hombres, eso era correctamente normal.

Y ahora, todo salía a luz.

De nuevo la amenazaban los dos años que Karen y Robert vivieron en una pequeña granja de desintoxicación, donde ella trabajó muy duro para costear el tratamiento de su hermano porque no permitió que el senador se hiciera cargo de los gastos. En realidad, la acción del señor Foster de ocultar y borrar los antecedentes policiales de Robert, contribuyó a que su hermano encarrilara su vida. Dos años después ingresó «limpio» en la academia de policía y todo gracias a él, porque un expediente sin antecedentes era un requisito imprescindible y sin el que nunca hubiera podido acceder.

Nadie tenía derecho a remover sus vidas y destrozarse sus ilusiones, protestó apartándose de un manotazo las lágrimas. Un hombre tan despreciable y que era capaz de investigar en su pasado no albergaba buenas intenciones. Marina y ella habían sido unas ilusas al creer que con unas

palabras amables, él aceptaría que formaran parte de su familia. Jamás hubieran imaginado que el señor Bernades ya estaba metiendo las narices en sus vidas mucho antes de preparar su viaje a Madeira. Tenía como prueba las fotografías tomadas en Londres los días previos a que Marina le pidiera que intercediera por ella y. ¡Puaf! Y pensar que todavía tendría que verle la cara a aquel desaprensivo. Si consiguiera echárselo a la cara, le sacaría los ojos.

Unos golpes en la puerta la hicieron dar un brinco y ponerse de pie.

¿Tendría telepatía *el despiadado*? Se limpió las lágrimas y miró sorprendida el reloj. Eran más de las ocho de la tarde y no supo cuánto tiempo había estado sumida en sus recuerdos y llorando.

Las ocho de la tarde, buena hora para morir, se dijo furiosa, y abrió la puerta dispuesta a asesinarlo.

—¡Ah! —se mordió el labio al encontrarse frente a João—, eres tú.

—Yo también me alegro de verte —repuso sorprendido por el lacónico recibimiento.

Iba vestido elegantemente con un traje de lino color claro y una camisa negra. Al ver que ella no le invitaba, la apartó a un lado con delicadeza y pasó al interior.

—Será mejor que cancelemos nuestra cita —le aconsejó Karen cerrando la puerta.

Él dio un rodeo por la habitación y la miró interrogante.

—Si estás cansada, podemos pedir la cena aquí —aquella muchacha con aspecto desvalido y ojos llorosos no se parecía en nada a la que debía desenmascarar.

—En realidad, no me apetece cenar —se frotó la cara y caminó hacia la pequeña salita que él llenaba con su presencia—. Espero una llamada muy importante. de mis negocios.

La camisa negra contrastaba con su piel bronceada; los cabellos oscuros le caían de forma descuidada confiriéndole un aire indómito, y sus ojos grises la estudiaban con tanta profundidad que ella volvió a morderse los labios, nerviosa.

—¿Has llorado por tus negocios? —se acercó, desconcertado. Le tomó la barbilla con una mano posesiva y le alzó la cara mientras ella negaba.

—No, no se lo merecen —otra lágrima rodó descontrolada por su mejilla.

João observó su rostro delicado, perfecto, y su boca se tensó de impaciencia. Si había algo que no soportaba era ver llorar a una mujer,

aunque su aparente inocencia fuera engañosa.

—Entonces, si tus negocios no lo merecen, ¿por qué lloras?

—Te dije que tengo problemas —se apartó de él y del contacto de su mano.

Tenía un aspecto impresionante, aquel hombre era elegancia y testosterona en una combinación perfecta de virilidad y gentileza, y se sentía incapaz de soportar tantas cualidades frente a ella sin echarse en sus brazos y desahogarse a conciencia.

—¿Quieres que hablemos de ello? —su voz sonó a su espalda, deslizó lentamente una mano por sus cabellos y eso hizo que Karen se estremeciera.

—No, es mejor que no. Ni siquiera nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro y lo mejor es que me dejes a solas.

—A veces, contar los problemas a un extraño puede ayudar — ella no dijo nada y su silencio lo incomodó—. ¿Por qué no te cambias y salimos a cenar? Puede que un poco de aire fresco y charlar despejen tus dudas, si las tienes —porque no sabía qué había cambiado en ella, pero estaba seguro de que sus lágrimas eran sinceras.

—No soy buena compañía, te lo aseguro —él volvió a acariciar su pelo y apoyó las manos en sus hombros, la giró despacio y le pidió que lo mirara.

—Vamos, *Mel*, incluso los negocios más importantes dan una tregua para descansar —insistió en aquel tono suave al que podría acostumbrarse con facilidad. Estaba tan cerca que Karen pudo apreciar unas ligeras líneas de preocupación en su rostro.

João le acarició las mejillas con los dedos y borró todo rastro de lágrimas. Estudió sus ojos dorados y enrojecidos, le alisó los cabellos con delicadeza y su boca se tensó en una fina línea. De repente, se alejó de su lado creando una prudente distancia entre los dos y ella se sintió desprotegida. Por un absurdo segundo, creyó que la besaría.

Karen recapacitó sobre lo que habían hablado y llegó a la conclusión de que él tenía razón. Necesitaba cenar y, si alguien debía molestarse por lo que había descubierto en el despacho del despreciable señor Bernades, era ella. De ninguna manera se mostraría hundida ante aquel ser depravado cuando se dignara a llamarla. Y mucho menos esperaría dolida y llorando a que lo hiciera.

—Tienes razón, dame diez minutos y estaré lista —le pidió con renovado humor.

João la miró sorprendido por su capacidad de recuperación, a no ser que

todo fuera teatro y una nueva artimaña desconocida para él. Le dijo que se tomara el tiempo que necesitara y antes de que ella se diera cuenta, se marchó de la suite. No deseaba permanecer más tiempo en aquella habitación, junto a una mujer a la que odiaba y por la que no sabía qué hacer para consolarla.

Al llegar a la sexta planta, encontró a Ramalho en su despacho con una carpeta en la mano y, sin molestarse en saludarlo, se sentó tras su mesa.

Su amigo siguió ordenando unos papeles que había recogido del suelo y tampoco dijo nada al verlo pasar.

—¿Qué haces aquí? Se supone que ya deberías estar en casa con Candela. Está embarazada y te necesita, parece que el único que lo ignora eres tú.

—No lo olvido, pero también trabajo aquí y tengo muchas cosas pendientes por solucionar.

—¿Qué es eso?—señaló el sobre blanco que Ramalho tenía en sus manos.

—¿Esto? Nada —lo guardo apresurado en la carpeta—. ¿Ya hablaste con esa chica?

—¿Con la inglesa? Todavía no, he quedado con ella en la cafetería.

—Pero lo harás, ¿no?

—¿Qué diablos te ocurre? —frunció el ceño—. Comprendo que estés nervioso porque Candela vaya a ser madre, pero ese celo excesivo por todo cuanto nos rodea te está desquiciando.

Su amigo cabeceó desesperado. Abrió la caja de seguridad e introdujo la carpeta con los documentos y el sobre blanco en su interior.

—Cena con esa muchacha, llévatela a la cama, haz lo que quieras pero por favor, despídela, ya. Mañana debe abandonar la isla.

—Estás muy raro Ramalho.

—¡No! El raro eres tú. Primero querías hundir a esa mujer, después pasas todo el día con ella y ahora resulta que te espera para cenar.

—De acuerdo, —lo interrumpió João con voz cortante—, estabas en lo cierto, no parece una chantajista. ¿Contento?

Su amigo miró de reojo la caja fuerte y apretó las manos en dos puños.

—¿Y qué harás con ella?

—Cenar, por supuesto, y tú, hazme un favor: Márchate a casa con tu esposa.

João salió del despacho y él regresó a la caja de seguridad y tecleó la contraseña.

Tarde o temprano tendría que reconocer que João estaba en lo cierto, pensó revisando los recortes de prensa que uno de sus contactos le había enviado desde Londres. Leyó por encima los titulares: «Amante del senador Foster» y se pasó una mano por el cuello para aliviar la tensión que le producía aquel asunto desde hacía varios días. Todo apuntaba a que la cándida inglesa, como él la llamaba, era una oportunista y maldita la gracia que le hacía haberlo descubierto.

No podía permitir, ni como jefe de seguridad ni como amigo, que Marina y João salieran perjudicados de alguna forma y decirle que sus sospechas eran ciertas no solucionaría las cosas. Además, Marina estaba enamorada del joven inglés y eso empeoraba la situación. Lo único que se le ocurría era conseguir que João la enviara a Inglaterra y se deshiciera de ella porque alguien capaz de hacer algo así en el pasado debía tener muy bien pensados todos sus pasos.

Se frotó de nuevo la nuca y supo que él tendría que ocuparse de que Karen Preston saliera de la vida de los Bernades.

Guardó todo en la caja de seguridad y la cerró.



João saboreaba una cerveza en la barra de la cafetería del vestíbulo cuando la imagen deslumbrante de Karen salió del ascensor. Dejó la botella a medio camino y sus ojos se quedaron clavados en ella, como la mayoría de las miradas masculinas que se giraron a su paso.

La inglesa parecía realmente repuesta de la tristeza que la había invadido minutos antes en la habitación. Llevaba un vestido de seda negro que enfatizaba las voluptuosas curvas de su cuerpo y destacaba considerablemente por su estatura. Sus piernas largas y torneadas parecían interminables con los zapatos de tacón y João sonrió al ver cómo algunos de los hombres que se volvían hacia ella tenían que alzar la cabeza para mirarla.

Era fácil adivinar la envidia en sus caras al saber que era él, J. W. Bernades, el hombre que esperaba a aquel pedazo de mujer. Parecía una diosa con sus cabellos rubios cayendo en suaves ondas sobre sus hombros y moviéndose con elegancia al caminar. Cuando llegó a su lado, lo saludó con una radiante sonrisa en sus labios y un breve «hola». Se había maquillado un

poco y reconoció que ninguna fotografía de las que tenía en su poder le hacía justicia.

João la besó en la mejilla, y bajo la curiosa mirada de sus empleados le cubrió los hombros con un chal que llevaba en el brazo. La sujetó con delicadeza por la cintura y la condujo hacia la salida convirtiéndose en el foco de atención de toda la gente que llenaba el hall.

Poco después, montaron en el coche y atravesaron la ciudad en dirección al puerto. Karen no dejó de hablar durante todo el trayecto, mientras miraba a un lado y a otro, y se mostró tan asombrada con la bella estampa de Funchal que João terminó sonriendo ante sus exageradas exclamaciones. Toda la ciudad era un pesebre a tamaño natural. Las calles empinadas estaban iluminadas como si formaran un inmenso árbol de navidad y, durante un par de veces, tuvieron que pararse para dejar pasar por delante de ellos a varias bandas filarmónicas y bailarines que amenizaban las compras de los viandantes, además de llenar el centro de la capital con un ambiente festivo y folclórico.

Lentamente ascendieron por una carretera estrecha y oscura, dejando atrás las luces y la música. Se adentraron en lo que parecía un camino privado y llegaron a un pequeño local que parecía estar colgado de un acantilado. João rodeó el coche para ayudarla a bajar y ella se dijo que además de respetuoso, era un hombre galante y adorable. No solo había conseguido que su tristeza se evaporara sino que estaba segura que a su lado pasaría una velada inolvidable. Por un segundo, su mente la traicionó llevándola a un diabólico teleférico de color amarillo y ella desdeñó el pensamiento con un gesto. Todo el mundo podía equivocarse alguna vez y eso no tenía por qué romper otras expectativas.

Un camarero los condujo hacia su mesa, junto a una balconada de piedra, y Karen observó con deleite la preciosa cala que se recortaba bajo ellos. Las olas encrespadas batían contra las rocas y la espuma blanca las lamía con un sordo rumor. El aroma dulzón que se respiraba en toda la isla y la suave brisa que agitaba sus cabellos le dieron la bienvenida y, por segunda vez, se alegró de no haber cancelado su cita con aquel hombre cuya mirada tan intensa no dejaba de abrumarla.

Se dio cuenta de que él la estudiaba con interés y las imágenes de ellos dos, tumbados en el teleférico y sus manos acariciándola de aquella manera íntima y vergonzosa la hicieron sonrojar. Jamás podría deshacerse de aquel recuerdo, ahora lo sabía. Trató de iniciar una conversación cualquiera y él

enseguida participó con su voz susurrante y aquel tono bajo que tanto la afectaba. Mientras el camarero les servía vino, sin moverse de su lado y como si solo se ocupara de ellos dos. João la animó a saborear los exquisitos platos que corrían por la mesa. Karen le habló de su trabajo en Londres, de su hermano Robert que terminaría muy pronto los exámenes en la academia de Policía y un poco de todo, pero sin entrar en detalles demasiado personales. Él, sin embargo, no dijo nada de sí mismo, se limitó a escucharla y a intercalar alguna observación, de vez en cuando.

Tras varios intentos nulos de ensartar en el tenedor la última aceituna que quedaba en el plato, João se mordió los labios para no explotar en carcajadas al ver a Karen cogerla con los dedos, para engullirla después con verdadero apetito.

—Están deliciosas —justificó ante la divertida mirada de él y la atónita del camarero.

—Me alegra de que te agrade la comida de mi tierra —fue sincero y le indicó al muchacho que retirara los platos vacíos y se alejara.

—La verdad es que me gusta toda la comida —reconoció Karen limpiándose los labios con la servilleta—, cuando estoy nerviosa no puedo dejar de comer y comer hasta vaciar la nevera.

—Pero ahora no estás nerviosa. ¿Lo estás? —el tono suave de su voz la obligó a levantar la cabeza y mirarle.

—Pues si te soy sincera, sí, estoy nerviosa —reconoció dejando el tenedor sobre la mesa—. Ya te dije que tengo algunos asuntos que solucionar.

Él fue a decir algo cuando el camarero depositó en centro de la mesa un postre típico de esas fechas. Observó la reacción de ella, que no fue otra que la que esperaba. Sus ojos se abrieron como platos cuando el muchacho regó generosamente con miel el pastel que acababa de dejar sobre el mantel y João rompió en carcajadas.

—Te prometo que la sugerencia no ha sido mía —le explicó al ver su mirada recelosa.

—Te estás divirtiendo a mi costa, eso no es bueno —aunque protestó, no pudo evitar la tentación de partir un trozo y saborearlo.

—Me gustaría decir que la idea de servir *bolos do mel* ha sido mía, pero tengo que admitir que no.

—Fingiré que te creo porque al fin y al cabo, el mérito de que esté pasando una magnífica velada es tuyo. Esto está delicioso —añadió

partiendo un buen pedazo y devorándolo en pocos segundos.

—Es cierto, serías capaz de comértelo entero —admiró apoyándose en los codos y mirándola asombrado.

—Ya te lo dije, es otro de mis muchos defectos. Solo espero que no me pase como a mi tía Conni —lo miró muy seria y como él no dijo nada, partió otro trozo—. ¿No vas a preguntarme qué le pasó a mi tía Conni?

—No me atrevo —le aseguró sin dejar de mirar como masticaba lentamente y la forma deliciosa en la que se lamía los labios con la lengua.

—Pues te lo diré —alzó el tenedor hacia él y lo movió arriba y abajo—: mi tía no pesaba más de cincuenta kilos cuando se casó y...

João ignoró su explicación, deslizó un dedo por su labio inferior y le retiró una gota de miel, después se llevó el dedo a la boca y lo lamió para limpiárselo.

—Gracias por darme el mérito de una buena velada, pero la noche no ha terminado, ni siquiera ha empezado.

Ella dejó el tenedor sobre la mesa y tragó con dificultad.

—De nada.

—No te defraudaré, *Mel*.



Estaban terminando el postre mientras ella le contaba las divertidas anécdotas de su tía Conni cuando João la sorprendió de nuevo. La tomó de la mano y la condujo hacia el centro del mirador, ante las atónitas miradas de los otros clientes y de los boquiabiertos empleados que parecían conocerlo desde siempre. Ella sintió cómo se sonrojaba al saberse el centro de todas las ojeadas porque aunque pretendían disimular, observó más de un cuchicheo entre el personal.

Bailaron un par de canciones y otras parejas se animaron a acompañarles, convirtiendo la terraza en una improvisada y divertida sala de baile. Aquel hombre era un estupendo bailarín, reconoció Karen con admiración, además de un atractivo acompañante. Era más alto que ella, a pesar de los interminables tacones, y por una vez en su vida se alegró de su estatura. A su lado parecería una chincheta si fuera más bajita, pensó con un humor admirable y todo gracias a él.

De repente, la música cambió y comenzó a sonar un fado portugués. João la estrechó entre sus brazos, la pegó a su cuerpo y, con los labios rozándole la mejilla al hablarle, comenzó a traducirlo a su idioma. Las parejas que bailaban a su alrededor regresaron a sus mesas y quedaron solos en el centro, mientras él seguía recitándole aquellas palabras tristes y melancólicas que hablaban de un amor imposible. Karen cerró los ojos y se dejó abrazar por él como si fuera la amada por la que lloraba la canción y cuando terminó la música, ambos se quedaron parados, abrazados y mirándose durante un buen rato.

João le pasó las manos por el pelo, el cuello y la espalda, notando su cuerpo esbelto y delicado, y la apretó contra él. Ella sintió su aliento cálido en el cuello y se estremeció de necesidad. Por un segundo, se olvidó de dónde estaban y que eran el centro de todas las miradas hasta que la música regresó con un tono alegre y festivo y él se enderezó. Su cuerpo era fuerte y agresivamente masculino. Ella le miró con una sonrisa excepcionalmente cálida y por alguna extraña razón, João contuvo la respiración. Entrelazó sus dedos con los suyos y la condujo en silencio hacia su mesa.

Cuando Karen se acomodó en la silla, miró el horizonte y suspiró profundamente. Al fondo se vislumbraban las luces de la bahía y un poco más allá, un faro anunciaba el final de la costa. Los altos edificios que trepaban en las colinas se perdían en la noche confundándose con las estrellas y...

—¿Piensas en tu problema?

De repente parecía que estaba enfadado y ella no supo por qué.

—Mi problema tiene un nombre —se enfrentó a sus enigmáticos grises—. *El degenerado* J. W. Bernades —terminó con una mueca.

—¿Degenerado? —espetó con brusquedad.

Ella sonrió con tristeza y añadió:

—Degenerado, despiadado, bastardo y prepotente señor Bernades.

—Vaya —atinó a decir. Toda aquella retahíla de descalificativos le recordaron otra lista que leyó en el avión y su respiración se contuvo de nuevo, aunque ya sabía el motivo. Ella estaba allí con un solo propósito y le parecía olvidarlo mientras le recitaba amorosos fados al oído—. ¿Por qué le odias tanto? ¿A caso le conoces para opinar así de él?

—Afortunadamente, no. Pero sé cómo es y cómo piensa.

—No puedes hablar así de alguien a quien no conoces —la increpó, malhumorado.

Él mismo la juzgó a ella y ahora casi había cambiado de opinión.

—¿Le conoces? Pareces ofendido con mis comentarios, como si pudieras defenderle con algún argumento creíble.

João había perdido su aire de encantador isleño para mostrar el aspecto de un mordaz depredador.

—Sí, le conozco. No puedes decir esas cosas de un hombre que ha sido capaz de crear un imperio de la nada y sin ayuda —le indicó el horizonte tras la balaustrada—. Mira, ese edificio tan alto es su última creación en Funchal —señaló una torre de apartamentos en construcción que despuntaba sobre los demás como si pretendiera alcanzar las estrellas—. Cuando esté terminado será un edificio magnífico —no pudo disimular su orgullo al hablar—. Deberías esperar a conocerle personalmente para opinar sobre él —añadió, taladrándola con la mirada.

—¿Sabes lo que haría ahora mismo si le tuviera frente a mí? —se inclinó hacia él con ojos fulgurantes.

João negó en silencio, sin mover ni un músculo.

—Pues que le daría un señor rodillazo ahí, donde más le doliera entre sus piernas —él juntó las rodillas en gesto de protección y frunció el ceño—. Además —continuó enfadada—, alguien que está tan obsesionado en construir edificios con dimensiones tan largas, seguro que es un acomplejado y solo trata de suplir algunas carencias de su anatomía que.

—¡Oh! —João resopló sin poder aguantar más—. ¡Vámonos de aquí! —tiró de ella, la puso en pie y la llevó hasta la salida sujetándola por un brazo.

—¿Qué ocurre? —protestó, tratando de seguirle—. ¿Dónde vamos?

—Al hotel.

—Pero, ¿no dijiste que la noche no había hecho más que empezar?

—No.

Él se giró hacia ella, sus ojos tenían el mismo color de un cielo tempestuoso, y Karen sintió que se hundía en su profundidad. No comprendía qué había dicho para enfadarlo tanto, pero él siguió tironeando de su brazo mientras farfullaba en su idioma y la sacó del local.

—¿Por qué tenemos tanta prisa?

João llamó al guardacoches e ignoró su pregunta pero, aún así, estuvo segura de que lo siguiente que escuchó fue un improperio larguísimo.

—Te recuerdo que es de mala educación hablar para que otros no te entiendan. Los insultos son malsonantes en todos los idiomas.

—Entra —le ordenó con brusquedad que montara en el coche y lo rodeó

para ocupar su asiento.

Karen ya no tuvo ninguna duda, João era un hombre muy extraño y harían falta años para comprender sus cambios de humor. Era como si una parte de su personalidad se mantuviera oculta y en ocasiones, solo en muy contadas ocasiones, dejara aflorar un pequeña parte de ella; pero después, regresaba el repelente y estirado viajero que conoció en Londres y lo echaba todo a perder.

Durante todo el trayecto ninguno dijo nada, cada uno permaneció aislado con sus pensamientos y, en cuanto llegaron al hotel, Karen estaba tan enfadada que no se molestó en disimularlo. João estacionó frente a la escalinata de la puerta principal y, antes de que quisiera darse cuenta, ella bajó del coche y se dirigió hacia el interior sin esperarlo.

—Tenemos que hablar, Karen —la llamó mientras subía tras ella por la escalinata.

El coche se había quedado con ambas puertas abiertas, obstaculizando el paso a los demás huéspedes y creando el desconcierto entre los empleados del hotel.

—No sé qué mosca te ha picado, pero no me importa —replicó ella cruzando el hall—. Adiós, João, gracias por la cena, por tu compañía y por distraerme durante dos días —procuró no mencionar las sensaciones que también le había provocado, aunque pensó en ellas—. Ahora, si me disculpas, estoy cansada, tengo sueño y quiero acostarme.

—Señor —lo llamó el director del hotel que llegó apresurado hasta ellos. Comenzó a hablar en su idioma mientras lo apartaba con disimulo de la escalinata y ella no esperó a que terminaran de cuchichear.

—No te muevas de ahí —la detuvo su voz enojada.

Ella obedeció sin saber por qué y se fijó en el pobre director que parecía apurado mientras explicaba el motivo de su azora miento. João lo amonestó de forma cortante y le dio lo que parecieron varias órdenes que sonaron amenazantes. Karen los miró perpleja y pensó con tristeza que no le gustaría estar en el pellejo de aquel hombre.

—Tengo que hablar contigo de un par de cosas —se giró hacia ella que esperaba en el centro del vestíbulo.

Su voz sonó igual de hosca que cuando regañaba al hombre, como si no se hubiera ensañado bastante con el pobre director y le quedara suficiente energía para seguir con ella. Karen se irguió en toda su estatura, pero no tuvo ocasión de replicar porque él se dio media vuelta y se perdió por una puerta

lateral dejándola con la palabra en la boca.

Aquel hombre la exasperaba, podría decirse que era la única persona en el mundo capaz de sacarla de sus casillas. Hasta hoy, ella se había considerado una mujer paciente pero dados los últimos acontecimientos estaba empezando a valorar la idea de cambiar de opinión sobre sí misma.

Al llegar a la suite, se descalzó y se tumbó en la cama. Estaba tan agotada que se sentía incapaz de pensar en nada y es que durante los dos últimos días había hecho demasiadas tonterías. La primera, volar hasta Madeira; la segunda, buscar al indeseable de Bernades sin resultado; y la tercera, dejarse embaucar por un isleño que le recitaba bellas palabras de amor en portugués, traducidas de un fado, sí, pero palabras de amor. Y todo eso sin querer recordar la tórrida escena en las alturas y el desagradable detalle de que su vida y la de Robert estaban a punto de irse al garete.

Sus pensamientos fueron hilando una madeja de desasosiegos hasta que la venció el sueño y cuando despertó a la mañana siguiente, ni siquiera sabía dónde estaba. Durante unos segundos se encontró totalmente perdida. Era la primera vez que se quedaba dormida sin desnudarse y llegó a la conclusión de que sus nervios estaban demasiado alterados.

Se metió en la ducha y abrió los grifos del agua fría con la esperanza de que se le aclararan las ideas. Por un lado, su mente especulaba sobre la cena y el modo en el que João y ella habían tenido un grado de intimidad verdaderamente excitante mientras bailaban; por otro, la mirada hostil con la que se despidió de ella la había alertado. Había algo en él que indicaba un rencor inquisitivo, como si le empujara a descubrir todos los detalles de su personalidad. Y aquella reflexión le llevó al recuerdo de que ella también tenía un cometido, buscar al despiadado. En cuanto lo encontrara, le diría cuatro cosas y saldría de aquella isla como alma que llevara el diablo.

Y si entre esas cosas, no volvía a ver a João mucho mejor.

Se puso unos cómodos tejanos y un suéter de punto en colores claros. Después se calzó unas deportivas y reconoció que las ropas juveniles que compró para su viaje le sentaban mucho mejor que las prendas severas que solía utilizar en Londres, aunque si eran tan serias eran precisamente para no llamar la atención y tener un aspecto recto y respetable; al menos eso intentaba desde que la fotografiaron saliendo del brazo del senador y... agitó la cabeza para desterrar viejos y dolorosos recuerdos, cepilló sus cabellos hasta sacarles brillo y los recogió a los lados con unos pasadores de concha. Una última mirada al espejo y salió de la suite.

Capítulo 5

—¿Sexta planta, señorita Preston? —el muchacho la miró sonriente.

—Sí —sonrió ella también—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Todo el mundo lo sabe. El señor Bernades todavía no ha bajado del ático —le guiñó un ojo.

Karen pensó que el personal de aquel hotel estaba muy bien aleccionado. No sería fácil aprenderse el nombre de todos los huéspedes, claro, que ella era invitada de los Bernades, ¡qué tonta! Charló con él unos minutos más, incluso bromeó sobre el estupendo tiempo que hacía en la isla en contraste con el frío de Londres, y caminó hasta el despacho. Ya conocía aquella zona y cuando encontró la puerta abierta no se extrañó, pero, esta vez, encontró junto a la mesa al esposo de la chica simpática y embarazada que la llevó en su coche, el jefe de seguridad.

—Pasa —la tuteó, al ver asomar su rubia cabellera por el quicio de la puerta.

Ella obedeció y cuando vio la carpeta y el sobre que este tenía entre sus manos, su rostro se endureció. Se acercó a él y le preguntó sin tapujos.

—¿Qué derecho tienen usted y su jefe a investigar mi vida?

—Sabía que fuiste tú la que abrió el sobre.

—¡Por supuesto! Y ahora respóndame a mi pregunta.

—Señorita Preston, podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —sus ojos dorados echaban chispas.

—El señor Bernades todavía no sabe nada de esto —levantó la mano con el sobre y se lo mostró aireándolo— si vuelves a Londres, él no tiene por qué enterarse.

—¿Me está chantajeando, señor jefe de seguridad? —se irguió en su altura quedando sus ojos al mismo nivel.

—¡Claro que no! —repuso con rapidez.

Karen soltó una amarga carcajada y se precipitó sobre él, obligándolo a retroceder varios pasos.

—Ni usted ni su jefe tienen derecho a pedirme explicaciones de mi vida.

—Quédate quieta —Ramalho trató de esquivar sus brazos y le sujetó las manos en la espalda.

Ella se zafó y lo empujó, alejándolo. Finalmente, optó por convencerlo con palabras.

—La prensa tiende a exagerar todo cuanto publica, debería saberlo. Es algo habitual en los periodistas, una táctica que todo el mundo conoce para impactar a sus lectores sin tener en cuenta las consecuencias, y ni usted ni su jefe deberían dejarse engañar por unos titulares que solo buscan vender más periódicos.

—Te equivocas, el señor Bernades no ha visto estos artículos y ya estaba convencido de que eras una oportunista desde antes que vinieras. Sin embargo, yo he tratado de disuadirlo y doy gracias al cielo porque estaba a punto de cometer un error.

—No me importa lo que ustedes piensen —trató de fingir una tranquilidad que no sentía y se apoyó con las dos manos en la mesa repleta de papeles y carpetas—. Solo le advierto una cosa, no hagan daño a Robert o se arrepentirán.

Él la miró extrañado y cabeceó, rodeando la mesa.

—Márchate de Funchal ahora que estás a tiempo. Marina es mayorcita para solucionar sus problemas y tú tienes demasiados para pretender arreglar los de los demás.

—¿Huir? Yo no tengo que esconderme de nada. Todo es mentira —se acabaron las buenas formas y las palabras. Intentó agarrar el sobre de las manos del hombre y él la esquivó.

—¿No me digas? —se burló sin compasión.

—Fue un malentendido —rodeó la mesa para acercarse a él.

—Si no te vas por las buenas, tendrás que dar muchos argumentos para justificar ese error, y no precisamente a mí, sino a la policía.

—¿La policía?

—Sí. Vaya, parece que te has puesto pálida. ¿No dices que no tienes nada que esconder. ¿En qué quedamos?

Karen apretó los labios y Ramalho se separó unos pasos. Miró la caja fuerte de reojo y antes de que se diera cuenta, ella se había abalanzado sobre él, haciéndole perder el equilibrio.

—¿Qué ocurre aquí? Los gritos se escuchan desde el ascensor —La voz de João desde la puerta, sonó como un látigo.

—Nada, no pasa nada —le aseguró su amigo escapando de las manos de ella y distanciándose.

—Eso no es cierto —Karen corrió hacia sus brazos y se refugió en ellos

—. João, este hombre tiene algo que me pertenece.

—¿Qué tiene Ramalho que te pertenece? —le acarició la espalda y se enfrentó a la mirada vacilante de su amigo, aunque le hablaba a ella.

Algo en el tono autoritario de su pregunta y el azoramiento del jefe de seguridad al verlo entrar en el despacho, la alertaron. Sí, ¿qué estaba ocurriendo allí? Los miró alternativamente y con un escalofrío recorriéndole la espalda, salió del abrazo del isleño.

La voz dura de João retumbó en el despacho mientras reprendía al ¿jefe de seguridad? No podía ser verdad.

Karen abrió la boca y la volvió a cerrar mientras él seguía interrogando en su idioma y en tono áspero al llamado Ramalho. Parpadeó varias veces y comprendió la magnitud de la locura que estaba tomando forma ante ella.

—Ahora comprendo —negó, retrocediendo en dirección a la puerta—. Por eso siempre te encontraba a ti cuando lo buscaba a él. Por eso. No lo puedo creer... eres... eres todavía más monstruoso de lo que pensaba —salió despavorida del despacho.

João trató de detenerla y Ramalho se interpuso en su camino.

—Te dije que no te metieras en esto —sus ojos se habían oscurecido por la ira.

—Yo nunca traicionaría a mi mejor amigo —extendió su mano y le entregó el sobre.

—¿Qué esto?

—Será mejor que lo leas antes de correr tras esa mujer.

João extrajo los recortes de prensa, ojeó los titulares y los estrujó en las manos.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿O no pensabas hacerlo? —añadió con sarcasmo y los puños apretados.

—Te equivocas, solo quería tener la certeza de que todo lo que me contaron era cierto. No me gusta cometer errores, ya lo sabes.

—Vamos Ramalho, ¿tanto te cuesta reconocer que estaba en lo cierto al desconfiar de los hermanos Preston?

—Bueno, todo el mundo es inocente hasta que no se demuestre lo contrario.

—¡Oh! Déjate de estupideces. Debería haberla echado a patadas en cuanto puso un pie en la isla.

—No puedes hacer eso y lo sabes —trató de tranquilizarlo—. Esos recortes de prensa solo demuestran un pasado del que ella se avergüenza,

pero eso no implica que albergue malas intenciones al venir a Funchal.

—No la defiendas más —le advirtió colérico—. Los inocentes son los que pierden, no las mujeres que se venden por dinero.

—Esto no tiene nada que ver con Catalina.

—Yo no la he nombrado —escupió las palabras.

—No, pero has pensado en ella. Igual que yo.

João dio media vuelta y se dirigió hacia el exterior sin mediar palabra.

—Espera João, ¿qué vas a hacer?

Su amigo ni siquiera se molestó en cerrar la puerta al salir al corredor.



—¿Sexta planta? —preguntó el muchacho mirándola extrañado.

Sus dos maletas y ella habían entrado en el ascensor como una exhalación.

—Planta baja —le aclaró con brusquedad—. ¡Me marchó! Pero nadie me echa ni estoy huyendo, Karen Preston nunca huye de sus problemas.

—Sí, señorita —asintió él cabizbajo.

—Y no permaneceré ni un minuto más en esta enorme guarida.

—No, no señorita.

Nada más llegar a recepción, Karen pidió un taxi urgente y exigió la cuenta.

¡Qué idiota había sido!

Ahora comprendía la facilidad de João para desenvolverse por el hotel, la excesiva amabilidad de los empleados y por qué todos parecían saber quién era ella. ¡Creían que era la amiguita del señor Bernades! ¡Puaf! Iba a vomitar.

—Vamos, necesito un taxi. ¿Es que nunca hay taxis en esta isla cuando se los necesita? —le urgió al recepcionista que la miraba boquiabierto.

—Sí, señora, enseguida.

—Y quiero pagar mi cuenta. Yo no soy invitada de ningún desaprensivo por muy Bernades que se llame.

—Sí, señora, como desee.

—¿Hay algún problema? —la voz agradable del director llegó hasta ella y al no obtener respuesta, se dirigió al recepcionista que en ese momento extraía la factura de la impresora y se la entregaba a ella—. ¿La señorita

Preston se marcha? ¿Por qué?

Karen ignoró a los dos hombres y buscó su monedero en el bolso. Pagaría, tomaría un taxi y saldría de aquella isla volando aunque tuviera que hacerlo sentada en el ala de un avión y mirando el Atlántico sin parpadear. Miró el importe total y sus ojos dorados se abrieron desmesuradamente al ver la escandalosa cifra seguida de varios ceros.

—¿Aceptan cheques? —tartamudeó.

—Tendría que consultarlo con el señor Bernades —el director parecía apurado.

—¡Y un cuerno! ¿Dónde está ese taxi? —cerró el bolso con furia.

El vestíbulo del hotel estaba a rebosar de clientes. Era fin de semana y el recepcionista trató de explicarle que el coche tardaría un poco en llegar.

Karen bufó de exasperación, agarró sus maletas y nada más girarse para salir al exterior, bajo la enorme lámpara de araña que pendía del techo abovedado, vio cómo se abrían las puertas del ascensor dando paso a un furioso y encolerizado señor Bernades que la alcanzó en dos zancadas. Se acercó como un animal, expulsando el aire por las narices y haciendo que su rostro enrojeciera por la dificultad de controlarse. Parecía que iba a estallar en mil aristocráticos pedazos y ella retrocedió unos pasos.

—¿Dónde crees que vas, listilla? —inquirió con un brillo amenazador en sus ojos. La agarró con rudeza por las muñecas para evitar que siguiera retrocediendo.

—Suéltame, bestia —gritó ella asustada.

Las conversaciones que sonaban en la recepción se fueron apagando para dar paso a unos murmullos asombrados por la escena que estaban contemplando.

—¿Creías que te saldrías con la tuya? —João exigió una respuesta con voz lujuriosa mientras forcejeaba con ella.

Parecía una fiera descontrolada y no dejaba de estirazar.

Ella dudó pero se aproximó a él, meditó durante una milésima de segundo, y lo hizo. Flexionó la pierna derecha y le asestó un duro rodillazo entre sus piernas. Inmediatamente, las fuertes manos la liberaron para encontrarse en sus doloridos atributos masculinos mientras su cuerpo se doblaba con un gemido ahogado.

Esto provocó un remolino de murmullos y exclamaciones escandalizadas, así como alguna que otra risa femenina en solidaridad con la joven. El director del hotel y el recepcionista ni siquiera reaccionaron y el

gesto de dolor en la cara de João, fue suficiente para que Karen dibujara en su rostro una sonrisa de satisfacción.

—Te dije que lo haría, João Wellington Bernades, y siempre cumplo mis promesas—. Se dio media vuelta, agarró sus maletas y corrió hacia la salida antes de que él se recuperara y fuera tras ella.

Aún así, al bajar las escaleras de la entrada la satisfacción había dado paso al llanto y las lágrimas corrían descontroladas por sus mejillas. Con gesto desesperado busco algún vehículo en el que salir de allí, pero a pesar del gentío que había en la escalinata, no vio ni un taxi.

—Karen —la llamó una voz femenina desde un pequeño automóvil estacionado al otro lado de la avenida.

Reconoció a la esposa del jefe de seguridad y la ignoró, fingiendo que no la había visto. Lo último que deseaba era conversar con la mujer del hombre que acababa de chantajearla, pero la muchacha cruzó la avenida y la alcanzó.

—¿Te marchas? —la obligó a pararse y sujetó una de sus maletas.

—Déjame, por favor, solo quiero irme, nada más.

Candela observó sus facciones llorosas y la forma temerosa en la que atisbaba la escalinata del hotel.

—Al parecer, tienes problemas.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Llevas razón, pero si necesitas que alguien te saque de aquí, yo puedo ayudarte.

Señaló su coche y después las maletas.

Karen se giró hacia las puertas del hotel, esperando ver aparecer en cualquier momento al abominable señor Bernades, después miró sus pesadas maletas y echó un vistazo al pequeño coche que la esperaba a unos metros.

—Está bien, pero vámonos ya, por favor —le pidió en un susurro.

Candela la ayudó a colocar las maletas en la parte trasera y salió a toda prisa avenida abajo. En pocos minutos, circulaban por la carretera de la costa y el Gran Hotel Wellington quedó muy atrás.

—Puedes contarme lo que te ha ocurrido, si te apetece —aunque, conociendo a João, Candela podía imaginarlo.

—No servirá de nada —Karen se sonó la nariz.

—¿Qué ha hecho João? —insistió con suavidad—. Te aseguro que nada de lo que digas me sorprenderá.

—Veo que lo conoces muy bien —replicó Karen con rabia.

—Como si lo hubiera parido —le aseguró sin tapujos.

—Ya veo, es un buen amigo de la familia. Será mejor que me dejes en cualquier parada de taxis. Lo comprendo.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado? —pasó por alto el comentario.

—¿Aunque tu esposo esté mezclado en el asunto?

—Por supuesto, esa parte también me gustaría conocerla —su voz sonó estrangulada.

Karen sopesó sus palabras y después de un rato comenzó a relatarle lo ocurrido desde su llegada a Funchal. Candela condujo en silencio, escuchando cada detalle de su sórdida historia y cuando ella llegó al punto en el que João se quedó doblado en mitad de vestíbulo, Candela silbó porque se había quedado sin palabras.

—¿De verdad le diste un rodillazo *ahí*?

Karen se limpió las lágrimas y sonrió al ver la cara de asombro de la muchacha.

—Sus atributos masculinos estarán doloridos durante una buena temporada.

—No puedo creer que Ramalho haya colaborado en algo tan ruin. La otra noche me contaron que vendrías a pasar unos días y ayer, cuando te vi en recepción, pensé que vuestros problemas se habían solucionado. De hecho, hoy hablé con Marina y di por sentado que João y tú erais buenos amigos y... —carraspeó—. Esta situación es muy incómoda para mí, Karen, no sé qué decir para excusar el comportamiento de Ramalho porque el de João es injustificable.

—Lo supongo. Por eso debes dejarme en el primer hotel que nos crucemos y yo solucionaré mis problemas. Has sido muy amable al ayudarme, pero no deseo causarte problemas con tu marido ni con el despiadado y sé que ninguno de los dos aprobará lo que estás haciendo.

Candela la miró como si no hubiera escuchado bien las últimas palabras y negó con energía.

—Te equivocas. Antes de que te marches de Funchal, esos dos deben pedirte disculpas. ¡Los dos! —enfaticó, enojada.

—Te aseguro que no necesito volver a verlos. ¿Dónde vamos? —le preguntó al ver que se adentraban en un jardín y estacionaba el coche frente a una casita blanca.

—A mi casa, por supuesto. ¿Crees que voy a dejar a la mejor amiga, de

mi mejor amiga, en un hotel cualquiera? —pulsó un mando a distancia y la verja comenzó a cerrarse.

—No es buena idea —Karen contuvo el aliento—. No creo que tu esposo desee volver a verme, ni yo a él, después de cómo me invitó amablemente a abandonar el hotel y vuestra isla.

—Mira, Karen —se giró hacia ella con dificultad por la enorme barriga—. João Bernades es el dueño de Wellington Corporation, y mi esposo supervisa su seguridad viajando constantemente, pero en mi casa mando yo.



Durante el resto del día, las jóvenes conversaron de diversos pasajes de sus vidas, muchos de ellos en común con Marina, y disfrutaron de la suave y aromática brisa que corría en el jardín. Lentamente, Karen comenzó a sentirse más relajada y supo que en gran parte se debía al enorme esfuerzo de la muchacha por complacerla.

Candela resultó ser una mujer extraordinaria, que demostró sentir un gran amor por Marina y aquel sentimiento compartido por la bella del mar pareció unirlos con lazos invisibles.

Ya caía la tarde cuando el ruido de un coche entrando en el jardín las sorprendió sentadas en el balancín del porche. Karen miró inquieta a su nueva amiga, no sabía cómo reaccionaría su esposo al encontrarla allí, y ella le dio unas palmaditas en la mano.

El jefe de seguridad se acercó quitándose la chaqueta del traje oscuro con el que lo vio en la mañana. Caminó con gesto cansado, sin reparar en ella, y hablando en un rápido e incomprensible portugués. Cuando llegó al porche, frenó sus pasos y parpadeó varias veces para creer lo que veía ante él, y sentada junto a su esposa.

—Por el amor de Dios, ¿qué hace aquí? —la miró como si se refiriera a una aparición.

—Ya te dije que era mejor quedarme en un hotel —repuso Karen levantándose del balancín—. No voy a permitir que me echen dos veces seguidas en el mismo día.

—Sí, será lo mejor —aseveró Ramalho parándose frente a ella—. No sé qué mentiras le habrás contado a Candela, pero yo que tú, me subiría en el

primer avión.

—No pienso huir como si fuera una asesina —Karen se irguió, orgullosa—. Vine con un propósito y no me marcharé hasta que le diga dos cosas a. a tu jefe.

—¿Asesina? Pues mira, no lo sé. Pero han tenido que pasar muchos minutos hasta que João se ha repuesto de tu patada.

—Él se lo merecía. Y ahora me marchó —Ramalho la retuvo por un brazo.

—Yo no te eché del hotel. Solo te aconsejé que te marcharas cuando descubrí la clase de persona que eres, y que João tenía razón en cuanto a tus propósitos —carraspeó y se pasó una mano por los rizos de sus cabellos con nerviosismo—. Karen, te ruego que te marches, por favor.

—¿Cómo puedes hablarle así? —explotó Candela que hasta entonces, había permanecido en silencio. Se levantó con dificultad del balancín y se acercó a él—. João ha actuado como un necio ocultando su identidad. ¡Y tú también!

—¿Puedo hablar un momento contigo, cariño? —el tono dulce y amoroso de su pregunta no resultó creíble en absoluto—. A solas —añadió con un susurro.

Su esposa asintió y sonrió a nueva amiga.

—No te preocupes Karen, todo se arreglará.

En la cocina, Candela se enfrentó muy enfadada a su esposo y él replicó desesperado.

—No puede quedarse aquí, no la conoces de nada.

—La conozco perfectamente. Karen y su hermano Robert son las personas que han cuidado y dado amor a Marina durante estos últimos años. ¿Te parece poco?

—Pero no sabemos sus intenciones.

—¿Y tú las sabes? —enarcó una fina ceja castaña.

—Sí, João piensa que tratan de aprovecharse de la ingenuidad de Marina para sacar dinero. Todo se reduce a eso, cariño, no importa el cómo, sino el qué quieren de ella los Preston. Por eso todo ese interés en seducir a João, en conocerlo y hablar con él, como hizo con el senador. Seguro que fue ella la que llamó a la prensa —determinó, convencido—. Karen hizo mucho hincapié en la forma en la que los periodistas exageraban sus exclusivas, como si conociera el tema a la perfección.

—¿Seducir a João? Cariño, ¿quién sedujo a quién? —meneó la cabeza

—. Todo el asunto de la prensa son patrañas. Mentiras, como dice Karen.

—¿Y dónde estuvo esos dos años? Se ocultó, dejó su trabajo, desapareció de la tierra.

—¡No lo sé!

—Yo te lo diré, dándose la gran vida a costa de la reputación del senador.

—Y en este caso, ¿también teme João por su reputación? —estuvo a punto de echarse a reír.

—No, pero sí teme por Marina. Esos dos hermanos le han hecho creer que la quieren y ella se ha tragado el anzuelo. Ahora solo falta que la inglesita envuelva a João entre sus redes y ¡zas! Solo que esta vez los beneficios serán tan enormes que la gran vida durará eternamente.

—¿Zas? —Candela rió sin poder ocultarlo—. Cariño, nadie envuelve a João en ninguna red, sino al contrario.

—No pienso seguir discutiendo contigo —Ramalho le dio la espalda.

—Está bien, no lo haremos. Pero ella queda en casa.

El claxon de un coche en la entrada los interrumpió. La pareja se miró fijamente y ninguno se atrevió a decir lo que pensaba.

—Debiste avisarme de que João vendría a cenar.

—Sabes que viene cuando quiere y nunca avisa —Ramalho se movió inquieto por la cocina—. Esto va a explotar, Candela. Mira qué lío has organizado. Él lleva todo el día buscándola por la isla: en el aeropuerto, en los hoteles y toda la ciudad. Cuando descubra que está aquí, querrá asesinarla. Y a mí también —añadió nervioso.

El claxon insistió de nuevo y ella frunció el ceño, extrañada. Alguien no buscaba desesperadamente a la persona a la que quería ver lejos.

—Seguro que su impaciencia se debe a que está más hambriento que de costumbre.



João aparcó su descapotable rojo junto al coche de Ramalho. Su rostro tenía un aspecto sombrío al cruzarse en la entrada y su amigo supo que bajo su aparente calma, estaba furioso.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó a modo de saludo.

Su alta silueta, dibujada por el fulgor de la luna plateada, se dirigió hacia el porche sin contestarle y Ramalho pensó que sí, que mejor iba a por una cerveza.

João estaba a punto de sentarse en el balancín cuando un ruido al fondo del jardín lo hizo girarse hacia allí. Le extrañó que alguien anduviera en la parte trasera y, sobre todo, de noche. Supuso que Candela estaría regando sus preciadas plantas y, una vez más, pensó que su amigo era un imprudente al dejar esos trabajos a su esposa.

Caminó hacia allí y entornó los ojos, tratando de enfocar la silueta de su amiga, aunque no vio su redonda figura sino. ¡No podía creer en su suerte! Delante de sus narices estaba la inglesa. Su melena rubia fulguraba por el reflejo de la luna y se mecía con la brisa. Estaba apoyada en la balconada, observaba cómo el mar batía con calma contra las rocas, y no lo había oído llegar porque no se movió. Debía estar demasiado abstraída en sus pensamientos, seguramente, planeando la próxima fase de algún otro maquiavélico plan. João se estremeció al recordar el golpe que aquella loca le había dado en la entrepierna y apretó las manos en dos puños. Se acercó a ella y el rumor del mar ahogó sus pasos.

¡Ahí la tenía! Estaba tan sorprendido que no sabía cómo actuar. Podía empujarla sobre la balconada, o estrangularla con sus manos, o golpearla como ella había hecho con él. Pero eso sería demasiado fácil. Tenía que pensar algo todavía peor. Algo que le quitara las ganas de volver a reírse de João Bernades. Algo que la humillara como ella hizo con él.

Deslizó la mirada por el contorno de sus caderas y sus largas piernas enfundadas en unos vaqueros ajustados. Ambas manos apoyadas a los lados y el cuerpo inclinado sobre la barandilla.

Y cayó sobre ella.

Karen no tuvo tiempo de reaccionar. Alguien la apresó, aplastándola contra la balconada y dándole un susto de muerte. Un grito quedó ahogado en su garganta al sentir el aliento tibio de João en su cuello, porque enseguida supo que era él. Su aroma y la fuerza de sus brazos enroscados como dos sogas alrededor de ella, le indicaron que no se equivocaba.

—Esta vez no escaparás, pescadito inglés —le aseguró con voz ronca.

—Suéltame o. —se retorció en sus brazos sin conseguir liberarse.

—¿O qué? —la pegó más a su cuerpo y una considerable erección se clavó directamente en su trasero. Ella ahogó una exclamación y se tensó como una vara—. ¿Te sorprenden las dimensiones del señor Bernades? Te

aseguro que no tiene nada que envidiar a sus edificios —le sujetó las manos a los lados—. Venga, no te hagas la estrecha, seguro que conmigo lo pasarás mejor que con el senados Foster.

Satisfecho, comprobó que flojeaba en sus forcejeos y él le cruzó las manos sobre el pecho, abrazándola con fuerza por la espalda e inclinándose sobre ella, para amoldarla a su cuerpo e impedir que escapara.

Karen abrió mucho los ojos cuando sintió sus dedos deslizándose bajo el suéter y sin que él lo esperara, se giró en sus brazos, alzó una mano y lo abofeteó.

—Maldita zorra —y añadió algo más en su idioma que debió de resultar igual de insultante en ingles.

Karen temió que le devolviera el golpe y se alejó, buscando la protección de la oscuridad. Allí, tropezó con sus ojos escudriñadores y ambos sostuvieron la mirada.

—No vuelvas a tratarme nunca más así —se apoyó en la balconada, temblorosa.

—¡Chicos, chicos! —los llamó Candela desde el porche—. La cena está lista.

—Has tenido suerte —le advirtió él con voz amenazadora—, salvada por la campana. La próxima vez, no será igual.

—No habrá próxima vez —hizo ademán de caminar hacia el porche y él la sujetó por un brazo.

—Todavía tenemos una conversación pendiente, no hagas un espectáculo delante de mis amigos y más tarde terminaremos el asunto.

«Asunto Preston», recordó ella apretando los dientes.

De un tirón se liberó de su garra y corrió hacia la casa con paso decidido y absurdamente tembloroso, pero con la cabeza alta y sin girarse para comprobar si caminaba tras ella.



La cena transcurrió pacífica y sin sobresaltos. La conversación giró en torno a los distintos lugares de la isla que Karen debía visitar y cada vez que levantaba la cabeza de su plato, se topaba con mirada glacial de él; entonces, ella removía nerviosa su cena y respondía con frases cortas a las preguntas de

Candela.

Hubo algunos momentos, en los que permanecieron así, uno frente al otro, manteniéndose las miradas. Midiéndose. Al hablar, João parecía tranquilo, razonable, pero algo en la determinación de su voz le indicaba que no era así. ¿Cómo iba ella a imaginar que se presentaría en la casa de Candela como si fuera la suya? Lo miró de reojo y observó su cínica sonrisa en los labios, como si adivinara lo que pensaba en ese instante. Su barómetro interno de alarma rebasaba todas las escalas, pero no sabía si era por el peligro que representaba tenerlo sentado tan cerca o por la forma en que él la miraba. Como si un plan maquiavélico estuviera tomando forma en su cabeza. Cuando Candela se levantó para recoger los platos, Ramalho la acompañó. Karen comprendió que se quedaban a solas y aquello no le gustó. De repente el comedor se le antojó más pequeño, él se levantó de su silla y pareció ocupar toda la habitación. Percibió su estatura, su cercanía, y como si tuviera mucha prisa, ella lo imitó y salió al exterior.

—¿Cómo solucionamos esto? —escuchó a su espalda nada más salir. Ni siquiera le oyó llegar.

—No hay nada que arreglar —habló después de meditar sus palabras.

—Si no recuerdo mal, viniste a Madeira para convencerme de que tu hermano, —hizo una pausa para recordar el nombre, aunque supo que solo fingía.

—Robert. Se llama Robert Preston.

—Para convencerme de que los Preston sois tan adorables que Marina y yo estaríamos encantados de formar parte de vuestra entrañable familia. ¡Claro!, que eso fue antes de saber que la dulce, ¿cuñada, no? Que la dulce cuñada de mi hermana, es un poco.

—Ten cuidado con lo que dices —le amenazó Karen señalándole con un dedo.

—Dejemos los rodeos, ¿de acuerdo? —salvó la distancia que los separaba.

—De acuerdo —dijo ella sin tanta seguridad.

—Como comprenderás, una mujer experta y de mundo como tú, no es lo que yo considero una buena influencia para Marina. Por lo cual.

—Por lo cual, todo está dicho. Ya he conocido al despiadado señor Bernades.

—Entre otros calificativos de una larga lista —le cortó él con brusquedad.

Karen no comprendió el comentario y continuó:

—Está claro que nunca podrá haber entendimiento entre nosotros. Dios sabe que lo intenté —suspiró—. Marina y Robert tendrán que hacer su vida sin contar con tu beneplácito.

—Yo no estaría tan seguro —Karen lo miró sorprendida. Ya había invadido su espacio personal y eso la inquietó—. Marina nunca hará nada que yo desapruebe.

Ella guardó silencio. Recordó el pánico reflejado en los ojos de la bella del mar al hablar de él y por una vez tuvo que darle la razón. Aunque prefirió omitir su opinión.

—¿Y Robert? —inquirió João con sorna—. ¿Qué piensa de la desafortunada vida de su hermanita? ¿Supongo que se codeará con tus importantes amistades? —hizo una pausa. La miró burlón y fingió sorpresa al ver que ella no respondía—. ¿No me digas que no sabe nada?

—¿Qué es lo que quieres, João? Dijiste que te dejarías de rodeos.

—Podemos solucionarlo de forma fácil —le anunció como si estuviera hablando de un pinchazo en una rueda—, o podemos hacerlo de forma difícil. Muy, muy difícil.

—¿Podemos? —su voz sonó estrangulada—. ¿Te refieres a nosotros?

—En realidad, me refiero a mí.

Ella negó en silencio y entornó los ojos, furiosa.

—Te diviertes siendo un monstruo, ¿verdad?

—Es estimulante, para qué negarlo. ¿Y a ti te compensan los problemas que acarrearán tus escauceos amorosos?

—No sé de qué hablas.

—A mí me parece que sí —no se inmutó cuando él extendió su mano y le acarició el ovalo de la cara. Ni tampoco cuando se inclinó con deliberada lentitud y le rozó los labios con los suyos—. Quiero saber qué se siente al explotar entre miel ardiente —le susurró como si alguien más pudiera escucharlo.

Ella abrió mucho los ojos y su boca formó la letra O, pero no dijo nada.

—Ya lo has hecho otras veces, inglesa, y una de ellas, anunciada con grandes titulares —le quitó importancia—. Seguro que entonces no te mostraste tan escandalizada por lo que pudiera pensar tu hermanito.

—Estás loco —la sangre le hervía de rabia—. ¿Me estas chantajeando?

—¿Tanto te sorprende? Tú y yo somos muy parecidos.

—Nunca podré parecerme a alguien como tú —escupió las palabras—.

Te odio, João Bernades.

—Ponte a la cola, cariño —se burló de nuevo.

—¿Crees que me acostaría contigo para que ellos pudieran ser felices?

—No finjas más. Es lo que has estado buscando desde que llegaste a Funchal. Luego podrías desaparecer por dos años y disfrutar de los beneficios.

—¿Desaparecer dos años? —repitió para comprender mejor el significado de las palabras.

—Claro, ¿no es lo que hiciste la otra vez?

Sin saberlo, João estaba muy cerca de adivinar el motivo de su ansiedad, y muy lejos de la verdad; pero no podía permitir que siguiera indagando en su pasado. Si alguien averiguaba dónde estuvieron ella y Robert aquellos años, su hermano jamás podría concluir sus estudios en la academia de policía y todas sus ilusiones y proyectos se desvanecerían en el aire.

—No. no sabes lo que dices —balbuceó, afligida.

João vaciló un segundo, como si reconociera que se estaba excediendo, aunque no podía creer que ninguna de sus reacciones no estuvieran perfectamente estudiadas y el temblor de sus manos y la palidez de sus bonitas facciones fueran pura comedia.

—No te preocupes, luego puedes viajar al mismo lugar que te llevó tu amante —hizo una mueca al imaginar al anciano senador acariciando su piel suave y cremosa—. Ramalho sabrá muy pronto cuál es tu escondite, te advierto que es un buen jefe de seguridad y no hace mucho fue un policía eficaz.

El silencio de Karen le ofreció ventaja. Se acercó a ella que ya no retrocedió ni esquivó sus manos, la sujetó por los hombros y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Te diré qué haremos, *Mel*: serás mi amante por una noche.

Las voces de Candela y Ramalho se escucharon saliendo al porche, pero él no hizo por separarse, ni ella tampoco. Ni siquiera supo si el matrimonio se extrañó al verlos en aquella actitud tan íntima porque se mantuvieron a una prudente distancia y ninguno dijo nada. Durante unos largos minutos todo permaneció en un aplastante silencio. Karen podría jurar que era capaz de escuchar los engranajes de su mente trabajando a marchas forzadas para buscar una salida a aquella comedia en la que se había convertido su vida. Así se sentía, como si tuviera que representar el papel más difícil de su vida y hubiera perdido el guión.

Afortunadamente, sus nuevos amigos se compadecieron de ella y les comunicaron que ya era muy tarde y que deberían retirarse a dormir. Karen trató de escabullirse de sus brazos y él se lo impidió, sujetándola por una mano.

—Tienes hasta mañana para decidir cuándo cumplirás tu parte del trato.

—No he aceptado tu chantaje —recuperó su mano de un tirón y se frotó los brazos. De repente sintió mucho frío.

—Lo harás. De momento, mañana regresas al hotel.

—Ni lo sueñes.

—Ya veremos —la amenaza de sus palabras la desconcertó.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Karen se levantó muy temprano. No había podido dormir en toda la noche y se sintió incapaz de permanecer por más tiempo rumiando sus pensamientos en la cama. Se dio una ducha, se vistió con ropa cómoda y bajó a la cocina donde encontró a Candela, que la saludó con alegría. Al verla con aquel vestido premamá de color rosa y una expresión dulce en su rostro, Karen bajó sus defensas y se permitió sentirse mejor. Desayunaron despacio en el porche y charlaron de algunas cosas sin importancia; ninguna comentó nada sobre lo que ocurrió en el porche cuando João y ella se quedaron a solas; pero cuando Karen terminó su segunda tostada, Candela le sirvió más café y al ver su mirada marrón clavada en ella, se vio obligada a preguntarle el motivo de su escrutinio.

—Estaba pensando que eres diferente —al ver sorpresa en su cara añadió—. No te pareces en nada a las mujeres con las que suele salir João. Ya sabes, de las que solo comen lechuga como si fueran canarios.

—¿Lo dices por mi apetito? Cuando estoy nerviosa no dejo de comer y podría engullir una vaca asada si me lo propusiera.

Su nueva amiga sonrió meneando la cabeza.

—No me refiero a eso. Quiero decir que João nunca ha pasado un día entero buscando a ninguna mujer y, desde luego, jamás la ha instalado en su apartamento privado.

—Si me buscó por toda la isla fue para tirarme desde punto más alto que encontrara, seguramente desde algunos de esos largos edificios que se empeña en convertir en hoteles, y no me he instalado en su apartamento. Él solo quiere vengarse de mí.

—Nadie se toma tantas molestias por una venganza.

Karen iba a replicar cuando la melodía del teléfono móvil comenzó a sonar. Al ver el número reflejado en la pantalla, frunció los labios y Candela la miró extrañada.

—¿No contestas?

Ella negó enérgicamente con la cabeza y suspiró cuando regresó el silencio.

—¿Qué ocurre, Karen? Anoche, cuando os vimos...charlando

pacíficamente, pensamos que habíais solucionado vuestros problemas.

—Es muy complicado, además João es tu amigo y todo cuanto diga.

—João es mi amigo y tú también. No lo olvides.

Ella tomó aire y le explicó la descabellada proposición del señor Bernades.

—¿Cómo puede pretender algo así? —Candela estaba indignada—. Es un hombre que está acostumbrado a que nadie le contradiga, pero no tiene derecho a juzgarte por tu pasado y mucho menos a obligarte a acostarte con él. Él no es así.

—Candela —la interrumpió Karen—, te aseguro que no miento.

—Y yo te creo, pero me cuesta aceptar que él te exija algo así. Karen, explícale lo ocurrido, dile lo que quiere saber y oblígale a disculparse contigo.

—Tengo motivos para guardar silencio. No puedo contarle nada más de lo que ya ha descubierto tu marido.

La joven asintió, preocupada.

—Estás en tu derecho de no dar explicaciones de tu vida a nadie —Candela se acercó a ella y su voz descendió de tono, como si fuera a contarle una confidencia difícil de asimilar—. João no siempre fue así de despiadado, como tú le llamas. Todo el mundo tiene algo en su pasado que marca su futuro y él jamás superó el suyo.

Ella fue a preguntar que a qué se refería cuando la melodía del móvil volvió a sonar y miró el visor de la pantalla.

—Es Marina —exclamó feliz—. Dime, bella del mar, ¿cómo van las cosas por Londres?

—Karen, eres única, solo tú podías conseguirlo.

—¿Qué he conseguido?

—No seas modesta, nadie más habría convencido a João de que Robert y yo nos amamos de verdad —rió alegre—. Cuando me llamó esta mañana y me lo dijo, no podía creerlo.

—Yo tampoco —su entusiasmo decayó al mismo tiempo que creció la sospecha.

Marina soltó otra carcajada.

—Robert y yo estamos en una nube. Llevamos toda la mañana haciendo planes.

—¿Qué te ha dicho exactamente João? —preguntó cautelosa.

Candela la observaba en silencio y pensativa.

—Que habéis llegado a un acuerdo —hizo una pausa—. ¿Sigues ahí Karen?

—Sí, sí.

—En unas horas estaremos en Madeira. Tengo tantas ganas de abrazaros a los dos.

—¿Estaremos? —Karen se llevó una mano a la garganta.

—Sí, ¿no es maravilloso? João quiere conocer a Robert y que pasemos la Navidad en la isla. Bueno te dejo, tenemos que prepararlo todo para el viaje y João ya ha enviado el avión hacia Londres. ¡Ah! ¿Verdad que el ático es estupendo? Solo tú podías conseguirlo, te quiero, Karen —cortó la comunicación.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Candela al ver que su nueva amiga permanecía un buen rato con el teléfono en la mano y sin decir nada.

Se lo arrebató con delicadeza y le tomó las manos entre las suyas. Por fin, Karen la miró.

—Marina y Robert llegarán hoy a la isla —susurró sabiendo lo que eso implicaba.

—Bueno, míralo por el lado positivo —trató de animarla—. Con ellos dos aquí, seguro que abandona esos planes tan descabellados que pensaba llevar a cabo. Todo se solucionará.

Candela siguió hablando y dijo algo sobre avisar por teléfono a algunas amistades de Marina para anunciarle su llegada inminente, pero ella ni siquiera la escuchó. La idea de que el señor Bernades había alargado los tentáculos de su trampa la paralizaba. El muy rastrero tenía un plan perfectamente elaborado. Ahora, no solo se vería obligada a fingir que su relación era amistosa, aunque eso no implicara ceder a sus demandas, sino que Robert estaría muy cerca y podría darse cuenta de que algo no iba bien. Robert nunca aceptaría que ella se sacrificara por él otra vez, antes renunciaría a su futuro. Él mismo sacaría a luz sus antecedentes policiales para pararle los pies a aquel indeseable y ella no lo permitiría.

Los cuatro juntos en un ático, se mareó solo de imaginar la situación.

No solo tendría que soportar sus burlas, sino que estaría obligada a luchar contra aquella atracción física que ejercía sobre ella, porque ese era otro tema sobre el que meditar, por más que lo ignorara. Cada vez que él estaba cerca.

El claxon del deportivo sonó con insistencia en la entrada y ella dio un respingo en la silla. Escuchó a Candela saludarle y el sonido de la verja al

abrirse con el mando a distancia; después, se oyeron unos saludos en su idioma, seguramente algún comentario cortés, y sus inconfundibles pasos acercándose. Karen tomó aire y lo aguantó en el pecho para fortalecerse. Cuando lo vio acercarse al porche, su corazón comenzó a latir con violencia y procuró que su figura trajeada no la impresionara más que su sonrisa ladeada.



Una hora después, Karen paseó la mirada por las dependencias del señor Bernades, o *el ático* como Marina lo llamaba, que resultó ser un inmenso apartamento, decorado con un gusto exquisito y muy lujoso. Un botones uniformado dejó las maletas junto a la puerta del dormitorio principal, como su jefe le ordenó, y cuando ella se limitó a ojear el apartamento y no protestó, João se preguntó qué estaría tramando.

Karen cruzó las puertas correderas que conducían a la terraza y sonrió al comprobar que João Bernades no la defraudaba. Aquel hombre tenía fijación con las alturas y como ejemplo podía mostrar el exótico jardín que se abría ante ella en la sexta planta, donde infinidad de plantas multicolor rodeaban una piscina ovalada. Más allá, tras la balconada, se divisaba parte del puerto con el océano de fondo y, aunque trató de engañarse, aquel lugar rezumaba quietud y serenidad.

Nada parecido a como ella se sentía.

Cuando regresó al interior, lo escuchó hablar en su idioma por teléfono y decidió investigar un poco más. Al fin y al cabo aquella era la guarida del despiadado y necesitaba conocer sus recovecos. Cruzó un salón decorado en tonos azules y blancos y llegó a un dormitorio enorme. Las paredes y el suelo estaban recubiertas por finas maderas brasileñas y los muebles oscuros eran de línea clásica. Enseguida supo que aquel era el dormitorio de João. El suave aroma de su loción y el toque masculino en la decoración no dejaba dudas. Varias alfombras distribuidas estratégicamente por el suelo le daban cierta calidez y, al alzar la mirada del suelo, se encontró con João que salía de un cuarto lateral. Lo vio dejar su americana en el respaldo de un sillón orejero y después se aflojó el nudo de la corbata.

Karen se quedó allí parada, en el centro de la habitación. Junto a una enorme cama.

Él la ignoró por completo, entró de nuevo a lo que supuso sería un cuarto de baño y volvió a salir sin la corbata. Si lo que pretendía era ponerla nerviosa, lo estaba consiguiendo pero continuó observándolo sin perder detalle. Se desabrochó los botones de su blanquísima camisa y después de quitársela la tiró descuidadamente sobre la cama. De repente, su cara tenía un aire indómito, varios mechones negros caían sobre su frente dándole un aspecto fanfarrón.

Karen deslizó la mirada por su pecho ancho, sus hombros poderosos y los fuertes y morenos brazos llegando hasta sus manos que desabrochaban el cinturón. Volvió a meterse en el cuarto de baño y cuando regresó lo hizo vestido únicamente con un bañador azul oscuro. Ella se recreó en su vientre plano y las estrechas caderas, descendió por sus piernas musculosas y firmes y clavó la mirada en el suelo, como si reconociera que estaba haciendo algo muy malo y peligroso.

Si verlo vestido resultaba embriagador, así, medio desnudo.

—Supongo que sabrás que no me voy a acostar contigo —Karen decidió aclarar las cosas porque ella ya las tenía muy claras.

—¿Cómo se te ocurre? —fingió escandalizarse, la vio apretar los labios furiosa y se fijó en sus mejillas acaloradas—. No me digas que todavía te sonrojas cuando un hombre se desnuda delante de ti. ¡Qué tierno!

Salió de la habitación y poco después escuchó una zambullida en la piscina.

Sí, definitivamente, aquel hombre podía ser odioso, entre otros calificativos que más tarde repasaría. Ya que deseaba ser el centro de su diversión, Karen le deseó que agarrara un buen resfriado al bañarse en pleno diciembre en la piscina, recogió su bolso, salió del ático y se encaminó deprisa hacia el ascensor.

Esta vez, el joven se mostró mucho más afectuoso al no verla acompañada por su jefe y charlaron en inglés durante el trayecto a la planta baja. Ella le preguntó dónde podría pasar un rato sin tener que permanecer en el hotel y él pareció sorprendido, pero no dijo nada y le explicó que había un pequeño lugar donde sus compañeros se citaban para divertirse.

Poco después, Karen supo que había sido una idea estupenda. Se trataba de un local en el que se reunía un numeroso grupo de amigos y compañeros de trabajo que, decorado con unos cuantos bidones y algunos bancos, servía para pasar un buen rato bajo la sombra de unos frondosos árboles y con unas vistas impresionantes del puerto de Funchal. En cuanto llegó, vio al

repcionista que trabajaba por las noches. Este la saludó con la mano y al llegar a su lado le presentó a otros compañeros, entre ellos a Felipe, el director, que ya parecía más relajado en su compañía. Todos resultaron bulliciosos y reían a carcajadas de cualquier cosa. Al principio se mostraron un poco reservados, al saber que la nueva chica del señor Bernades quería divertirse con ellos, pero poco después la trataron como si fuera una más.

El tiempo fue pasando con rapidez y la calidez de aquellos isleños le hizo sentirse mejor; incluso, por un momento, llegó a olvidarse del señor Bernades y se unió a sus risas. Comió con ellos y escuchó algunas de las canciones que cantó Nerea, una preciosa muchacha morena que resultó ser una de las monitoras de actividades al aire libre.

Alguien contó un chiste, en un inglés malísimo, y todos estaban riendo a carcajadas cuando, de repente, estas se acallaron de golpe. Todos miraron tras ella y Karen se giró a su espalda sin saber qué ocurría. Al hacerlo, se topó de bruces con él y sus ojos grises la fulminaron.

—Vamos —le urgió sin preámbulos y sacándola del brazo—. ¿Crees que no tengo otra cosa que hacer todos los días que buscarte? —llegaron a la calle y abrió la puerta del coche para que entrara.

—Supuse que después de tu baño matinal, tendrías trabajo —replicó ella, altanera—. ¿Ya moqueas o eres inmune al agua helada?

—No supongas tanto —la interrumpió con rudeza.

—Bueno, para tu información, lo he pasado muy bien.

—Te recuerdo que no estás aquí para divertirte —se incorporó a la circulación.

—No saber disfrutar de las pequeñas cosas, es malo —no sabía por qué, pero se sentía empujada a enojarlo. Al menos, así, se consolaba creyendo que no estaba en desventaja—. ¿Qué le contaste a Marina? —le preguntó cuando comprobó que iban camino del aeropuerto.

—¿Sobre qué?

—Sobre... nosotros —sintió un nudo en el estomago al decir nosotros.

—La verdad con algunos matices —murmuró sin apartar la mirada de la carretera.

—Me gustaría saber lo que entiendes por la palabra verdad.

—Pues que salimos a cenar y a bailar, que ahora nos conocemos y sabemos cosas de nuestras vidas y que, bueno., que estamos juntos.

—¿Juntos? ¿Cómo de juntos?

—Juntos —aseveró mirándola de reojo.

—Robert no lo creará.

—¿El qué no creará?

—Que tú y yo estemos así de juntos. Mi hermano me conoce muy bien.

—Cuando nos vean salir del dormitorio, sí lo creerán.

Ella fue a decir algo, abrió la boca y luego la cerró. Él soltó una carcajada y bajando una mano del volante la apoyó sobre su rodilla.

—No lo pienses tanto, *Mel*, no será la primera vez que lo hagas.

Ella apartó la pierna.

—¿Quieres decir que ya no te preocupa qué clase de gente somos? Satisfacer tus deseos carnales se ha convertido en tu único objetivo, por supuesto —su voz reflejó la desolación que la invadía.

Esta vez, João no se rió.

Llevaba todo el día preguntándose lo mismo que ella le había asegurado. Desde que la encontró en el jardín de Ramalho deseó lo que después le exigió, medio en serio, medio en broma: Explotar en miel ardiente. Pero lo que inició como un castigo para demostrarle que nadie se burlaba de João Bernades, estaba comenzando a tener tintes más personales.

Durante la noche se dijo que aclararía la situación al día siguiente, después que lo haría cuando terminara su baño en la piscina. Pero cuando no la encontró en el ático, y tuvo que andar buscándola por todas partes hasta que uno de sus empleados le dijo dónde encontrarla, volvió a retrasar el momento. Estaba decidido a contarle que él jamás exigiría a una mujer que se acostara con él, pero cada vez que intentaba hacerlo, ella lo provocaba a continuar su mentira un poco más. Y luego estaba aquel asunto de Marina y Robert Preston, aunque en ese tema jamás cedería. Tenía la certeza de que sería más fácil quitarle la venda de los ojos a su hermana con todos los miembros del clan Preston bajo su techo. Ella sola se desengañaría del tipo de gente que era aquel par de dos en cuanto cometieran algún error.

João estacionó en el aparcamiento del aeropuerto y le urgió que bajara para no tener que seguir hablando de cuáles eran sus intenciones. Si Karen volvía a mirarlo como lo estaba haciendo en ese momento, sería incapaz de seguir dilatando su venganza.

—Vamos, ya habrán tomado tierra —insistió, al ver que ella no se movía.

—Algún día, João Bernades, lamentarás muchas cosas.

—No me digas —salió del coche y agradeció no tener que seguir viendo en su cara aquella expresión dolida que comenzaba a afectarle.

Sin esperarla, se dirigió hacia la entrada y la dejó allí sentada.



Cuando Marina y Robert aparecieron al frente, Karen corrió hacia ellos para reunirse con un gran abrazo. Marina estaba preciosa, tan menuda a su lado, con su larga melena oscura y bella como una sirena. Su hermano la apretó contra él hasta dejarla sin respiración y ella rió entre grititos de alegría.

Unos pasos atrás, João observó con interés a aquel joven de cabellos muy cortos y rubios al que su hermana miraba con adoración. Su cuerpo era atlético, se notaba que hacía deporte y cuando avanzó, le ofreció amistosamente su mano. Era tan alto como él y sus ojos dorados le sonrieron en un rostro atractivo y amable. Le molestó que fuera tan amable.

—Robert Preston —se presentó—. Parece ser que las chicas se han olvidado de nosotros.

João frunció el ceño y correspondió a su saludo estrechándole la mano en el mismo instante en el que Marina se colgó de su cuello mientras le hablaba en un precipitado portugués. Karen se quedó anonada al ver aquella escena inusual porque, por primera vez desde que sabía la verdadera identidad de João, le pareció ver reflejado en su rostro algo parecido a la ternura y aquello era totalmente improbable. Se acercó a ellos con el corazón encogido por la alegría contagiosa que manifestaban Marina y Robert, y la emoción de verlos tan felices, y se olvidó de todo lo que se estaba tramando a su alrededor.

Ver a João sonriendo, o algo así, era como si una vocecita en su interior le recordara que ella también quedó impresionada por el atractivo isleño que la transportó a las alturas con sus caricias.

Y pensar en ello la asustó; pero lo que realmente le impactó, fue cuando él alzó la cabeza en su dirección y mientras besaba a su hermana, sus ojos le sonrieron con sinceridad por primera vez.

Poco después las dos jóvenes se sentaron en la parte trasera del coche y Robert lo hizo junto a él. Durante el viaje hablaron de Londres, de Madeira, de ropa... de mil cosas al mismo tiempo y João admitió en silencio que nunca había visto a su hermana tan radiante y charlatana. Él sabía que no era por la vuelta a casa. En los últimos años, Marina llegaba a Funchal feliz por el

reencuentro pero a los pocos días desesperaba por regresar a Londres. Sin embargo, esta vez parecía diferente. Hizo una mueca y miró de soslayo al joven inglés que le hablaba y al que apenas escuchaba. Él y su hermana Karen eran los causantes de que Marina destilara felicidad por cada poro de su piel y se dijo que no debía dejarse engañar por aquella patina de sensaciones que los iba recubriendo con su presencia.

Cuando llegaron al ático, Karen supo que las sorpresas no habían terminado.

—¿Quién te has creído que eres colocando mis cosas en tu dormitorio? —se plantó delante de él con los brazos en jarras.

—Si no te hubieras ido a pasarlo bien con tus nuevos amigos, te habrías enterado —no tenía sentido decirle que él no había sido, sino la camarera de la planta y dando por hecho lo que todo el personal del hotel pensaba—. Por cierto, esta noche quiero que te pongas este vestido.

Ella miró la prenda dorada que resplandecía sobre aquella cama donde se suponía que... y tomó aire con dificultad.

—No puedes obligarme a nada que yo no desee —sus ojos brillaron de cólera.

—¿Estás segura? —su voz sonó mortalmente suave.

Ella tragó saliva cuando la mirada de João se dirigió hacia la terraza, donde Marina y Robert bromeaban, y negó con la cabeza.

—No te atreverás —lo retó en susurro.

Él chasqueó la lengua y se dirigió al comedor. Karen corrió tras él, arrepentida por haber roto la pequeña muralla de contención que él mantenía y lo agarró por la manga en el instante en el que lo escuchó pedirle a Robert que lo acompañara a su despacho. Los vio marcharse del ático con un nudo en el estómago y, un par de horas después, cuando bajaron a cenar al restaurante, Karen lucía el sofisticado vestido de color miel que él le había comprado. Como si fuera su amante, pensó con aprensión, como lo que sería al terminar la velada.

Se sentía medio desnuda con aquella prenda fina y de escote pronunciado. Su espalda también quedaba expuesta y la tela dorada se ceñía a su cuerpo moldeando cada una de sus llamativas curvas. También usó los zapatos de alto tacón que estaban junto al vestido y que elevaron más su estatura, aunque estaba segura de que él en su prepotencia, se habría reservado unos centímetros de superioridad.

Por supuesto, João no desentonó a su lado, vestido de rigurosa etiqueta y

atractivo, desplegando erotismo y sensualidad a raudales. Tuvo que reconocer a regañadientes que hacían buena pareja, cuando al pasar ante las cristaleras de recepción se vio junto a él que posesivamente, como si temiera que saliera corriendo, la sujetó del brazo.

Nada más ver a Robert, buscó algo en su rostro que le indicara el grado de crispación al que lo habría elevado la conversación con João, pero su hermano la besó sonriente, le dijo que era la mujer más bonita de Madeira, y se adelantó con Marina hacia el restaurante.

—Robert tiene razón —João se inclinó hacia ella y le rozó la mejilla con los labios al hablarle—. Estás preciosa, inglesa.

Ella se dijo que también debería recordar que aquel hombre, además de hacerla temblar como una hoja con su contacto, tenía la facultad de mentir como un cosaco. Observó a Marina, vestida con un precioso vestido verde y sonrió al pensar que la bella del mar era toda una sirena.



La cena resultó ser una gran fiesta en honor al regreso de la señorita Bernades, como la llamaban los empleados. Numerosos amigos de la joven estaban esperando en uno de los grandes salones de la planta baja y Karen divisó a Candela y a su esposo en una de las mesas. La suave música y el ambiente tranquilo y amigable lograron que por fin respirara sin asfixiarse. Solo él la incomodaba al inclinarse sobre ella para hablarle con intimidad, y rozándole la cara o la oreja al hacerlo. Entonces, Karen aguantaba el aire en los pulmones y él le sonreía de aquella manea devastadora que muchos hombres tendrían que ensayar durante años para resultar creíble.

Brindaron varias veces por volver a estar de nuevo los cuatro juntos, como esa noche, ¿podía haber algo más ruin? Por los amigos, por las buenas notas, por las vacaciones navideñas que tenían por delante.

—Por nosotros, *Mel*, por nuestro trato —propuso João el último de muchos brindis.

Karen apuró de un trago el resto del líquido ambarino y resopló.

—Ten cuidado, Karen —le advirtió Robert, divertido—. No está acostumbrada a beber —le aclaró a João con familiaridad— y luego se arrepentirá de lo que haga o diga.

—Me ocuparé de que eso no ocurra —le aseguró él solemnemente.

Karen no entendía cómo podía odiarlo y sentirse atraída por él al mismo tiempo.

—¿João? —escucharon a sus espaldas mientras caminaban por el salón.

Una muchacha morena y de estilizada figura —como ella recordaba que le gustaban al señor Bernades, según Marina— se abrazó a él y comenzó a hablarle en su idioma. Afortunadamente, divisó al fondo de la sala a la joven pareja y aprovechando que su acompañante y la morena seguían enfrascados en un incomprensible diálogo, se alejó hacia ellos.

—Vamos al otro salón —le sugirió Marina agarrándola por la cintura—. Lo último que deseo es pasar el resto de la noche con Nerea.

—¿Nerea?

Entonces recordó a la joven encargada de actividades al aire libre y que cantó algunas canciones durante la comida, aunque aquella mujer sofisticada no se parecía en nada a la niña amable que pasó unas horas con ella y los demás trabajadores.

—Sí —le aclaró en voz más baja—, ella era la chica de João hasta hace dos semanas. Como comprenderás está algo, dolida.

—Pero yo la conozco, ella trabaja aquí, en el hotel.

—Sí, abandonó su puesto de dirección en Lisboa por estar a su lado y ahora ya ves, de nada le ha servido.

—Tu hermano no tiene escrúpulos, ¿verdad?

Marina negó con la cabeza.

—Pero Nerea no puede sorprenderse. Ella ya sabía que no significaba nada para él. João siempre deja las cosas muy claras antes de salir con nadie.

Karen supo que era cierto y algo parecido al desamor la golpeó por dentro.

Marina comenzó a presentarle algunos amigos y por unos minutos dejó de pensar en ella, en João y en la estúpida idea de que él no quisiera comprar su silencio. Afortunadamente, no volvió a verlo en las siguientes dos horas. Bailó varias piezas con Ramalho, antes de que se marchara a casa con su esposa porque estaba agotada. También bailó con otros invitados de los cuales no recordaba ni su nombre y aunque en alguna ocasión buscó la alta figura de João por el salón, para asegurarse que se había librado de él, no tuvo éxito.

Finalmente llegó a la conclusión de que habría desaparecido deliberadamente. Y la estilizada Nerea también.

El camarero le ofreció otra copa y ella aceptó, tratando de calcular cuántas llevaba. Sin saber si estaba más cerca de nueve que de diez, se levantó y el suelo tembló bajo sus tacones, pero antes de que perdiera el equilibrio, unos brazos la sujetaron por la cintura y la ayudaron a mantenerse erguida sobre la silla.

—Cuidado, estas caídas son peligrosas —le dijo una voz desconocida y en un perfecto inglés para su sorpresa—. Soy Frank Summer, me temo que nadie nos ha presentado —le estrechó la mano y se sentó a su lado.

Era un hombre corpulento, fuerte, y llevaba los cabellos tan rapados que su cabeza parecía una bola de billar.

—Mi nombre es Karen Preston —le sonrió, agradecida.

Frank comenzó a hablarle de las personas que iban desfilando ante ellos con un sorprendente sentido del humor; resultó ser un excelente conversador y enseguida congenió con ella que se olvidó de sus problemas y se sintió muy feliz. Todo parecía tener un lado cómico en boca de Frank, que conocía a casi todos los invitados y aunque su apariencia era seria y rondaría los cincuenta, bromeaba como un muchacho irreverente. Le contó que trabajaba en Wellington Corporation, en Londres, y que había venido a Madeira por asuntos laborales. Tomaron unas copas más y bailaron algunas piezas, hasta que Karen comenzó a sentirse acalorada y él le aconsejó salir al exterior.

—¿Sabes, Frank? De no ser por ti, esta velada habría terminado muy mal —se apoyó en él que la sujetaba por la cintura y caminaron despacio—. Creo que he bebido demasiado —terminó con una risita tonta.

Él la condujo fuera y la apoyó contra la pared, le tomó la cara entre las manos y se acercó para hablarle. Sus ojos oscuros y enrojecidos la miraron optimistas, y su boca sonrió muy cerca de ella.

De repente, el aroma dulce de su loción de afeitar le provocó una náusea.

—¿Dónde te apetecería ir, preciosa?

Ella vaciló por un instante. Marina y Robert estaban divirtiéndose en la fiesta y los zapatos la estaban matando.

—A mi habitación —le dijo sin ninguna duda. Al menos así, se quedaría a solas con su mareo.

—¿Cuál es tu habitación? —se acercó más a ella y la aplastó contra el mármol fresco y duro de la pared.

Karen no supo qué vino primero ni en qué orden. Unas manos la arrancaron literalmente de los brazos de Frank, la dejaron en suelo

tambaleándose, y el cuerpo enorme de João se interpuso entre ella y su nuevo amigo mientras todo giraba a su alrededor.

—¿Qué tal, Bernades? —lo saludó el hombre, desconcertado.

João le lanzó una mirada tan mortífera que Frank retrocedió, después la sujetó con fuerza por la mano y tiró de ella en dirección al ascensor donde se agolparon algunos curiosos.

—Estás borracha —le dijo con voz dura.

—Eso no es cierto —hipó ruidosamente y dejó escapar una risita.

Y entonces la vio; esperando junto a los demás en el centro de recepción, estaba la ex novia de João.

—¿Ella es el asunto por el cual hemos interrumpido la reunión? —repuso Nerea en un inglés perfecto y con fastidio.

Si las miradas fulminasen, Karen ya estaría muerta.

—En realidad, se ha hecho muy tarde —advirtió uno de los hombres del grupo llegando hasta ellos—. No debimos obligarte a dejar a tus invitados, João. Mañana podemos continuar con la reunión. Hoy poco podemos hacer y tienes una fiesta por atender —terminó diciendo.

—Bueno, si eso significa que podré divertirme en la fiesta contigo, no hay problema —replicó Nerea con un mohín.

—Me temo que tengo otro asunto entre manos —le advirtió João, sujetando a Karen por la cintura y alejándose del grupo.

Ella soltó una carcajada al ver la decepción en reflejada en las bellas facciones de la portuguesa y se disculpó ante la atenta mirada de los demás que comenzaron a dispersarse en el hall.

—Lo siento, de verdad, lo siento —soltó otra risita ahogada.

—No sé qué has visto en ella, João, ni siquiera sabe beber —lo acusó con desdén.

—Nerea, Nerea —la llamó Karen en tono confidencial—, no te arrastres ante él. No lo merece. Regresa a Lisboa y mándalo al cuerno. O mejor, prueba a darle una patada en los,

—Vamos, no sabes lo que dices —João tiró de ella hacia el ascensor ante la atenta mirada de los invitados.

—¿Y tú quién eres? —indagó Nerea, molesta porque sus problemas amorosos fueran tan evidentes—. Al parecer, tú sí que te arrastras tras él.

Karen se irguió e hipó de nuevo, miró a João y después a la esbelta portuguesa.

—No es cierto. Lo que ocurre es que esta noche soy su amante —

declaró con voz clara y fuerte. Agarró a João por una mano y con pasos inestables consiguió entrar en el ascensor ante la atónita mirada de Nerea.

Las carcajadas de los hombres se perdieron en el hall y la puerta los aisló del bullicio antes de comenzar a ascender a la sexta planta. Karen se apoyó en la pared y cayó en la cuenta de que no había ni rastro del ascensorista.

El movimiento del ascensor la obligó a cerrar los ojos, tal vez así todo dejaría de dar vueltas, y en un atisbo de coherencia recordó lo que había hecho, y dicho, públicamente. Temerosa de lo que pudiera encontrarse frente a ella, los abrió muy despacio y después parpadeó varias veces, insegura de que no estaba soñando. No había enojo en sus facciones atractivas y morenas, ni siquiera un poco de enfado. Simplemente la miraba con los ojos entornados y una preciosa sonrisa en sus maravillosos labios. Ella le devolvió la sonrisa y, como si hubiera perdido la poca razón que le quedaba, dio un paso, y otro, y otro más hasta quedar frente a él. Alzó las manos hasta enmarcar su cara bronceada, se empinó sobre las puntas de sus pies y lo besó en la boca como llevaba horas deseando hacerlo.

Karen le hizo abrir los labios con timidez. João la sintió torpe e inexperta y esperó a que su lengua rozara la suya. Ella gimió al sentir su contacto húmedo y caliente y él la rodeó con sus brazos prolongando el beso más y más.

Aquella muchacha le atraía mucho, la deseaba desde que la tuvo sentada a su lado en el avión. La había observado asustada, llorando de rabia y riendo feliz; había sentido el odio de sus palabras y la pena de sus ojos dorados al mirar a su hermano menor, también había tratado de convencerla de que era un monstruo y sin embargo,

Karen gimió cuando sintió su mano deslizarse entre sus muslos, explorando bajo el vestido. De repente, su boca se vio asaltada de forma más salvaje, los labios de João se movieron sobre los suyos, su lengua salió ligeramente y volvió a entrar en su boca, obligándola a tomar aire por la nariz y aferrarse a sus hombros para no perder el equilibrio.

Al llegar a la sexta planta, las puertas se abrieron y ella se tambaleó contra él. João no dejó de besarla, la alzó en sus brazos y la llevó hacia el ático. Pulsó la contraseña y entraron en el inmenso comedor con cierta dificultad. Ninguno deseaba separarse del otro y, cuando él la dejó en el suelo, ella se aferró a las solapas de su esmoquin temiendo que la magia que había surgido entre los dos se dispersara al distanciarse.

—Has bebido mucho —la sujetó por las muñecas y la instó a separarse. Cerró la puerta del ático y pasó al interior.

—Eso no es cierto —Karen le sonrió de aquella manera adorable que él la había visto hacer con otras personas y que tanto le molestaba entonces—, bueno, he bebido un poquito —reconoció en un susurro demasiado íntimo.

Se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

Su mirada tenía un alarmante matiz sexual, como dándole a entender que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Él internó las manos por su melena dorada, la acercó a su cuerpo y atrapó su boca con un gruñido. Karen lo agarró por la camisa y gimió débilmente, todo su cuerpo tembló de deseo por él. Cuando la lengua masculina le acarició el paladar, un torbellino de sensaciones nuevas y a la vez maravillosas recorrió su cuerpo. La de ella lo imitó y exploró con avidez cada rincón de su boca y se entrelazó con la suya, acelerando de manera compulsiva sus respiraciones.

João la sujetó por las caderas, pegándose a su pelvis y frotando su creciente deseo contra ella. Una vez que la había saboreado, algo incontrolable se había desatado en su interior. A su edad debería saber superar ese deseo y sin embargo con Karen, era imposible. Ella levantó la cara con los ojos medio cerrados, rodeándole el cuello con las manos, abrumada por la intensidad de sus caricias, y él tuvo la imperiosa necesidad de hacerla suya allí mismo.

—João —dijo su nombre en medio de un suspiro.

Él se separó de ella, tomó aire y supo que algo no andaba bien. Procuró poner la máxima distancia entre los dos, no podía fiarse de que la próxima vez que la tocara, no la hiciera suya allí mismo, en el suelo del comedor. Ella lo miró desconcertada, con los ojos brillantes y los labios enrojecidos por sus besos. João se pasó una mano por los cabellos y se alejó hacia la puerta, dispuesto a no ser más necio de lo que ya era.

—¿João? —se sintió absurdamente solitaria en el centro de la habitación.

—Has bebido demasiado —repitió para convencerse a sí mismo— será mejor que te acuestes... sola. Mañana me lo agradecerás —dudó y volvió a mirarla, pero finalmente cerró la puerta del ático y se marchó.

Karen parpadeó varias veces y miró a su alrededor. Era la primera vez en su vida que se ofrecía a un hombre y. la primera vez que era rechazada.

Trastabilló hasta llegar al dormitorio y se asomó al interior. La enorme cama parecía burlarse de ella. Con pasos vacilantes y procurando que el suelo

no se moviera tanto, se quitó los zapatos de tacón y gimió de alivio. El murmullo de la puerta a su espalda le indicó que alguien entraba de nuevo y esperanzada se giró hacia él que la miraba desde el centro del comedor. Karen se acercó muy despacio y lo abrazó. Sus cuerpos se apoyaron el uno en el otro y él sintió que se fundía con su contacto.

—No puedo hacerlo, debería marcharme pero no puedo.

—Mejor.

—Soy un.

— *Shhhhh...*

Karen comenzó a desnudarlo con movimientos torpes y lentamente lo condujo hacia el dormitorio. Era excitante sentir el temblor de sus músculos bajo sus dedos, comprobar que la coraza con la que se revestía aquel hombre se desquebrajaba con sus caricias, y cuando posó sus ojos en los suyos vio un claro destello de deseo mezclado con algo que no supo definir.

João se mantuvo quieto mientras ella adoraba su cuerpo desnudo. Aquella mujer lo convertía en un hombre imprudente. Deslizó los tirantes de su vestido dorado y lo dejó caer a lo largo de su hermoso cuerpo. La empujó con suavidad hacia la cama y la cubrió con el peso de su cuerpo, presionándola contra el colchón. Ella lo rodeó con sus piernas y con los muslos le abrazó las caderas. João se apretó contra ella cuando su boca se fundió con la suya. Los dos se sintieron incapaces de dominar el deseo que los consumía y él supo que se comportaría como un muchacho inexperto, entrando en ella fuerte, duro e impaciente. Alargó una mano y extrajo un preservativo de un cajón mientras ella lo miraba con los ojos medio cerrados, la cara sonrosada y los labios entreabiertos. Se alzó sobre un brazo y sin preámbulos se hundió en ella con un gemido ahogado. Karen gritó en medio de un sollozo y él se enderezó bruscamente.

—Lo siento, no quería lastimarte —ella se agarró a sus hombros y se arqueó bajo su cuerpo para aliviar la incomodidad que poco a poco debía ceder.

—No ha sido nada, ya pasó —lo tranquilizó con un beso.

—La próxima vez seré más paciente —se movió lentamente en su interior y empujó un poco más.

—¡Oh! Sí, la próxima vez.

Karen era demasiado estrecha, como si sus músculos internos se resistieran a aquella invasión, como si nunca,

—Nunca has estado con ningún hombre —sus ojos acerados se clavaron

en los suyos y dejó de moverse sobre ella.

—Ya te lo dije.

Él soltó un gruñido y maldijo entre dientes, antes de mecerse de nuevo.

Karen apretó sus piernas alrededor de él y empezó a besarle para hacerlo callar, entregándose a la fricción húmeda y caliente de su lengua, a los sonidos de sus gemidos contra su boca, a su olor, a su cuerpo que se movió despacio, entrando y saliendo de ella con ardor. Ni siquiera supo qué extrañas palabras le susurró en su idioma cuando comenzó a moverse más rápido. Era demasiado caliente, demasiado fuerte para poder resistirlo y una sensación vertiginosa se apoderó de ella, transportándola a un lugar desconocido. Los pequeños temblores de su cuerpo se transformaron en estremecimientos y un placer salvaje la inundó mientras ambos alcanzaban el clímax.

Lentamente, con la respiración todavía jadeante, João se retiró y se sentó en la cama tratando de controlarse. Karen se abrazó a su cintura y él se separó de ella, poniéndose en pie y buscando su ropa. Tenía la boca prieta y su pecho todavía se expandía por la excitación. Se quitó el preservativo, miró los indiscutibles rastros rosados que delataban su virginidad y se giró hacia ella con ojos fulgurantes.

—No fuiste la amante de nadie.

—¿Y qué? Pareces decepcionado porque no soy la mujer promiscua que esperabas.

Su rostro desencajado la hizo estremecer. Por un momento creyó que la sacaría de la cama y la echaría de su habitación, pero lo que hizo fue entrar al cuarto de baño y no apareció hasta unos minutos después. Se acercó a la cama y la interrogó con rabia.

—¿Por qué accediste a ser mi amante?

Ella soltó un bufido y trató de levantarse, pero él la empujó para que no se le acercara.

—No accedí a tus chantajes João Bernades, pensé que eras más inteligente.

—Sí, yo también —se puso los zapatos—. No solo soy tu primer hombre, sino que además estás tan borracha que no sabes lo que dices.

—¿Por qué siempre eres tan desagradable?

—Porque no soy agradable —y sin mirarla, salió de la habitación.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Karen tenía todo el cuerpo magullado y su ánimo estaba igual de dolorido, por no hablar del intenso dolor de cabeza que la martirizaba. Cuando João se marchó después de hacerle el amor, insultarla y llamarla borracha, por el mismo orden, ella mantuvo la esperanza de que regresaría y podrían aclarar las cosas, pero como era de esperar no lo hizo. Y entonces comenzó a darse cuenta del error que había cometido. No podía creer que ella hubiera sido capaz de invitarlo de aquella manera a sus brazos, prácticamente lo había obligado. Y él tenía razón, estaba muy borracha, no había otra explicación.

Jamás imaginó que se sentiría tan desdichada después de lo que debería haber sido una experiencia maravillosa e inolvidable y, en algún momento de la madrugada, comenzó a llorar y se sintió todavía peor por hacerlo. Desde ese instante, ya no pudo parar, porque ella era del tipo de mujer que cuando empezaba algo le resulta muy difícil detenerse. Lloró con rabia y amargura, presionando la cara contra la almohada para ahogar los sollozos que no podía controlar y después de mucho rato, por fin se durmió.

Ahora, con la luz del sol entrando por los enormes ventanales y obligándola a cerrar los ojos, seguía preguntándose por qué João se había enojado tanto al saber que no había sido la amante del senador, ni de ningún otro.

Se incorporó en la cama y cubrió su desnudez con la sábana. Él la había hecho suya en aquel mismo lugar, todavía era capaz de escuchar sus susurros y sus gemidos, y también podía percibir su enojo y su desprecio. Se retiró los cabellos despeinados de la cara y se dijo que ya estaba bien de lamentarse por algo que no tenía sentido ni solución. Caminó hacia la ducha, abrió los grifos con determinación y dejó que el chorro del agua fría se llevara todas sus preguntas, aunque no consiguió liberarse de la angustia que la atormentaba. Si era justa, no debería engañarse a sí misma como si fuera una niña. Aquella noche no estaba tan borracha como para no saber qué hacía y, por supuesto, no se arrepentía de lo que había ocurrido en esa cama. Ella deseó todos y cada uno de los suspiros de placer que él le arrancó y volvería a hacerlo una y mil veces.

Por fin se abría la realidad ante ella: estaba atrapada en las redes de un hombre al que detestaba.

Con sus dudas un poco más despejadas, terminó de secarse los cabellos, se vistió con unos vaqueros y una camisa sin mangas, se anudó una chaqueta al cuello y salió del dormitorio. Todo estaba en silencio y después de cruzar el comedor, encontró a Marina y a Robert desayunando en la terraza.

—Hola, buenos días —los saludó caminando hacia ellos.

La joven la miró en silencio, como si acabara de entrar una persona desconocida y necesitara estudiarla. Robert tampoco dijo nada y se limitó a masticar su tostada.

Karen se sentó a la mesa y fingió no darse cuenta de la tirantez que había surgido nada más llegar ella. Nada más llegar directamente del dormitorio de João.

Más allá, en la piscina, escuchó una familiar zambullida.

—Es João —Marina le sirvió una taza de café.

—Lleva más de una hora así —le aclaró su hermano.

Karen observó que nadaba con rapidez, como si quisiera agotarse. Sus brazadas eran precisas y coordinadas y su cabeza negra emergía mientras su cuerpo atlético y bronceado avanzaba con rapidez. Después se sumergía de nuevo, y así continuamente. Cuando llegó al final de la piscina, se elevó apoyándose en los brazos, tensando cada uno de los músculos de su espalda poderosa y, de un salto, salió sacudiendo los cabellos para quitarse el exceso de agua. Al mirar al frente, se encontró con los ojos de Karen clavados en él y con un movimiento brusco se lanzó de nuevo al agua.

—Pasaré un buen rato hasta que vuelva a salir —le advirtió Marina—. Mi hermano suele nadar como si la vida le fuera en ello cuando le preocupa algo, y hoy. —no terminó la frase, miró a Robert, y mordió su tostada cabeceando.

—El agua debe de estar helada —Karen sintió un escalofrío al recordar la ducha que acababa de darse.

—Eso a él no le importa —le aseguró la muchacha—, además, hoy hace buen día, con suerte alcanzaremos los veinte grados y eso que estamos en pleno diciembre.

—Cuando salimos de Londres estaba comenzando a nevar —intervino por fin Robert—. ¿Nos acompañarás a la isla de Porto Santo?

—Pasaremos el día en sus playas, son extraordinarias y la arena es dorada y muy fina, aunque no nos bañaremos, claro.

—No nos bañeros, por supuesto —Robert miró hacia la piscina—, hay mejores formas enfrentar las dificultades.

—Robert —le regañó Marina dándole un codazo y levantándose.

—Prefiero quedarme en la ciudad y visitar a Candela —Karen pasó por alto el comentario.

Giró la cabeza cuando dejó de escuchar las brazadas de João, estaba apoyado sobre los codos, tomando aliento, y de nuevo volvió a zambullirse.

—Entonces te quedas con João —se despidió Marina—. Vamos, Robert, el Ferry saldrá dentro media hora.

Cuando Karen comprendió que se había quedado a solas con él, se dio cuenta de que se acercaba secándose el rostro y el pecho con una toalla blanca. Como cada vez que se aproximaba a ella, su corazón comenzó a galopar apresurado. No podía evitar aquella sensación que le producía su presencia, ni tampoco apartar la vista de su maravilloso cuerpo. Clavó los ojos en su desayuno, esperando así que él no notara su reacción, y vio de reojo que se sentaba a la mesa tan indiferente que le hacía daño. Se sirvió una taza de café y mordisqueó una tostada.

—Deberías haber ido con ellos a Porto Santo —le dijo cuando ella estaba a punto de levantarse. Como no le contestó, la miró de esa forma familiar de especulativo desdén y movió la cabeza—. Tengo muchas cosas que hacer, no podré ocuparme de ti —añadió con fastidio.

—No te preocupes, yo también tengo cosas pendientes —hizo ademán de marcharse y él la sujetó por una mano para retenerla. Karen se zafó de sus dedos con un tirón y volvió a sentarse.

—Sobre lo que ocurrió anoche,

—Yo tampoco deseo hablar de eso, olvídalo —repuso enfadada.

João levantó lentamente la cabeza de su desayuno, sorprendido por el comentario de ella, y apretó los labios en una línea de descontento. Karen recorrió con la mirada su torso musculoso y bronceado, sus hombros poderosos, los largos brazos y sus manos fuertes. La sangre comenzó a agolparse en su garganta y, como si le faltara el aire, suspiró profundamente.

—Quedan tres días para que Robert y yo regresemos a Londres y quiero instalarme en la segunda planta —procuró que sonara a demanda y no a súplica.

—No —ni siquiera la miró. Devoraba con aparente apetito la tostada.

—¿Cómo? —abrió mucho los ojos—. Este juego ya no tiene sentido.

—Nadie está jugando.

—Yo creo que sí. Ya sabes que no soy una mala influencia para Marina; además, Robert cuida de ella y la tiene entretenida, como / / tú querías.

João esperó pacientemente a que ella terminara de hablar y bebió un trago de café.

—Todavía tienes que aclararme por qué te convertiste en mi amante anoche y por qué temías que Robert supiera algo de un vergonzoso pasado que no existe. Y también, de qué conoces a Summer.

—No tengo obligación de responderte.

Él la retuvo de nuevo por un brazo. Esta vez más fuerte y aunque tiró de él, no se liberó.

—Cumplirás nuestro pacto hasta que decida lo contrario.

Karen soltó una carcajada quebradiza. Era el hombre más obstinado que había conocido.

—¿Nuestro pacto? —buceó en sus ojos en busca de comprensión.

—Eso he dicho, las condiciones han cambiado y fingirás que eres mi amante hasta que descubra tu secreto. Y de paso, procura no estar borracha ni volver a ver a Frank Summer. Es un amoral.

Karen ahogó un gritito de impotencia.

—No hablarás en serio.

La mirada férrea de él le indicó que sí.

—Supongo que podrás hacer otro sacrificio como el de anoche y volver a acostarte conmigo.

—Si han cambiado tus condiciones, yo cambiaré las mías —él parpadeó y comprobó complacida que había conseguido captar su interés—. Seré tu amante a cambio de cien mil libras.

En ese instante, las facciones de su cara se transfiguraron.

—De modo que es eso —escupió las palabras con desprecio.

—¿Qué esperabas? —se lo merecía por mezquino.

—Supongo que no debería sorprenderme —repuso decepcionado.

Ahora regateará, pensó Karen con aprensión, como si estuviera comprando una cabra.

João se inclinó sobre la mesa y ella permaneció muy rígida, consciente de sus dedos clavados en la carne, y viendo latir en su cuello un músculo, como si fuera presa de una emoción muy fuerte. Lo malo era que João no tenía emociones.

—Acepto.

—¿Cómo? —no podía creerlo.

—He dicho que acepto: cien mil libras y serás mi amante durante tres días.



—¡Cien mil libras! ¿Estás loco? —Ramalho se sujetó a la mesa.

—Ya lo has oído —se sentó en el sillón giratorio.

—Es un precio muy alto por una mujer. Tú nunca has pagado por una mujer —rectificó con un graznido.

—Es lo que ella exige y es lo que le voy a pagar.

—Veamos —trató de razonar—, resulta que nunca tuvo una vida libertina de la que avergonzarse y la has obligado a ser tu amante a cambio de no descubrirla.

—Yo no la obligué, solo me estaba burlando de ella, pero anoche bebió mucho y,

—Bueno, no me des más detalles —alzó las manos en el aire—. Ahora resulta que la virginal y decente señorita Preston quiere cien mil libras por lo que te ha dado gratis.

—Todavía guarda secretos. ¿Qué hay de esos dos años en blanco?

—Pero ya has obtenido de ella lo que deseabas. ¿O no? —temió la respuesta.

João no dijo nada y fingió leer unos documentos.

—Ramalho, dentro de media hora se celebrará la reunión que se canceló anoche y no pienso retrasarla más.

—¿Reunión? Sí, ahora mismo vamos.

João se levantó del sillón y se dirigió hacia las puertas de cristal

—Pero antes, quiero detalles de su secreto, Ramalho, no puede ser que alguien oculte dos años de su vida y no aparezcan por ningún sitio. Y otra cosa, avisa a Frank.

—¿Frank Summer? ¿Nuestro Relaciones Públicas de Londres?

—El mismo.

—Estará en la reunión.

—De eso nada. Dile a Anabel que le envíe una carta de despido con fecha de hoy.



—¿Cien mil libras? —Candela rompió a reír, llevándose una mano a su abultado vientre—. Por Dios, Karen, ¿cómo has podido pedirle algo así? —se acomodó en el balancín y Karen la imitó.

—Sí, y lo peor es que él aceptó.

—No lo puedo creer. Le dirás que todo ha sido una broma, ¿verdad?

—Por supuesto que se lo diré, pero, sin prisa.

—No debería reírme, no está bien. Somos malvadas —soltó otra carcajada.

—Él se lo buscó. Se cree Don Perfecto que nunca se equivoca.

—João es un hombre, Karen. ¿Qué esperabas?

—¿Quería una amante aprovechada? Pues ya la tiene. Creo que respiró aliviado cuando comprobó que todo lo que pensaba de mí, al final resultó ser cierto. Se puso furioso al descubrir que yo era virgen, incluso me acusó de ocultarlo deliberadamente y solo se tranquilizó cuando le exigí un precio —terminó, decepcionada.

—No debió juzgarte, estoy de acuerdo contigo, pero a ti te correspondía advertirle que era tu primer hombre.

—Repetí hasta la saciedad que nunca había tenido ningún amante. Solo me faltó publicarlo en la prensa y tampoco me habríais creído. Todos me juzgasteis.

—Yo no te juzgué, Karen —negó con vehemencia.

—Da igual, en tres días, Robert y yo regresaremos a Londres y todo habrá terminado.

—No te engañes, has accedido a sus caprichos porque deseas estar con él, aunque no quieras admitirlo en voz alta.

Karen suspiró y bajó la mirada a sus manos que descansaban en su regazo.

—¿Tanto se me nota? —sonrió con tristeza y Candela le dio unas palmaditas animosas en el hombro—. Sí, debe notárseme mucho. No soporto su arrogancia, me pone enferma esa forma inquisidora que tiene de mirarme. Es prepotente, odioso, autoritario y caprichoso.

—No cedas ante él o terminarás enamorándote de un hombre que no te

corresponde.

—Sé que no puedo esperar nada de João. Marina me dijo cómo era el tipo de mujeres que le gustan y, desde luego, yo no me acerco ni por casualidad.

—João no es tan selectivo y su fama de mujeriego es una exageración. Sí, ha salido con mujeres, claro, pero créeme cuando te digo que lo he visto muchas noches en su ático con un buen libro y otras tantas aquí, en casa, charlando con Ramalho hasta el amanecer. Pero no te interesa enamorarte de él, Karen.

—Lo sé, es un hombre sin sentimientos, al menos creo que nunca he visto manifestarse ninguno en él y lo único que le incita a estar conmigo es su ansia de perjudicarme. ¡Bueno! Y el sexo.

—Todo tiene una justificación. Él no ha sido así siempre.

—¿Desde cuándo le conoces? —sintió curiosidad de repente.

—Desde niños, pero no me pidas que traicione la confianza que tiene en mí.

—Claro, olvidaba que él es tu amigo.

—Y tú también, Karen. Por eso no quiero que ninguno de los dos os hagáis daño —su voz sonó sincera—. Enamorarse de João, es lo peor que puede ocurrirle a una mujer.

—Pues qué bien —procuró animarse en vano.

—Solo te diré una cosa, esta obsesión que João tiene contigo me preocupa. Si algún día llegara a sentir algo por alguien, sufriría mucho.

—Esa obsesión, como tú dices, no es otra cosa que sexo, sexo y más sexo. En eso radican todos sus tratos. Y, sobre todo, el hecho de que no me rinda a sus pies anima su obcecación.

—¿Tú crees? ¿No te has rendido?

—Bueno, sí, por cien mil libras —volvieron a reír, aunque sin entusiasmo.

—¿Y los chicos no se preguntan qué ocurre entre vosotros dos?

—No han dicho nada pero me temo que no comprenden lo que está pasando.

—Ellos sabían que venías a Funchal para convencer a João de que Marina estaba en buenas manos, ¿no han hecho preguntas sobre vuestra situación? Mira que vivís los cuatro bajo el mismo techo y, aunque es un apartamento muy grande,

—Están un poco extrañados, sobre todo Robert —Karen se encogió de

hombros—, esta mañana me vio salir del dormitorio de João y no le ha hecho mucha gracia. Solo espero que no se enteren de cuál es la realidad.

—Solo hay una realidad, Karen, no te engañes tú también.



Poco después de visitar a Candela, Karen regresó al Gran Hotel Wellington en taxi y decidió pasar por el pequeño local donde se reunían Silvio, el ascensorista, y sus compañeros. Al entrar enseguida se sintió entre amigos y mientras ayudaba a uno de los camareros de los salones principales a decorar un pequeño árbol de Navidad, vio entrar a Nerea y rodear al grupo para evitarla.

Karen la observó durante un buen rato y aunque ambas se miraron de reojo ninguna se atrevió a hacerlo abiertamente. Cuando Silvio y los demás trabajadores se despidieron para comenzar su turno de trabajo en el hotel, ella tomó su vaso de limonada y caminó hacia Nerea.

—¿Puedo sentarme a comer contigo? —se paró frente a su mesa.

La muchacha la miró asombrada y afirmó sin articular palabra.

—¿Qué os apetece comer? —les preguntó Anabel, la secretaria del señor Bernades, entregándoles una carta a cada una.

Al darle la suya a Karen, la miró asombrada y aunque trató de ocultar el desconcierto que le producía verla allí, le sonrió y la saludó con amabilidad en inglés.

Karen ojeó la carta, comprobó que era una de las que ofrecían en el hotel pero que estaba escrita en portugués, y miró implorante a Nerea.

—Puedes pedir un sabroso guiso de pescado, está delicioso — le sugirió al comprender su apuro—. Aquí solo nos reunimos los compañeros y no traemos las cartas internacionales —añadió con una primera sonrisa.

—Espero que mi presencia no os incomode —le entregó la carta a Anabel.

—Claro que no, qué tontería —la muchacha recogió los vasos vacíos y se dispuso a marcharse, pero Karen la detuvo.

—No sabía que este local fuera privado, cuando le pregunté a Silvio que dónde podría pasar un rato, no me dijo que solo lo utilizabais los compañeros de trabajo.

—Y no lo es —intervino Nerea—, en este local nos reunimos los compañeros de trabajo para descansar porque la mayoría vive lejos de la capital o fuera de la isla, pero el recinto, las cartas, la comida y la bebida pertenecen al señor Bernades. Igual que tú.

Anabel decidió que en aquella conversación sobraba, murmuró una disculpa y se alejó con rapidez.

—Eso que has dicho, no es cierto —Nerea se encogió de hombros y esperó a que uno de los muchachos que repartía los platos les sirviera el guiso. Ella le sonrió al camarero y continuó—: Sé que anoche me porté mal contigo en la fiesta y quiero pedirte disculpas. No tenía ningún derecho a tratarte como lo hice y mucho menos delante de todo el mundo.

Karen esperó a que dijera algo, pero Nerea comenzó a comer como si fuera lo más importante del mundo y ella la imitó. Casi habían terminado el primer plato cuando les trajeron un pequeño pan amasado con batata y la muchacha lo partió por la mitad. Le entregó un trozo a Karen y sus miradas se cruzaron.

—Lo de anoche no tiene importancia, simplemente me pusiste en mi lugar, nada más —repuso por fin.

—Eso no es cierto —replicó Karen—, no tenía ningún derecho a decir lo que dije y a humillarte delante de tus compañeros.

—Habías bebido mucho, todos nos dimos cuenta; pero no te martirices, él te tiene a su lado y yo... ya soy historia. Eso es lo único que importa.

—Él no me tiene —la rotundidad de sus palabras la obligó a explicarse—: es una larga historia, pero te aseguro que entre João y yo no hay, ni habrá, nada —Nerea alzó una ceja sin comprender—. Está bien, piensa lo que quieras. Solo quiero que sepas que ningún hombre merece que alguien tan extraordinario como tú, abandone todo para ir tras él.

—Ya te lo han contado —susurró, avergonzada.

—Todo el mundo lo sabe. Apenas te conozco, Nerea, pero eres una chica preciosa, con una voz privilegiada y con un futuro prometedor en algún lugar del mundo.

—Pero no a su lado, ¿verdad? eso es lo que ibas a decir.

Karen meditó su respuesta. Nerea no era la única mujer que no debía esperar nada de João, pero al menos ella era consciente de lo que hacía y por qué.

—Tu futuro está allá donde encuentres el amor. Si eres feliz aquí, esperando a que él vuelva a pensar en ti, adelante, pero puede que un día

comprendas que solo se alcanza la felicidad cuando la otra persona te corresponde.

—Entonces, tú también te marcharás muy pronto de Funchal.

—En tres días —le aseguró descendiendo los ojos hasta el postre que acababan de servirles.

Una mano se apoyó en su hombro y ella dio un respingo.

—¿Cómo estás Karen? Anoche me quedé preocupado.

—Hola, Frank —lo saludó, aliviada de que alguien interrumpiera el nuevo silencio que se había creado entre las dos.

—Intenté localizarte para saber cómo estabas —se sentó a su lado y chasqueó los dedos para llamar a Anabel—. Hola, Nerea, ¿cómo te van las cosas?

—No mejor que a ti —replicó la muchacha, levantándose—. Te aconsejo que vayas a por tu bebida. Como puedes ver, Anabel está ocupada y esto no es un bar.

Karen miró a la secretaria y la vio fumando un cigarrillo en la puerta. Por un segundo, juraría que ignoraba deliberadamente a Frank y que simplemente no deseaba atenderle.

—Será mejor que me vaya, de repente he perdido el apetito.

—¿Te marchas? —le preguntó Karen al ver que se alejaba y que su postre estaba intacto.

—Sí, ¿tanta prisa tienes, Nerea? —Frank la tomó de la mano y ella se zafó de sus dedos.

—No vuelvas a tocarme, Frank —se encaró al hombre que sonreía de forma burlona y después la miró a ella—. Si fueras lista, Karen, te marcharías conmigo.

—Deja que termine su postre —gruñó él para que Nerea no siguiera hablando.

—Bueno, —no sabía qué estaba ocurriendo, pero Karen sintió que la presencia de Frank había enrarecido el ambiente.

Varias cabezas se giraron hacia ellos y Nerea insistió:

—Karen, deberías venir conmigo.

—Yo la acompañaré al hotel, no seas pesada. ¿No crees que te estás tomando esto como algo personal?

—Eres despreciable —Nerea se alejó con rapidez y abandonó el local.

—¿Qué ha pasado? —Karen lo miró sin comprender.

—No le hagas caso, tiene muy malas pulgas desde que el jefe la dejó

tirada.

—No deberías hablar así de ella, es tu compañera y una buena chica.

—Sí, sí, como quieras —le quitó importancia y se inclinó hacia ella—. Como te decía, anoche me quedé muy preocupado por ti.

—Bebí un poco más de la cuenta, siento si te causé alguna molestia — miró el postre y se dio cuenta de que ella también había perdido el apetito.

—De todas formas, ahora que te he visto me quedo más tranquilo. Te acompañe al hotel —le sugirió al ver que ella se levantaba—, quiero dejarte sana y salva en tu habitación.

—No hace falta —sintió las miradas de sus nuevos amigos clavadas en la espalda y un sexto sentido la alertó de algo que todavía no sabía definir.

A pesar de su negativa, él la condujo por un brazo hacia la salida y caminó a su lado por la avenida. El sol lucía brillante en el cielo y los árboles frondosos dibujaban sombras móviles en el paseo empedrado.

Frank se dedicó a contarle historietas de sus viajes por Europa y ella fingió que lo escuchaba mientras se acercaban al hotel.

—¿Y cómo es que te dedicas a organizar fiestas? ¿Es así como conociste a João Bernades?

Ella sonrió por la forma en la que había resumido toda su carrera.

—Bueno, trabajo en una compañía de servicios que se dedica a organizar eventos especiales. Estudié en la facultad de Empresas y Comunicación y.

—Vaya —la interrumpió con un silbido—, eres una caja de sorpresas. El jefe sabe escogeros muy bien: joven, guapa y lista. ¡Es un piropo! —añadió precipitado al ver que ella fruncía el ceño—. Y dime, Karen, ¿vives y trabajas en Londres?

—Sí. ¿Y tú?

—Hasta hoy, sí.

—¿Qué quieres decir? —la voz lastimera de Frank le hizo interesarse.

—Pues que hoy, tu novio me ha despedido.

—¿Qué ha pasado? Y no es mi novio, no es nada mío.

—Mi ex jefe y tu «no es nada mío» consideró que me excedí anoche contigo, y que mi atención fue inapropiada, esas fueron sus palabras.

—¿Tu atención? ¿Quieres decir que te ha despedido por mi culpa? —él afirmó con la cabeza—. Esto es indignante, ¿cómo se atreve a algo así? —resopló enfadada.

—Sí, lo es. Pero ya no importa.

—¿Cómo que no importa? Él no puede ir despidiendo a la gente porque en su tiempo libre haga cosas que a él se le antojan inapropiadas.

—Sí puede. Era mi jefe y también dejó caer que tú eres su,

—No, te aseguro que no es nada mío.

—Mejor, él no te merece, y no te preocupes por mí, ya lo arreglaré — Frank la abrazó junto a la escalinata del hotel y se despidió de ella.

De repente pareció inquieto y Karen lo percibió. Miraba hacia la puerta principal y sonreía nervioso.

—Procuraré solucionar lo de tu despido, hablaré con João.

—Deja eso, Karen, ya lo haré yo a mi manera —la besó en la mejilla, sorprendiéndola—. Volveremos a vernos, ¿te apetece que quedemos para tomar algo?

—Sí, claro, llámame —observó apenada cómo el hombre se alejaba con rapidez y subió la escalinata.

La conversación que había mantenido con Frank la había confundido. Cada vez que descubría algo nuevo sobre João, era más desagradable que lo anterior, y lo peor de todo era que no sabía cuántas sorpresas más descubriría en los tres días que quedaban por delante. Con suerte, pasaría la Nochebuena en su pequeño apartamento de Londres junto a las dos personas que más quería, Robert y Marina. Y aquel pensamiento la fortaleció.

Cuando entró al recibidor del hotel, vio a João parado frente a ella, grande, silencioso. Esperándola. Si creía que la amilanaría con su actitud autoritaria y amenazante. ¡Lo hizo!, pero, desde luego, no se lo haría saber.

Hoy había decidido tener un buen día y por nada del mundo consentiría que nadie se lo estropeará. Ni siquiera el señor Berna des. Caminó hacia él, consciente de que la miraba como el depredador que esperaba para sorprender a su pieza y zampársela. ¡A ella!

—Sabía que estarías esperándome —fue su saludo—. Por cierto, buenas tardes, João.

Comenzó a caminar hacia el ascensor y la mirada de enojo que él sostenía, la hizo estremecer, pero disimuló como una campeona.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí, como estabas tan ocupado, no quise molestarte. Fui a visitar a Candela y después comí guisado de pescado en ese pequeño local en el que se reúnen los trabajadores del hotel, ese que está al final de la avenida — explicó con voz cansina.

—Sé muy bien dónde está.

—Por cierto, ¿qué tal tu agotador día trabajo?

—¿Qué te traes entre manos?

—Nada —lo miró como si acabara de decir una barbaridad—. Solo trato de hablar contigo como dos personas civilizadas. Eres el hombre más mal pensado que he conocido. ¿Qué tal Silvio? ¿Cómo va el día? —saludó con una sonrisa al muchacho uniformado.

—Muy bien, señorita Preston —Silvio se sonrojó ante la presencia del señor Bernades y pulsó el botón de la sexta planta.

Era la novena o décima vez que su jefe subía y bajaba en la última hora en busca de la joven inglesa, y el hecho de verlo tan a menudo había trastocado sus nervios. Ahora que ya había encontrado a la muchacha se le veía algo más relajado y supo con certeza que este sería el último viaje al hall durante un tiempo.

Al llegar a la sexta planta, Karen alzó una mano y se despidió de él con la simpatía que la caracterizaba, cuando descendió el brazo sus dedos acariciaron involuntariamente al andar los de él que la miró un segundo. Ella también. Cuando se rozaron otra vez, Karen entrelazó con rapidez la mano masculina con la suya y João volvió a mirarla. Esta vez fueron unos segundos más largos, hasta que él la cerró, aprisionando la suya indefinidamente, y miró al frente. La condujo al despacho de Ramalho y este, que hablaba por teléfono tras las puertas de cristal, observó sus manos unidas y le hizo una señal a João, indicándole que la llamada era para él.

Karen dio un rodeo por la oficina de Ramalho y echó un vistazo a las estanterías llenas de libros. Observó los monitores y se sentó en el filo de mesa. Unas fotografías de una mujer morena corriendo bajo la lluvia hacia un autobús londinense llamaron su atención; se fijó en otras de la misma mujer descendiendo de un coche blanco y otra paseando por el mercado de Camden Town. Dejó las reproducciones a un lado y se sentó en un sillón.

Ramalho no perdía detalle de sus movimientos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó extrañada.

—Eso me gustaría saber a mí, estás muy contenta.

—Lo estoy —suspiró y se acomodó en su asiento balanceando los pies en el aire. Volvió a mirarlo y le sonrió con dulzura—. He tenido un buen día, Ramalho, eso es todo. Algunas personas nos conformamos con muy poco.

—Un buen día y fructífero, económicamente hablando —añadió con sarcasmo.

Karen observó la mueca de desagrado de su rostro y soltó una carcajada.

—Ramalho, creí que tú serías algo más inteligente que tu jefe.

—Él es mi jefe pero, sobre todo, es mi amigo.

—Vaya, ahora ya sabes lo que se siente si alguien amenaza a un ser querido y sacas las uñas cuando crees que saldrá perjudicado. ¿No es así?

—Si querías dinero, podías haberlo pedido desde el principio — enrojeció de rabia—. Sin tanta historia de senadores, ni amantes, ni años sabáticos perdida en Dios sabe dónde.

—Candela tiene razón.

—No metas a mi esposa —gritó, encolerizado—, esto ya es algo personal entre tú y yo, Karen. Traté de convencer a João de que estaba equivocado contigo, incluso ante la evidencia de esos recortes de prensa, te concedí el beneficio de la duda. Le dije que todo el mundo tiene derecho a tener secretos. Sobre todo cuando me contó que él. que él y tú.

—Vaya —rió de nuevo y le guiñó un ojo—, resulta que los hombres sois igual de chismosos que las mujeres cuando se tratan esos temas.

—Te diviertes mucho. ¿Verdad? —escupió con rencor.

—Sí, mucho —le habló con calma—, de ver lo tontos que sois los dos.

—Tal vez no te diviertas cuando João sepa por qué tratas de ocultar esos dos años de tu vida. Te aseguro que no quedará ni un oscuro rincón de tu alma, que yo no conozca. Eso es lo que más temes —rió satisfecho—. ¿Qué es lo que ocultas?

João llegó hasta ellos, miró a su amigo y después a ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó con voz grave y mirándolos alternativamente a los dos.

Ramalho negó con la cabeza y ella le sonrió de aquella manera que le provocaba cosas perversas en su mente.

—Me gustaría hablar con Ramalho un momento a solas —le pidió con delicadeza.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor, solo necesito un segundo a solas con tu jefe de seguridad, ¿me lo concedes?

Él la miró extrañado y movió la cabeza con censura.

—Eres muy rara, ¿lo sabías? —dudó un segundo y añadió alejándose hacia la puerta—: No tardes, te espero en el ático.

—Esto no durará mucho —le advirtió Ramalho cuando quedaron a solas—. Te ha comprado por cien mil libras, recuérdalo. João puede permitirse eso y más.

Karen suspiró cansada. Agarró un lápiz y escribió algo en un papel.

—Utilízalo como quieras, Ramalho. Solo te pido una cosa: sé consecuente. Antes de perjudicar a nadie deberías valorar si merece la pena o no. Si Candela te eligió como esposo, no puedo equivocarme contigo.

—¿Qué es esto? ¿Y qué quieres decir? —de repente, Karen le pareció más vulnerable.

—Simplemente que apelo a tu sentido común —y sin decir más salió del despacho.



Cuando llegó a la terraza del ático se quedó allí parada, apoyada en el marco de cristal y con una sonrisa en los labios al ver a João y Robert conversando. Los observó grandes y robustos. Ambos tan atractivos, charlando como dos buenos amigos y mirando la espléndida puesta de sol desde la balaustrada de piedra. Era una imagen tan conmovedora que tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir las lágrimas que trataban de asomar a sus ojos. Justo frente a ella, estaban los dos hombres que más amaba en el mundo. Se acercó y los rodeó con sus brazos por la cintura, quedando relativamente abrazada a los dos.

—Hola, hermanita —la besó Robert en el pelo—, te quiero.

—Yo también —repuso ella acentuando su abrazo.

João la miró con fijeza y rodeó sus hombros con un brazo.

Yo también, imaginó que le respondía a él que permaneció silencioso.

El resto de la noche, transcurrió como en una nube. Los cuatro cenaron en un concurrido restaurante del centro de la capital, bailaron en una discoteca, rieron y gastaron bromas continuamente. Hubo algunos momentos, como aquel en el que estaban bailando una canción lenta y romántica, abrazados entre una multitud de gente, en los que Karen se reencontró con el isleño encantador que la había enamorado al llegar a la isla y deseó fervorosamente que fuera este el que le hiciera el amor esa noche. Como si supiera lo que ella estaba pensando en ese instante, João la miró con una intensidad que era capaz de desnudarla allí mismo, y la excitación ondeó en su vientre.

De repente, la sacó entre risas de aquella marea de bailarines y en unos

minutos llegaron al hotel. Era tarde, el director del Gran Hotel Wellington y el recepcionista los saludaron con una sonrisa y al verlos cruzar a la carrera el vestíbulo ambos se miraron con complicidad. Silvio ya había terminado su turno y el ascensor estaba vacío. Nada más cerrarse las puertas, la empujó contra la pared y ella le rodeó el cuello con los brazos, se pegó a su cuerpo y alzó la cabeza ávida de su boca, entreabriendo los labios y esperando que su lengua entrara en ella.

Cuando su deseo se cumplió, Karen gimió como un animalillo.

Apenas unos segundos después, la puerta se abrió de golpe y él tiró de su mano con urgencia. Karen sentía que su corazón se iba a salir de su pecho y no podía dejar de reír mientras trataba de seguirle el paso. Al llegar al ático, la condujo hacia el dormitorio, la americana se perdió por el camino y también la fina blusa estampada de ella, la corbata, los zapatos.

La depositó sobre la cama y observó su rostro enrojecido por el deseo, los labios inflamados por sus besos. Terminó de desnudarla con manos temblorosas, necesitaba saciarse de aquella mujer que lo hacía sentir como un adolescente excitado. Se tendió sobre ella que lo recibió anhelante y bebió la miel de su boca con codicia.

Karen estaba hecha para él, sus ojos grises ardieron de fuego y sus manos recorrieron cada recoveco, cada pliegue de su piel temblorosa y excitada.

— *Ninha do Mel* —gimió al entrar en ella.

Comenzó a moverse rítmicamente, cada vez más profundo mientras el fuego abrasador que ardía dentro de ella lo hacía temblar de placer. Sus jadeos se confundían con sus respiraciones entrecortadas y cuando él se liberó en su interior, Karen gritó su nombre. Todavía sin aliento, él se retiró como la noche anterior, pero ella lo retuvo entrelazando sus piernas. No podía marcharse como la otra vez y dejarla temblorosa de placer, lo necesitaba allí, a su lado. João pareció comprender y se tumbó en la cama, la miró y recorrió con un dedo el contorno de uno de sus pezones erectos.

Ella adoró con los ojos su piel morena, su cuerpo perfecto y atlético, sus facciones masculinas y varoniles, y el dolor que sintió en su corazón la hizo cerrar los ojos.

—¿En qué piensas? —le susurró con ese suave acento que le encantaba.

Ella se giró hacia él y se apretó contra su pecho.

—En ti y en mí.

—Eso está bien porque deberíamos hablar sobre ese pensamiento.

—En realidad pensaba solo en ti.

—Mejor.

Se separó para ver si bromeaba y sonrió.

—João, eres un hombre con una confianza increíble en ti mismo.

—Me lo repito a diario.

—¡Oh! Hablo en serio —le empujó y volvió a meterse entre sus brazos.

—Bien, ¿qué estabas pensando sobre mí?

—Pues verás, toda mi vida he esperado conocer a mi hombre ideal y, de repente, apareces tú.

—Debiste decírmelo antes.

—¿Y qué más da?

—A mí no me da igual.

—¿Por qué?

—¿Qué más pensabas sobre mí? —respondió con otra pregunta—. Supongo que podrías hacer una lista interminable.

Ella no supo qué quería decir y sonrió, después lo besó en el pecho y continuó desvelándole sus pensamientos.

—Podría hacer una lista infinita. Eres un hombre insolente, gruñón e inaguantable. No te pareces en nada al hombre ideal que yo había imaginado, pero eres lo mejor que me ha pasado nunca y creo que me estoy enamorando de ti.

—No te confundas, *Mel*, esto es una historia en la que chico conoce a chica en circunstancias un tanto atípicas, pero no es una historia de amor.

—Tú no puedes saberlo, todavía. Yo lo descubrí esta mañana cuando desperté y no estabas a mi lado.

—¿Por eso querías que me quedara ahora? —se apoyó en un brazo para mirarla.

—Dime, João, ¿qué pasaría si te enamoraras?

—¿De verdad crees en eso? —su carcajada ronca la hizo incorporarse con él.

—Sí, ¿qué pasa? Hablo de amor, no de Papá Noel.

Él se tumbó a su lado y se colocó sobre ella con un gruñido.

—Voy a demostrarte, para que te quede claro, lo que significa quedarme toda la noche en la cama contigo.

João la besó con un impetuoso beso y ella se agitó violentamente con una oleada de deseo. Sí, eso era todo lo que él quería de ella y se lo iba a manifestar: sentir la tibieza de su piel bajo la suya, sus bocas fundidas y sus

muslos suaves rodeándole las caderas mientras la hacía suya.

—Eres como un animal grande y malhumorado cuando no llevas razón —protestó entre risas.

—Te voy a enseñar cuánta razón llevo —la besó de nuevo y esta vez se aseguró de que no le quedaran ganas de volver a replicar.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Karen se despertó desconcertada por la oscuridad que inundaba la habitación y con una agradable sensación que hacía días que no sentía. Estiró una mano, buscando el cuerpo dormido de João pero solo encontró la cama revuelta y el hueco de su cabeza en la almohada. Se acurrucó entre las sábanas, inspiró su aroma y evocó las imágenes que había vivido allí mismo unas horas antes.

El ruido del agua en la ducha le indicó que no se había marchado, como había creído en un primer momento, y con rapidez salió de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño. No trató de ocultar su desnudez. Era absurdo después de lo que habían vivido juntos. Asomó la cabeza por el dintel de la puerta y lo vio cruzando una toalla blanca en torno a su cintura.

—¡Ah! Estás aquí —se sorprendió un poco al verla—. No descorrí las cortinas para que el sol no te despertara —se frotó los cabellos con una toalla un poco más pequeña, la colgó de su cuello y volvió a mirarla—. ¡Bueno! ¿Pasas o qué? —le dijo en tono burlón.

Ella obedeció y, consciente de su desnudez y de los ojos brillantes que la recorrían, pasó por su lado en dirección a la ducha. João la retuvo por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. En aquel momento no tenía ninguna prisa por alejarse de ella.

Deslizó una mano por sus caderas, enterró su cabeza húmeda en el hueco de su cuello y le mordisqueó con suavidad la garganta. Después, descendió por la suave curva de clavícula y la apretó contra él, friccionando contra su vientre desnudo la dureza de su abultado deseo bajo la toalla. Ella dejó escapar el aire de sus pulmones en una prolongada exhalación y le rodeó el cuello con las manos entrelazadas.

El teléfono comenzó a sonar.

—Será mejor que contestes —le sugirió empujándolo hacia la puerta.

—No te muevas de ahí —le advirtió saliendo del cuarto de baño.

—No lo haré —prometió ella abriendo los grifos.

Aún así, escuchó su voz al contestar al teléfono, después, cerró las puertas de cristal y suspiró bajo el chorro de agua caliente.

Él se apoyó en el brazo del sillón y preguntó a su interlocutor.

—João Bernades al habla. ¿Quién es? —hizo una pausa— Pues no, Ahora no puede ponerse, Frank —añadió con brusquedad. Volvió a hacer otra pausa—. Yo que tú no me molestaría en esperarla. No irá a ningún sitio contigo —colgó con un golpe seco, como si el auricular fuera el mismo Frank Summer.

Cuando Karen regresó al dormitorio, lo encontró perfectamente vestido y con cara de pocos amigos.

—¿Por qué te has vestido? —le preguntó cepillando sus cabellos y mirándolo a través de espejo—. ¿Te ocurre algo?

—Sí, ayer me mentiste —sus modales rozaron la brusquedad. Terminó de escribir algo sobre el escritorio y se giró hacia ella—. Estuviste por ahí con Frank.

—No es cierto —se defendió, desafiante—, lo encontré por casualidad en el local y me acompañó al hotel. Además, aunque hubiera estado, eso no es de tu incumbencia.

—Te dije que Summer no es buena compañía —las manos metidas en los bolsillos, las piernas separadas, la cabeza alta y orgullosa. En actitud implacable.

—Pues ya que hablamos de Frank, me gustaría saber por qué le has despedido —miró su rostro hermético y añadió con voz firme—. Él me culpa a mí.

—Y no se equivocó, no vuelvas a acercarte a él Karen, o,

—¿O qué? —lo interrumpió—. ¿Me despedirás a mí también?

Sus ojos de hielo la recorrieron de arriba abajo y ella se estremeció. João agarró unos documentos que había sobre el escritorio y cuando se disponía a marcharse sin siquiera mirarla, ella corrió tras él.

—No puedes tratar a todo el mundo así, João. La gente no te pertenece. Yo no te pertenezco. Además, —dio media vuelta y como si acabara de pensar otra cosa se dirigió hacia el armario.

—¿Qué haces? —inquirió con brusquedad.

—¿Tu qué crees? —Karen sacó sus ropas en manojos y las dejó sobre la cama.

—Deja eso ahí —él volvió a meterlas de cualquier manera en el armario.

Karen bufó de rabia y todo cuanto él metía, ella volvía a regresarlo a la cama.

—Para, estate quieta —la zarandeo por los hombros y la toalla que la envolvía cayó al suelo dejando su cuerpo desnudo y expuesto—. No irás a

ningún sitio hasta que yo lo diga, ¿comprendes?

—¡Suéltame! —forcejeó con él—. No te atrevas a ponerme una mano encima.

—¿No lo recuerdas, Karen? —la empujó sobre la cama—. Eres muy propensa a potenciar sensaciones.

Se abalanzó sobre ella y le sujetó las manos por encima de la cabeza, se sentó sobre su estómago y la aprisionó entre sus poderosos muslos.

—Miserable, no puedes obligarme. No puedes violarme.

— *Ninha do Mel* —le susurró al oído mientras ella pataleaba furiosa en el aire— yo no voy a obligarte a nada —succionó con sensualidad el lóbulo de su oreja y ella gimió sin poder evitarlo—. Tú me rogarás que no pare.

—Te odio Bernades —escupió las palabras con voz ronca.

—Lo sé, y cuanto más lo hagas, más desearás que te haga el amor y te desenamorarás de mí —lamió sus labios y se apartó cuando ella trató de morderle.

Era un arrogante. Una bestia sin escrúpulos que le abrasaba la piel con el contacto de sus dedos. Su lengua se precipitó en su boca, acallándola, extasiándola con su sabor y emborrachándole los sentidos. Los forcejeos se aflojaron, como la resistencia de sus brazos que se cerraron en su cuello y Karen le rodeó las caderas con los muslos.

Él se desabrochó los pantalones con una mano y se acomodó sobre ella. Alzó la cabeza para mirarla y se quedó quieto como una estatua. Karen supo lo que João esperaba, lo vio en sus ojos y sabía que ella decidía si le permitía continuar o todo terminaba allí.

Ávida por sentirlo, elevó las caderas para recibirlo y le susurró cuánto lo amaba al sentirlo entrar fuerte. Duro. Fue tan enorme la sensación que alcanzó el éxtasis al momento. João la besó con rudeza, recordándole que la estaba haciendo suya y que deseaba aquello tanto como él. Ambos comenzaron a moverse como si fueran uno solo y él alivió su furia derramándose en ella durante unos segundos interminables en los que perdieron la noción del tiempo; después, tomó aliento y se incorporó con rapidez, se abrochó los pantalones y arrojó las sábanas sobre su cuerpo desnudo.

—Todavía no han pasado tres días y me perteneces —rugió camino del cuarto de baño y sin un ápice de la pasión que los había arrastrado segundos antes.

Karen apretó los labios y se recriminó su debilidad.

—No tienes derecho a tratarme así —replicó luchando contra las lágrimas cuando lo vio regresar.

—¿Tú crees? —recogió sus documentos y arrojó un papel sobre la cama. Ella leyó el cheque que acaba de extender a su nombre: cien mil libras —. Ese pago me garantiza todos los derechos.

Una lamparilla seguida de un bufido se estrelló contra la puerta, haciéndose añicos en el mismo instante en el que él la cerraba con un portazo.

Solo entonces, Karen dio rienda suelta a la frustración y a las lágrimas.

Lo odiaba. Odiaba a João W. Bernades como jamás creyó que odiaría a alguien. Y sin embargo, era tal la necesidad que sentía por él que no concebía un minuto de su vida sin estar a su lado. Estaba furiosa con aquel impresentable, pero lo estaba mucho más con ella y en cómo se derretía en sus brazos cada vez que la tocaba. No permitiría que volviera a utilizarla, aunque tuviera que adentrarse en el Océano en un bote y remar y remar hasta no ver la isla, decidió mientras se vestía. Estaba a punto de abandonar el dormitorio cuando sonó el teléfono y la ansiosa voz de Frank se escuchó al otro lado.

—¿Eres tú, Karen?

—Sí, pero me pillas en mal momento —recogió algunos trozos de la lámpara que había estrellado contra la puerta.

—¿Sigue Bernades en la habitación?

—No, ¿por qué? —se extrañó por el tono confidencial.

—Karen, no me explico cómo puedes vivir con él.

—Eso no es asunto tuyo, Frank —replicó, cansada.

—Ya sé que no, lo que ocurre es que no deberías fiarte de Bernades, en absoluto.

—¿Adónde quieres llegar, Frank?

—Escucha, hay cosas, Cosas malas que tú desconoces y que deberías saber.

—No vivo con él, no necesito saber de su vida y mañana regreso a Londres.

—Mejor, creía que te había comprado como a las demás.

—Frank, voy a colgar —no estaba dispuesta a oír más groserías.

—Espera, ¿no sabes que él siempre paga a sus mujeres? Habla de esto con Ramalho, pregúntale por Catalina.

—Quieres perjudicar a João porque te ha despedido, esas son tus intenciones.

—¡No seas tonta! Si quisiera hacer eso no estaría hablando contigo. Todo el mundo sabe cómo es João, pero nadie se atreve a decir nada. Aléjate antes de que trate de comprarte como a los demás. O antes de que te entierre, como a Catalina.

Karen no quiso escuchar más, aunque reconocía que algunas de las cosas que le había dicho Frank, eran ciertas. Ella misma había sacado conclusiones similares y eso la inquietó. Cuántas veces comentó con Marina entre bromas y risas, la forma tan impersonal que tenía de preocuparse por ella. Sobre todo, mandando todos aquellos cheques de cifras astronómicas. Y sin ir más lejos, la forma en que se deshizo de Nerea cuando ya no le interesó, o cuando ella le exigió cien mil libras para burlarse de él y aceptó. Hoy mismo le había arrojado el cheque sobre su cuerpo desnudo, después de poseerla sin piedad.

Karen pensó en su afán de controlarlo todo, a Marina, a Robert, a ella misma desde que llegó a la isla, pero nunca oyó hablar de Catalina.



A media tarde, Candela, Marina y ella regresaron de hacer unas compras en el centro de Funchal. Robert había acompañado a João a Lisboa, donde le esperaba una reunión que ya no podía cancelar durante más tiempo, y no regresarían hasta la noche. Marina se encontró con unas amigas y Candela y ella se adelantaron, paseando.

Karen prefirió no contarle la forma en la que João había pagado su parte del trato, le resultaba demasiado doloroso reconocer que era una situación que se había buscado ella sola y sabía que Candela le recordaría que ya se lo había advertido; sin embargo, mientras caminaban hacia el coche, aprovechó para contarle la llamada de Frank y el rostro de desagrado de Candela al oír aquel nombre fue muy evidente.

—Él me llamó —continuó—, y me dijo cosas muy desagradables sobre João.

—Frank Summer es un hombre mezquino que no merece ser escuchado. Hace unos años se vio envuelto en un turbio asunto en Nápoles, con una camarera de un complejo de la Wellington y a pesar de que la muchacha lo acusó de haberle robado todos sus ahorros, jamás se pudo demostrar y ella

quitó la denuncia. No debes relacionarte con ese amoral, pregúntale a cualquiera y todo el mundo te hablará mal de él. A pesar de ser un trabajador muy competente, nadie lo soporta.

—Eso mismo dijo João.

Karen le relató su encuentro en la fiesta y lo del precipitado despido al día siguiente. Luego la llamada y su preocupación por las palabras del hombre. Iba a preguntarle por Catalina cuando Candela la interrumpió.

—Me alegro de que João se haya deshecho de él y recuerda una cosa, amiga mía, no debes escuchar juicios ajenos. Si quieres saber algo, pregúntale a João.

—No tengo ningún derecho a inmiscuirme en su vida, de todas formas, me marcho mañana.

—Si tú lo dices,

—Por tu tono parece que no lo creyeras —ella sonrió ante la ocurrente forma de hablar de su amiga.

—¿Sabes quién se marcha definitivamente del Funchal? Nerea.

—¿Se va? —Karen se alegró por ella.

—Sí, afortunadamente ha comprendido que João no regresará con ella y ha abierto los ojos. Menos mal que los milagros ocurren.

—Sí, es cierto.

—Bueno, y tendremos una preocupación menos porque la escena de la otra noche en el vestíbulo, inquietó mucho a Ramalho. Ya tiene suficiente con encargarse de la seguridad de Wellington Corporation como para tener que ir ahuyentando a las ex novias de su jefe.

—Nerea se merece lo mejor. Estoy segura de que donde vaya, encontrará alguien a quien amar y que le corresponda, aunque no lo sepa todavía.

Candela la miró boquiabierta y meneó la cabeza.

—Eres muy rara, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Alguna —sonrió feliz por Nerea.



João y Robert se acomodaron en los asientos y el avión privado comenzó a tomar altura. Robert se mostró impresionado por la capacidad de

trabajo que había demostrado João, así como la tenacidad con la que condujo toda la reunión.

Antes de entrar, le puso en antecedentes y le reveló que no tenían ninguna probabilidad de que los propietarios accedieran a su petición de un nuevo complejo vacacional en las costas de Lisboa. Después de varias horas de debate y condiciones, los documentos para la creación de apartamentos Wellington Corporation, estaban firmados y en su maletín.

—Creí que no lo conseguirías —resopló orgulloso Robert—. Cuando, uno a uno, todos los accionistas fueron accediendo a tus propuestas y firmando los documentos —silbó impresionado.

João rió suavemente y cogió una de las copas que le ofrecía el auxiliar de vuelo.

—Todo es cuestión de estudiar al contrario y saber qué es lo que quiere, después solo tienes que anticiparte a sus peticiones, exponer y negociar.

—Yo no lo hubiera conseguido. No soy un buen negociador y perdería la paciencia a las primeras de cambio.

—Depende, a veces las cosas tienen varios puntos de vista, solo hay que saber observar y saber por cuál hay que apostar.

Robert rió de aquella manera especial que le recordó a Karen y por una extraña reacción, João le devolvió la sonrisa.

—Eso es cierto, si hace unas semanas me hubieran dicho que tú y yo, ya sabes, que estaríamos charlando en tu avión privado como si nada, tomando una copa y regresando a casa, no lo hubiera creído —dio un trago a su bebida.

João enarcó una ceja y lo miró incómodo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé que nunca habrías aceptado mi relación con tu hermana si Karen no hubiera mediado entre nosotros.

—Chico listo —aseveró bebiendo otro trago.

—No creas que no te comprendo, João, si mi hermana viniera con un novio extranjero, desconocido y con un pasado oscuro como el mío, yo sería de la misma opinión que tú. Desconfiaría sin poder evitarlo.

João percibió cierto sarcasmo, aunque reconoció que sus palabras resultaban muy reveladoras.

—¿Un pasado como el tuyo? ¿Qué quieres decir? —le pidió con suavidad.

Robert le relató su historia sin omitir nada, desde que era un adolescente

y perdió a sus padres en un accidente de tráfico hasta cuando comenzó a beber y tomar otras sustancias adictivas; también le contó cómo ocultó el senador Foster los antecedentes criminales de él y su hijo y la forma en la que Karen se vio expuesta ante el mundo por un malentendido que a nadie beneficiaba. Solo a la prensa.

Se sinceró como jamás había visto João sincerarse a un hombre, sin sentir vergüenza por su pasado y sin agachar la cabeza. Un pasado por el que Karen luchaba y arañaba.

—...Entonces —continuó con orgullo—, mi hermana abandonó su trabajo, lo dejó todo y se marchó conmigo a la granja. Allí trabajó y costó los dos años que duró el internamiento porque era una especie de clínica privada y ella nunca permitió que nadie pagase nada por nosotros y, mucho menos, un hombre que prefirió que todo el mundo pensara que Karen era su nueva amante antes que perjudicar sus elecciones.

João lo escuchaba pensativo y en silencio. Apoyada la barbilla en su mano y atento a la increíble historia que Robert le desvelaba.

—Y una vez borrados los antecedentes criminales, borrado el pasado. Tu hermana eliminó dos años de vuestra vida en los que nadie más supo de vosotros —pareció enojado al decir el voz alta sus conclusiones.

—Sí, gracias a ella y a su esfuerzo, no soy carne de presidio —observó el rostro sombrío de João y continuó—. Espero que algún día Karen pueda sentirse igual de orgullosa de mí como yo lo estoy de ella. Pronto terminaré los exámenes y pretendo ser un buen policía, trabajar duro y ser un buen esposo para Marina —suspiró fuerte y desvió la mirada hacia la ventana. Aquellas palabras que quedaban en el aire y la aceptación de João eran muy importantes para él—. No quiero estar lejos de Marina durante mucho tiempo. Mañana, Karen y yo nos marchamos a casa pero me gustaría poder regresar a por Marina como su novio, que es lo que soy desde hace dos años, y que podamos despedir juntos el año en Londres. Si no lo aceptas, Marina vendrá conmigo de todas formas y deseo hacer las cosas bien, porque no voy a renunciar a ella —terminó con voz grave y por primera vez lo miró como a un igual, de hombre a hombre.

Pasó un buen rato hasta que João dijo algo.

—Estoy seguro de que lo serás —Robert frunció el ceño sin comprender—. Un buen policía. Un buen hermano. Un buen esposo para Marina.

—Me alegra escuchar eso porque queremos casarnos en primavera —sonrió aliviado y apuró de un trago su copa.

—¿Tan pronto? ¿Y dónde viviréis? ¿No es demasiado precipitado?

—No, tenemos todo pensado. Si por mí fuera, nos casaríamos mañana mismo. De todas formas, Marina pasa más tiempo en nuestro pequeño apartamento que en la residencia de la señorita Kidman y ya es hora de que vivamos juntos.

João enarcó una ceja y Robert sonrió de la misma forma inocente que lo haría su hermana.

—Ya hablaremos de eso más adelante —puntualizó en voz baja.

—Ya que estamos en plan de confianzas, me gustaría pedirte un favor —Robert también disminuyó el tono—: No le digas a mi hermana que te he contado toda la verdad.

—¿Por qué? No sé en qué parte de tu historia ella ha podido hacer algo censurable o de lo que avergonzarse —repuso molesto por tener que reconocerlo.

—De todas formas es mejor que no le digas nada. Hicimos la promesa de guardar este secreto para siempre y no le gustará saber que la he roto.

—¿Y Marina sabe la historia?

—Sí, claro, pero ella va a ser mi esposa y forma parte de nuestra familia. Marina jamás manipularía esta información para perjudicarnos a ninguno de los dos.

João entornó los ojos como pretendiendo ver más allá de una leve insinuación, y se preguntó qué más sabía Robert que no se atrevía a decir.

—Y sin embargo, yo no. ¿Ibas a decir eso?

—De momento, lo que me preocupa es quién cuidará de Karen cuando regresemos a Londres y Marina y yo nos casemos.

Esta vez fue João el que desvió la mirada hacia la ventanilla.

—Karen sabe cuidarse, lo ha demostrado con creces. Yo no me preocuparía por eso —escogió las palabras con cuidado.

—Tengo que reconocer que vosotros dos., bueno, jamás lo habría imaginado y no entiendo mucho vuestra relación. En fin, confío en que, ocurra lo que ocurra, no le hagas daño.

João entornó los ojos.

—Por casualidad, ¿quieres decirme algo más?

—Sí —Robert se frotó la frente y añadió con voz grave—, ella ha superado muchas cosas difíciles y dolorosas en la vida, pero no quiero que sufra cuando tú ya no estés a su lado.

—Cuando tu hermana se marche, será porque ella lo decida.

—Lo sé, pero no quiero que lo haga con el corazón roto y, probablemente, será lo que ocurra.

João miró de nuevo por la ventanilla y observó el cielo azul y brillante durante unos instantes, hasta que el tintineo de las copas llamó su atención.

—Brindemos, João —Robert le entregó la suya—, por Karen, para que decida lo que decida, sea feliz.

Alzó la copa y João tardó unos segundos en imitarlo.

—Por Karen —dijo por fin.



Marina y Candela estaban sentadas en el porche cuando escucharon el sonido de la verja al cerrarse, y el motor del coche adentrarse en el jardín. Ramalho había llegado a casa. Dejó el maletín y su americana sobre uno de los sillones de mimbre y besó a Marina. Después llegó junto a su esposa y poniendo una mano amorosamente en su barriga, le rozó los labios con los suyos. Buscó al alrededor a los demás y le dijeron que se retrasarían un poco por el viaje.

—Karen está en la cocina —le indicó Candela— se empeñó en preparar la cena.

—Iré saludarla —se adentró en la casa.

Karen cocinaba en una olla humeante y se giró hacia él sonriendo. Llevaba uno de los delantales rosas de Candela y un cucharón de madera en la mano.

—Hola, Ramalho, espero que no te moleste que me haya adueñado de tu cocina.

Él negó con la cabeza y se paró a su lado.

—Me gustaría hablar contigo —su voz sonó apurada.

—Ya hablamos ayer, Ramalho. ¿Qué te preocupa ahora?

—Sí, hablamos y tenías razón. Soy un necio. Los dos, João y yo. No debí llamar al número que me diste ayer en el despacho, pero lo hice.

—Entonces, ya lo sabes todo —suspiró profundamente—, la elección es tuya: puedes callar y dejar que todo siga su curso, o remover un pasado que a nadie perjudica.

—Me sentí avergonzado cuando me explicaron desde la granja de

desintoxicación, la maravillosa labor que hiciste con Robert y los demás chicos. Trabajaste sin descanso para costear dos largos años que duró el tratamiento y después hasta te propusieron que te quedaras allí, indefinidamente.

—Sí, pero Robert tenía planes y esos planes me incluían a mí.

—No sé qué decir.

—Pues no digas nada. Los antecedentes criminales de Robert, su estancia en la granja, las drogas, el senador que se ocupó de ocultarlos en su propio beneficio. Olvídale todo.

—¿Aceptas entonces las disculpas de este idiota, Karen?

—Acepto mejor un abrazo de este amigo —abrió sus brazos.

Ramalho la estrechó contra él cariñosamente y, entonces, ella tuvo una idea. Ramalho podía explicarle muchas cosas que no dejaban de rondar en su cabeza desde la mañana. Muchas dudas que el «amoral» de Frank le había embutido a la fuerza.

—Lo dejaremos todo como está —Ramalho sonrió aliviado antes de salir de la cocina.

Sí, decidió Karen, tal vez era mejor seguir su propio consejo y dejar las cosas como estaban. Después de todo, la vida de João Bernades y su pasado, solo le concernía él.



El resto del viaje lo hicieron en silencio. João necesitaba hablar con Karen y exigirle que le explicara por qué había permitido que la juzgaran como lo habían hecho. Estaba de acuerdo en que la adolescente vida de Robert no había sido un dechado de virtudes, pero todo el mundo cometía errores. Y lo que más le intrigaba de ella era que aceptó sus condiciones siempre, incluso accedió a ser su amante para encubrir algo que, visto desde un punto de vista objetivo, era lógico en una familia unida. Ella solo había protegido del mundo a su hermano pequeño, igual que él mismo lo hizo un día con Marina.

Evocó el momento en el que le tiró con desprecio el cheque sobre la cama y su expresión herida al mirarlo. Después el estallido de una lámpara contra la puerta que acaba de cerrar tras él, evitó que pudiera recapacitar

sobre lo ocurrido; al contrario, la rabia y la ira lo cegaron hasta el punto de ignorar su llanto. No era de extrañar que Robert no lo incluyera en el grupo de personas que eran merecedoras de su confianza. Y llevaba razón. Desde un principio, él hizo un juicio paralelo y en todo momento su intención fue beneficiarse del temor que provocaba en ella el hecho de que averiguara la verdad y la utilizara en su contra.

Una verdad que nada tenía que ver con sus acusaciones.

Cuando llegaron a casa de sus amigos, se dirigió directamente a la cocina, donde Ramalho le dijo que la encontraría. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que ella le contara por sí misma lo que tanto celaba; necesitaba saber si podría ser cierto que se estaba enamorando de él o si solo seguía en su cama por imposición.

Se apoyó en el marco de la puerta y la observó ante varias ollas humeantes.

Saber que Karen no era como Catalina, le serenaba en cierta manera.

—¿Ramalho, eres tú? —le habló sin girarse—. ¿Me das una fuente, por favor?

João abrió algunos cajones hasta que encontró lo que buscaba y se la dio colocándose a su espalda. Olisqueó exageradamente los suaves mechones que caían por su nuca y le besó en el cuello con delicadeza. Rodeó su breve cintura con las manos y el cuerpo de Karen se tensó al sentir su dura excitación clavada en las nalgas.

—Te he echado de menos, *Ninha do Mel* —mordió el lóbulo de su oreja.

Ella cerró los ojos y apoyó la espalda contra su tórax.

—Pues yo he estado pensando en ti todo el día.

—¿Sí? Supongo que la larga lista de calificativos sobre mí, habrá crecido mucho.

—No sé cómo sabes eso pero, sí, pronto necesitaré otro cuaderno antes de regresar a casa.

—Me gustaría que habláramos sobre eso —el tono de su voz descendió y añadió—: y sobre lo que ha ocurrido esta mañana. En realidad deberíamos hablar de todos estos días.

Ella dejó la olla con brusquedad sobre la encimera y se separó de él.

—Será mejor que llevemos la cena a la mesa o se enfriará.

—Escucha, por favor.

—No, escúchame tú, João —puso distancia entre los dos—: estamos aquí, en tu isla, en casa de tus amigos y yo estoy preparando una succulenta

cena para todos. Hagamos un inciso y disfrutemos de algo tan normal y corriente como es pasar una velada en buena compañía. Olvida lo demás: el pacto, el cheque y tus sentimientos y los míos porque todo ha quedado muy claro entre nosotros.

—Te mereces más de lo que le pides a la vida.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Quieres decir, alguien mejor que tú?

—Quiero decir que me arrepiento de cómo te he tratado.

Ella alzó las manos en el aire y exclamó:

—Vaya, se requiere práctica y habilidad para sentir arrepentimiento y que resulte creíble, señor Bernades. Lo siento, pero no te creo.

—¿Y entonces por qué sigues aquí? ¿Por qué no te marchas de una vez?

—Lo sabes muy bien, João, no deberías preguntarlo.

—Entonces no vuelvas a decir que estás enamorándote de mí, ni que soy tu hombre ideal. ¿Sabes? Creo que tienes una imagen equivocada de mí, y lo menos que puedo hacer es explicarte cómo funciona. —le brillaban los ojos de desdén, con tanta intensidad que ella se estremeció—. Por ejemplo, nada más marcharnos de aquí te meteré en mi cama y te haré mía durante toda la noche. Luego, cuando despiertes mañana yo no estaré a tu lado porque ya me habré cansado de ti y cuando llegue la hora de marcharte a Londres, ¿qué haré yo? ¡Te volveré a hacer mía! Porque he pagado cien mil libras y así funciona yo. Y yo sé cómo funcionas tú, inglesa: las emociones fuertes te transforman en un volcán.

Ella fue a replicar cuando Robert entró en la cocina como si acabara de ver una aparición.

—Ya viene el bebé —fue todo lo que dijo.



Cinco horas después, João paseaba como un tigre enjaulado por la pequeña sala de espera del hospital de maternidad. Parecía un padre nervioso que esperara noticias del nacimiento y, por cuarta vez, hizo llamar al doctor para que le explicara cómo evolucionaba todo.

—Marina —bromeó el médico—. ¿Por qué no te llevas a tu hermano a tomar una tila?

—Me temo que no permitiré que nadie le mueva de aquí — sonrió ella.

—¿Qué será de mí, cuando este muchacho espere por su propio hijo? — se alejó moviendo la cabeza.

João paseó arriba y abajo en la sala y miró a Karen. Estaba recostada en el sofá y con los ojos cerrados, parecía exhausta y él supo que era el culpable de todas sus fatigas. Se sentó a su lado, la atrajo con un brazo y ella se acomodó en el hueco de su hombro.

—Estás muy callada —cruzó las piernas por los tobillos y se reclinó junto a ella.

—Impaciente porque ese bebé esté con sus padres —suspiró contra su pecho.

—Ramalho y Candela son muy importantes para mí —le confesó con sinceridad.

—Lo sé, no careces de tantos sentimientos como pretendes hacernos creer.

La miró de reojo y volvió a recostarse, apretándola contra él.

—No sé a qué te refieres.

—No importa —volvió a suspirar.

—Ya no estás enfadada conmigo.

—Uhm —sonó somnolienta—, sí, claro.

—Antes, en la cocina de Candela traté de pedirte disculpas, pero lo he estropeado —ella no contestó y él continuó—: No estoy orgulloso de cómo están ocurriendo las cosas entre nosotros —hizo una pausa—. Debería haberte dicho que detesto el hedor de la traición, tal vez así habríamos evitado muchas cosas. Te juro, Karen, que soy un hombre bastante razonable, pero no sé qué me pasa cada vez que estoy a tu lado que sacas lo peor de mí. Me vuelvo loco.

Al no obtener ningún comentario, se asomó a su cara para mirarla y advirtió que se había dormido. Se entretuvo en repasar sus facciones suavizadas y se dio cuenta de que Karen no era tan fuerte como pretendía aparentar. Le acarició la mejilla y ahuecó su mano deslizándola por su cabeza, por su cuello, el brazo que ella tenía rodeándole por la cintura y sus dedos finos y delicados que se aferraban suavemente a su camisa, y por un instante sintió una punzada en el pecho que lo obligó a cerrar los ojos para no seguir mirándola.

Robert y Marina observaban la escena desde el otro extremo de la sala de espera Y ella entrelazó sus dedos con los suyos.

—¿Qué opinas?

—No lo sé —el muchacho descendió la mirada hasta las puntas de sus zapatos—. ¿Crees que tu hermano es consciente de lo que le está haciendo a Karen? Alguien debería pararle los pies antes de que sea demasiado tarde.

Ella negó con la cabeza y se mordió los labios.

—Puede que esta vez sea diferente—. Robert sonrió con sarcasmo sin levantar la cabeza del suelo y ella insistió, dándole un apretón en la mano—. Te aseguro que a João le ocurre algo con Karen. Solo tienes que fijarte bien para saber que ni él mismo lo sabe. Míralo Robert, está tan desconcertado que no es capaz de comprenderlo.

—De comprender, ¿qué? —se giró hacia ella con expresión herida—. Tú no escuchaste lo que le estaba diciendo cuando entré en la cocina. Si hubieras estado allí, no hablarías así.

—Robert.

—No, déjalo, Marina, es mejor que no digas nada más.



No supo cuanto tiempo pasó, cuando Karen se sintió zarandeada suavemente. Se encontraba en los brazos de João y este trataba de despertarla.

—Ya está aquí, ha nacido el bebé —le aclaró al ver su expresión interrogante.

Karen se incorporó como empujada por un resorte, se pasó una mano por los cabellos desordenados y él le metió un mechón detrás de la oreja. Después, le sujetó la cara con ambas manos y la miró intensamente.

Ella le agarró las muñecas para liberarse.

—Tranquila, no voy a besarte, todavía no.

—Eres un presuntuoso —replicó con la cabeza entre sus manos—, pero no iba a decir eso. Debo tener un aspecto horrible.

—De eso nada, estás preciosa.

—Sí, por eso te estás riendo.

Él soltó una alegre carcajada de las pocas que se permitía y la besó en la punta de la nariz antes de que ella pudiera escaparse.

—¿Lo ves? Eres un bruto, no haces más que provocarme —le regañó medio en broma, saliendo de la sala.

Era delicioso ver a João de buen humor y ella sabía que el motivo era la llegada del bebé. Alcanzó a Marina y se adelantaron deseosas de conocer al recién nacido. Robert esperó a que João saliera de la sala para caminar a su lado y lo hicieron en silencio, detrás de ellas que bromeaban sobre a quién se parecería el niño. Al llegar a la puerta, ambos se quedaron parados y cara a cara. João le indicó que pasara delante de él y Robert tardó unos largos segundos en obedecer. Sus ojos fijos en los suyos y llenos de contrariedad hasta que finalmente apartó la mirada y entró en la habitación.

El doctor les concedió unos minutos y todos rodearon la cama en la que Candela acunaba al bebé. Ramalho estaba sentado a su lado, mirando embobado a su hijo y sin dejar de acariciar su cabecita. Sus amigos se aglutinaron entorno a ellos y, pocos minutos después, una enfermera los fue despidiendo. João y Ramalho fueron los primeros en salir y decidieron ir a sacar unos cafés a la máquina de la sala de espera.

El recién estrenado padre estaba pletórico, aún así se apoyó en el respaldo de uno de los sillones y cabeceó, pensativo.

—¿Qué has hecho mientras Candela y yo estábamos ocupados ahí dentro?

João lo miró sin comprender y dio un trago a su bebida, comprobó que estaba muy caliente y sopló para meditar su respuesta.

—He estado esperando a que ese renacuajo se decidiera a salir, como todos.

—Y esas miradas asesinas que he observado entre Robert y tú, ¿se deben a la tardanza de mi hijo?

—En eso, no sé darte la respuesta. Yo también me he dado cuenta —se encogió de hombros.

—¿Habéis discutido en el viaje?

—Al contrario, hemos acercado posiciones.

—¿Posiciones? —su amigo rió tímidamente—. Me das miedo cuando hablas así.

—No sé qué le pasa a ese muchacho, te lo aseguro. Cuando íbamos en el avión hemos estado hablando de él, de Marina, y de la vida en común que están decidiendo. Incluso, hemos terminando brindando.

—Entonces, la cosa no va por ahí —dedujo Ramalho.

Las voces de Robert y Marina aproximándose les obligaron a guardar silencio. La joven se abrazó a Ramalho y lo felicitó por décima vez mientras este bromeaba con ella. Robert permaneció callado y pensativo frente a João.

Capítulo 9

Karen cogió una manita del niño entre las suyas y le dio un beso en los diminutos nudillos.

—¿Quieres dejarlo en la cuna? —le pidió Candela entregándole a su hijo.

Ella lo sostuvo entre sus brazos y lo apretó con delicadeza antes de acostarlo.

—Duerme un poco, Candela, yo cuidaré del bebé —la arropó a ella también.

—No hace falta, Ramalho subirá en cuanto nos quitemos a João de encima, ¡llévatelo a casa, por favor! Es capaz de poner patas arriba el hospital, si el niño llora y el doctor no sabe interpretar su llanto.

—Tienes razón —rió Karen—, no puedes ni imaginar cómo se ha puesto de nervioso cuando no teníamos noticias vuestras, hubo un momento en el que pensé que se metería en el paritorio.

—Ya te dije que João es especial.

—Y también dijiste una vez que él era incapaz de sentir nada por nadie.

—Yo no dije eso. Te advertí que no debías enamorarte de él porque serías muy desgraciada. João tiene sentimientos como todo el mundo pero a su manera. No es un monstruo, Karen, es un hombre. Un hombre herido. ¿Sabes lo que significa eso? —Karen negó con la cabeza—. Significa que João no cree en el amor; pero me refiero a esa clase de amor específica de la familia, a los lazos de unión entre un hombre y una mujer que deciden unir sus vidas para siempre. Y mírate, a pesar de mis advertencias, ya estás sufriendo las consecuencias.

—Ya lo sé, pero dentro de unas horas me marchó a Londres y todo se olvidará.

—Supongo —dudó Candela.

—Pero antes, me gustaría saber si el motivo de que João esté herido y no muestre sus sentimientos se llama Catalina.

Ya lo había dicho. No podía seguir con aquella pregunta rumiándole los sesos.

—Catalina está muerta —aseveró Candela con la cara crispada—, y no

preguntas más, Karen. Está amaneciendo, y como muy bien has dicho, hoy te marcharás a tu país. Deja que João siga siendo igual de feliz que era antes de llegar tú, no lo martirices escarbando en sus pedazos —fue consciente del tono brusco que estaba utilizando y procuró suavizarlo—. Y no te hagas más daño a ti misma.

—Espero volver a verte alguna vez, Candela —Karen se limpió las lágrimas con una mano.

—Nos veremos —le aseguró la joven, abrazándola—. En cuanto pueda viajar, te aseguro que mi primer vuelo será a Londres para visitarte.

Al salir de la habitación, encontró a João en la sala de espera. La estaba esperando, sentado en el sofá que antes ocuparon los dos, y se acercó a él.

—¿Tienes frío? —le preguntó al ver que ella se estremecía. Se quitó la americana y la echó por sus hombros—. Marina y Robert se marcharon hace un rato a casa de Ramalho para recoger unas cosas. Todo fue tan precipitado que no tuvimos tiempo de traer nada del bebé.

Karen permitió que él la abrazara por la cintura y que caminara a su lado hacia el exterior. De repente se sintió exhausta y deseó dormir durante muchas horas y, sobre todo, anheló despertar en su apartamento y comprobar que todo había sido un mal sueño.

Mientras se dirigían hacia el hotel, se fijó en las calles desiertas y empinadas de Funchal. Estaba amaneciendo y solo se cruzaron con los comerciantes que estaban disponiendo los puestos en el mercado. Ese día era Nochebuena e imaginó que en pocas horas la ciudad bulliría de actividad festiva. Lo miró de reojo y observó su perfil mientras conducía, arrogante incluso en aquel estado aparentemente relajado y concentrado en la conducción.

Karen sintió cómo su corazón aporreaba su pecho y reclamaba su amor. Cerró los ojos y deseó que fuera posible apartar al Berna des hermético y orgulloso del João apasionado que ella sabía que ocultaba en su interior. Era Navidad, los milagros ocurrían, y ella amaba al hombre que se escondía bajo aquella fachada de frialdad e insolencia.

—Enseguida llegaremos a casa y podrás dormir un poco —la sacó de sus pensamientos.

—Mi vuelo sale a las once —un nuevo aguijonazo en el pecho la hizo dejar la frase a medias.

João paró en el arcén y se giró hacia ella que lo miró sin comprender.

—Deberíamos hablar sobre eso.

Karen se frotó los ojos sin saber qué decir y él se inclinó para abrazarla, buscando esa cercanía que ella misma necesitaba. Haría cualquier cosa por no separarse nunca de él. Recordó su conversación con Candela, su insistencia en que se marchara a Londres y olvidara el nombre de Catalina, y se movió nerviosa entre sus brazos. Él percibió su inquietud, le enmarcó el rostro con las manos y le alzó la cara para mirarla.

—No es buena idea que te marches hoy, *Mel* —su voz sonó ronca.

Estaba demasiado cerca y tanteaba un terreno muy peligroso, porque seguir a su lado sería letal para su estabilidad emocional y sin embargo era lo que más deseaba.

—¿Qué quieres realmente de mí, João?

—A ti —dijo lentamente y sin inmutarse.

Por un momento, ella jugó a convertir aquellas palabras en lo que textualmente significaban y no en lo que realmente querían decir, pero no dio resultado.

—Sabes que vine para convencerte de que Marina y Robert se aman.

—Y estoy convencido.

—¿Y nuestro pasado? —se separó de él que no hizo intento de retenerla—. ¿Ya me crees cuando te digo que no somos unos oportunistas?

—Recuerda que te dije que Marina y Robert eran los que tenían que demostrarme que su relación merece la pena.

—¿Y ya estás convencido? —se mordió los labios y él sonrió, aunque de manera sorprendentemente transigente.

—Tuve una larga conversación con Robert y, sí, su relación merece la pena. Eso es lo que trataba de decirte antes, en el hospital, pero te dormiste.

—Lo siento.

—No lo sientas, estabas muy cansada y ha sido un día lleno de emociones fuertes —le acarició el óvalo de la cara con el dorso de la mano—. Creo que deberías quedarte en Madeira unos días más, hasta que aclaremos otros asuntos pendientes.

¿Cómo decirle que deseaba quedarse para siempre? Unos días no eran suficientes y solo dificultarían su marcha. Cerró los ojos y dudó un minuto. Ella no solía actuar así, era una luchadora y jamás huía de las dificultades porque eso era de cobardes y los Pres ton jamás lo fueron.

—Todavía no has contestado a mi pregunta, João. ¿Qué quieres de mí? —él pensó un momento, como buscando qué parte de «a ti» no había entendido—. Yo sé lo que quiero de ti, pero nunca podrás dármelo. Por eso

no hay nada que me retenga por más tiempo en esta isla. Tú me pides unos días y puedo dártelos. Yo te pediría toda una vida y por eso me voy.

—¿Me estás diciendo que me amas? —João recostó la cabeza en el reposacabezas y miró al frente—. ¿Cómo puedes amarme después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros? Creía que me odiabas, que me despreciabas, pero amarme, —cabeceo.

—Contra eso no sabes luchar, ¿verdad? —sonrió con tristeza.

—Nunca ha entrado en mis planes —fue totalmente sincero.

—Ni en los míos. Prefiero odiarte o despreciarte, todo antes que amarte. ¡Ya ves!, yo tampoco sé luchar contra eso.

—No quiero que te vayas —reconoció por fin—. ¿No es motivo suficiente?

La sujetó por un brazo para hacer más creíbles sus palabras.

—Haré algo por algo —le propuso de repente—. Yo me quedo una semana más, hasta Año Nuevo, y tú satisfaces mi curiosidad —él la miró extrañado, sin saber dónde estaría la trampa, y afirmó. Ella tomó aire y se arriesgó—. ¿Quién te hizo tanto daño que eres incapaz de incluir la palabra amor en tu vocabulario?

Primero la miró sorprendido, como si no entendiera lo que quería decir. Después sonrió, para terminar en una suave carcajada. Karen, sin embargo, lo miró sin parpadear.

—No es una broma, ¿verdad? —preguntó a ver el ceño fruncido de ella.

—En absoluto —negó con la cabeza—. ¿Qué te hizo Catalina?

Si en algún momento creyó que llegaría a golpearla, fue en ese.

João se apartó de su lado como si Karen acabara de convertirse en un ser repugnante, su rostro palideció y ella supo que se sentía traicionado. Traicionado y rabioso, y no se molestó en ocultarlo. Se giró hacia el volante, lo aferró con fuerza, como si fuera el cuello de alguien, y la miró con el gesto congelado.

Karen supo que trataba de contener toda la ira que se acumulaba en su interior y cuyo único objetivo era ella.

—¿Qué tratas de demostrarme, inglesa? ¿Que sabes fisgar en los pasados ajenos? —el coraje con el que habló, hizo que el acento portugués fuera más acentuado.

—Solo quiero saber qué ocurrió con esa mujer.

—No tienes derecho a meterte en mi vida —vociferó dando un golpe en el salpicadero del coche. Karen dio un respingo, asustada, y abrió la puerta

del coche para salir de allí—. ¿Dónde crees que vas? —la agarró del brazo y la sentó de nuevo a su lado—. Comienzas hablando de amores, y terminas haciendo la pregunta del millón. ¿No es así?

—Suéltame —se zafó de sus dedos y se frotó el brazo dolorido—. No puedo quedarme contigo, si antes no sé a qué me enfrento. Pides mucho a cambio de nada.

—No dejas de impresionarme, cada vez que creo que te conozco aparece otra faceta tuya. Pero esta nueva Karen que estoy viendo, es la persona más ruin que jamás imaginé.

Ella fue a tocarle y él se apartó bruscamente.

—No era mi intención herirte, João, solo deseaba saber.

—No vuelvas a preguntarme por ella —la zarandé por los brazos.

Sus ojos eran dos brasas ardientes. La amenaza de su mirada demasiado grande como para pasarla por alto. Sus manos dos garras que se hundían en la carne.

—No lo haré.

—Catalina está muerta, ¿lo entiendes? ¡Muerta!

—Y yo te amo —sollozó ella—, pero eso a ti no te importa.

João la soltó y se pasó una mano por los cabellos, procurando controlarse. Salió del coche para tranquilizarse y se apoyó en él.

—Ha sido un error, Karen, creí que entre tú y yo había algo especial.

Ella abrió la puerta y se paró a su lado, le rodeó la cintura con los brazos y pegándose a él reclinó la cabeza contra su pecho.

—Y lo hay, João, tenemos algo especial: yo te quiero.

—Cuando se quiere a una persona tienes que confiar en ella, ¿comprendes? Tienes que darle la llave de todo lo que posees sin pedir nada a cambio, si no ¿de qué sirve tu amor?

Apretó los puños, tensó los hombros y permaneció erguido, sin querer tocarla.

—El problema de los sentimientos es que aparecen cuando menos los esperas —alzó la cara para mirarlo, a pesar de que él seguía con la vista clavada al frente—. Tú ideaste un plan para humillarme y yo lo acepté para contrarrestarlo. Yo no inventé este juego, ni ideé enamorarme de ti, pero ya ves, te llevo ventaja porque tú ya eras infeliz cuando te conocí.

—Sí, y crees que vas a ganar, ¿no es así?

—Bésame —le pidió ella empujándose para buscar su mirada glacial—. Sé mío durante unos días más y yo seré tuya. No tengo ni idea de quién

ganará, pero,

No pudo terminar la frase.

João la cogió en sus brazos y la besó de un modo salvaje, como pretendiendo dejarle muy claro que ya era suya.



Nada más llegar al ático, encontraron a Robert preparando sus maletas y mientras João entró en el dormitorio, y desapareció en el cuarto de baño, ella intentó explicarle a su hermano el nuevo cambio de planes.

—¿Marina está en su cuarto?

—Sí, estaba muy cansada, y tú deberías hacer lo mismo. Acuéstate y te llamaré dentro de un par de horas, el vuelo sale a las once.

—Creo que no podría dormir. Tantas emociones juntas me han quitado el sueño.

Robert le indicó que se sentara a su lado, en el sofá y ella obedeció.

—Y se puede saber, ¿a qué viene ahora este cambio de planes?

—¿Es que no te alegras de pasar esta noche junto a Marina? —fingió quitarse una pelusa invisible de la manga.

—Sabes que no me refiero a eso. Si me dices que nos quedamos en Funchal porque deseas estar con él, lo comprenderé —señaló con la cabeza el dormitorio.

—Entonces, ¿qué es lo que no comprendes?

—Karen, no comprendo nada —fue sincero.

Ella lo miró con ternura.

—Cariño, Robert, te mentiría si te dijera que no deseo estar con él. Necesito estar a su lado un poco más. Unos días más.

—Sigo sin comprenderlo. Marina y yo lo hemos hablado y. Karen, tú no eres una mujer que se enamora de un hombre en una semana, y menos de un hombre que es capaz de hablarte como lo hace. Escuché la forma en la que te faltó al respeto en la cocina de Candela y..

—No es lo que parece, Robert, te aseguro que João no pretendió insultarme ni hacerme daño. Él es un hombre complicado y necesitaríamos dos mil años para comprender sus reacciones.

—Lo dices muy convencida —él no lo pareció tanto—. Haces que sus

puñaladas verbales parezcan caricias pero no le voy a permitir que trate así a mi hermana, ni estoy dispuesto a esperar dos mil años para aclarárselo.

—Tu hermana ya es mayorcita —trató de suavizar su enojo.

—Pero, Karen, él es el despiadado que tanto criticabais Marina y tú. ¿Qué te ha pasado?

Ella se rio suavemente al ver el pasmo reflejado en sus atractivas facciones y le acarició la mejilla.

—Le amo, Robert, he intentado no hacerlo, te lo juro, pero sin resultado —él frunció los labios, como si estuviera a punto de decir algo que no debiera, y ella le dio un abrazo—. Todo está bien.

—Durante el viaje de regreso a Funchal, le advertí sobre mis intenciones con Marina y le hablé de ti y de mí.

—Lo sé. Y me alegro de que lo hayas hecho.

Robert se separó para mirarla y añadió:

—También hablamos de lo vuestro, y de cuando regreses destrozada a casa, Karen. Un día de estos João Bernades se cansará de ti y te romperá el corazón. Todo el mundo sabe cómo es ese hombre, todos menos tú —miró hacia el dormitorio y ella tragó con dificultad.

En ese instante, João salió de la habitación perfectamente vestido y con un maletín en la mano. Las primeras luces del día se colaban por los ventanales abiertos y al encontrarlos allí, cuchicheando y sentados en la penumbra del salón, se acercó y encendió una lamparilla que había sobre el aparador.

—¿Ocurre algo? —frunció el ceño y miró directamente a Robert.

—No tenemos sueño —declaró Karen, adelantándose a su hermano—. Le estaba contando el cambio de planes.

Él adoptó una expresión extraña. Alerta. Entornó los ojos y ladeó la cabeza, y ella tuvo la impresión de que sabía que acababa de mentirle descaradamente. O quizá lo notó porque se había puesto colorada.

—No hay ningún problema, ¿verdad? —sus ojos regresaron al muchacho.

Robert dudó durante unos segundos, miró a su hermana, y después repuso:

—No, ninguno.



Finalmente, Karen se quedó dormida en el sofá. Cuando despertó, estaba tapada con una colcha y escuchó las voces de los jóvenes en la terraza. Recordó el momento en el que João se despidió de ella y de Robert con un escueto «hasta luego» y se preguntó si todavía estaría enojado, porque ya era más de mediodía y no había regresado al ático.

—¡Ah! Ya estás despierta —se asomó Marina al salón—. Nos preguntábamos si vendrías a comer con nosotros.

—La verdad es que estoy hambrienta. Aunque yo siempre lo estoy, ¿verdad? —trató de bromear, aunque por la mirada reservada de la muchacha supo que no lo había conseguido—. En fin me daré una ducha rápida y estaré lista en un segundo.

—¿Estás bien?

—¡Claro! Por supuesto.

—Robert me ha contado el nuevo cambio de planes y me hace muy feliz saber que celebraremos juntos Nochebuena.

—Será una cena inolvidable —le aseguró con una sonrisa.

—También me ha dicho que João y él hablaron en el avión y que todo está solucionado.

—Sí, parece que los problemas se van remediando —caminó hacia el dormitorio y Marina y la siguió.

—Entonces, no comprendo este cambio de planes.

—¿Qué os pasa a todos? ¿Por qué os preocupa tanto si me marcho o no? —la brusquedad de su reacción hizo retroceder a la muchacha. Era como si sus facultades para suavizar las situaciones complicadas se hubieran evaporado—. Lo siento, Marina, no quería gritarte.

Se frotó la cara con las manos y se recogió los cabellos en la nuca con nerviosismo.

—No pasa nada.

—Voy a ducharme, ¿de acuerdo? Pero todo está bien. Te repito lo mismo que a Robert. Sé que vine a Madeira con un objetivo y este se ha cumplido. No le deis más vueltas, ¿vale?

—Vale.

—Voy a ducharme, después hablamos.

—Sí, ya lo has dicho, Karen.

—Sí.

—Karen.

—¿Qué?

Marina fue a decir algo, pero lo pensó mejor.

—Nada, te esperamos en la terraza.

—Vale.

Capítulo 10

Ni la ducha rápida, ni los minutos que se tomó a solas en el cuarto de baño, aliviaron aquella sensación de estar equivocándose. O haciendo algo mal. Era como si el hecho de que las cosas se arreglasen la convirtiera a ella en el blanco perfecto en el que cebar de su interés. No podía fingir que no se había enamorado de João, y tampoco reconocerlo abiertamente porque entre ellos no existía una relación definida, pero se merecía disfrutar de lo que estaba viviendo en aquel momento y, si los demás no comprendían lo que le pasaba, no los culpaba porque ella tampoco lo tenía muy claro.

Tenía todo el derecho del mundo de hacer lo que quisiera, y con quien quisiera, pero jamás había sido una mujer frívola. Nunca se había permitido tener una aventura, no creía en el sexo por el sexo ni concebía una relación sin alguna clase de sentimiento. De hecho, nunca tuvo novio, ni se enamoró de nadie, a pesar de trabajar rodeada de hombres, tener muchos amigos, y contar con numerosas oportunidades que siempre desdeñó educadamente. Ella siempre había sido muy cautelosa a la hora de plantearse una relación y había vivido su vida utilizando la cabeza en vez de escuchar al corazón.

Hasta que subió a aquel avión.

Se puso un vestido cómodo con manga larga y unos mocasines y cepilló enérgicamente su melena frente al espejo. Aquella imagen desconocida que veía reflejada seguía siendo Karen Preston, la misma mujer que no se daba nunca por vencida, la que luchaba con uñas y dientes por los suyos. Iba preguntarse si estaría luchando sin saberlo por João, cuando Marina llamó a la puerta y entró al dormitorio.

La joven miró con reparo la enorme cama y frenó sus pasos. Karen se mordió los labios y la invitó a pasar. Y en ese instante supo que sí, que luchaba por un imposible y el escepticismo de la mirada de Marina le daba la razón.

—Te he traído un impermeable, ha comenzado a llover.

—Le amo, Marina —fue todo lo que dijo para explicarse.

—Pero, ¿cómo?

—No lo sé, es un enigma para mí. No tienes que decirme que él no me corresponderá porque estoy convencida de ello. Soy consciente de lo que está

pasando y no quiero que os sintáis culpables, ni Robert ni tú, cariño. Yo solita me he metido en esto y sabré salir.

—Te advertí sobre él —Marina se sentó en la cama y dejó el impermeable a su lado—. Yo quiero mucho a mi hermano, y él a mí, pero es de ese tipo de amor, diferente.

—También lo sé.

—No deseo que seas otra Nerea, ni que sufras cuando él decida que debes marcharte.

—No lo seré porque desde el principio conozco el final, pero no hago daño a nadie —se sentó a su lado.

—No estoy muy segura de que alguno no salga herido. Es la primera vez que mi hermano —miró el lecho y después a Karen—, en esta cama y en este apartamento, no. Jamás ha subido a ninguna mujer al ático.

—Bueno, eso me convierte en la excepción, ¿verdad?

—Supongo.

—¿Vamos? Robert debe de estar preguntándose por qué tardamos tanto.

Marina la abrazó y la besó en la mejilla repetidas veces hasta que Karen rió de aquella manera que era tan usual en ella.

—Ojalá João se enamore de ti.

—Ojalá —se levantó y se puso el chubasquero—, pero los milagros de uno en uno.



Había escuchado que en Madeira llovía once de los doce meses del año y aquel debía de ser uno de aquellos días que completaban el ciclo, aunque también era cierto que en la semana que llevaba allí, no había caído ni una gota.

Al salir del hotel, los recibió una bocanada de perfume a anís y a flores. Una suave cortina de lluvia espolvoreaba la avenida y la ciudad había adquirido una tonalidad diferente. El director les había pedido un taxi y después de conversar durante unos minutos con algunos trabajadores y despedirse de ellos, Karen por fin subió al automóvil.

—Lo siento —se excusó montando en la parte trasera, junto a Marina.

—No tienes que hacerlo, ya sabemos cómo eres —parecía que la joven

había recuperado el buen humor, o tal vez sus palabras la habían tranquilizado.

—Sí, aunque viajaras a China, serías capaz de entablar amistad con todo aquel que te cruzaras en tu camino —añadió Robert, girándose hacia ellas.

Karen le sonrió agradecida por su comprensión y su hermano afirmó en silencio.

El taxi se internó por las callejuelas y ella procuró no perder detalle de todo cuanto veía. Funchal era una auténtica ciudad de cuento de hadas, con sus cerros salpicados con casitas y edificaciones señoriales. Era como si hubiera quedada anclada en los tiempos en los que la emperatriz Sissi la escogió para pasar los inviernos y nada hubiera cambiado.

Al llegar al *Mercado dos Lavradores*, el inmenso colorido de los puestos repletos de flores y frutas la hizo saltar del taxi que había estacionado en un lado de la calle. Marina le mostró un enorme mosaico en la pared, con el dibujo de dos bellas campesinas, y le explicó que aquel edificio había sido una antigua fábrica de harinas. Recorrieron las dos plantas que lo formaban y Karen pasó un buen rato ante los puestos de mimbre; pero cuando quedó totalmente asombrada fue ante la variada exposición de aves del paraíso, orquídeas, rosas, catleyas y camelias. Las floristas, ataviadas de vivos colores con el traje típico regional, trataron de ayudarla a decidir qué flores llevarse y hasta que no medió Robert y le indicó el reloj, ella no fue consciente del tiempo que llevaban esperando por su culpa. Finalmente compró un ramillete de camelias blancas y siguieron la marcha.

Cuando salieron del mercado, seguía cayendo una fina llovizna, pero prefirieron dar un paseo por las céntricas calles y ajustaron sus capuchas. Al llegar al final del puerto, divisaron una enorme columna de humo en las colinas que bajaban repletas de casitas hasta la ciudad. La gente se agolpó en el paseo marítimo y algunos hombres conjeturaron sobre el origen de aquel monumental incendio. Dos coches de bomberos pasaron junto a ellos a toda velocidad y Marina y Robert trataron de averiguar qué se estaba quemando, pero mientras unos hablaban de unos bosques cercanos a Monte otros comentaban lo dificultoso que resultaría subir allí. Escucharon acercarse dos avionetas en dirección a la columna de fuego, y Karen alzó la mirada hacia el cielo en el instante en el que un helicóptero sobrevolaba muy cerca de los teleféricos que conducían a Monte. A pesar de que la temperatura era agradable, y la lluvia caía pulverizada, sintió un escalofrío y se resguardó bajo la capucha del impermeable. No supo el motivo pero una extraña

sensación de desasosiego se apoderó de ella y se preguntó qué estaría haciendo João en ese momento.

—Vamos —la animó Robert cogiéndola del brazo—. ¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida.

—Sí, no pasa nada.

—Regresemos al ático —le sugirió sin creerla—, creo que estás pillando un buen resfriado.

—Todavía no.

—Me preocupas, Karen, parece que hubieras visto un fantasma.

—Ha sido por el incendio, los bomberos y las avionetas. Me he asustado pero ya estoy bien. Además, aún no hemos comprado los regalos de Navidad.

Marina y Robert se miraron de reojo.

—¿Qué ocurre? ¿He dicho algo malo?

—Sabes que últimamente nos damos los regalos de Navidad la noche de fin de año —le recordó Robert.

—Sí, pero eso ha sido porque Marina no estaba con nosotros en Londres. No veo que problema hay en que por primera vez celebremos la Nochebuena como es debido.

—No es buena idea, a João no le gusta ser tradicional —reconoció por fin Marina.

—Pues para no ser tradicional ha montado un enorme pesebre en la escalinata del hotel que podría competir con el del Vaticano.

—Me refiero a otro de tipo de costumbres, ya sabes —susurró cabizbaja.

—No, no lo sé. ¿Quieres decir que no hacéis una cena especial?

—Karen, déjalo ya —le sugirió Robert molesto por la actitud de su hermana.

—Sí, cenamos en uno de los salones del hall, ya sabes de los que se utilizan para las recepciones privadas, pero siempre procuramos que parezca un día más, sin nada que nos recuerde una noche entrañable y familiar —pareció avergonzada—. A João no le gustan mucho estas fechas, supongo que es porque durante muchos años no tuvo con quién celebrarla.

—Lo siento, no pretendía violentarte, y mucho menos inmiscuirme en las costumbres de João —le pasó un brazo por los hombros y miró a su hermano para regañarle—. Deberías habérmelo dicho, Robert.

—¿Por qué crees que estos dos años hemos cambiado el día de los regalos? Pues para que ella disfrute de una Navidad como todo el mundo. Deberías tener en cuenta que por mucho que trates de ignorarlo, él sigue

siendo el despiadado —rezongó, caminando a su lado.

Karen se paró en medio de la calle y llegó a la conclusión de que aquello era algo que se podía corregir.

—Pues esta noche será diferente —señaló las tiendas y comercios iluminados con miles de lucecitas de colores—. Además, de todas formas tenemos que comprar los regalos. ¿Qué más da entregarlos esta noche que la semana que viene? Si a João no le gusta, nadie le obliga a participar.

El color había regresado a sus mejillas y volvía a ser la misma mujer impetuosa de siempre.

—No será buena idea —protestó Marina quedándose atrás.

Ella ignoró sus palabras y se giró para mirar la columna de humo en la colina. Afortunadamente, desde aquella callejuela estrecha apenas si podía verse y deseó no obsesionarse con algo que era totalmente ajeno a ella, pero que la había impresionado. Entró en una de las tiendas esperando que la siguieran y Robert se entretuvo hablando con Marina en la puerta. Cuando llegaron a su lado, Karen comprobó que la muchacha parecía más animada y se alegró de que su hermano fuera capaz de obrar aquellos cambios en su futura esposa. Afortunadamente, cuando en una pareja existía amor, había cosas que resultaban muy sencillas.

—¿Qué os parece? A la señorita Kidman le encantará —les enseñó una tetera pintada a mano con unos motivos de alto contenido sexual.

Marina rio divertida y Robert meneó la cabeza con una sonrisa.

Mientras ellos buscaron sus regalos por las estanterías, Karen escogió un cómodo jersey hecho a mano para Robert y una preciosa cajita de música para la joven. No se olvidó de buscar un detalle para Candela y otro para Ramalho. Y por supuesto, los tres compraron regalos para el bebé. Ya estaban a punto de abandonar la tienda cuando entonces la vio. Y supo que aquel era el regalo que quería hacerle a João.



Los bomberos terminaban de controlar el incendio cuando João descendió de uno de los helicópteros. Corrió hacia la entrada del edificio y varios policías le impidieron el paso, conduciéndolo hacia una zona acordonada. Las llamas anaranjadas lamían la estructura más alta a medio

construir y una humareda negra y espesa envolvía la cima de la colina de Monte.

El jefe de bomberos lo reconoció y le indicó que se acercara al camión que hacía las veces de base. Tenía unos planos apoyados en una superficie y varias cabezas se inclinaban sobre ellos. João reconoció al arquitecto y lo saludó con un movimiento de cabeza. El sonido de las avionetas sobrevolando el edificio y descargando los contenedores de agua resultaba ensordecedor.

—¿Qué ha ocurrido? —alzó la voz para hacerse escuchar—. ¿Todos están a salvo?

—No se preocupe —lo tranquilizó el jefe de bomberos—. Es una construcción muy alta y ha resultado complicado acceder hasta la colina con los camiones, pero afortunadamente los trabajadores se resguardaron en las plantas más elevadas y ya han sido rescatados por los helicópteros.

Él afirmó más relajado.

—¿Han evacuado a los habitantes de las casas cercanas?

—Sí, ya están desalojados, señor Bernades, no se preocupe, pero nos gustaría aclararle algo. Al parecer las llamas se han originado en el patio de instalaciones del edificio, justo donde estaban trabajando cuatro operarios y se ha extendido rápidamente al resto de las plantas. Pero hay indicios de que este incendio ha sido provocado.

—¿Provocado? —miró al arquitecto y este afirmó con gesto grave—. ¿Qué quiere decir? ¿Quién querría incendiar un edificio cuya estructura todavía no está ni terminada?

—Todavía tenemos que investigar las pruebas que hemos recogido.

—Sí, Bernades —intervino el arquitecto—, varios de los hombres que trabajaban en el patio de instalaciones vieron a alguien correr por las escaleras interiores y segundos después se escuchó una explosión.

João se pasó una mano por los cabellos desordenados y miró hacia el edificio que humeaba convirtiendo el aire en una espesa nube negra.

—Los inspectores se pondrán a trabajar en cuanto se enfríe la estructura pero puedo asegurarle que este incendio ha sido intencionado porque se han encontrado dos dispositivos de encendido.

—Dos latas vacías de gasolina que ese hombre no pudo llevarse porque fue sorprendido —explicó el otro hombre limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—Sería conveniente que permanezca usted por aquí, señor Bernades,

por si los inspectores o la policía necesitaran su declaración. De todas formas no es la primera vez que ocurre esto en alguno de sus negocios y ya sabe el procedimiento.

Él afirmó con la cabeza, la boca prieta y los puños cerrados.



Ya eran casi las once de la noche cuando Marina y Robert terminaron de decorar el árbol de Navidad que habían comprado en el mercado, a pesar de que la muchacha le advirtió que a João no le haría mucha gracia. Karen depositó el ramo de camelias en el centro de la mesa del comedor, entre dos preciosos candelabros dorados que encontró ocultos en una estantería de la impresionante librería que decoraba toda la pared y, poco convencida, frunció el ceño. Por más que miraba alrededor y repasaba las guirnaldas de espumillón que colgaban sobre los ventanales, las coronas de acebo y pino y los adornos navideños que había colocado estratégicamente por todos los rincones, el apartamento seguía teniendo un aspecto demasiado frío e impersonal.

Ella y Robert solían cocinar un pavo en su diminuta cocina en Londres mientras charlaban de sus cosas y bebían una copa de vino. Después, preparaban los aperitivos, horneaban los dulces y cenaban entre risas y brindis por todos los buenos propósitos que se les ocurrían. Más tarde, abrían los regalos y se quedaban viendo películas hasta muy entrada la noche, menos los dos últimos años que esperaban a que Marina regresara de Madeira. Ahora sabía el motivo.

Por otro lado el hecho de que era muy tarde, ya deberían haber cenado y que todavía estaban esperando a João, incrementaba su impaciencia y la empujaba a pasear sin rumbo del comedor a la terraza para después volver sobre sus pasos, asomarse al corredor, y regresar de nuevo al salón. No era bueno sacar conclusiones precipitadas, pero no quedaba ninguna duda de que él seguía enfadado por la discusión que mantuvieron de camino al hotel y, tal vez, ni siquiera le apetecía cenar con ella.

Cuando el reloj marcó las once y media miró a Robert y a Marina que aguardaban silenciosos y sentados en uno de los sofás. Decidida, descolgó el teléfono, preguntó al director del hotel si habría algún inconveniente en que

subieran al ático la cena que tenían dispuesta en el salón presidencial y este le aseguró que no, aunque le sugirió que él mismo supervisaría el banquete. Karen pensó que por el tono que utilizó no parecía muy convencido de que fuera buena idea, pero se limitó a cumplir sus deseos y, poco después, la mesa del comedor lucía llena de manjares dispuestos con mucho gusto, entre los adornos y los candelabros. La vajilla y la cristalería relucían bajo la luz de las lámparas encendidas y vio con asombro que todavía seguían llegando platos y más platos de manos del personal de uno de los restaurantes que todavía permanecía abierto.

Una cosa llevó a otra y en un segundo no supo cómo lo hizo. Simplemente le comentó a Felipe, el director del hotel, que allí había demasiada comida para tres personas, porque estaba segura de que João ni aparecería, y se le ocurrió preguntarle si ya había cenado. Él le dijo que no, que su turno terminaba a las doce como el de los demás y entonces fue cuando se le ocurrió la mejor idea en mucho tiempo.



João estacionó el deportivo frente a la escalinata y entregó las llaves al muchacho uniformado para que lo llevara al parking. La entrada estaba silenciosa, como era normal en una noche tan especial como aquella, y por una vez se alegró de que fuera Nochebuena. Normalmente, ese día todo el mundo tenía compromisos familiares ineludibles y no perdían el tiempo en charlar en el hall ni tomaban una última copa más tarde de las ocho. Los clientes que buscaban la magia de Funchal para festejar la Navidad ya habían sido agasajados por el personal del hotel y estaban divirtiéndose por la ciudad o de camino a la catedral, porque el Gran Hotel Wellington cerraba sus puertas a las doce en punto y solo permanecían en él los huéspedes que se retiraban a descansar y el personal que era estrictamente necesario para su buen funcionamiento.

Con suerte, Marina y los Preston ya habrían cenado en el salón presidencial y se alegró de que, por una vez, no tuviera que ver la cara de decepción de su hermana. Esperó que como buena anfitriona los hubiera llevado a la misa del Gallo y así mataría dos pájaros de un tiro: Hallaría la paz que últimamente no encontraba y Marina estaría entretenida y

acompañada.

Saludó al solitario recepcionista nocturno y caminó hacia el ascensor. No se escuchaba ni una mosca, todo estaba silencioso y agradablemente calmo.

Silvio, el ascensorista, lo saludó muy parlanchín y con una sonrisa de oreja a oreja; su rostro estaba colorado y João pensó que era la primera vez que aquel muchacho tímido le dirigía más de cinco palabras seguidas sin aturullarse. Deseaba llegar cuanto antes a su tranquilo apartamento, el día había comenzado muy mal desde primeras horas y entre la discusión con Karen por indagar en su vida, descubrirla cuchicheando de él con su hermano, y el incendio provocado que lo había retenido en comisaría hasta la media noche, su impaciencia estaba a punto de rozar cotas inalcanzables. Y aquello no era bueno porque sabía que durante horas nada, ni nadie, conseguirían aplacar su mal humor.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor y se encaminó hacia su apartamento privado, lo primero que escuchó fue la pegadiza versión de Disney del villancico *Jingle Bells* cantada por Micky Mouse. Al principio pensó que sería una ilusión auditiva pero a medida que avanzó por el corredor las voces se hicieron más claras, las risas más nítidas y supo que aquel jolgorio procedía exactamente de su ático.

No tuvo que pulsar la clave ni introducir la tarjeta para abrir la puerta porque estaba de par en par. Las luces encendidas, su salón lleno de gente, los cocineros, las camareras de piso, el director del hotel, los *maitres* de los restaurantes, el recepcionista de tarde y tres vigilantes de seguridad. No cabía ni un alfiler y todos daban cuenta de un gran festín en el comedor de su apartamento, a juzgar por la cantidad de botellas y platos vacíos sobre la mesa y estantes de las paredes.

Atónito por el espectáculo, parpadeó varias veces y comprobó que todo seguía allí, no era una visión ni estaba soñando. De repente, alguien reparó en su presencia y con rapidez fue pasando el aviso, por lo que las voces disminuyeron de volumen, una mano acertada apagó la música y una veintena de ojos se clavaron en él, parado en el umbral de la puerta.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —su mirada planeó por el salón en busca de la culpable de aquel desaguisado, porque estaba seguro de que había sido ella. Nadie más se hubiera atrevido.

—Permítame que le explique, señor Bernades —el director del hotel se adelantó del grupo en el que se encontraba y buscó dónde depositar su copa

medio vacía.

—Yo lo explicaré, Felipe, no te preocupes —intervino Karen acercándose a João y liberando de aquel compromiso al pobre hombre.

—Estoy deseando escucharte —se cruzó de brazos ante ella y la taladró con la mirada.

—Es muy sencillo. Hoy es Nochebuena y toda esta gente debería estar con sus familias, pero han terminado su turno muy tarde y entonces se han puesto a servir nuestra cena, porque ya era casi media noche y todavía estábamos esperándote —él enarcó una ceja que nadie supo cómo interpretar—, y al ver que subían comida como para un regimiento,

Ni siquiera la escuchó, sus ojos recorrieron la estancia decorada, reparó en el arbolito que parpadeaba brillante junto a los ventanales y terminó por fijarse en su hermana. Marina y Robert estaban arrodillados ante el árbol y al parecer habían estado colocando pequeños paquetes envueltos en papel de regalo. Al sentir el enorme silencio que se había creado, ambos dejaron los paquetes en el suelo y se levantaron sin querer mirarlo. Marina estaba preciosa, con un vestido de color azul y sus cabellos oscuros recogidos en la nuca. Robert estaba en mangas de camisa y la corbata y los pantalones elegantes le hicieron fijarse en la americana que descansaba sobre un sillón, como si después fuera a salir.

—Y según tú, si toda esta gente ha terminado demasiado tarde su turno, ¿quién debía haber servido las cenas que estaban reservadas en los salones? Porque te recuerdo que vivimos en un hotel.

—Sabes que no refiero a eso —ella le quitó importancia con la mano—, pero no creo que haya nada de malo en pasar un rato en buena compañía y te aseguro que nadie ha abandonado su puesto de trabajo.

—¿Pretendes hacerme parecer un explotador?

—Por supuesto que no, no hagas que mis palabras parezcan otras, por favor.

Por fin miró a Karen y esta pareció flojear en sus argumentos al sentir sus pupilas recorriéndola. Los trabajadores iban saliendo lentamente del ático, aunque el ambiente continuaba igual de opresivo, por lo que tomó aire con avidez.

Él reparó en lo elegante que estaba con aquella falda recta, por encima de las rodillas, y con una delicada blusa de encaje color crema. Su melena color miel descansaba sobre sus hombros, se había maquillado un poco, lo que afinaba sus dulces facciones y los tacones altos hacían interminables sus

largas piernas.

Marina se acercó para suavizar la tensión que crepitaba en el salón y el director, que era último por salir del ático, se despidió con celeridad y cerró la puerta.

—Ya le dije a Karen que nosotros no celebramos...

—Está bien, Marina, ya lo imaginó —la interrumpió João alzando una mano.

—Sí, es cierto, me avisó —reconoció Karen—, y mi única intención al improvisar esta fiesta ha sido que los chicos disfruten de una cena como Dios manda. Nadie tiene la culpa de que tú estés muy ocupado y yo solo quise que Marina no notara tu ausencia.

—Marina, ¿por qué no me traes algo de esa cena especial? — la intencionalidad de que quedarse a solas con ella fue más que evidente—. Y Robert podría ayudarte.

La muchacha salió del salón y Karen le indicó a su hermano, que aguardaba reticente, que se marchara con ella.

Él quiso parecer duro e indiferente, pero cuando la miró de nuevo los ojos dorados de ella lo derritieron como si fuera mantequilla. Seguramente las llamas del incendio le habían afectado los sesos más de lo que pensaba porque su mal humor se esfumó y en su lugar apareció una necesidad desconocida por estrecharla entre sus brazos y formar parte de sus planes nocturnos.

—Ellos no tienen nada que ver con todo esto —le anunció Karen antes de que tomara represalias con los chicos—. Siento haberme entrometido, sé que no debería haberlo hecho, pero era muy tarde. Y Marina y Robert esperaban. —balbuceó al verlo quitarse la chaqueta arrugada y dejarla de cualquier manera sobre el respaldo de una silla.

—No lo sientas, *Mel*, no tienes que pedir perdón por ser tú.

João se había desabrochado la camisa por la parte superior y arremangado. Su mandíbula estaba sombreada por una barba incipiente y sus cabellos oscuros en desorden. El cansancio se reflejaba en sus ojos grises y caminó lentamente hacia ella. El olor a humo era insoportable y Karen lo miró alarmada, sobre todo por lo vulnerable que le pareció en aquellos instantes.

—João, ¿has estado cerca del incendio? Lo vimos desde el puerto y era inmenso.

—Sí, estuve por allí.

—Deberías darte un baño. Realmente, hueles como si hubieras estado en él.

—Espera —la sujetó por la cintura y sonrió al ver el horror reflejado en su rostro—, explícame mejor eso de una cena familiar.

—Sabes perfectamente lo que he querido decir —se envaró con prudencia.

—Pues aclárame lo del árbol, el espumillón y los villancicos. Por cierto, nunca me gustó Micky Mouse.

—Pues yo de pequeña deseaba parecerme a Minnie. Todavía guardo un enorme lazo y unos zapatos rosas que me compró mi padre.

Marina y Robert los observaron desde la puerta, se miraron el uno al otro y regresaron a la cocina con disimulo.

—Lo del árbol me ha llegado al alma —su voz parecía sincera, aunque el sarcasmo era tan evidente que dolía como una bofetada.

—Sí, un árbol con muchos regalos —no iba a permitir que el escozor que producía sus palabras le arruinara el ánimo.

—¿Y mi regalo?

—Yo soy tu regalo.

Karen sonrió con los labios, con los ojos, con todo su radiante rostro.

Él ascendió las manos por sus costados y se paró en el escote de su blusa, desabrochando un botón y después, otro.

—¿Qué haces? —trató de apartarle las manos entre risas.

—Quiero abrir el envoltorio, necesito tocarte.

—De eso nada. ¿No sabes que hay que agradecer los pequeños obsequios que te da la vida, con papel de regalo incluido? —se apartó de él y buscó enojo en sus ojos grises, pero lo vio sonreír y soltó el aire que guardaba en los pulmones.

—No te pases, inglesa —cogió la chaqueta y se la echó sobre el hombro. Antes de dirigirse al dormitorio se giró hacia ella y la señaló con un dedo—, he sido generoso hasta ahora, pero sabes que puedo ser despiadado.

Ella no supo si seguirlo al dormitorio o esperarlo en el comedor. Los chicos habían hecho planes para más tarde y no estaba segura de que él hubiera aceptado con tanta facilidad los cambios con los que se había encontrado en el ático.

—Es cierto, Karen —la sorprendió Marina por la espalda—, los milagros existen.

Ella sonrió y fue a decir algo cuando alguien llamó a la puerta.

—Qué raro, ¿quién será a estas horas? Espero que no sea ningún rezagado de la fiesta porque se llevará un buen chasco.

Abrió y se encontró frente a Ramalho que sin darle tiempo a reaccionar, entró en el ático y buscó en el salón.

—¿Ocurre algo? ¿Candela y el bebé están bien? —Karen pasó tras él y lo miró preocupada.

—Sí, ellos están bien, pero necesito ver urgentemente a João.



João salió de la ducha y se lavó los dientes frente al espejo. La furia que había sentido a medida que avanzaba el día, y la incredulidad que lo asaltó al ver en lo que se había convertido su ático, desapareció; incluso sintió cierta admiración por la desfachatez de la inglesa aunque no pensaba dejar que ella se diera cuenta.

Era extraño, pero en los pocos días que había pasado junto a ella, su ansiada soledad se había convertido en algo triste y el hecho de saber que Karen estaba allí, en su apartamento, y que en unas horas estaría acurrucada junto a él en la cama le hacía sentir diferente. En realidad, tenía que reconocer que no podía dejar de pensar en ella, ni siquiera cuando la policía y el inspector de bomberos lo atosigaron a preguntas para que recordara si existía la posibilidad de que alguien pretendiera hacerle daño o perjudicarlo. Solo pensaba en ella, en que había aceptado quedarse unos días más a su lado, aunque después se marcharía, y en su cuerpo suave bajo el suyo diciéndole que se estaba enamorando de él. O en sus ojos dorados que confirmaban sus palabras y lo miraban con adoración cuando le decía que le amaba.

Dejó de cepillarse los dientes y se miró fijamente en el espejo considerando la situación. ¡Estaba jodido! Cada vez que hacían el amor, o se miraban a los ojos, o simplemente cuando ella estaba a su lado, él sentía que recuperaba todo aquello que había perdido hacía muchos años. Era imperioso saber que ella lo amaba pero, ¿cómo superaría la idea de no verla más? ¿De no volver a estar con la mujer que le hacía sentirse completo por primera vez en su vida?

La serenidad que lo había envuelto mientras conjeturaba con sus

sentimientos se evaporó de un plumazo. Se vistió con unos vaqueros y una camisa y comenzó a enfadarse progresivamente hasta el punto de que cuando se abrochó los zapatos se sentía como si estuviera a punto de explotar en un ataque de furia.

¿Qué le ocurría con aquella mujer que lo trastornaba de aquella manera?

Antes de que pudiera darse una respuesta, ella entró en el dormitorio y se quedó parada junto a la cama. Él alzó la mirada de su zapato y percibió su nerviosismo.

—¿Estás bien? —le preguntó frunciendo el ceño.

Ella asintió con la cabeza pero él se fijó en que tenía lágrimas en los ojos y se acercó con rapidez. La abrazó y la apretó contra su pecho.

—¿Qué ha pasado, *Ninha do Mel*?

—Lo siento, lo siento mucho. Tú estabas ocupándote de un horrible incendio y nosotros aquí, organizando una fiesta.

—¿Lloras por eso? —la meció en sus brazos y la besó en los cabellos—. Tú no podías saber nada.

—No —contestó ella sin voz—, pero Ramalho nos ha contado lo que ha ocurrido y no puedo dejar de sentirme culpable por incitar a Marina y a Robert para contrariarte en lugar de pensar que podías estar en problemas.

—No llores, cariño —murmuró—, no soporto verte llorar. Además, de no ser por tu fiesta, y por ti, Marina se habría sentido muy sola y desgraciada —hubiera añadido como todos estos años pero decidió dejarlo así.

Enterró la cara en su pelo para respirar su delicioso aroma y ella suspiró contra su pecho.

—¿Me estás dando las gracias por haber traspasado la línea entre generoso y despiadado?

João sonrió.

—Sí, gracias por ayudarme.

—No te he ayudado a ti, sino a mí. Deseaba una noche inolvidable para el resto de mi vida.

—En todo caso, te doy las gracias por una noche inolvidable, *Mel*.

Ella percibió deseo en el tono de su voz y en su forma de apretarla contra él, pero antes de que ninguno pudiera tomar la iniciativa, se separó de sus brazos y miró hacia la puerta.

—Ha venido Ramalho y está afuera esperándote. Él nos contó lo que ha ocurrido en el nuevo complejo que estabas construyendo en Monte.

João frunció los labios.

—Este hombre es incorregible. Debería estar junto a su esposa y su hijo en lugar de andar investigando el incendio, para eso ya está la policía.

—¿Investigando el incendio?

—Sí, al parecer ha sido provocado.

—Pero, ¿quién podría hacer algo así?

Ella lo miró alarmada pero João ya había salido del dormitorio.

Lo siguió hasta el comedor y, cautelosa, se quedó parada en el umbral de la puerta. Ramalho estaba comentando con Robert el modo en el que la policía estaba siguiendo algunas pistas y aquellas palabras terminaron por intranquilizarla. Buscó a Marina por la estancia y Robert le indicó con la cabeza que se encontraba en su dormitorio.

—De modo que no me quedaré en la seguridad del hospital con mi familia mientras haya una investigación abierta —replicó Ramalho a la mirada ceñuda de João—. Tomaremos medidas y es lo que acabo de hacer. Marina saldrá de la isla mañana a primera hora y Karen y Robert la acompañaran.

—Estoy de acuerdo con él.

La intensidad con la que Robert apoyó al jefe de seguridad la obligaron a intervenir.

—¿Qué está pasando exactamente?

—No estoy de acuerdo —João paseó por el comedor mientras hablaba—, esta vez las cosas se harán a mi manera y nadie se irá de aquí hasta que yo no lo decida.

—Eso es una locura —Ramalho se levantó de un salto y lo alcanzó en el centro del comedor—, sabes que la policía no tardará en encontrar la prueba de que esto es algo personal y lo mejor que.

—Fin del tema —João evitó que siguiera hablando y miró a Karen delatando su agitación. Chasqueó la lengua, echó un vistazo a la puerta cerrada de la habitación de su hermana y, sin decir nada más, abandonó el ático seguido de un portazo.

Ramalho murmuró una disculpa y salió tras él.

—¿Qué ocurre? —Karen le preguntó directamente a su hermano—. ¿Tú sabes lo que está pasando?

Él le indicó que se sentara a su lado y ella obedeció.

—Al parecer no es la primera vez que alguien trata de incendiar uno de los negocios de João y siempre que ha ocurrido en el pasado, se han encontrado pruebas de que podrían ser avisos.

—¿Avisos? ¿De qué?

—Ramalho no ha sido muy explícito pero tanto él como la policía llegaron a la conclusión de que esos incendios sin víctimas son meras advertencias de lo que podría suceder la próxima vez.

—¿Alguien amenaza a João y nadie hace nada?

—Sí, Ramalho ha dejado muy claro lo que harán y yo estoy de acuerdo con él: Marina abandonará la isla y nosotros con ella.

—¿La policía teme que esas advertencias incluyan a Marina? —miró la puerta cerrada de la habitación y se estremeció.

—Es una posibilidad porque cada vez que ocurría algún atentado ella estaba en la isla y eso me ha recordado lo que sucedió hace unos meses en la residencia de estudiantes.

—El incendio que quemó parte de las cocinas —exclamó Karen como si aquella incongruencia tomara forma.

—Afortunadamente, aquella noche se quedó a dormir en casa porque se hizo muy tarde y yo no podía llevarla a la residencia de estudiantes.

—Sí, estabas haciendo las prácticas en la comisaría y ella se quedó conmigo, pero, ¿quién querría hacerle daño a Marina?

—No tengo ni idea pero te aseguro que no lo permitiré.

Capítulo 11

João condujo en silencio bajo la noche estrellada. Hacía mucho tiempo que no se alejaba en su coche y tomaba un rumbo incierto, que normalmente siempre le llevaba al mismo lugar de siempre. Las olas rompían con violencia sobre las rocas, deshaciéndose en espuma blanca bajo los mortecinos rayos de la luna y Ramalho guardó silencio durante todo el trayecto sabiendo que si su amigo le había permitido acompañarlo, no significaba que estuviera dispuesto a escucharle.

La vegetación rozaba el coche a su paso por la velocidad, mientras que al otro lado la negrura de la inmensidad del océano parecía invitarlos a asomarse a ella. Los frenos del coche chirriaron al tomar otra curva cerrada y empinada, algunos fragmentos de piedras sueltas cayeron por el acantilado, y Ramalho se agarró con fuerza al asiento al mismo tiempo que cerraba los ojos.

En ese instante, João giró en un recorte de la montaña y paró el motor. Todo se hizo silencio, solo se escuchaba el rumor violento de las olas contra las rocas y el gemido del viento que soplaba entre los riscos.

—Deberías estar con tu esposa y tu hijo —dijo João después de un buen rato—. Yo no soy buena compañía.

Ambos miraban al frente, aunque apenas podía verse nada. Solo oscuridad y el leve reflejo de la luna en el horizonte encrespado.

—Pues ya ves, aquí estamos.

—Sí, hacía muchos años que no venía a este lugar.

—Lo sé, y me pregunto por qué lo has hecho hoy.

—Supongo que esperaba encontrar respuestas.

—¿Y las hay?

Se hizo otro silencio y de nuevo lo rompió João.

—No.

—Entonces, vámonos amigo. Aquí no encontrarás el consuelo que buscas y sabes que enviar a Marina a Londres es la única respuesta que obtendrás. Siempre ha sido la mejor opción para todos, y alguien se encarga con mucho ímpetu en recordártelo.

João suspiró y aferró con fuerza el volante.

—Esta noche, por primera vez en su vida, Marina ha tenido una verdadera cena de Nochebuena y deberías haber visto cómo le brillaban los ojos, Ramalho. Jamás la vi tan feliz.

—Lo sé —se acomodó en el asiento y miró el perfil de su amigo en la penumbra—, cuando llegué al ático, y entré, creí que me había equivocado de piso y de puerta.

—La decoración y la fiesta fue idea de la inglesa.

—¿Una fiesta? —se giró para mirarlo—. Sí, Karen sabe hacer las cosas a lo grande.

João le resumió lo ocurrido y a pesar de lo inapropiado de la situación, Ramalho no pudo evitar soltar una carcajada.

—Esa muchacha es única, te lo aseguro. Tiene algo que la hace especial y créeme, amigo, te deseo suerte cuando ella se marche a su país.

—No necesito suerte. Toda mi vida he luchado por lo que he deseado y eso me ha hecho fuerte.

—João, ¿te das cuenta de lo que dices? Te estás enamorando de Karen.

—Eso no es cierto. Ella es la que insiste en decirme que me ama y me llena la cabeza de ideas absurdas. Si no, ¿cómo explicas que esté aquí, en la curva más despreciable del mundo, decidiendo qué hacer cuando nunca he tenido problemas para hallar las respuestas? Marina es feliz con los Preston y debería estar contento de que mi preocupación por su bienestar sea compartida por un hombre que me inspira confianza, pero hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz y me gustaría pensar que he contribuido a que lo sea.

—Y lo has hecho al aceptar su relación con el muchacho, pero sabes que mientras continúe abierta la investigación es mejor que Marina permanezca lejos de ti.

—Sí, pero permitiré que vuelva a alejarse de mí, como siempre.

Ramalho miró a su amigo sin poder creer lo que escuchaba.

—João, eres tú el que se aleja de las personas con tu actitud distante y defensiva. Tu hermana te adora y siempre ha estado más cerca de ti de lo que crees.

—Sí, por eso le dio detalles a Karen para que confeccionara una larga lista de calificativos sobre mí.

—¿Qué eso de la lista?

—Olvídalo —arrancó el motor del coche y las ruedas rechinaron al dar la vuelta en la gravilla—. No me hagas caso, estoy cansado.

—Mañana verás las cosas de otra manera.

—¿Has averiguado si ella ha regresado a la isla?

—Fue lo primero que hice, como siempre, y te aseguro que no está en Madeira —Ramalho meditó su siguiente pregunta. Era la primera vez que veía a su amigo indeciso y no sabía si aquello sería bueno—. Entonces, ¿enviarás a Marina a Londres? Sabes que es lo mejor. Allí estará segura y podremos dedicarnos a la investigación del incendio. Esta vez ese pirómano ha sido muy descuidado y probablemente haya dejado huellas. Sé razonable, João, deja que las cosas sigan como estaban y dentro de unos días todo volverá a la normalidad.

—Siempre soy razonable, demasiado.

—Lo sé y tu prudencia es elogiada. Nadie mejor que tú para adaptarse a las contrariedades y.

—No me hables del pasado, Ramalho. En este momento no me siento orgulloso de cómo hice las cosas.

—Hicimos, amigo. No olvides nunca que Candela y yo somos tus cómplices. Pero dime, ¿enviarás a Marina a terreno más seguro?

João enfiló la carretera que llevaba a la autopista y guardó un prudente silencio.

—De todos modos, a mí no me engañas João, tú no estás así por el incendio. Ya hemos pasado por esto otras veces y nunca te he visto tan afectado. ¿Me equivoco?

—No.

—Entonces estoy en lo cierto: te estás enamorando de ella.

—En eso sí que te equivocas —desvió la mirada de la carretera para clavarla en él.

—¡Ah! Acabo de dar en el clavo. Y te diré otra cosa. Saber que ella te ama te vuelve egoísta. ¿Cómo no me di cuenta antes? —hablaba como si estuviera solo, aunque era muy consciente de que cada una de sus palabras eran absorbidas por su amigo—. Sí, si Karen no te hubiera dicho que te ama no sentirías lo mismo al saber que muy pronto se marchará a su país.

—Eso que dices es una soberana tontería —João había recobrado su aspereza habitual—. Yo no siento nada diferente al pensar que ella se marchará muy pronto.

—Reconócelo. Te gusta tanto sentirte amado que si dejara de hacerlo, la obligarías a quererte; de hecho, has conseguido que permanezca en Madeira una semana más. Pero dime, ¿qué ocurrirá cuando se marche

definitivamente?

—Ni ella, ni Marina se marcharán todavía.

—Ya, por eso estás tan tranquilo. Ahora piensas que ella no encontrará a nadie mejor que tú, pero el otro día me contaron lo que ocurrió en el hall cuando sorprendiste a Frank en actitud amable con ella. De hecho fui testigo de su fulminante despido a la mañana siguiente. Dime João, ¿qué harás cuando algún día sea de otro?

—Si ella fuera de otro, se la robaría —repuso, tajante.

—Nadie tiene que robar lo que es suyo, a menos que lo pierda.

Él se limitó a conducir en silencio y Ramalho se fijó en el edificio del hospital que se vislumbraba a pocos kilómetros. Cuando el coche estacionó frente a la puerta de urgencias, se giró hacia su amigo y le palmeó en el hombro.

—Será mejor que suba a descansar con mi mujer y mi hijo. Y tú deberías ir a casa y tratar de dormir un poco. A primera hora me pondré en contacto contigo y pensaremos qué hacer.

—Estás de vacaciones, Ramalho. ¿Tan difícil es para ti comprenderlo?



Era muy tarde cuando Karen lo escuchó entrar en el dormitorio y caminar despacio hacia la cama. La lámpara que había sido repuesta estaba encendida y a través de sus párpados entornados lo vio cruzar hasta los ventanales. Su semblante serio, con aspecto cansado, y el grueso cabello en desorden, como si hubiera estado durante mucho tiempo en algún lugar ventoso.

Ella se incorporó sobre un brazo y lo vio asomarse por la ventana con las manos en las caderas, después lo observó enderezar los hombros, como si colocara sobre ellos todas las cargas de su vida y Karen salió de la cama y se acercó a él.

—Te he despertado —se giró hacia ella que se había parado a su espalda—, debí quedarme en la terraza o en el comedor.

—Estaba esperándote —se abrazó a él que había dejado caer las manos a lo largo de su cuerpo—, no podía dormir sabiendo que estabas fuera y en peligro.

Él se separó para mirarla y ahuecó su rostro entre sus manos.

—Ramalho no debió contarte nada. Ahora estás asustada.

—Por supuesto que sí —replicó ella—, hay un loco suelto tratando de perjudicarte durante años y tú no le das importancia. Cuando me dijeron que Madeira era una isla tranquila y paradisíaca para convencerme de que viniera, no imaginé que encontraría psicópatas sueltos.

João sonrió por la simplicidad de su comentario y ella lo imitó más tranquila, pero había estado a punto de llamar a la policía para que fuera a buscarlo por la ciudad por si le hubiera ocurrido algo.

—Te aseguro que no hay locos sueltos por Madeira, solo alguien que se aburre. Además, la policía y Ramalho se encargan de eso. Mi jefe de seguridad es un alarmista y con su actitud os ha asustado a Robert y a ti —cerró los ojos como si sintiera dolor y los volvió a abrir para mirarla—. Estamos en uno de los hoteles más seguros del mundo, *Mel*, y te garantizo que nadie corre peligro.

Había algo en sus ojos que Karen no había visto nunca anteriormente. Algo que no alcanzaba a definir pero que estaba más allá de la inquietud.

—Lo sé.

João deslizó las manos por su cuerpo, a lo largo de sus caderas, hasta que le alzó la delicada seda del camisón y las introdujo debajo, aferrando sus nalgas.

—Le has quitado el envoltorio a mi regalo —se inclinó sobre ella mordisqueándole el cuello—. ¿Qué tendré que hacer ahora?

El cambio en su estado de ánimo fue tan brusco que la sorprendió, aunque se alegró de que abandonara aquella actitud extraña que la angustiaba y decidió continuar el juego donde lo dejaron horas antes.

—Solo he aligerado el embalaje, pero te aseguro que te compensaré por la condescendencia que has mostrado ante la osadía de revolucionar a tus empleados y arrasar la sencilla decoración de tu ático. Tal vez yo sí sea generosa contigo, João Bernades. Tanto como una cautiva agradecida.

—¿Te sientes prisionera a mi lado? —sus ojos grises buscaron la respuesta en los suyos risueños—. ¿Todavía me temes?

—Sabes que no. ¿Por qué iba a tener miedo de ti?

—Porque nuestra relación no comenzó de la mejor manera.

Ella sintió que su corazón se paraba de emoción.

—¿Tenemos una relación?

—No te hagas ilusiones, yo solo quiero. Me estoy aprovechando de ti.

Ella rió sin pensar y después negó con la cabeza; le rodeó el cuello con las manos y se abrazó a él.

—Pero tu subconsciente te ha delatado, João, te preocupa la forma en la que mejorar nuestra relación —él la besó en los labios y gruñó arrogante al sentirla estremecerse contra él—. El amor entre un hombre y una mujer es algo muy difícil, ¿no crees? —añadió después de tomar aliento.

—Prácticamente imposible —aseveró él, indulgente—. Así que mi cautiva, ¿eh? Serás algo así como mi esclava.

Ella ronroneó arqueándose en sus brazos y se apresuró a aclararle:

—Sí, ya fui tu amante y ahora tal vez tenga que llamarte «mi amo».

Sorprendido, enarcó una ceja y analizó su rostro como si no reconociera a la mujer que le hablaba.

—Me estás tomando el pelo, inglesa —hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajado y su mal humor se había evaporado por completo.

—Jamás he hablado tan en serio en mi vida. Y reconozco que llevas razón cuando dices que esto de enamorarse es una putada.

Él soltó una carcajada y ella lo adoró con los ojos.

—Sí, sobre todo es muy poco práctico.

La condujo hacia la cama y, sin abandonar sus labios, la tumbó sobre las sábanas, colocándose acto seguido encima de ella.

—Eres rara, inglesa —terminó de desnudarla lentamente.

—Lo siento.

—No lo hagas —deslizó las manos por su cuerpo desnudo—, es un cumplido.

Karen estudió su atractivo rostro bronceado, su barbilla cuadrada y el brillo de humor que descubrió en sus ojos. Le gustaba el joven irreverente que a veces se asomaba tras la frialdad de sus modales y rezó para que permaneciera a su lado un poco más cada día, hasta poder convencerle de que era a él a quien amaba.

João le musitó dulces palabras en portugués y los dos se sumieron con rapidez en el olvido de sus bromas y de todas las incógnitas que los rodeaban. Solo ellos dos, y sin saber siquiera lo que le estaba susurrando porque jamás había dicho aquellas palabras a ninguna mujer. João recorrió su rostro con los labios y regresó a su boca hambrienta y ardiente. Rodeó con las manos sus caderas y entró en ella con delicadeza. Y allí estaba otra vez, aquella sensación vertiginosa que estallaba cuando la hacía suya. Ardiente como lava líquida, dulce miel caliente, apasionada. Demasiado real para poder

soportarlo. Demasiado explosiva para poder resistirse.



En los siguientes días, nadie habló más del incendio y todo transcurrió como en una nube. Ni Marina ni Robert abandonaron Madeira, al menos no del todo, y João se encargó de mantenerlos tan ocupados y entretenidos que apenas fueron conscientes de que todo se trataba de una estrategia de despiste. Cuando se levantaron a la mañana siguiente, ambos tenían dispuesto un particular crucero a las islas Azores en un yate llamado Bella del mar. Karen quiso pensar que todo era una casualidad pero al ver la expresión burlona en sus ojos grises al despedirlos en el puerto, ella supo que no. João W. Bernades se salió con la suya. Se aseguró de que ningún extraño se acercara a la pareja sin ser descubierto por la advertida tripulación y, al mismo tiempo, evitó un precipitado regreso a Londres como le aconsejaban Ramalho y las autoridades.

Tres días después, Karen se despertó temprano, como cada mañana, y se desperezó en la cama. El susto del incendio había quedado relegado al pasado y a media mañana regresaban los chicos de su viaje. Por primera vez en su vida podía decir que era la mujer más feliz del mundo y, recordando que el único culpable de que se sintiera así era João, se levantó con rapidez al escuchar su voz en el comedor. Lo vio hablando por teléfono y se dirigió al cuarto de baño. A pesar de que él era un amante considerado y dulce, todavía le dolían algunos músculos del cuerpo que ni siquiera sabía que existieran y al meterse en el agua jabonosa, reclinó la cabeza en la bañera y suspiró.

Permanecer día a día a su lado, y observar los cambios que se estaban produciendo en él, era algo muy importante. El hombre que dormía a su lado cada noche la sorprendía constantemente. Lo había acusado de desagradable y despiadado, pero a pesar de las muchas oportunidades que había tenido de perjudicarla, a ella o a Robert, siempre la había tratado con respeto y consideración. A pesar de que seguía siendo arrogante y posesivo, también se había mostrado generoso y apasionado. Los demás podían pensar que era un hombre frío y distante, y lo era, pero ella le había provocado reacciones vehementes y sabía que sus sentimientos podían resultar tan complejos como profundos.

—¿Todavía estás así? —la sorprendió la voz de João en la puerta del cuarto de baño—. Ya deberíamos haber salido.

—¿Dónde vamos? —le preguntó dejando que él la envolviera en una enorme toalla.

—Ya te comenté que suelo viajar varios días al mes —sacó una maleta del armario, la colocó al lado de otra cerrada y lista, y comenzó a rebuscar entre sus vestidos—. El avión estará listo en unas horas. Iremos a París, allí estaremos dos días, y después volaremos hasta Berlín.

Ella le sujetó las manos para que dejara de sacar su ropa de los cajones y guardara silencio.

—Hoy regresan los chicos de su crucero y Robert debe estar en Londres mañana a primera hora para hacer un examen.

Él la miró intranquilo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no iré a París contigo. Quiero ver a los chicos y despedir a mi hermano antes de que se vaya.

—Lo sé, y por eso he dispuesto que hagamos escala en Londres para dejarlo instalado; después, Marina, tú y yo, seguiremos el viaje y te prometo que la noche de fin de año estaremos todos en vuestro país.

—Lo tienes todo calculado —susurró, decepcionada. Fin de año concluía el plazo que ambos habían pactado para separarse.

—No, todo no —pareció contrariado, miró la maleta abierta y después a ella.

—No iré a París contigo —repitió—, prefiero esperarte aquí.

—¿No te marcharás a Londres con Robert? —fue más una amenaza que una pregunta.

—No lo haré. Te prometí que me quedaría en Funchal una semana más y es lo que haré, pero tampoco iré de un sitio a otro como si fuera una de tus maletas. Además, sabes que me aterran las alturas y no podría soportar tantas horas de vuelo.

João negó inseguro, era la primera vez que Karen observaba duda en su magnífico semblante.

—Será mejor que vengas con Marina y conmigo —decidió al fin con una expresión sombría—. Si deseas pasar Nochevieja en Funchal, te prometo que ese día estaremos aquí.

—No lo entiendes —ella le rodeó el cuello con los brazos para besarlo y demostrarle que no mentía—. Marina y yo no hacemos nada en uno de tus

viajes de negocios y podemos esperarte aquí.

—¿Marina y tú?

—Sí, te aseguro que no te sorprenderemos con más fiestas en el ático ni nada por estilo. Además, a ella le apetecerá que pasemos unos días de chicas en Funchal mucho más que andar de vuelo en vuelo, y de reunión en reunión, esperándote.

—No solo pasaremos el tiempo volando ni yo estaré todos los días encerrado en despachos.

Sus manos se adentraron bajo la toalla y ella se estremeció entre sus brazos con un gemido. Lentamente, introdujo un muslo entre sus piernas para sentirla más cerca y le acarició la espalda con las yemas de los dedos. Ella ahogó una risita contra su pecho.

—No me vas a impresionar —le advirtió Karen apoyándose en sus hombros.

—Podría convencerte para vengas conmigo—le advirtió empujándola sobre la cama con una sonrisa diabólica.

—No lo harás —rió ella escapando de sus manos y huyendo por un lateral de la cama.

—¿No? Yo que tú no hablaría demasiado alto.

—No, João —procuró que sus palabras no demostraran la inseguridad que realmente sentía, porque si volvía a tocarla no podría decirle de nuevo que no.

Y él lo sabía.

Levantó las manos a modo de tregua y ella comenzó a vestirse.

—¿Días de chicas? —la extrañeza que mostró provocó que Karen riera divertida.

—Sí, a Marina y a mí nos encanta salir de compras. Deberías ver la cara de pánico de Robert cuando le decimos que tenemos uno de esos días. —João pareció pensar en sus palabras y ella añadió cepillándose los cabellos ante el espejo y sin dejar de mirar su reacción—. A partir de ahora, creo que tú también disfrutarás de esos días de Marina más de una vez.

—¿Tú crees? —apartó sus ojos de los suyos que se reflejaban en el espejo y comenzó a recoger algunos documentos del escritorio.

—Sí, siempre que tú no vuelvas a alejarla de tu lado.

—¿Qué sabes tú de eso? —replicó, molesto.

—En realidad no sé nada, pero todos nos hemos dado cuenta de que aceptando su relación con Robert, y dejando de tratarla como si fuera un

bebé, ella se siente más cerca de ti.

—Yo siempre he estado cerca de ella. Jamás he dejado de cuidarla y de pensar en ella. Todo cuanto he hecho ha sido por ella.

—Lo sé. Y ella también.



Ya era media tarde cuando despidió a Robert en la escalinata del Gran Hotel. Marina decidió acompañarlos hasta el aeropuerto y cuando ambos se montaron el coche, llegó el turno de decirle adiós a João que esperaba pacientemente junto a la barrera del aparcamiento.

Él parecía divertirse, no porque estuviera riendo, sino porque se le arrugaron ligeramente las comisuras de los ojos. Estaba tan impresionante así, con la guardia baja y sin su típica expresión burlona, que Karen sonrió con timidez.

—Llegó la hora de despedirnos —estiró las manos hacia él que las atrapó entre las suyas y la atrajo hacia su cuerpo.

—Porque tú quieres.

—Porque es lo mejor.

—Esa farsa del día de las compras no es uno de tus mejores argumentos, inglesa. ¿Qué tramas? —posó la mirada en su boca y le ardieron los ojos.

—¿Por qué eres tan desconfiado?

—Buena pregunta.

—Mentiras, desconfianza, frases ambiguas. Esto cada vez parece un matrimonio de verdad.

Sus ojos acerados se entornaron y ella se mordió los labios.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

—Bueno, tengo mis momentos.

—¿Esa es la visión romántica que tienes de un matrimonio?

—No, João, esa es la tuya.

—¿Y tú piensas hacerme cambiar de opinión?

Ella daría lo que fuera si existiera la probabilidad, pero no era tan ilusa. Aún así se sintió tentada y su respuesta fue otra más enigmática.

—Las causas perdidas son las únicas por las que merece la pena luchar.

Él miró sus manos entrelazadas y en un impulso las llevó a sus labios.

—También hay fantasías a las que cuesta renunciar.

Karen extendió una mano y le tocó la cara, sus dedos se deslizaron con dulzura por la dura línea de su mandíbula y él frunció el ceño como si su caricia le confesara más de lo que ella se atreviera.

—Soñaré contigo, João, todas las noches —le prometió en un susurro.

Antes de que él dijera algo más y ella le suplicara que no la dejara allí, se dio la vuelta y se alejó del aparcamiento. No tenía ni idea de lo que haría cuando llegara la hora de despedirse de verdad para siempre. No podía culpar a nadie de estar viviendo un sueño delicioso que algún día terminaría. Seguramente sería cuando él se cansara de ella, como mucho podría durar, cuatro días más, recordó con desazón.

Solo ella se había metido de lleno en aquella fantasía, porque así era como João definía lo que había entre los dos. Trató de buscar algo que le indicara que él podía sentir algo más que no fuera deseo, porque su necesidad por ella en ese sentido era realmente evidente; nadie ignoraba en el Gran Hotel que eran amantes, pero no encontró ninguna evidencia. No la amaba. Su necesidad estaba allí, en sus escasas sonrisas que reservaba solo para ella, en la forma de cuidarla y preocuparse hasta la exageración, pero nada más.

Sin darse cuenta se encontró al final de la avenida, con la cara llena de lágrimas y sin saber qué hacer ni dónde ir. En un país extraño, sola y desesperando por un hombre que muy pronto la echaría de su lado.

Un muchacho le ofreció una invitación para un museo que había al otro lado de la calle y decidió entrar. Al menos así, no contaría los minutos que llevaba separada de João, y es que con la certeza de saber que su relación era tan efímera, cualquier segundo perdido era un tesoro que dejaba escapar.

Sí, podía telefonarle y pedirle que la llevara con él. Estaba segura de que ordenaría dar media vuelta al avión y que regresaría a por ella, pero eso no era lo que deseaba. Ella anhelaba mucho más.

Se sumó a un grupo de turistas que investigaban por el interior y trató de escuchar al guía que les hablaba de colecciones de libros antiguos, de monedas y de mapas de navegación de Cristóbal Colón; pero fue en vano porque su mente volaba junto a João y no se alejaba de él.

Después de la excursión y de empaparse de la historia de Madeira, decidió que sería buena idea visitar a sus amigos. Cuando llegó, despidió el taxi y encontró a Candela en el porche, dando el pecho a su bebé. Si a Ramalho o a ella les sorprendió su cambio de planes, al no marcharse con Robert a Londres, y mucho más al no acompañar a João en su viaje, no

dijeron nada.

En pocos minutos, su tristeza dio paso a una renovada alegría y puso a la joven madre al corriente de cómo le iban las cosas con el isleño. Solo cuando llegó a la parte en la que le preguntó a João por Catalina, Candela frunció los labios.

—Te dije que no hicieras preguntas —movi6 la cabeza con censura—, Catalina muri6.

—Dame t6 las respuestas, Candela. Si no lo haces por m6, hazlo por 6l. Necesito saber qu6 le hizo Catalina y por qu6 Jo6o no cree en el amor para poder ayudarle.

La joven dud6, medit6 su respuesta y accedi6 con cautela. Sab6a que estaba traicionando la confianza de su amigo y algo mucho m6s importante: rompiendo su palabra.

—El nombre de Catalina est6 prohibido desde hace muchos a6os. Jo6o nunca habla de su madre.

—¿Su madre? Pens6 que, que ser6a una antigua novia o una esposa.

—¿Jo6o casado? —sonri6, pero la expresi6n de su cara resultaba desoladora—. Paolo Bernades y Catalina fueron un matrimonio at6pico. 6l era un pobre isle6o, excesivamente celoso de su familia, que de la nada construy6 un peque6o hotelito en la costa. Sin embargo, ella era de Brasil, descend6a de una acomodada familia brit6nica y estaba acostumbrada al lujo. Ramalho y yo 6ramos unos ni6os cuando los Bernades se instalaron en nuestro barrio. 6l era algo mayor que nosotros y pronto despunt6 como el l6der de la pandilla. Jo6o siempre ha sido el l6der. Sus padres discut6an continuamente, Catalina desaparec6a durante d6as y, en fin, no me alargaré. Cuando parec6a que todo apuntaba a una separaci6n, Jo6o nos dio la noticia de que su madre esperaba otro hijo. Estaba muy ilusionado porque para 6l era muy importante que no se deshiciera su familia; pero, un buen d6a ella se march6 y Jo6o estuvo como loco busc6ndola. ¿Puedes imaginar a un ni6o de quince a6os tratando de encontrar desesperadamente a su madre? —Candela mir6 a su hijo y suspir6.

—¿Y entonces? ¿Qu6 ocurri6?

—Meses despu6s, alguien vino y le dijo a Paolo, que su esposa y su bebe estaban en un peque6o pueblo de la costa, en C6mara de Lobos, en la parte m6s abrupta de la isla. Paolo fue a buscarla pero iba tan deprisa que se precipit6 con su autom6vil por los acantilados y muri6.

—Pobre Jo6o —Karen se cubri6 la cara con las manos y record6 la

forma imprudente en la que él conducía.

—Sí, pobre João. Hubo un tiempo en el que regresaba una y otra vez a aquella curva como si deseara que algún día fallaran sus reflejos y el coche se precipitara acantilado abajo.

—Es horrible —susurró, afectada.

—Eso no es lo horrible, lo peor fue cuando João tuvo que sobrevivir él solo, trabajar como un hombrecito con quince años y luchar por algo en lo que ya no creía: la familia que no tenía. Por entonces, los padres de Ramalho le apoyaron bastante y pasó largas temporadas con ellos. Tres años después, cuando sus heridas estaban cicatrizando, regresó Catalina. Estaba muy enferma, dejó a Marina con él y volvió a marcharse. ¿Puedes creerlo? Un muchacho de apenas diecinueve años con una niña de cuatro a su cargo. ¡Pues lo logró! Salió a delante, luchó por ella, le dio todo lo que imaginaba que su padre le hubiera dado. Poco después supimos que su madre había muerto y él respiró aliviado. Ni siquiera quiso ir a verla. Catalina desapareció de nuestras mentes y de su vida.

—Comprendo lo duro que debió ser, tener una madre así.

—Y también advertirás por qué es imposible que João confíe en alguien que hable de compromiso o de fidelidad. Él es implacable con los sentimientos, los tiene pero no esperes que los manifieste porque no desea volver a ser herido.

En ese momento, llegaron Ramalho y Marina y si se sorprendieron al encontrarlas tan calladas, no dijeron nada. Pasaron la tarde con la familia Ortigao y poco después se marcharon al ático.

Por el camino, Karen le pidió a Marina que pasaran por un supermercado.

—Me apetece que cenemos en casa. Necesito revivir una de nuestras comidas caseras acompañada de una interesante tertulia en la cocina —le dijo bajando del coche de Marina—. No estoy acostumbrada al ritmo frenético de vida de João y ya he pillado unos cuantos kilos de más. Pronto me pareceré a la señorita Kidman —infló de aire los mofletes para imitar a la propietaria de la residencia de señoritas.

Marina rompió a reír mientras pasaban a la tienda.

—Y yo te agradezco que te hayas quedado en Funchal unos días más. No me apetecía mucho ese viaje a París con mi hermano, no te puedes imaginar lo tediosas que llegan a resultar sus reuniones de trabajo. Además, así no echaré de menos a Robert.

—Le añoras mucho, ¿verdad?

—Muchísimo. Y eso que solo hace unas horas que se ha marchado.

Karen se colgó de su brazo y giraron en un pasillo repleto de conservas.

—Es precioso veros tan enamorados, parecéis dos siameses.

—¿Y tú, Karen? ¿Echas de menos a mi hermano?

Ella apretó los labios ante la pregunta y suspiró.

—Te mentiría si te dijera que no. En realidad, esta necesidad por él es dolorosa.

—Resulta tan embarazoso para mí —no pudo esconder su turbación—. En estos días he visto a João diferente, se parece al muchacho del que he escuchado hablar a Candela y Ramalho, pero no quiero hacerme ilusiones, Karen. Y no me gustaría que tú te las hicieras.

—Las cosas están bien así. Lo amo con mayúsculas, pero no pido más de lo que él puede ofrecerme. Robert y tú no tenéis por qué preocuparos.

Marina se abrazó a ella y le frotó el brazo con cariño.

—Siempre dije que tú puedes hacer milagros, Karen.

—Este sería uno gordísimo —bromeó con un nudo en la garganta.

—No hay nada que me hiciera más feliz que verte convertida en mi hermana de verdad. Sé que siempre logras lo imposible, pero llevas razón, el milagro del que hablamos es totalmente improbable.

—Bueno —rió Karen —, seremos cuñadas de todas formas.

—No solo me alegraría por mí, sino por él, por mi hermano. Solo tú podrías conseguir que su corazón se ablandara.

—Me harás llorar si sigues diciendo esas cosas —le regañó dándole un empujoncito.

—Está bien, volvamos al tema inicial: tendremos que comprar de todo, creo que nunca hemos cocinado en el ático —Marina rió, divertida.

—Es una lástima. Una cocina tan grande y desaprovechada.

—No solo es grande la cocina, el ático también es inmenso para un hombre tan solo y, sin embargo, tampoco hay remedio para eso.

—Bueno, solucionaremos lo de la cocina.

Al llegar al hotel, Silvio las ayudó a subir todas las bolsas al apartamento y se permitió unos minutos de agradable charla con ellas mientras colocaban las cosas en los armarios y en la nevera. Marina y Karen estudiaron durante unos instantes el extraño mecanismo de encendido que tenía el enorme horno que todavía llevaba los precintos interiores. Él les explicó que su abuela cocinaba en uno igual de antiguo y les enseñó a

ponerlo en marcha.

—Solo hay que abrir la espita —giró la válvula— y después de unos segundos presionar el interruptor. Mi madre dice que estos hornos son los mejores.

La chispa eléctrica provocó una llama y el horno se encendió como si se tratara de una hermosa lumbre en un hogar.

—Gracias, Silvio, un día de estos cocinaré un Yorkshire pudding a base de jugos de carne para que lo disfrutes con tu madre.

Silvio se marchó ruborizado y debió comentarle algo al director del hotel, porque poco después apareció un camarero con una cesta repleta de frutas exóticas y un precioso ramo de orquídeas azules para decorar la mesa del comedor.

Marina bromeó con Karen, diciéndole que cuando regresara a Londres todos los trabajadores echarían de menos a la *senhora*, como la llamaban desde hacía unos días, y ella trató de quitarle importancia, cambiando de conversación. Se enfrascó en una de sus complicadas recetas y, más tarde, dormitaba frente al televisor mientras ordenaba sus pensamientos. Conocer la historia de João no le había supuesto ninguna satisfacción, al contrario, le ayudaba a comprender su aversión por los sentimientos y confirmaba lo que todos se empeñaban en repetirle: él nunca la amaría.

Hubo un momento en el que se quedó totalmente dormida y el timbre del teléfono la despertó, sobresaltándola. Buscó a Marina por el comedor y, al no encontrarla, descolgó dejándose caer de nuevo en el sofá.

—¿Estabas dormida, *Mel*?— escuchó su voz grave al otro lado.

—Uhm, casi dormida —se despezó con un gemido.

Le habló de su excursión por el museo de historia y le contó que Marina y ella habían cocinado, charlado y reído como en los viejos tiempos.

—Has inaugurado la cocina —rió él, provocando en ella esa sensación tan placentera al escuchar su risa cálida.

—Eso mismo dijo Marina. Es una pena desperdiciar un horno tan exclusivo.

—No te iba a llamar porque se hizo muy tarde pero, no sé por qué, imaginé que estarías esperando. La verdad es que no tengo costumbre de telefonar a nadie cuando me marcho de viaje.

Karen comprendió lo que él quería decir y tuvo necesidad de abrazarlo, de decirle que ella sí estaba allí para él. Tantas cosas.

—Y será mejor que te acuestes, *Ninha do Mel* —continuó él—, creo

que podré acelerar las reuniones y reunirme contigo en tres días porque necesito tocarte.

—Pero si solo hace unas horas que te has marchado —soltó una cantarina carcajada y su corazón dio un vuelco de alegría.

Algo era algo y le encantaba ser su niña de miel.

—¿Solo unas horas? Buf, creía que habían sido semanas —exageró con vehemencia.

—Me encanta cuando te pones serio —bromeó, contenta.

—No aproveches la distancia para burlarte de mí.

—Diablos, ¡no! —lo imitó ella poniendo voz grave—. Serías capaz de sacar la mano por el auricular y tirar de mí hasta llevarme a París.

—¡Vaya! Es toda una idea, inglesa.

—Ya te dije que tengo mis momentos.

—Sí, lo sé. ¿Qué harás mañana?

—A ver, déjame pensar —él la imaginó frunciendo los labios, y entornando los ojos, y sintió un escalofrío—. Pues mañana me levantaré temprano y al ver que no estás a mi lado, recordaré que tengo que respirar para no ahogarme. Después, pensaré en ti, siempre que no esté recordando que tengo que respirar, y según transcurra el día tomaré bocanadas de aire mientras cuento los minutos que faltan para que vuelva a escuchar tu voz —él soltó una carcajada y ella susurró—, o tu magnífica risa.

—Estás loca, ¿lo sabes?

—Sí, llevo así un tiempo, pero seguro que es el clima de Madeira.

No había nada mejor para consolarse que mofarse de sus propios sentimientos.

—Sueña conmigo, Karen —le rogó con voz ronca.

—Dalo por hecho.

—Bien, Hasta mañana.

—João, espera, no cuelgues —se apresuró a decir—. ¿Estás ahí?

—Sí —se hizo un silencio largo y pesado y la respiración de él se aceleró—. ¿Karen?

—Te quiero.

—Uhm, sí, estás loca. Hasta mañana, *Mel* —apenas fue audible.

Y colgó.

Capítulo 12

Dos días después, Karen salió a dar un paseo por los alrededores del Gran Hotel Wellington. Hacía fresco y lloviznaba ligeramente, cosa habitual en aquella época del año. Un agradable aroma a anís inundaba la ciudad y se entretuvo charlando con los trabajadores del hotel que, como Marina le dijo, ahora la llamaban *senhora*. João la telefoneó las dos noches que habían transcurrido y ella trataba de llenar las largas horas de los días, esperando que llegara aquel momento en el que escuchaba su voz diciéndole que la echaba de menos. Más o menos, lo que le contó como broma la primera vez que hablaron era cierto y ella sentía que no podría respirar cuando llegara el momento de la despedida final.

Aquel día, Marina la llamó al móvil para decirle que llegaría tarde, que no la esperara a comer, y después de hablar un rato con Candela, se aventuró a salir a dar una vuelta por la ciudad. Decidió que comería en una terraza si cesaba de llover y disfrutaría de su soledad, cosa que echaba de menos desde que llegó a Funchal. No llevaba ni media hora sentada en una hermosa plaza, bajo unos inmensos toldos de color amarillo, cuando una voz conocida la sorprendió por detrás.

—Supuse que ya estarías en Londres —se sentó junto a ella sin pedir permiso.

—Cambié de planes —dijo sin entusiasmo y apartando el libro que estaba leyendo.

—Sí, ahora eres la *senhora* —Frank se arrellanó en el asiento e hizo un gesto al camarero para que se acercara.

—Tú sabes muchas cosas de todo el mundo, ¿verdad? ¿Te dedicas a espiar a la gente?

Frank sonrió sin ganas y pidió al camarero lo mismo que estaba ella comiendo.

—Has caído en la trampa, *senhora*. Esa es su trampa.

—No tengo que soportar tus insultos —hizo ademán de levantarse y él la retuvo.

—Te pido disculpas —pareció sincero.

Ella lo miró y volvió a sentarse.

—Sé que tu despido fue injustificado y hablaré con João. Trataré de convencerle para que te readmita en tu puesto.

Frank sonrió divertido y se pasó una mano por la cabeza rapada.

—¿Piensas que esto es por el despido? —chasqueó la lengua—. Estás equivocada.

—Entonces, ¿por qué te interesa si me quedo o me voy? ¿Qué tienes contra João? Hasta hace unos días él era tu jefe y vuestra relación era buena.

—Deberías saber más cosas del hombre que duerme contigo, Karen. ¿Te ha contado lo que le ocurrió a Catalina?

—Sí, sé lo que ocurrió con su madre —procuró que no notara su nerviosismo.

Frank enarcó una ceja, sorprendido, y trató de sonreír sin éxito.

—Entonces, lo vuestro va en serio —habló para él mismo—. ¿Y qué harás al respecto?

—Pues, nada. João fue una víctima y, eso es algo que no te incumbe.

—Ya veo —guardó silencio.

—No me interesa tu opinión, Frank, aléjate de mí con tus inconfesables secretos.

Él se levantó, dejó unos billetes sobre la mesa y le tendió una mano. Ella la ignoró y miró hacia otro lado.

—Solo espero que algún día sepas a quién defiendes. Catalina todavía lamenta el día que regresó a Funchal —y sin añadir nada más, se alejó plaza abajo.

Karen tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Qué quieres decir? —le gritó levantándose—. Frank, ¿qué significa eso?

Pero él ya no estaba.

Volvió a sentarse, pero se sintió incapaz de terminar su comida mientras las palabras de su compatriota seguían martilleando en su cabeza. Si Catalina todavía lamentaba su regreso a Funchal, solo podía significar una cosa, porque estaba segura de que eso era lo que había escuchado. Fran lo había dicho con la intención de que le quedara muy claro.

Sin poder soportar más la incertidumbre, llamó un taxi y con un pésimo humor regresó al hotel. Cuando subió al ático, se dio cuenta de que no llevaba la llave electrónica y nadie le había dicho la contraseña, pero afortunadamente Marina estaba en casa y le abrió la puerta. Al parecer estaba charlando por teléfono con Robert y decidió entrar directamente en el

dormitorio para dejarles hablar tranquilos. Aún así, se fijó en su semblante serio, parecía haber llorado y hablaba con palabras entrecortadas. Procuró no darle importancia y se dijo que aquellas lágrimas serían de añoranza y felicidad, no de impotencia como las suyas.

Más tarde, ambas se contaron lo que habían hecho durante el día, aunque ella omitió el encuentro con Frank, y cenaron en la cocina como era su costumbre en Londres, pero Marina siguió demasiado triste y Karen decidió indagar.

—Y si te has divertido tanto con tus amigos del colegio, ¿por qué tengo la sensación de que has estado llorando?

La joven ocultó la mirada y su respuesta fue demasiado evasiva.

—Lo he pasado muy bien con mis amigos, hacía mucho tiempo que no les veía.

—Los amigos de la infancia son los que más perduran.

—Sí, aunque yo me marché de Funchal a los doce años, comencé a ir de colegio en colegio entre Londres y París, y ya no pude mantener largas amistades como las que hice aquí durante los años que viví con João — terminó con voz ahogada.

—Casi nunca me has hablado de esa época. Supongo que fue difícil para vosotros criaros sin vuestros padres —no lo pretendía, pero la conversación fluía peligrosamente sola.

Marina afirmó en silencio y se recostó apoyando la cabeza en las piernas de su amiga, como solían hacer cuando contaban confidencias en el pequeño apartamento.

—Fue más difícil para João que para mí. Él tuvo que ser mi padre y mi madre con diecinueve años ¡Imagínate! Seguramente es así por eso, ya sabes, todas esas cosas divertidas que te contaba de él. Pero entonces no eran divertidas; si llegaba un poco tarde a casa, o si salía con los compañeros después de clase, João se comportaba como un padre posesivo y celoso. Hasta que un buen día decidió enviarme a Londres para poder controlarme mejor y dedicarse a sus asuntos. A mi padre no lo conocí, murió en un accidente cuando mi madre estaba embarazada. Y a ella..., ni siquiera la recuerdo.

—Es lógico, eras muy pequeña cuando ella falleció.

—Sí, seguramente es por eso —se frotó la cara con las manos y Karen no supo qué pensar.

—¿Tienes fotografías de ella?

Marina la miró sin comprender.

—¿De mi madre? —pareció desorientada, pero afirmó con la cabeza—. Sí, tengo alguna guardada. ¿Por qué te interesas por ella?

—Por nada —Karen se sintió una mala persona—, me preguntaba si te parecerías a ella.

—Sí, eso dice Candela, pero te las mostraré y podrás juzgar por ti misma —se incorporó del sofá y se dirigió hacia su dormitorio.

El timbre del teléfono la sorprendió y Karen dio un brinco asustada. Fue como si él hubiera presentido que lo estaba traicionando, que estaba incumpliendo su promesa.

—¿Cómo te ha ido el día, *Mel*? —le preguntó João con su acento cálido.

—Ha sido un día diferente —le contó su salida por Funchal, el paseo por la plaza ajardinada, su cena tranquila en la cocina del ático. Pero evitó decirle que se había encontrado con Frank. Imaginó que no le gustaría.

Él le comentó las aburridas reuniones a las que había asistido. Las conversaciones obligadas y las interminables comidas de negocios. Parecía cansado por el tono de su voz y ella sintió la necesidad de abrazarlo, de pedirle que descansara a su lado.

—Mañana termina mi estancia en París —hizo una pausa que ella adivinó reflexiva, como si buscara las palabras—. Lo que ocurre es que, —hizo otra pausa más larga—. ¡*Meus Deu!* Nunca he hecho esto.

—¿El qué? ¿Qué pasa? —se preocupó ella.

—Este viaje se ha alargado más de lo previsto y todavía tengo que ir a Berlín pero necesito verte. Volaré por la noche a Madeira y al día siguiente podré salir para Alemania.

—Eso es una tontería —le regañó como si fuera un niño y se sintió tentada de pedirle que sí, que fuera a por ella y no se separara jamás—. ¿No es más lógico viajar desde París hasta Berlín?

—Entonces no creo probable que podamos vernos la noche de fin de año —sonó disgustado de verdad—. A menos que consideres tu postura y vengas conmigo.

Lo imaginó con el ceño fruncido, haciendo un esfuerzo para no meter la mano por el auricular y tratar de sacarla por allí y sonrió.

—Tenemos más días —casi dijo: toda una vida—. Te esperaré hasta que vengas.

—¿Estás segura?

—Pues claro, sabes que lo haré porque te quiero.

—No digas eso.

—Vale, no lo diré, pero siempre lo pensaré.

—Terminaré por acostumbrarme y entonces...

—¿Entonces, qué?

—Estaba recordando una conversación que mantuvimos hace unos días, sobre quién ganaba o perdía con esta cosa especial que hay entre nosotros. ¿Sabes? Cuando miro mi vida no puedo evitar pensar en todas las cosas a las que he renunciado y he dejado atrás, pero ahora estás tú y yo creía que salías ganando. Ahora sé que no.

—¿Te refieres a los sentimientos?

—Algo así.

—João, si te pasas la vida recordando el pasado, no te queda tiempo para vivir. Puede que con esta cosa, como tú dices, ganemos los dos. No tiene por qué salir mal, siempre.

—Desde que te conozco vivo en una confusión y no me gusta sentirme así —protestó, molesto.

—Te sientes desconcertado porque estás descubriendo que no eres tan pendenciero como quieres hacer creer a la gente, pero si te sirve de consuelo yo también tengo miedo.

—¿De quién tienes miedo? —su voz se endureció.

Ella sonrió y lo tranquilizó con sus palabras. O no.

—Tengo miedo de muchas cosas, sobre todo de marcharme de esta isla y no volver a sentir en toda mi vida lo que siento estando contigo.

—¿Y si mando el avión a por ti? En unas horas estarías aquí, en mi cama.

¡Dios!, sí, sí, sí.

—En tu cama —repitió ella, burlona—. ¡Buen intento! —rió de aquella manera que lo volvía loco y procuró que la sensatez imperara en alguno de los dos—. Sabes que no soporto las alturas. Llegaría tan histérica que no me tolerarías.

—Te ayudaría a relajarte, te lo prometo.

—Estoy segura.

Él guardó silencio durante un instante, se despidió con un simple hasta mañana y Karen escuchó el click que indicaba que ya había colgado.

Todavía permanecía con el teléfono en la mano cuando Marina llegó con un puñado de fotografías, se sentó a su lado y comenzó a esparcirlas por la mesa. Su nariz estaba roja, se fijó en las pestañas húmedas por las lágrimas, y

se dijo que era malvada por obligarla a recordar a su madre después de tanto tiempo y estando tan sensible por la ausencia de Robert.

—Si no te apetece, podemos dejarlo para otro día.

—Este es un momento como cualquier otro —le entregó una de las fotografías.

Karen pudo conocer a un João niño, moreno, guapo y feliz. Otro João con unos años más y cabello cano que Marina le señaló como su padre y después extrajo otra fotografía muy gastada de una mujer de cabellos oscuros y ojos rasgados. Karen supo que era Catalina y aunque se parecía mucho a Marina, estaba segura de que había visto aquel rostro antes. No sabía dónde, pero no era la primera vez que la veía y las palabras de Frank regresaron a ella.



Aquella noche, Karen no durmió bien. La imagen de Catalina se había quedado fijada en sus ojos y nada más levantarse, se vistió con ropas cómodas y se dirigió hacia el ascensor. Necesitaba aclarar la mente y sobre todo quitarse de encima las macabras invenciones de Frank.

—Karen, ¿qué haces levantada tan temprano? —la saludó Ramalho.

—¿Ya vienes a trabajar? —sonrió ella dándole un abrazo—. ¿Qué hay de esos días libres que te ibas a tomar para pasarlos con tu familia?

—Mi jefe es un negrero —bromeó él—. Si me acompañas, recogeré unos documentos y podemos desayunar juntos. ¿Qué te parece?

Entraron en el despacho de João y ella se sentó en el borde de la mesa. Estaba repleta de papeles y entonces recordó un día que también estuvo allí, esperando a que João hablara por teléfono, cuando vio unas fotografías que llamaron su atención. Rebuscó entre los papeles, abrió un cajón y lo cerró; después otro y entonces... las encontró. Las ordenó con manos temblorosas y las pasó una a una.

Eran de una mujer que corría bajo la lluvia, otras en las que paseaba o esperaba el autobús. Era un característico autobús rojo, de Londres, inconfundible. En otras estaba sentada en una terraza, junto al mar. En un puerto donde se divisaban casitas blancas a lo lejos y ella lo reconoció como un paisaje típico de Madeira. Los años se notaban en su rostro moreno, pero

no le quedó ninguna duda: era Catalina.

—Ya podemos irnos —Ramalho llegó a su lado—. ¿Te ocurre algo? Estás pálida.

Karen le mostró las fotografías y sus ojos dorados exigieron una explicación.

—Catalina está viva. Todo es una cruel mentira.

Él la miró boquiabierto, sin saber qué decir, mientras ella fue dejando caer una a una las fotografías sobre la mesa.

—Será mejor que nos marchemos —reaccionó por fin, la tomó por un brazo y la sacó del despacho—. Olvida esas fotografías, no sé quién ha podido decirte,

—Frank me habló de ella —se zafó de su mano ante la atónita mirada del ascensorista.

—¿Qué tienes tú que ver con Frank? —Ramalho sonó entre nervioso y enojado.

—¿Y Catalina? ¿Qué tiene que ver ella con Frank? —Karen alzó la voz.

Algunos de los trabajadores del hotel los miraron extrañados al cruzar el hall. Ramalho la sacó de allí en un segundo, la llevó a la escalinata y procuró tranquilizarse.

—No sé qué te ha contado Frank, pero lo que menos entiendo es esa repentina curiosidad por alguien que murió hace muchos años.

—¿Quién es Frank realmente? ¿Y por qué sabe tanto de la vida de João?

—Frank lleva, Bueno, llevaba muchos años trabajando en Wellington Corporation, supongo que sabe bastantes cosas sobre João, sobre todos nosotros, como todo el mundo —la condujo hacia el parking—. Al fin y al cabo en cualquier empresa donde trabajan muchas personas, todos saben algo de todos.

—Sí, pero él trabajaba en Londres; además, no creo que todo el odio que siente por João, sea porque le ha despedido.

—No entiendo la relación —movió la cabeza confuso—, pero tú no debes escucharle. Precisamente, ese repentino odio que Frank alberga hacia João es motivo suficiente para que no te acerques a él.

Ramalho miró su reloj de pulsera e hizo un gesto de impaciencia. Se paró ante su coche y la sujetó por los hombros para darle más énfasis a sus palabras.

—Trataré de averiguar qué se trae entre manos Frank, ¿de acuerdo? —fingió una serenidad que Karen supo falsa—. ¡Aléjate de él! A João no le

gustará saber que ese hombre te está utilizando para vengarse de él. Frank solo quiere confundirte.

Iba a montar en el coche cuando Karen lo impidió.

—¿Confundirme, por qué? ¿Qué puede importarle a Frank lo que ocurra entre João y yo? ¿Y por qué todos aseguráis que Catalina está muerta si es mentira?

Ramalho abrió mucho los ojos. Tanto que Karen vio como aquella tonalidad castaña estaba salpicada de pintitas verdes y amarillas.

—Solo creerás lo que veas por ti misma, ¿no es cierto? Ni siquiera esperarás a que João pueda explicarse —la agarró del brazo y exento de toda delicadeza, la empujó dentro del coche.

—No es cierto, a quien no creo es a ti, y João no está aquí para desmentir a Frank.

El vehículo salió a toda velocidad del parking y se internó entre las callejuelas estrechas y empinadas. Karen no tenía ni idea de a dónde la llevaba, pero esperó cautelosa. Finalmente, salieron a una carretera que parecía conducir directamente al. ¡Dios mío!

—¿Es un cementerio? —palideció al ver los cipreses bordeados por una tapia blanca.

El afirmó en silencio y estacionó el coche junto a la verja negra de la entrada. Poco después, se adentraron por los jardines y pasillos de arena hasta pararse frente a una tumba de mármol, igual que todas las demás.

—Catalina está muerta —le indicó Ramalho con voz fatigada.

—No comprendo.

—¿Qué tienes que comprender, Karen? ¿Es que no lo ves? ¿Qué más te hace falta para creer lo que João pueda decirte?

—He visto a Catalina paseando por Londres en las fotografías y no hace tantos años de eso. ¿Quién está en esta tumba? No puede ser ella.

Ramalho resopló con fuerza y, nervioso, se pasó una mano por sus cabellos rizados.

—Karen, hay veces que las personas tienen que morir, se les entierra en la mente, en el corazón y es mejor que permanezcan así para siempre. Si João supiera que estoy hablando de esto —gimió aflojándose el nudo de la corbata y tragó saliva con dificultad.

—Entonces, yo llevo razón, y Frank también, Catalina está viva. ¿Cómo podéis haber fingido algo así? Pobre Marina —sollozó escandalizada—. Ella cree que su madre está muerta, incluso llora por ella cuando la recuerda, y

resulta que todo es una mentira de João.

—Ha sido un error traerte hasta aquí, creí que lo comprenderías.

—¿Cómo voy a comprender algo así? Y vosotros tratando de descubrir mis secretos mientras que, —lo miró indignada, sin encontrar palabras—. Esto no es un secreto, es algo imperdonable —se alejó de él limpiándose las lágrimas.

—Espera, Karen, te llevaré al hotel —la siguió hasta el coche y enfiló hacia la ciudad.

—Regreso a Londres, no puedo seguir ni un minuto más entre tanta hipocresía.

—Deberías esperar a que João regrese de Berlín. Ahora mismo debe estar volando hacia allí por indicación tuya —ya no disimulaba el temblor en su voz al hablar.

—¿Temes que se enoje contigo por haber descubierto sus mentiras? No te preocupes, no le diré que fuiste tú.

—Eso no me importa —replicó él—, pero deberías concederle el beneficio de la duda.

—¿De la duda? No hay ninguna duda ante una mentira tan escrupulosamente detallada. ¡Por Dios! Si hasta tiene una tumba con su nombre.

—¿Y tú dices que le amas? Si le amaras de verdad no dudarías de él.

—Olvidas que él dudó desde el principio de mí. ¡Ah! Claro, João no me ama y por eso no necesitó creerme. Ahora lo entiendo todo y, es cierto, João es un monstruo incapaz de querer a nadie. Un monstruo al que amo y que, —no pudo continuar y se cubrió la cara con las manos.

—Él regresará en unos días de Berlín, dale la oportunidad de explicarse —trató de convencerla—. Tú fuiste juzgada injustamente, también había unas fotografías que evidenciaban hechos que luego no eran ciertos.

—Sí, y aún así, João no me creyó hasta que comprobó por él mismo que nunca estuve con ningún hombre —se enfrentó a Ramalho que conducía deprisa.

—Bien —él carraspeó y lo intentó de nuevo—, también aceptó a Robert en la vida de Marina; su pasado delictivo, su adicción a las drogas y todo lo que tú tratabas de ocultar y que él descubrió, lo pasó por alto. Por primera vez desde hace muchos años, se dejó llevar por el amor que vio entre ellos y dejó a un lado sus prioridades.

—¿Le contaste lo de la granja? —abrió mucho los ojos—. ¿Qué

prioridades?

—Robert le habló de la granja de desintoxicación, Marina nos contó a Candela y a mí lo orgullosa que estaba de que él hubiera aclarado ese aspecto de su vida con João. Ya ves, de nada sirvió tu viaje para convencerlo de que erais unas personas dignas de emparentar con los Bernades —trató de bromear sin éxito—. Y desde hace unos días, su única prioridad eres tú.

—¿Y antes? ¿Antes de que yo viniese a Madeira? ¿Antes de saber de mi existencia?

—Antes de eso, su prioridad era proteger a Marina y así mismo —giró en una rotonda y se adentró en el camino que ella sabía llevaba a su casa—. Es mejor que te quedes con Candela hasta que estés más tranquila —le aclaró pulsando el mando a distancia.

—¿Me estas reteniendo? —preguntó con un deje de temor.

—¡Oh! Vamos —sonrió el muchacho cerrando la reja del jardín—, Karen eres demasiado impresionable.

Ella guardó silencio. Cerró los ojos y deseó que João estuviera allí, que la cogiera en sus brazos y le dijera que nada de aquello era cierto, que todo tenía una explicación. Ella buscaría en sus ojos grises, lo miraría largamente y sabría que no le mentía. Ella no podía amar a un hombre tan despreciable. Su corazón era incapaz de equivocarse.

—Karen —la llamó Candela desde el porche—. Acércate, que alegría verte.



El resto del día fue funesto. Candela demostró tener una paciencia infinita cuando aceptó sin replicar que Karen se comportara como una pésima visita, sin apenas hablar, meditabunda, sin comer, de mal humor y sentada en el balancín del porche. Era todo lo más parecido a una versión de João en femenino y así se lo dijo cuando anochecía y se sentó a su lado.

—Mírate Karen, no creas que me vas a sorprender. Conozco muy bien esa actitud: ahí, murmurando, compadeciéndote por haberte enamorado de alguien tan miserable como João.

—Yo no he dicho eso —le aclaró cortante.

—Pero lo piensas.

—No quiero hacerlo —se abrazó a sí misma para protegerse de sus pensamientos.

—¿De qué te lamentas? Te advertí que no sería fácil. Te dije que enamorarse de João te haría sufrir, aunque también supe que solo tú podrías devolverle la ilusión —se levantó furiosa, se enfrentó a ella y Karen la miró sorprendida—. Pero, ¿sabes una cosa? Dudo mucho que le ames tanto como dices, al menos, no tanto como él te ama a ti.

—Él no me ama —replicó en un sollozo.

—Entonces, además estás ciega. Voy a ver al bebé, creo que se ha despertado —se alejó al interior de la casa.

Todavía continuaba perdida en sus cavilaciones cuando regresó Candela. Llevaba a su hijo en brazos y se lo ofreció. Karen sonrió, y lo apretó suavemente contra su regazo.

—Es tan pequeño y tan delicado —lo besó en la frente.

Candela la miró con dulzura, comprendía cómo se encontraba Karen porque ella también se sintió así dieciséis años atrás, cuando João les contó sus planes. Pero ahora, con el tiempo, sabía que habían hecho lo correcto. Por él y por Marina.

—Ramalho está a punto de llegar, si te ocupas del bebé, iré a preparar la cena. He avisado a Marina y vendrá también hacia aquí.

—No te molestes, Candela, sé que soy una desconsiderada, pero no puedo evitar sentirme así. Será mejor que regrese al hotel.

—Mira, *Ninha do Mel*, ¿no es así como él te llama? ¿No eres tú su niña de miel? —Karen afirmó en silencio mientras las lágrimas descendían lentamente por su cara—. Pues ahí tienes la respuesta a tus preguntas. Tú eres la única persona que ha sido capaz de fundir al acerado João Wellington Bernades hasta moldearlo en tus manos.

Sin decir nada más, se encaminó hacia la cocina y ella apretó al niño entre sus brazos. Sabía que no se estaba portando bien con sus amigos, los amigos incondicionales de João. Miró de nuevo al bebé, era tan sonrosado. Inspiró el olor a talco y volvió a besarlo suavemente.

—Serías una madre ejemplar —insinuó Candela, regresando con unos refrescos—. El tipo de madre que João necesita para sus hijos.

El ruido de la verja al abrirse les hizo mirar en aquella dirección. Candela murmuró una disculpa, se levantó con rapidez, recuperó a su hijo y se alejó hacia la casa. Allí, besó a su esposo y abrazó a João que buscaba impaciente tras ella, en el porche.

—No seas muy duro con ella —le advirtió a su amigo antes de dejarle salir al jardín.

Karen se frotó los ojos y caminó hacia la balaustrada. Debería hacer las maletas y correr hasta el aeropuerto sin parar, sin embargo, no podía hacerlo. ¿Para qué engañarse así misma? Sus amigos llevaban razón al decirle que se estaba mortificando por algo que solo João podría aclararle. Como si al escucharlo, todas sus dudas pudieran despejarse de un plumazo.

—Karen —su voz llamándola sonó rota.

Ella se giró sorprendida y allí estaba, parado en el centro del porche y como si temiera acercarse a ella o tocarla.

—¡João! —se abalanzó en sus brazos como si fuera lo único sólido a lo que aferrarse. Cobijó su cara contra su pecho y cuando sus brazos la apretaron con fuerza contra él, supo que sí, que él le daría una explicación. La única explicación válida.

—Ramalho me avisó de lo ocurrido y ordené al piloto que cambiara el rumbo.

—¿Qué rumbo? —solo quería abrazarlo, nada más. Bueno sí, abrazarlo siempre.

—Estábamos cerca de Berlín cuando dimos la vuelta.

—¡Oh!, lo siento —sollozó ocultando la cara en su chaqueta oscura.

—Yo no —la besó en el pelo—. Vamos, cuéntame lo que ha ocurrido —la condujo hacia el balancín y la sentó en sus rodillas.

Ella apoyó la cara en su pecho y suspiró ruidosamente. João miró el cielo estrellado y esperó pacientemente a que comenzara a hablar.

Desde la llamada de Ramalho hasta su llegada a Funchal no dejó de imaginar que Karen lo abandonaba y volvía a quedarse solo, como aquel muchacho de quince años. El vuelo se le hizo eterno y cuando por fin comprobó que seguía allí, en el jardín de su amigo, tuvo el impulso de ponerse a aullar de alivio.

—Me he asustado mucho, João —reconoció escondiendo la cara contra su cuerpo.

—Ya, y también ibas a dejarme —adoptó su habitual expresión de hombre duro.

Ella captó la frustración que desprendían sus palabras. Sabía que estaba muy enfadado, negó enérgicamente en silencio y atrajo su morena cabeza hacia ella con las manos. Necesitaba sentir la tibieza de sus labios sobre los suyos, demostrarle que estaba arrepentida de haber cuestionado sus

decisiones en el pasado. Que no podría marcharse nunca aunque quisiera.

El batir de las olas contra las rocas era el único sonido que perturbaba el silencio. João la besó despacio, saboreando la miel de su boca. Eran besos cortos, pausados, dulces.

—¿Por qué has continuado haciendo preguntas? —se separó de ella para hablarle, aunque seguían abrazados.

Karen relató brevemente su encuentro con Frank y lo extraño que le pareció que él supiera tantos detalles de su vida. Después, salió de sus brazos, caminó por el poche y, ocultando la mirada en la penumbra, le habló de las fotografías que le enseñó Marina, de la tumba en el cementerio de una persona que no había muerto y del temor que se apoderó de ella.

—¿Qué temor, Karen? —se levantó y caminó tras ella—. Simplemente decidiste que te marchabas, sin esperar a que yo pudiera explicarte nada —la acusó desde el otro lado del porche.

—Sé que no debí hacer preguntas y también que todo tiene una explicación lógica, pero necesitaba conocer la verdad.

—Y cuando sepas por qué Catalina sigue viva, ¿qué harás? — maldijo en su idioma y le dio la espalda—. Creía que eras diferente.

—Soy diferente —se enfrentó a él—. Yo no soy Catalina —se refugió en sus brazos que la apresaron con fuerza.

Algo muy malo tuvo que hacer esa mujer para que un hombre como João estuviera tan dolido. Y entonces lo vio todo mucho más claro aunque él no le hubiera explicado nada. Se había comportado como una estúpida al desconfiar del hombre al que amaba y no iba a permitir que nadie ni nada la separara de él.

En ese instante, el teléfono móvil de João comenzó a sonar y él rompió el abrazo para contestar. La conversación en su idioma fue muy breve y nada más colgar, agarró su mano y tiró de ella hacia el coche de Candela.

Cuando enfilaron la avenida Arriaga, Karen supo que se dirigían al Gran Hotel y como él conducía ceñudo y pensativo, ella prefirió no perturbar su concentración. Cuando llegaron a la sexta planta, le indicó que lo esperara en el ático y se encaminó hacia su despacho con grandes zancadas.

Media hora después, Karen seguía esperando en el solitario comedor y sin saber qué estaba ocurriendo en el despacho. Ella era una mujer paciente por naturaleza, pero también era curiosa. Y la curiosidad la estaba matando. Pensó que si supiera algo, cualquier cosa, João tendría que darle menos explicaciones. Y con aquella convicción, salió del ático con prudencia y se

acercó al despacho. Al llegar a la oficina de Ramalho, encontró la puerta entreabierta. Procuró no hacer ruido y caminó hacia la cristalera que la separaba del otro despacho. Se ocultó tras una estantería y vislumbró la imponente figura de João paseando de un lado a otro como un león furioso. En una esquina vio a Ramalho y sentado en una silla reconoció a, Frank Summer.

—¿Y eso es todo? —el sarcasmo en la voz de João era más que evidente—. ¿Pretendes que me crea esa sarta de mentiras que has inventado mientras esperabas a que yo llegara?

—Puedes creer lo que quieras.

—¡Siéntate! —rugió al ver que él se levantaba.

Karen dio un respingo desde su escondite.

—¿Por qué te asombras, Bernades? Ella siempre ha estado cerca y nunca te diste cuenta.

—Te equivocas, sabemos todos y cada uno de sus movimientos —replicó Ramalho, y Karen vio como extendía las fotografías sobre la mesa.

Imaginó la sorpresa en el rostro de Frank y después de unos segundos escuchó de nuevo la voz de João. Se asomó un poco más para no perder detalle cuando sintió una presencia menuda tras ella. La figura de otra persona que no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo.

—Marina —Karen se quedó sin palabras al comprender lo que aquello implicaba.

—*Shhhh* —la joven se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio y se ocultó con ella, tras la estantería.

—Es mejor que nos vayamos —susurró, apresurada—, Frank está herido, solo dice mentiras y más mentiras. Volvamos al ático, por favor, no los escuches.

Marina negó en silencio y se limpió de un manotazo las lágrimas.

—... Y si hubiera sabido antes que Catalina te habló de nosotros, y que entraste a formar parte de la Wellington Corporation, te hubiera despedido hace mucho más tiempo —João dio un puñetazo en la mesa.

Frank dejó escapar una risa gutural, y Karen vio el reflejo de su silueta que se levantaba.

—João Wellington Bernades —dijo su nombre con sorna y volvió a reír—. Sé tanto de ti y de tu entorno que podría hundirte para el resto de tu vida. Catalina creyó que a través de mí podría saber cosas de la hija que tú le compraste; la hija a la que hiciste creer que su madre había muerto. Pero

jamás imaginó que cuantas más cosas supiera yo, más me beneficiaría después.

Karen cerró con fuerza los ojos, como si pudiera pedir un deseo y se cumpliera. Pero lo pidió y, cuando los abrió, Marina seguía llorando en silencio y enterándose de todas aquellas atrocidades que Frank iba enumerando y que acusaban a su hermano directamente.

—¿Cuánto? —preguntó João con desprecio.

—¡Vaya! Comenzamos a hablar en el mismo idioma —Frank tomó asiento de nuevo—. Ahora la situación ha cambiado, por supuesto. Desde que apareció la dulce Karen los secretos son más peligrosos. Además, ¿has pensado lo que ocurriría si ella se enterara de que el hombre que extendió por ella un cheque de cien mil libras para ser su amante, también pagó a su propia madre para que desapareciera?

—Marina, no debes creerlo, seguro que João tuvo una buena razón —Karen trató de cubrirle los oídos para que no escuchara, sabía que aquellas declaraciones significaban el fin, pero aún así se resistía a creer la realidad—. Confía en João, por favor, confía en él —terminó su súplica llorando.

Frank continuó desvelando sus secretos.

—Que durante todos estos años, has comprado su silencio para que se aleje de su hija y que la obligaste a firmar unos documentos en los que renunciaba para siempre acercarse a ninguno de los Bernades; pero, sobre todo, que la enterraste en vida, separándola de su niña para siempre y diciendo a todo el mundo que murió en un incendio —terminó con voz melodramática—. Esta vez, Bernades, te costará mucho más caro.

João se abalanzó rabioso sobre el hombre, lo agarró por las solapas del traje y lo arrastró hacia la salida de su despacho. Llegó al centro de la habitación y lo arrojó con fuerza contra una estantería metálica. Marina y Karen gritaron asustadas por lo que se les venía encima y los dos amigos acudieron sorprendidos. La expresión atónita de João solo pudo ser comparada a la de Ramalho. Ambos palidecieron al mismo tiempo.

Frank se incorporó del suelo y recompuso su aspecto, se apoyó en la pared donde antes se ocultaban las jóvenes y después de mirar a todos con desprecio, soltó una carcajada.

—Creo que perdí mi oportunidad de hacerme rico, ahora mismo —se burló regodeándose por el despacho—. Mi gozo en un pozo. O el tuyo, Bernades.

João se abalanzó de nuevo contra él y lo empujó hasta la pared,

inmovilizándolo. Ramalho, Marina y Karen corrieron hacia ellos para separarles, consiguiendo rescatar a Frank antes de que lo golpeará.

—No, João —sollozó Marina abrazándose a su hermano—, no merece la pena.

—¡Está bien! —vociferó Frank deshaciéndose de las manos que lo apresaban—. Ya me voy —se alejó hacia la puerta y Ramalho lo detuvo mientras tecleaba en el teléfono móvil.

—Tienes razón en todo lo que has dicho, Frank, se acabó tu filón de oro —los sorprendió la dulce voz de Marina.

Sus ojos rasgados lanzaban llamaradas de furia y su bonita boca roja se frunció con desprecio al mirarlo mientras caminaba hacia él. Karen abrazó a João, temiendo que de un momento a otro volviera a saltar sobre aquel hombre al que fulminaba con su mirada sombría. Una vena latía poderosamente en su cuello y sus facciones crispadas indicaban el esfuerzo que hacía por controlarse.

Marina se paró ante Frank que respiraba con fuerza, preso por los brazos de Ramalho.

—Todo cuanto has dicho es cierto pero no es como tú lo cuentas. Catalina no está muerta, abandonó a su familia y después regresó, haciéndole creer a su esposo que esperaba otro hijo —su voz se había endurecido, ya no parecía la pequeña muñequita morena—. Y también es cierto que Paolo Bernades murió cuando fue a buscarla porque todavía la amaba.

»Cuatro años más tarde, ella vino a Funchal para exigirle a su hijo mayor que cuidara de su hermana, una niña a la que él ni siquiera conocía. Le pidió dinero y se marchó. Así sin más —miró a João con adoración y continuó—. Catalina regresó muchas veces, pero nunca a recoger a su hija, solo lo hizo para pedir más y más dinero. Siempre amenazaba a mi hermano con alejarme de él si no le daba las cantidades que exigía. Fue entonces cuando João me envió a Londres para mantenerme a salvo de la codicia de mi madre. Y allí fue donde ella conoció a Frank —se enfrentó de nuevo al hombre con una gélida mirada, una muy parecida a la de João, y dibujó en su rostro una mueca de desprecio.

»Catalina te contó su historia. Creyó que en ti había encontrado al hombre que buscaba, aunque no sé qué es lo que buscaba realmente, —añadió en voz más baja—. Y surgió la gran idea de exigirle a João una cantidad muchísimo más grande a cambio de vuestro silencio. Fue mi madre la que le sugirió a João que firmaría una renuncia de su hija y cualquier

relación futura con los Bernades. Pero «él», como te llamaba Catalina cuando se refería a ti, quería más dinero; nunca imaginé que «él» fueras tú, Frank — caminó hacia su hermano que la miraba de una forma extraña. La desolación que había en su rostro la impulsó a cogerle una de sus manos grandes y morenas entre las suyas y llevársela a los labios.

»Al principio creía que solo eras un hombre posesivo, arrogante y despiadado. Karen y yo nos reíamos de esos calificativos y de otros más, pero lo que nunca conocimos fue el gran sacrificio que habías hecho por mantenerme lejos de ella, aún teniendo que permanecer separado de mí. Y esa es la única verdad, Frank, la que tú conoces y que has tratado de modificar a tu antojo —se encaró de nuevo al hombre—. Ayer, después de muchos años, Catalina tuvo la decencia de ser sincera por primera vez en su vida. No vino a pedirme perdón, ni para reconciliarse con el pasado, no lo deseaba, ni yo tampoco. Supo que João te había despedido, que estabas furioso, y acudió para advertirme de tus planes desesperados. Ahora que João aceptaba mi relación con Robert y Karen se estaba colando en su corazón, tenías muy poco a qué aferrarte. Si yo me casaba con Robert y me desligaba de mi hermano, ya no tenías nada que hacer. Y sobre todo —añadió con satisfacción—, Frank Summer, no contabas con que João encontraría a una inglesa testaruda que haría muchas preguntas, pero que confiaría en el monstruo que tú pretendías hacerle creer que era.

—En eso tienes razón. Debí deshacerme de ella cuando tuve ocasión y todo habría sido mucho más sencillo —replicó Frank con el rostro desencajado.

João se separó de Karen y dos guardias de seguridad que entraban por la puerta impidieron que volviera a abalanzarse sobre el hombre. Él se giró hacia su hermana y negó abatido y confuso.

—¿Por qué no me has dicho que conocías toda la historia?

—Porque me enteré ayer, cuando fui a comer con mis amigos del colegio y ella apareció de repente. Entonces lo comprendí todo. Supe cuánto me quería mi hermano mayor y todo lo que había luchado por mí —se abrazó a él—. Y porque tú tenías razón, João, nuestra madre murió el día que me abandonó.

Karen observó a los hermanos abrazados y se alejó del despacho. Ellos tenían demasiadas cosas de las que hablar y necesitaban hacerlo a solas. Se riñó por haber estado tan inmersa en sus propios problemas, que no supo descifrar las lágrimas de Marina cuando hablaba con Robert por teléfono. Y

también se reprochó no haber comprendido el dolor que le provocaba revisar unas fotografías de alguien a quien creía muerta y que acababa de ver unas horas antes.

Capítulo 13

Karen se removió entre las sábanas y buscó a su lado, en la cama, pero él no estaba. Cuando regresó al ático hizo todo lo posible por esperarlo y poder consolarlo. Cenó un sándwich que alguien le envió con un camarero del restaurante y se sentó frente al televisor para no dormirse. Pero ahora estaba en la enorme cama que ocupaba desde hacía unos días, descalza y vestida, cubierta con una colcha como si alguien la hubiera transportado cuidadosamente para no despertarla y ella sabía quién había sido.

Corrió hacia el comedor y lo encontró vacío y silencioso. Era muy tarde y hacía horas que los festivos sonidos que llegaban al ático desde las calles de Funchal habían terminado. Las puertas de la terraza estaban abiertas y con esperanza de encontrarlo allí salió al exterior. La brisa meció sus cabellos y vislumbró su impresionante silueta recortada contra la luz de la luna. Estaba inclinado sobre sus brazos, apoyado en la balaustrada, y tan embebido en sus cavilaciones que ni siquiera la oyó llegar.

Karen sintió frío, aunque ella sabía que el causante no era el viento marino de la madrugada, se frotó los brazos con las manos y en ese instante, como si él presintiera su presencia, se giró quedando frente a frente. Ambos permanecieron unos segundos así, quietos, callados, embebiéndose de la mutua cercanía de sus cuerpos. Otro escalofrío la hizo estremecer y el duro rostro de João adquirió más fuerza en la penumbra.

La amargura que había en su semblante era indiscutible. Imaginaba cómo se sentía: desgarrado y decepcionado. Desgarrado porque su secreto se había descubierto, a lo mejor por su culpa, y decepcionado porque ella no supo ver la verdad en él. Al menos, no tan pronto como se esperaba de una mujer enamorada.

Karen alzó la cara para mirarlo y sus ojos le suplicaron en silencio.

—No era mi intención herirte. Si hubiera imaginado la verdad, jamás me hubiera atrevido a inmiscuirme en tu pasado.

—La verdad es la verdad, tú no podías imaginarla.

Aunque João adoptó una actitud resuelta, ella sabía que aquella indiferencia era fingida.

—Sí, pero seguí haciendo preguntas, permití que Frank me envenenara

con sus invenciones y decidí creer lo obvio sin escucharte.

Él observó sus ojos enrojecidos a la luz de la luna, pero no dijo nada. Y aquel silencio podía ser más doloroso que cualquier otra frase.

—Vamos dentro, hace frío —la abrazó por los hombros y la condujo al interior.

Al llegar al dormitorio, João se sentó en el borde de la cama y apoyó los brazos en los muslos.

—Siento que todo termine de esta manera —Karen aprovechó que él observaba las puntas de sus zapatos para hablar de la dolorosa realidad.

Él alzó su morena cabeza y la miró extrañado.

—¿Por qué? —inquirió con un filo metálico en la voz—. Marina ya sabe la verdad y tú también.

—Porque no es un buen final —tragó saliva y se sentó a su lado.

—Deberías saber que los finales felices no existen. Si alguien ha hecho las cosas mal he sido yo —regresó la mirada a los zapatos—. No debí presionarte para que fueras mi amante, ni obligarte a amarme durante unas semanas más, ni forzarte a que todo se hiciera según mis planes. Marina y yo hemos estado hablando durante mucho rato.

—Lo sé —le acarició la mandíbula rasposa con los dedos.

—Y también hemos hablado de estos años en los que ha creído que «ella» estaba muerta.

—Lo sé —Karen cerró los ojos, incapaz de soportar el dolor que traslucían sus palabras.

—Si urdí todas esas mentiras fue para protegerla, para protegernos los dos —sus ojos grises se clavaron en ella con una mirada indescriptible.

—Eso también lo sé —reconoció en un murmullo.

—Entonces, no tengo que explicarte de lo que soy capaz cuando me siento presionado. ¿También sabes lo que eso significa? —ella negó en silencio—. Ya sabes cómo es J. W. Bernades. Tú misma confeccionaste una larga lista en el avión. Algunas veces tendré que hacer cosas... cosas que te diré que no volveré a hacer... y que tú no comprenderías.

—Te comprendo.

—Sí, pero, ¿podrás protegerte de mí? —ella apretó los labios y él cabeceó—. No, no podrás. Durante muchos años he aprendido a no atormentarme por las decisiones que he tenido que tomar. Algunas de ellas han sido tan espinosas que han ido surcando mi alma. En realidad no sé lo que queda de ella, al fin y al cabo, ya no sé si la tengo —le enmarcó la cara

con las manos y ella dio un respingo—. Lo que quiero decir es que si sigues a mi lado, convertiré tu vida en un infierno.

Fue a decir algo más, pero guardó silencio. Le rozó las mejillas con los dedos, inclinó la cabeza y la besó de forma furiosa, arrolladora. La besó intensamente, de la forma en que un hombre besaba a una mujer cuando se estaba despidiendo de ella.

Ella aceptó su beso con un nudo en la garganta y se lo devolvió, consciente de que le estaba diciendo adiós.

La vida había enseñado a João a dar la espalda a muchas cosas, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Karen era dulce como la miel y él se estaba convirtiendo en su abeja, pero eso no duraría siempre. Él asolaba todo aquello que permanecía mucho tiempo a su lado y llegaría un día en el que la perdería. Y entonces no podría soportarlo. Por un lado quería olvidarla, pero por otro sabía que ella era la única persona en todo el universo que podría hacerle feliz. Y él no creía en los finales felices.

—No tenemos que tomar decisiones ahora —Karen hizo un último intento antes de verlo alejarse totalmente, porque sabía que lo estaba perdiendo.

Él fue a levantarse de la cama y ella lo sujetó por los antebrazos con una mirada implorante en sus ojos llorosos.

—Ya la tomamos hace días, Karen, esta conversación no es nueva para ti. Nada ha cambiado entre nosotros, sigo siendo el mismo hombre despiadado, prepotente y déspota que viniste a convencer de que los Preston erais buenas personas. Créeme, si alguien merece ser feliz eres tú, *Ninha do Mel*, y nunca lo serás a mi lado.

Maldita fuera, o se marchaba ya o se abalanzaba sobre ella y no la dejaba ir jamás. No estaba dispuesto a renunciar a la única mujer que se había colado en su corazón y, sin embargo, sabía que excluyéndola de su vida evitaba que ella terminara sintiéndose igual de miserable que él.

La sujetó por las muñecas y se separó de ella.

Karen se quedó sentada en la cama, mirándose las manos y sin atreverse a decir nada más por si comenzaba a llorar y no podía parar. Ella sabía que este momento debía llegar, solo que había llegado unas horas antes de lo previsto y la había pillado desprevenida. Escuchó el rumor de la puerta al cerrarse y las lágrimas comenzaron a rodar descontroladas por su cara. No lloraba por lo imprevisto de su despedida, lo hacía porque hasta el último instante había mantenida la absurda idea de que él sentía algo por ella, y por

más que se había repetido que no esperaba nada de él, siempre había mantenido un rayo de esperanza.



Todavía faltaba un buen rato para que amaneciera cuando Karen agarró las maletas y se paró en la puerta del dormitorio. Todo estaba como el día que llegó por primera vez, como si nadie más que J. W. Bernades hubiera vivido allí. Ni un artículo femenino en el cuarto de baño, ni una prenda olvidada, la cama intacta, los almohadones perfectamente alineados y las lamparillas de sobremesa emparejadas como si jamás hubiera faltado una. Echó un último vistazo memorizando con un nudo de emoción cada pequeño detalle, apagó la luz, cruzó el solitario salón y sin querer mirar la puerta cerrada del dormitorio de Marina, abandonó el ático. No se sentía con fuerzas para volver a despedirse de João, temía lanzarse en sus brazos y suplicarle que no la apartara de su lado. Con toda la dignidad que la caracterizaba, había tomado la mejor decisión. Cuando Marina llegara a Londres en el avión privado de João, ella ya estaría esperándola con un enorme paquete de pañuelos en la cocina de su pequeño apartamento.

Afortunadamente, el ascensorista no era Silvio, a este apenas lo conocía, y no hizo ninguna pregunta indiscreta. Simplemente se limitó a saludarla y la condujo al hall como ella le pidió. Al llegar a recepción, pidió un taxi y el muchacho del turno de noche la miró extrañado. Esta vez, sí que se vio en la obligación de dar una excusa de lo sospechosa que resultaba su marcha sin que hubiera terminado de salir el sol, sobre todo cuando él deslizó con disimulo la mano hacia el teléfono que comunicaba directamente con la sexta planta.

—Por favor —Karen posó una mano sobre la suya, impidiéndole que descolgara—, necesito irme sin que él se entere.

El joven la miró preocupado, se puso rígido y sus labios temblaron de indecisión.

—En un par de horas se enterará, *senhora*.

Karen sonrió al escuchar cómo la llamaban desde hacía unos días y apretó con fuerza su mano, tratando de infundirle seguridad.

—En realidad ya lo sabe —sus ojos dorados le sonrieron con tristeza—,

pero no soporto las despedidas y es mejor marcharme de la misma forma que llegué.

—Comprendo —mintió él, tolerante—. ¿Quiere que le lleve alguien del personal al aeropuerto? ¿Puedo ayudarle de alguna manera?

—Un taxi es suficiente —le agradeció en un susurro.

Unos minutos después, las luces de Funchal quedaban atrás bajo una espesa neblina que difuminaba los contornos de la capital. Karen se recostó en el asiento del taxi y se subió las solapas del fino abrigo de lana que sabía que necesitaría al llegar a Lisboa, aunque en aquellos momentos no le molestaba en absoluto. Las temperaturas eran más bajas de lo habitual y no podía dejar de temblar. Fueron los treinta minutos más largos de su vida, aunque no fue muy consciente del sol que luchaba por alzarse en el horizonte recortado por las cimas de los montes, sino que fue sintiendo cómo su corazón se rompía, kilómetro a kilómetro.

El aeropuerto estaba desierto y cuando bajó al aparcamiento lo encontró vacío y diferente a cuando llegó dos semanas antes; aunque parecía tan lejano que se le antojaron años. Ni siquiera se escuchaba el ruido de ningún avión, nada indicaba que de un momento a otro fuera a iniciarse la actividad frenética que ella conoció al llegar a Funchal y un viento molesto y racheado le dificultaba la caminata hacia el interior.

Al llegar al mostrador de viajes internacionales, su ánimo decayó mucho más, como si las fuerzas de la naturaleza se hubieran confabulado contra ella, o aliado con João. Una mujer muy amable le comunicó que todos los vuelos se habían interrumpido por la niebla y el viento. Al ver su expresión desolada, trató de animarla y le sugirió que regresara a la isla porque hasta medio día no habría vuelos disponibles.

Karen le agradeció la información y le comunicó que esperaría allí hasta que se restablecieran las líneas. Un anciano que escuchaba a su lado replicó diciendo que solo se trataba de una artimaña para ahorrar vuelos no completos y la responsable le aseguró que ningún avión, ni siquiera privado, podría aterrizar ni despegar hasta medio día, cuando los vientos y la niebla hubieran amainado.

Aquella declaración no la tranquilizó mucho más. Había escuchado a Marina decir que el avión privado saldría a primera hora de la mañana y si él tampoco tenía autorización para despegar, el aeropuerto no era el mejor lugar para encontrarse por última vez con João.

Caminó hacia una de las cafeterías, dejó las maletas junto a ella y

observó el cielo a través de la niebla mientras su mente vagaba perdida en sus pensamientos. No supo cuánto tiempo había transcurrido, cuando alguien posó una mano en su hombro y ella se giró sobresaltada.

—¿Qué haces aquí? —inquirió sin ocultar su desagrado. Movi6 el brazo y se liber6 de su contacto.

—Al parecer, lo mismo que tú. Regreso a casa.

Frank tom6 asiento frente a ella y estir6 las piernas hasta que tocaron con sus pies.

—Deberías estar detenido. O encerrado en la cárcel.

Él soltó una carcajada y se pasó una mano por la cabeza rapada.

—¿Según quién? Nadie ha interpuesto una denuncia formal contra mí y soy un respetable ciudadano inglés que ha sido víctima de un novio celoso. ¿O debería decir ex novio? —alz6 las cejas.

—Eres despreciable —escupi6 las palabras—. Tienes motivos para estar encerrado varios años en prisión.

—¿Sí? ¿Por qué? —se acerc6 a ella que no se movió ni un centímetro y aadi6—: Gracias a ti, no hay nada de lo que acusarme. Lo único que hice fue relatar ante testigos la forma en la que Catalina se fue llenando los bolsillos a costa de su hijo y de la debilidad de él por su hermana. Yo nunca forcé la situación, nunca hice o dije algo que demuestre beneficio alguno por mi parte, y tengo que agradecerte de nuevo que me encuentre sin trabajo y sin ingresos extras. Además, supongo que ya has adivinado que después de la entrevista que tuvo Catalina con su hija, ella no quiera saber más de mi indeseable persona.

—¿Catalina continúa en Funchal?

Él se encogió de hombros, mir6 el reloj y mene6 con pesar la cabeza.

—Como ves, Karen Preston, tengo un saco cargado de agradecimientos para ti.

—No me asustas, Frank, sigues siendo un personaje amoral y depravado —se levant6 de la silla, se inclin6 para coger las maletas y él aferr6 su mano con una fuerza que roz6 la violencia.

—El mundo está dividido en dos partes, Karen, los que tienen la soga al cuello y los que tiran de ella. Pero esta vez el cuello que hay dentro de la cuerda es el mío; el que se la ha jugado he sido yo, y tú has tirado de una cuerda que no es la tuya, pequeña tonta. Créiste que João Bernades se enamoraría de ti y te haría su esposa. Mírate y baja de las nubes, estás tan ahorcada como yo. Muerta como Catalina.

Karen se liberó de su agarre y se irguió con las maletas en las manos.

—Si yo hubiera tirado de esa cuerda, ten por seguro que no habría fallado.

Él la miró incrédulo por el ímpetu de sus palabras y soltó otra carcajada.

—Ten cuidado, *senhora*, no hables con tanta ligereza porque no sabes nada sobre mí. Puede que la próxima vez, haya cadáveres de verdad.

Ella lo miró sin comprender y se fijó en su mano derecha. Tenía varios dedos enrojecidos y uno de ellos portaba un pequeño vendaje como si hubiera sufrido algún accidente. Él reparó en su mirada y chasqueó la lengua.

—Sí, ya se lo expliqué a la policía: João Bernades es un hombre celoso y posesivo, un degenerado capaz de matar a su madre. Tú y decenas de testigos visteis cómo me golpeaba en el hall de su Gran hotel —alzó la mano y la movió ante ella—. De hecho, me dejó bastante malherido antes de despedirme del trabajo porque fui amable con su amante.

—Dime una cosa. Frank, ¿qué sentido tenía que fueras dejando caer pistas sobre la existencia de Catalina? Si no hubieras picado mi curiosidad, nadie habría descubierto nunca vuestro secreto; sin embargo, desde el primer día que te conocí no hiciste otra cosa que azuzar mi imaginación con frases incompletas y verdades a medias.

—Porque entonces solo eras una pequeña molestia para mis planes, pero poco a poco te convertiste en un verdadero incordio. Si te hubieras marchado cuando te advertí sobre el hombre con el que dormías, pero no,

—¿Y ahora qué? —sus ojos dorados chispearon furiosos—. ¿Te vas a Londres sin más? ¿Dónde está la trampa?

—Averígualo, tú que eres tan lista.

Karen se negó a seguir escuchándole y se alejó de la cafetería con rapidez.

El aeropuerto iba llenándose de viajeros impacientes que se agolpaban en los mostradores de pasajes y anduvo sin rumbo durante un buen rato, hasta que el peso de las maletas se hizo insoportable. Alquiló una taquilla y guardó el equipaje, todavía no tenía designado un vuelo definitivo y, aunque la niebla se estaba difuminando, el viento seguía soplando con fuerza desde las montañas. Además, se estaba asfixiando de calor. Se desprendió del abrigo y decidió salir al exterior para tomar un poco de aire.

Al llegar a la puerta principal de pasajeros, se topó de nuevo con Frank y se alejó de él como si fuera unapestado. Rogó con todas sus fuerzas que no le tocara volar en el mismo avión que él, o por lo menos, de compañero en el

asiento contiguo al suyo. Caminó unos metros y la brisa húmeda del mar le golpeó en la cara haciéndola retroceder. Al girarse, observó su mirada mordaz. La forma en la que él encendió un cigarrillo, y cómo se deleitaba mientras quemaba algo entre sus dedos enrojecidos, la obligaron a centrar toda su atención en él. Karen estaba lo suficientemente cerca como para reconocer que aquella cosa reluciente que ardía en su mano era la llave electrónica del ático que había perdido hacía unos días y, cuando solo fue un amasijo de plástico negro y rizado, él la lanzó a sus pies.

Después, Frank dio media vuelta y se marchó al interior del aeropuerto.

Ella aguantó la respiración, apretó el abrigo contra su pecho y recordó fragmentos de conversaciones aislados y guardados en su mente. La conclusión a la que llegó Robert al relacionar los incendios con la presencia de Marina en la isla, incluso el que ocurrió meses atrás en la residencia de estudiantes. «Esos incendios sin víctimas son meras advertencias de lo que podría suceder». La amenaza de Frank mostrándole su mano herida: «Puede que la próxima vez, haya cadáveres de verdad».

Él acababa de quemar la tarjeta electrónica que perdió el día que lo encontró en una de las terrazas de la plaza, en la ciudad. «João Bernades es un hombre celoso y posesivo, un degenerado capaz de matar a su madre». Había visto a Frank varias veces después del incidente en el hall y juraría que entonces no llevaba heridas ni vendajes en los dedos. Además, aquellas llagas que comenzaban a cicatrizar tenían toda la pinta de... quemaduras.

Aterrada por los derroteros que tomaban sus pensamientos, echó a correr hacia la parada de taxis y agitó los brazos para llamar



João salió del coche, estiró los músculos entumecidos por haber pasado horas sentado en la misma posición, y miró el horizonte. La niebla comenzaba a disiparse y el día se abría camino débilmente entre las nubes. Algo así como él, que se sentía agotado como una nebulosa apagada e incapaz de irradiar la solidez que lo caracterizaba.

La vista desde la curva era impresionante, aunque aquello no le distraía de sus pensamientos. Se asomó al cortado y observó cómo el mar formaba una sucesión de líneas blancas que se estrechaban y golpeaban contra las

torturadas piedras del fondo.

Durante unos segundos pensó que todo había terminado de la misma forma que la vida de su padre: con violencia y en silencio. Con la visión de las lágrimas de Karen acuchillándole la mente y sintiéndose un cobarde. No estaba especialmente satisfecho de cómo había tratado a la única mujer que hacía saltar los resortes de su dura coraza.

Karen se había metido muy dentro de él, para qué negarlo. Ella era el prototipo de la perfección femenina; ni demasiado guapa ni demasiado llamativa. Perfecta. Sus curvas sensuales, su cabello rubio y sus ojos color miel. Esa voz angelical y seductora. Y esa risa cantarina que lo volvía loco. Jamás había conocido una mujer como ella, lo supo en cuanto la tuvo a su lado en el avión, y sin embargo siguió adelante con sus turbios planes. Para qué andarse con rodeos. En cuanto la conoció, la deseó para siempre.

Y allí estaba, en aquel fatídico lugar al que no regresaba desde hacía muchos años y donde tantas noches pasó en vela en su juventud. Igual que ahora, esperando que amaneciera para enfrentarse a su vida sin ella.

Se pasó una mano por los cabellos alborotados y regresó al coche. Al sentarse, apoyó los codos sobre el volante, hundió la cabeza entre las manos, y maldijo furioso.

Las cosas no eran fáciles sabiendo que faltaba muy poco para no volver a verla. En ningún momento fue sencillo. Desde que Karen entró en su vida hubo tirantez, dolor y perplejidad, una explosiva atracción sexual que siempre culminaba en un torrente de miel líquida; nada era calmo y sereno en aquella relación pero imaginarse sin todas esas sensaciones lo paralizaba. ¿Qué le estaba pasando?

Karen no era como Catalina, ella misma se lo dijo.

Él contó con la ayuda de sus amigos para mantener el pasado enterrado. Nunca hablaban de lo ocurrido, como si les diera miedo recordar su nombre, por si al citarlo revivía el infierno en el que se convirtió su vida desde que murió su padre. Luchó con uñas y dientes para salvar a la única persona inocente que quedaba en su maltrecha familia, la mantuvo lejos para protegerla y renunció a todo lo bueno que le brindaba el futuro por temor a perderlo. ¿Y ahora qué?

Karen tenía razón al decirle que si se pasaba la vida rememorando el pasado, no le quedaría tiempo para vivir. Llevaba muchos años anclado en los recuerdos, estaba cansado y su futuro no se presentaba muy atractivo. Su hermana ya sabía la verdad y le había perdonado sin hacer ni un reproche; de

hecho, en unas horas se iría de su lado por mucho tiempo y sería feliz junto al hombre que había escogido su corazón. Catalina se había marchado de la misma forma que llegó, silenciosa como un fantasma después de desvelar su secreto y él.

Golpeó el volante con un puño cerrado y maldijo de nuevo.

¿Qué le estaba pasando?

La respuesta llegó enseguida: se había enamorado de Karen.

João se atragantó al escuchar esas palabras en su cerebro, como si no las hubiera dicho él. Sí, necesitaba a Karen como respirar; quería despertar todas las mañanas a su lado, escuchar su risa y su dulce voz susurrándole que lo amaría siempre. Sí, estaba enamorado. Quería envejecer a su lado, abrazarla cuando llorase, compartir sus sueños y sus alegrías, tener hijos con ella, sujetarle la mano cuando volasen en avión y besarla para que no sintiera miedo a las alturas.

La amaba más que a su vida.

El teléfono sonó con estruendo y cuando fue a contestar se dio cuenta de que estaba sonriendo al imaginar su futuro junto a ella.

—Bernades.

—João... João, tienes que prestarme atención —la voz apresurada de Karen lo hizo levantarse de un salto.

—Karen, ahora lo sé, te amo. Estoy enamorado.

—¿Sí? —pareció desconcertada, pero enseguida se recuperó—. João,

Su voz sonaba entrecortada y con pausas que anulaban sus palabras. Aquel lugar estaba encerrado entre las montañas y la línea apenas conseguía cobertura.

—¿Karen? ¿Estás ahí? —salió del coche para encontrar el punto que le permitiera mantener una conversación.

—Ático, Tienes que ir, —una pausa más larga—, Suministro eléctrico, Un incendio.

La señal se perdió y se escuchó una locución explicándole que era imposible la conexión.

Las palabras incendio y ático bulleron en su cerebro. Sintió erizarse el vello en la nuca y la sangre comenzó a hervirle en las venas. En décimas de segundo, subió al coche, derrapó en la curva al dar la vuelta y enfiló a toda prisa hacia la ciudad mientras trataba de ponerse en contacto con el hotel. Cuando dejó la carretera local y tomó la autopista en un tiempo record, el teléfono recuperó la señal pero al teclear el número de recepción, nadie

contestó.

Miles de fatales imágenes poblaron su mente en el furioso recorrido hasta la ciudad. Karen y Marina estaban en ático y las pocas palabras que había podido comprender eran suficientes para darle a entender que se encontraban en peligro.

El deportivo se deslizó veloz, comiéndose la distancia que lo separaba, y un miedo gélido se fue apoderando de él a cada kilómetro que ganaba en aquella carrera. Al llegar al centro de la capital se incorporó a la avenida Arriaga por el carril contrario y, después de que varios automóviles lo esquivaran para evitar colisionar, atravesó el paseo que lo conducía al hotel.

La entrada del Gran hotel Wellington estaba atiborrada de ambulancias, camiones de bomberos y coches de policía con las luces brillando con siniestros destellos que destacaban en la niebla. Había mangueras atravesando la avenida y numerosos policías acordonando la zona para evitar que se acercaran los madrugadores curiosos que observaban el espectáculo.

João saltó del coche y se abrió paso en aquella locura. Su corazón latía frenéticamente y aunque varias manos trataron de frenarlo, él las esquivó en su carrera.

—Déjeme pasar —rugió a uno de los policías que consiguió sujetarlo—. Mi familia está en peligro.

—Bernades —lo llamó una voz desde la escalinata.

El jefe de bomberos hizo una señal al agente para que lo liberara y le indicó que se acercara. El director del hotel, el recepcionista y varios hombres del equipo de seguridad de Ramalho estaban con él.

—¿Han evacuado el hotel? —inquirió con gravedad.

—Tranquilícese, no es necesario. Todo está bien.

João lo miró incrédulo y después echó un vistazo alrededor.

—¿Y mi familia? —atisbó nervioso el vestíbulo.

—Le aseguro que todos están bien —se apresuró a añadir el hombre antes de que saliera corriendo de nuevo—. Solo ha sido una falsa alarma.

—Mi familia está dentro y tengo que comprobarlo.

—Espere —el hombre lo sujetó por el brazo—, le repito que todo está controlado. No hay ningún incendio, ni nadie corre peligro.

—Pero Karen me telefoneó... Ella dijo...

—Señor Bernades —intervino el director del hotel sin dejarle hablar—, ha sido culpa mía. La señorita Preston también telefoneó a recepción y dijo que había un incendio, pero ya ve que no es así. Incluso obedecemos sus

órdenes.

—Pero ella dijo que Marina estaba en peligro en el ático —insistió João.

—No le dé más vueltas —el jefe de bomberos trató de aplacarlo—, a pesar de que no han saltado las alarmas de incendios, activamos el operativo de urgencia en cuanto nos avisaron sus empleados. Se han revisado todas las plantas del hotel y le aseguro que no hay un incendio en ninguna de ellas. En unos minutos se restablecerá la luz y regresará la normalidad.

—Bien —consiguió separarse de ellos—, de todas formas quiero comprobarlo por mí mismo. Y puesto que todo está bien, no habrá problema en que pueda entrar en mi hotel —el tono irritado no pasó desapercibido para ninguno—. ¿Han subido al ático para tranquilizar a Karen y a mi hermana?

El director negó en silencio y João lo miró con dureza, pero antes de que comenzara a disculparse él ya se había marchado al interior.

—No sé por qué habla de la *senhora* como si estuviera aquí — pensó en voz alta el recepcionista.

—¿Qué quiere decir? —se interesó el jefe de bomberos.

—Que la señorita Preston no se encuentra en el hotel —le explicó el director—, por eso nos extrañó que estuviera tan alarmada cuando telefoneó.

—¿Y dónde está? —su mirada se centró en el vestíbulo, donde João discutía con un policía que no le dejaba acceder a las escaleras.

—En el aeropuerto. Pidió un taxi y se marchó muy temprano, de madrugada —añadió el recepcionista—. Pero claro, el señor Bernades todavía no se ha enterado.

—Aún así, todos seguimos las instrucciones de la señorita Preston.

—¿Y cuáles fueron esas instrucciones? —el jefe de bomberos prestó atención de nuevo mientras João regresaba furioso y con el gesto prieto.

—Que cortáramos el suministro eléctrico y el gas, pero en el hotel no hay ninguna instalación de gas. Todo el edificio funciona exclusivamente con luz.

—Eso no es cierto —João se interpuso entre los tres hombres al escuchar las últimas palabras del director—. Hace años instalamos en el ático un horno romano que se alimenta de unas bombonas de gas. La esposa del jefe de seguridad se encaprichó de él porque era muy antiguo.

—Entonces, tiene sentido —el hombre hizo una señal a algunos de sus hombres para que cogieran sus equipos y João se irguió tenso como una vara —, la señorita dijo que cortaran el gas y el suministro eléctrico porque el simple hecho de pulsar la clavija de una lámpara o utilizar llave electrónica

podría tener consecuencias nefastas.

João se precipitó hacia las escaleras y varios bomberos corrieron tras él. Apenas tardaron treinta segundos en alcanzar la sexta planta, todo estaba oscuro y en silencio y los pasos de los hombres era lo único que se escuchaba. La tenue luz de la mañana se filtraba por los ventanales y en cuanto llegaron al apartamento, el jefe de bomberos se interpuso entre João y la puerta.

—Déjenos a nosotros —le sugirió sabiendo las cosas horribles que cruzaban por la cabeza de aquel hombre desesperado.

Recordó su expresión aterrada hacía muchos años, cuando solo era un muchacho; entonces fue testigo de cómo rescataban a su padre del amasijo de hierros en el que quedó convertido su coche al despeñarse por un acantilado en la carretera que conducía a Monte, y también recordó la entereza con la que reconoció el cadáver. Jamás olvidaría su acerada mirada al examinar el cuerpo.

—Se trata de mi familia. Mi única familia —lo retó con los mismos ojos que años atrás.

El hombre suspiró y asintió con firmeza.

—Está bien, abra despacio y manténgase a mi lado.

Capítulo 14

El click que hizo la llave manual al desviar el pestillo retumbó por toda la planta sexta. Al menos eso pensó João al girar el pomo y entrar en el ático. Nada más cruzar el umbral, el jefe de bomberos se precipitó en el interior seguido de sus hombres y João. El olor a gas resultó impactante y, organizados como estaban todos los bomberos, se movieron en la oscuridad para ir descorriendo cortinas y abriendo los ventanales.

João se dirigió directamente hacia el dormitorio de Marina en el mismo momento en el que entraban en el apartamento varios sanitarios de emergencias. La puerta estaba atrancada y tardaron unos segundos en abrirla. Al entrar, vio a su hermana acostada, parecía dormida, y él abrió las ventanas para facilitar la entrada de aire fresco. Se abalanzó hacia la cama para ayudarla a incorporarse y los sanitarios lo apartaron a un lado para insuflarle oxígeno en los pulmones y reanimarla. En unos segundos, Marina comenzó a toser con gran alivio para todos.

João no supo si llorar o reír de alivio. Se aseguró de que su hermana no estuviera en peligro y cuando uno de los enfermeros se lo confirmó, salió disparado hacia su dormitorio, el cual debía estar vacío. Había sido instintivo acudir a salvar a Marina porque Karen estaba al corriente de lo que iba a ocurrir en el ático. Ella misma le había avisado por teléfono y había alertado al personal del hotel. Con mucha suerte, ante la impotencia de abrir la puerta atrancada y ayudar a Marina, habría conseguido salir ilesa del ático, o se habría puesto a salvo en la terraza, o en cualquier maldita parte del hotel menos en el dormitorio que.

—Lo siento, muchacho —el jefe de bomberos salió del cuarto y se interpuso entre él y la puerta de nuevo.

—¿Qué quiere decir?

Aquellos mismos ojos que creía que no volvería a ver se clavaron en el hombre como años atrás y este no pudo que evitar que la voz le temblara.

—Hemos llegado a tiempo para evitar una explosión, pero demasiado tarde para salvarle la vida.

—Apártese y déjeme entrar —parecía conmocionado, pero su rostro tenía una expresión extraña.

—Es mejor que no lo hagas, João, no se puede hacer nada por ella.

El hombre no tuvo tiempo para reaccionar. En un segundo se vio apartado de la puerta y João se abalanzó al interior como un animal herido.

Los sanitarios acababan de cubrir su cuerpo con una sábana y sus palabras de pesar quedaron flotando en el aire como sus pensamientos.

—No hemos podido reanimarla, hemos llegado demasiado tarde —dijo el último al abandonar la estancia.

João se acercó muy despacio, como si tuviera miedo de que fuera verdad, como si hubiera envejecido cien años de golpe. Ella descansaba allí, en la cama en la que habían compartido las horas y las noches más maravillosas de su vida y ahora, ahora la mujer a la que amaba estaba muerta.



Karen llegó a la avenida Arriaga y encontró el hotel envuelto en una confusión de gente, policías y coches oficiales, aunque todos parecían bastante tranquilos y por más que alzó la cara no vio señales de fuego, ni humo, ni nada que hiciera presagiar que había avisado demasiado tarde.

Pagó al taxista y se abrió camino entre el gentío. Sentía el corazón en la garganta y el simple hecho de tragar saliva suponía un gran esfuerzo. Varios policías estaban conduciendo a los curiosos hacia la otra parte de la avenida y ella se coló con disimulo entre un camión de bomberos y una ambulancia.

—Karen —la llamó la voz angustiada de Ramalho—, aquí, Karen.

Ella se giró y vio a su amigo corriendo escaleras abajo.

—¿He llegado tarde? —se aferró a las solapas de su chaqueta y tiró de ellas con desesperación—. ¿João y Marina están bien?

—Acabo de venir y no he podido hablar con él, pero escuché a los sanitarios decir que Marina se encuentra bien y va camino del hospital. Las últimas noticias que tengo son que João y varios bomberos están todavía en el ático. ¿Qué ha pasado Karen?

—Encontré a Frank en el aeropuerto y bueno. tal vez me precipité, pero todo cuanto dijo me hizo pensar que quería hacer explotar el hotel.

Le contó a grandes rasgos su conversación en la cafetería del ático y cómo dedujo que él era el pirómano que había incendiado los negocios de João en todos aquellos años. En ese instante, se restableció la luz eléctrica y

uno de los guardias de seguridad les dijo que ya estaba todo controlado. Ramalho terminó de explicar la nueva situación al jefe de policía y le indicó a Karen que entrara al ascensor.

—Hiciste bien en avisar por teléfono. Al principio todos pensaban que era una falsa alarma de incendio pero después tus sospechas resultaron ciertas, Karen, le has salvado la vida a Marina. Te lo aseguro.

—Solo fue un pálpito, pero me alegro de haber sido tan alarmista. Comprendí todo cuando vi cómo quemaba la llave electrónica que perdí hace días.

—La policía ya tiene orden de detener a Frank Summer.

—Bien, ese loco merece estar encerrado y espero que sea por muchos años —se apoyó en la pared del ascensor y cerró los ojos.

—Y yo espero que João comprenda qué hacías en el aeropuerto de madrugada —inclinó la cabeza para mirarla, como esperando su respuesta.

—No tienes de qué preocuparte. Nuestro pacto terminaba hoy y yo solo evité la despedida. No me gusta decir adiós a la gente que quiero.

—Aún así, no creo que él aplauda tu despedida.

—Alguien tenía que dar carpetazo al asunto Preston, Ramalho —procuró que el comentario sonara con ligereza.

—Él es un hombre decente, Karen, probablemente el mejor que he conocido en mi vida.

—Sí —le tembló la voz—, pero también es un hombre que no confía en que la vida sea justa y aunque lleva razón, no lo es, no puedo obligarle a entregarme su corazón.

—Te equivocas. Si te deja marchar es porque te ama tanto que teme hacerte infeliz a su lado.

—Eso me dijo, pero lo que él no sabe es que yo no volveré a ser feliz nunca.

El ascensor llegó a la sexta planta y salieron al corredor.



Era un cobarde. Cerró la mano en un puño y sin atreverse a retirar la sábana que cubría su cuerpo se alejó hacia las ventanas abiertas. El sol ya había conseguido salir de entre las brumas y el viento había amainado. El

cielo comenzaba a abrirse en grandes claros azules y el día prometía ser brillante y cálido. Como ella.

Se giró para armarse de valor y enfrentarse a la cruda realidad. Ella ya no existía y para él no habría jamás ningún otro día brillante y cálido. Su corazón se había endurecido definitivamente. Ahora sí que tendría valor su larga lista de calificativos, pensó al borde de ponerse a aullar de dolor. Miró la mesilla de noche, donde descansaba la nueva lamparilla que sustituyó por la que ella estrelló con furia contra la puerta, y un sobre llamó su atención. Lo tomó en sus manos y reconoció enseguida su letra pequeña y redonda. Iba dirigido a él.

Sus manos temblaron al abrirlo y las letras bailaron ante sus ojos.

«Querido João:

Nuestro pacto ha llegado a su fin y no tiene sentido alargarlo más, pero no quería marcharme sin darte mi regalo de navidad. Tenías razón al decir que cuando se quiere a una persona hay que confiar en ella. Yo he amado al João desprendido y alegre que escondes en tu interior y he aprendido a confiar en el Bernades que lo domina y que los demás ven en ti. En realidad, ambos son inseparables y no podría haber amado a uno sin el otro. Por eso, en cuanto la vi, supe que tenía que entregártela.

Posdata: Después de todo seremos familia, Marina y Robert se merecen lo mejor y sé que con el tiempo llegaremos a ser buenos amigos y mejores cuñados.

Con amor, Karen».

Buscó en el interior del sobre y sacó un colgante con una llave dorada.

Recordó sus propias palabras y aprisionó el colgante en un puño. Cerró los ojos y dos gruesas lágrimas traspasaron sus pestañas.

—João —la dulce voz de Karen desde el umbral de la puerta le heló la sangre.

Él abrió la mano y el colgante se escurrió de entre sus dedos al suelo. Un sudor frío se apoderó de su cuerpo y tembló como un flan.

—Eres tú. —palideció al mirarla, exhaló un suspiro entrecortado y se detuvo de golpe—. Estás aquí, de pie frente a mí.

—Sí, y gracias a Dios que has llegado a tiempo —se acercó lentamente, muy consciente de la incredulidad con la que la miraba.

—Pero, entonces, si no eres tú. —señaló la cama sin moverse del sitio.

Karen miró en la dirección que João le indicaba y se le cayó el alma a los pies. Reparó en el cuerpo que yacía cubierto con una sábana, ahogó un grito llevándose las manos a la boca, y estuvo a punto de perder el equilibrio.

João reaccionó, interponiéndose entre ella y la horrible visión que un segundo antes también lo había paralizado a él. Recorrió su cuerpo con las manos, como si no creyera que estuviera viva de verdad, como si solo fuera una jigarreta de su mente y de un momento a otro fuera a desaparecer.

—¿Marina? —Karen ocultó el rostro contra su pecho y sollozó horrorizada.

Él solo pudo negar con la cabeza, le sujetó las manos a ambos lados de la cabeza y la apretó contra él, cerrando los ojos de alivio.

—No, tranquilízate, no es Marina.

—No lo es —explicó Ramalho con voz grave desde el otro lado de la cama. Había destapado el cadáver y lo cubrió con lentitud.

En ese instante llegaron dos policías y les aconsejaron que salieran del cuarto.

João se separó de Karen y se acercó hasta su amigo que obedecía a las autoridades.

—¿Quién es? —inquirió tomando un extremo de la sábana.

Ramalho lo detuvo en el mismo instante en el que iba a alzarlo.

—Se trata de Catalina Bernades.



Karen bebió el refresco que le ofreció Felipe, el director del hotel, y miró el colgante que había recogido del suelo antes de abandonar el dormitorio y que descansaba en la palma de su mano. Después de lo ocurrido en el ático y el horrible descubrimiento del cuerpo de Catalina en el cuarto de João, este insistió en que ella permaneciera en su despacho hasta que la policía y su servicio de seguridad le garantizaran que el Gran Hotel Wellington volvía a ser uno de los edificios más seguros del mundo. Dejó la copa vacía sobre la mesa y comenzó a dar pequeños paseos por la habitación mientras miles de pensamientos y falsas ilusiones jugueteaban en su cabeza.

Era más que evidente que João se había sorprendido al verla, de hecho hubiera jurado que se sintió aliviado al descubrir que había regresado, pero

aquella incredulidad que tanto la turbó al encontrarse cara a cara se difuminó de repente nada más descubrir el cuerpo de Catalina en su cama. Su rostro se ensombreció y cuando la policía les aconsejó que salieran del dormitorio, él le indicó a Ramalho que la llevara a su despacho y sin mirarlos siquiera cerró la puerta tras él.

Poco después, supo por Ramalho que Frank había sido detenido cuando su avión iba a despegar y que había confesado todos sus delitos, incluido el crimen de Catalina. Estaba pensando en ella, y la forma cruel en la que había terminado su vida, cuando la puerta se abrió con un susurro y ella se giró sorprendida para ver quién era.

João se paró a unos pasos de ella y sus miradas se encontraron. Se fundieron en una sola. Los dos se sintieron incapaces de dominar el deseo de abrazarse y decirse miles de cosas, y sin embargo lo hicieron. Ella apretó el colgante en su mano y él tensó la mandíbula.

Karen vio reflejada en la cara de João la misma ansiedad que ella sentía y se acercó un poco más, acortando con timidez la distancia que los separaba.

—¿Marina está bien?

—Sí, se encuentra bien. Un coche me está esperando abajo para llevarme al hospital.

—Gracias a Dios —abrió mucho los ojos y añadió con un gemido—. ¿Y tu... madre? —añadió conociendo la respuesta.

Él negó con pesar.

—Siento no haber avisado con más tiempo. Tal vez si yo.

—Catalina llevaba muerta varias horas cuando la encontramos, no murió a consecuencia del escape de gas. No debes culparte por lo que era inevitable, Karen, no te martirices por algo que no podías ni imaginar.

Ella afirmó en silencio, comprendiendo el alcance de sus palabras.

—Entonces, tú tampoco debes culparte.

—Me culpo de tantas cosas que una más no causará estragos en mi conciencia.

—No puedes seguir castigándote así, João, me parte el alma verte sufrir.

Él señaló su mano con la cabeza y cambió de tema.

—¿Es la llave de tu corazón?

Aquella pregunta aceleró los latidos de Karen y consciente de la expresión inquisitiva de sus ojos grises, le tendió el colgante.

—Así es, pensé que sería buena idea regalarte por navidad la llave de todo lo que poseo.

—Sin pedir nada a cambio —la cadena dorada se escurrió por sus dedos y ambos quedaron enlazados por ella.

—Sin pedir nada a cambio, por supuesto.

—Pero ibas a marcharte sin despedirte, ¿tan poco confías en mí que no deseas volver a verme por última vez por si no te dejo ir?

Ella negó con la cabeza y sus labios temblaron.

—En quien no confío es en mí. Temo que cuando llegue el momento de decirte adiós no pueda soportarlo.

João tiró de la cadena y la atrajo hacia él con necesidad.

—Y yo solo entiendo la vida si es contigo —la abrazó con fuerza y ella sintió su respiración acelerada—. Cuando entré en el dormitorio y creí que eras tú la que yacía en aquella cama, cubierta por un sábana, sentí que yo moría en ese instante —hizo una pausa y exhaló el aire con fuerza.

Karen se aferró a sus hombros y él la besó como si de verdad fuera a morir si se separaban. La amaba. La verdad estaba allí, en su forma de abrazarla, en el temblor de su cuerpo por el esfuerzo de controlarse, aunque no era necesario que lo hiciera porque ella lo amaba con la misma intensidad. En aquel instante, besarse no era suficiente y sus brazos se esforzaron por estrecharse tan fuerte como pudieron, pero él necesitaba más. Ella necesitaba más. Se apretó contra él y escuchó su corazón apresurado latiendo contra su mejilla. Una de sus manos comenzó a acariciarle los cabellos y no dejó de hacerlo durante unos minutos interminables.

—¿Cuándo te marchas? —dijo él por fin, cuando ella pensaba que permanecerían así toda vida.

—Todavía no lo sé —ahogó su respuesta contra su cálido pecho.

La camisa se estaba empapando con sus lágrimas.

—¿Te quedarás conmigo hasta que lo sepas? —era la primera vez que sus palabras traslucían temor con claridad.

—No me voy a marchar hasta que tú no me eches —se separó un poco para mirarlo—. O hasta que tu jefe de seguridad lo haga.

—Te quiero tanto, *Ninha do Mel* —gimió consciente de que era la primera vez que decía aquello a una mujer y de que era la verdad desnuda.

Al escucharlo, Karen se estremeció como si hubiera sentido una descarga eléctrica y disfrutó de cómo sonaban sus palabras en aquella voz suave. Se quedó callada un momento, no podía hablar. Tenía un nudo de emoción en la garganta.

—¿Por qué sabes ahora que me amas?

—Porque soy un necio —la besó en los cabellos y apretó el colgante en su mano mientras se negaba a dejar de abrazarla—, porque te amo desde que te vi con Marina en aquella cafetería llena de estudiantes escandalosos; desde que me sacaste de quicio entrando y saliendo de tu asiento en aquel avión. Creo que te he amado desde siempre y no supe verlo hasta que me vi perdido sin ti. Te quiero, Karen, te quiero.

—¡Oh! Dios mío.

Ella comenzó a llorar y su cuerpo se estremeció contra el suyo que la apretó más contra él.

—No llores más, por favor —la expresión de João era increíblemente tierna.

—Pero si lloro de alegría —se apartó para mirarlo.

—Entonces ríete, Karen, porque tu risa es lo más bello que he escuchado nunca.

—Reiremos juntos —le prometió ella con voz empañada.

—Te prometo que lo haremos durante mucho tiempo, porque no te irás de mi lado. No lo permitiré —agarró su mano y la condujo fuera del despacho.

—¿Tanto como para que tenga que aprender tu idioma? —lo miró de reojo—. Resulta un incordio no poder comprender lo que dices cuando estás cabreado.

Él la abrazó por la cintura y le indicó que entrara en el ascensor.

Silvio los saludó efusivamente al verlos y a un gesto de su jefe desapareció de allí como por arte de magia. Karen se apoyó en la pared y él pulsó el botón para bajar. Las puertas se cerraron aislándolos durante unos minutos y él la abrazó de nuevo, como si ya llevaran demasiado tiempo separados.

—Te aseguro que cuando estoy enfadado lo mejor es no comprender lo que digo.

—También me gustaría saber qué significan esas dulces palabras que susurras cuando hacemos el amor.

—Solucionaremos eso —sonó como si fuera otra de sus promesas.

Ella le enmarcó la cara entre las manos, las rígidas líneas de su rostro se habían suavizado y le sonrió de aquella manera que tanto la alteraba y a la que se estaba acostumbrando.

—Tú también me has echado un poquito de menos —rió ella al sentir la dureza de su deseo contra su vientre. João buscó su boca que no paraba de

reír y la acalló con besos entrecortados y susurros ininteligibles—. En cristiano, João —le pidió entre carcajadas—, háblame en cristiano.

Él gruñó fingiendo enojo y pletórico de alegría porque era él, y solo él, quien provocaba aquellas risas que tanto le molestaban de ella cuando la conoció y, sobre todo, porque esta vez su corazón también reía con ella. Le recorrió el cuerpo con las manos por encima de la ropa con la precipitación de un muchacho, como alguien que se abría a un sentimiento oculto y enterrado hacía mucho tiempo.

Karen era todo lo que siempre había querido. Había habido muchas mujeres atractivas en su vida, mujeres apasionadas y divertidas, pero ninguna era como ella. Jamás había conocido a otra como *Mel*. Conocía el deseo y el placer de disfrutar de ellas, pero el anhelo de cuidar de una mujer a su lado, de hacer cualquier cosa para que no sufriera, era algo completamente nuevo.

—No soporto la idea de perderte —le declaró en cristiano, como ella le pidió— eres mía, solo mía.



Todo el mundo se dedicó a repetirle a lo largo del día que la noche del 31 de diciembre en Funchal era mágica. Supo por Candela, que la telefoneó a media mañana para interesarse por ella, que Madeira ostentaba el privilegio de haber entrado en el libro Guinness como «el mayor espectáculo pirotécnico del mundo» e insistió en que no podía dejar de ir con João a la bahía, donde gran parte de los isleños recibirían el Año Nuevo al son de música clásica.

Marina salió del hospital a las pocas horas porque el doctor les aseguró que estaba perfectamente y João le dio la alegre noticia de que Robert venía de camino para despedir el año todos juntos.

Al llegar a la cafetería del vestíbulo, una de las camareras le recordó que debía llevar ropa interior de color azul para esa noche y cuando salió al exterior, Felipe, el director, la alcanzó en la escalinata y le sugirió que antes de tomar las uvas, debía preparar una lista, como las que ella acostumbraba a hacer, con doce deseos para el año nuevo. Marina que llegó en ese momento comenzó a reír al ver la expresión de asombro de su amiga y le recordó que Funchal era una ciudad pequeña y que todo terminaba por saberse.

Cuando João las recogió en el parking para ir al aeropuerto, y se adentraron en la autopista, escuchó con atención todas las indicaciones que Karen había recibido para aquella noche. No solo estuvo de acuerdo con el director del hotel en sugerirle que redactara una lista de deseos, sino que le propuso ayudarle a confeccionarla.

—No puedo creerlo —se rió ella girándose hacia Marina y regresando a João que conducía a su lado—. Os habéis confabulado contra mí. No puedo creer que os toméis en serio lo de las doce uvas con sus correspondientes doce deseos.

—Es tradición, *Mel*, ¿qué hay de tu ideal de «Navidad, dulce Navidad» con su abeto, sus adornos y villancicos cantados a coro?

—Ya veo. Esto es venganza, pero ya que mostráis tan buena disposición para las tradiciones podríamos decorar el Gran Hotel Wellington con muérdago y cantar «Auld Lang Syne» con los brazos entrelazados cuando suenen las doce campanadas.

—No seas tan británica, por favor —replicó él, imaginando el techo del hall cubierto de muérdago y ellos dos besándose debajo. Aquel momento lo deseaba para disfrutarlo en la intimidad.

—Mira quién habla de tradiciones —le regañó ella sentándose muy tiesa en su asiento.

Marina rompió en carcajadas y ellos se miraron con complicidad.

Epílogo

Un año después.

—No hay duda —Karen dejó la ecografía sobre la mesa de la cocina—, el doctor ha dicho que es una niña.

Candela cerró la puerta del horno y se sentó junto a su amiga. Tocó suavemente su barriga abultada y después miró a su hijo que agitaba en el aire un peluche.

—Gracias a Dios que es una niña, no sabes lo pesadito que está João con el sexo del bebé. No hay quien lo aguante —y en tono confidencial añadió—. Con el embarazo te estás volviendo blanda, Karen. ¡Ya sabes, mano dura!

Ella sonrió y se tocó el vientre con suavidad.

—Es que tiene que llamarse *Mel*, es un antojo de João. Melissa Bernades —dijo con aire solemne—. ¿Verdad que suena bien?

—Mano dura, Karen —repitió su amiga sacando una fuente del armario.

—¿Mano dura, con quién? —João entró en la cocina, levantó a su esposa de la silla y la utilizó él, sentándola sobre sus piernas—. ¡Ah! Y estamos embarazos de una niña, Candela —añadió en tono victorioso y posando con celo una mano grande sobre su hija.

Las dos amigas se miraron con complicidad y sonrieron.

—João, esto se cae —vociferó Ramalho desde el salón—. João, que se cae.

—¿Has dejado a mi esposo solo en el salón y colocando el árbol de navidad? —chilló Candela, saliendo disparada de la cocina.

—¿Cómo está mi esposa adorada? —la apretó con delicadeza entre sus brazos y la acomodó en su regazo.

—¡Gorda! —resopló ella.

—Pues esto no es nada. Ha dicho el doctor que a partir del sexto mes te dispararás y que llegará el momento en el que no puedas verte los pies —le dio un mordisco en el cuello.

—El doctor está desesperado, João. No puedes llamarle todos los días para que te explique cómo va todo —trató de hacerle entender.

—Para eso le pago —replicó con su peculiar aire arrogante.

Su esposa meneó la cabeza y cerró los ojos ante la intensidad de las

caricias que él le prodigaba con los labios.

—Hablando de pagar —procuró poner un poco de seriedad a la conversación—, quiero volver a trabajar.

Él soltó una carcajada y ante el silencio de ella, terminó fingiendo que solo había sido un golpe de tos.

—Mírate, estás enorme. No puedes trabajar.

—Haré como que no te he escuchado —se arrellanó sobre sus muslos y él exageró una mueca de dolor—. Es cierto, João, necesito ocupar mi tiempo en algo más que pasear por un ático inmenso y limpísimo, o esperar que regreses de tus viajes.

—Ven conmigo y asunto solucionado.

Ella frunció los labios y él miró su abultada barriga.

—Sí, ya lo sé, no es el mejor momento.

—No, no lo es.

—*Mel*, ¿te he dicho hoy cuánto te quiero?

—¿Unas veinte veces? Sí, cariño, pero no cambies de tema.

—¿Solo veinte?

—¿Qué hay sobre lo que te he dicho?

—Sabes que terminarás haciéndolo, ¿por qué me preguntas? Estoy seguro de que ya has planificado tu futuro trabajo y solo tratas de embaucarme en tu idea.

Karen se abrazó a él y le llenó la cara de besos.

—Solo pretendía que mi marido diera el visto bueno, nada más. Seré una buena ayuda para ti, ya lo comprobarás. Y la Wellington Corporation me lo agradecerá.

—¡Ja! Seguro que has escrito una larga lista de cosas que puedes hacer para ayudarme y aligerarme la vida.

—Una muy larga, cariño, muy larga.

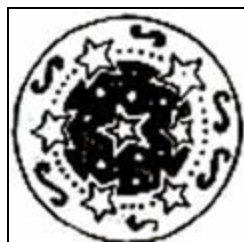
—¿Tanto como la que hiciste sobre mí en el avión?

—Uhm, eso es imposible, João, nadie ni nada puede igualarse a ti —se apretó contra él.

—¿Te he dicho cuánto te amo, inglesa?

—Sí, y tú no sabes cómo te amo, despiadado.

Fin



Julio 2012

Versión ebook 1.0

EDICIONES KIWI, 2012

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2012 Ana R. Vivo © de la cubierta: Borja Puig © Ediciones Kiwi S.L.